

F. Scott Fitzgerald

A este lado del paraíso



Lectulandia

La figura de Francis Scott Fitzgerald (1890-1940), el escritor más brillante de la llamada «generación perdida», parece extraída de sus propias novelas, que retrataron como ningunas otras la «época del jazz» y la profunda crisis de valores experimentada por la sociedad norteamericana a lo largo de los años veinte, que culminó con el crack económico de 1929. Ambientada en la Universidad de Princeton durante los años anteriores a la entrada de los Estados Unidos en la Gran Guerra, *A este lado del paraíso* (1920) novela que alcanzó desde su aparición un éxito fulgurante presenta ya las obsesiones, los caracteres y las situaciones que habrían de nutrir las narraciones posteriores de Fitzgerald: el hombre en busca de su propia personalidad, el mundo convencional y brillante de los ricos, la inexorable demolición de los valores ilusorios.

Lectulandia

Francis Scott Fitzgerald

A este lado del paraíso

ePUB v1.1

Oxobuco 01.02.13

más libros en lectulandia.com

Título original: *This Side of Paradise*

Francis Scott Fitzgerald, 1920.

Traducción: Juan Benet Goitia

Editor original: Oxobuco (v1.1)

ePub base v2.1

A Sigourney Fay

«¡A este lado del paraíso...! Poco consuelo da el saber.»

RUPERT BROOKE

«Experiencia es el nombre que muchos dan a sus errores.»

ÓSCAR WILDE

Libro Primero

El ególatra romántico

1. Amory, Hijo de Beatrice

De su madre, Amory Blaine había heredado todas las características que, con excepción de unas pocas inoperantes y pasajeras, hicieron de él una persona de valía. Su padre, hombre inarticulado y poco eficaz, que gustaba de Byron y tenía la costumbre de dormir sobre los volúmenes abiertos de la Enciclopedia Británica, se enriqueció a los treinta años gracias a la muerte de sus dos hermanos mayores, afortunados agentes de la Bolsa de Chicago; en su primera explosión de vanidad, creyéndose el dueño del mundo, se fue a Bar Harbor, donde conoció a Beatrice O'Hara. Fruto de tal encuentro, Stephen Blaine legó a la posteridad toda su altura — un poco menos de un metro ochenta— y su tendencia a vacilar en los momentos cruciales, dos abstracciones que se hicieron carne en su hijo Amory. Durante años revoloteó alrededor de la familia: un personaje indeciso, una cara difuminada bajo un pelo gris mortecino, siempre pendiente de su mujer y atormentado por la idea de que no sabía ni era capaz de comprenderla...

¡En cambio, Beatrice Blaine! ¡Aquella sí que era una mujer! Unas viejas fotografías tomadas en la finca de sus padres en Lake Geneva, Wisconsin, o en el Colegio del Sagrado Corazón de Roma —una extravagancia educativa que en la época de su juventud era un privilegio exclusivo para los hijos de padres excepcionalmente acaudalados— ponían de manifiesto la exquisita delicadeza de sus rasgos, el arte sencillo y consumado de su atuendo. Tuvo una educación esmerada; su juventud transcurrió entre las glorias del Renacimiento; estaba versada en todas las comidillas de las familias romanas de alcurnia y era conocida, como una joven americana fabulosamente rica, del cardenal Vitori, de la reina Margherita y de otras personalidades más sutiles de las que uno habría oído hablar de haber tenido más mundo.

En Inglaterra la apartaron del vino y le enseñaron a beber whisky con soda; y su escasa conversación se amplió —en más de un sentido— durante un invierno en Viena. En suma, Beatrice O'Hara asimiló esa clase de educación que ya no se da; una tutela observada por un buen número de personas y sobre cosas que, aun siendo menospreciadas, resultan encantadoras; una cultura rica en todas las artes y

tradiciones, desprovista de ideas, que florece en el último día, cuando el jardinero mayor corta las rosas superfluas para obtener un capullo perfecto.

En uno de los momentos menos trascendentales de su ajetreada existencia, regresó a sus tierras de América, se encontró con Stephen Blaine y se casó con él, tan sólo porque se sentía llena de laxitud y un tanto triste. A su único hijo lo llevó en el vientre durante una temporada memorable por la monotonía abrumadora de su existencia y lo dio a luz en un día de la primavera del 96.

Cuando Amory tenía cinco años, era para ella un compañero inapreciable. Un chico de pelo castaño, de ojos muy bonitos —que aún habían de agrandarse—, una imaginación muy fértil y un cierto gusto por los trajes de fantasía. Entre sus cuatro y diez años recorrió el país con su madre, en el vagón particular de su abuelo, desde Coronado, donde su madre se aburrió tanto que tuvo que recurrir a una depresión nerviosa en un hotel de moda, hasta Méjico, donde su agotamiento llegó a ser casi epidémico. Estas dolencias la divertían y más tarde formaron una parte inseparable de su ambiente, y en especial después de ingerir unos cuantos y sorprendentes estimulantes.

Así, mientras otros chicos más o menos afortunados tenían que desafiar la tutela de sus niñeras en la playa de Newport y eran zurrados o castigados por leer cosas como *Atrévete y hazlo* o *Frank en el Mississippi*, Amory se dedicaba a morder a los complacientes botones del Waldorf mientras recibía de su madre —al tiempo que en él se desarrollaba un natural horror a la música sinfónica y a la de cámara— una educación selecta y esmerada.

—Amory.

—Sí, Beatrice. (Un nombre tan increíble para llamar a una madre; pero ella se lo exigía.)

—Querido, no creas que te vas a levantar de la cama todavía. Siempre he sospechado que levantarse temprano de joven deshace los nervios. Clothilde te está preparando el desayuno.

—Bueno.

—Hoy me siento muy vieja, Amory —y al suspirar su cara se convertía en un camafeo de sentimientos, su voz se hacía delicadamente modulada y sus manos, tan gráciles como las de la Bernhardt—. Tengo los nervios de punta, de punta. Nos tenemos que ir mañana de este lugar horrible en busca de un poco de sol.

Los ojos verdes y penetrantes de Amory, a través de su pelo enmarañado, observaban a su madre. A tan temprana edad ya no se hacía ilusiones respecto a ella.

—Amory.

—Sí, sí.

—Me gustaría que tomaras un baño hirviendo; lo más caliente que puedas aguantar, para calmar tus nervios. Puedes leer en la bañera, si quieres.

Antes de cumplir los diez años su madre lo había alimentado con trozos de *Fêtes galantes*, y a los once ya era capaz de hablar corrientemente y con reminiscencias de Brahms, Mozart y Beethoven. Una tarde, estando solo en un hotel de Hot Springs, se le ocurrió probar el cordial de albaricoques de su madre y, habiéndole encontrado el gusto, se emborrachó. Le divirtió al principio, hasta que, llevado de su exaltación, probó un cigarrillo y sucumbió a una reacción vulgar, propia de gente ordinaria. Y aunque el incidente horrorizó a Beatrice, en secreto le divertía y llegó a ser, como diría una generación posterior, una más de «sus cosas».

—Este hijo mío —le oyó decir un día, en una habitación repleta de atónitas y admiradas damas— está amanerado, pero es encantador. Muy delicado; en casa somos todos muy delicados de «aquí» —y su mano indicaba su bonito pecho; bajando el tono hasta el susurro les contó el incidente del cordial con el que se regocijaron mucho, porque era muy buena *raconteuse*—, si bien esa misma noche muchas cerraduras se echaron para evitar las posibles incursiones de Bobby o de Bárbara...

Las peregrinaciones familiares se hacían en toda regla: dos sirvientes, el vagón particular, el propio Mr. Blaine cuando estaba en familia, e incluso un médico. Cuando Amory tuvo la tos ferina, cuatro especialistas se observaban con recíproco fastidio, reclinados sobre su lecho. Y cuando sufrió la escarlatina, el número de asistentes, incluyendo médicos y enfermeras, subió a catorce. Pero como la hierba mala nunca muere, salió adelante.

Los Blaine no echaban raíces en parte alguna. Eran sencillamente los Blaine de Lake Geneva; tenían bastantes parientes que podían pasar por amigos y un buen número de acomodos entre Pasadena y Cape Cod. Pero Beatrice cada día se inclinaba más por las nuevas amistades porque necesitaba repetir sus relatos —la historia de su juventud, de sus achaques, de sus años en el extranjero— a intervalos regulares de tiempo. Como los sueños freudianos, había que echarlos fuera para dar paz a sus nervios. Sin embargo, Beatrice era mordaz para con las mujeres americanas, y en especial con respecto a las gentes de paso que venían del Oeste.

—Tienen acento, querido, tienen acento —decía a Amory—; ni siquiera es acento del Sur o de Boston, o de una ciudad cualquiera sino, simplemente, acento —y se ponía soñadora—. Se agarran a ese acento masticado de Londres, que no les va y que sólo puede ser usado por quien sabe hacerlo. Hablan como lo haría un mayordomo inglés que se ha pasado muchos años en la compañía de ópera de Chicago —así llegaba hasta la incoherencia— y en cuanto suponen —siempre llega ese momento en la vida de una mujer del Oeste— que su marido ha alcanzado cierta prosperidad, se creen en la obligación de tener acento, querido, para impresionarme con él...

Convencida de que su cuerpo era un manojo de achaques —eso era muy importante en su vida—, consideraba a su alma tan enferma como él. Había sido

católica; pero tras descubrir que los sacerdotes eran más solícitos con ella cuando se hallaba en trance de perder o recuperar la fe en la Santa Madre Iglesia, sabía mantener una atractiva ambigüedad. A menudo deploraba la mentalidad burguesa del clero americano y estaba segura de que, de haber seguido viviendo a la sombra de las grandes catedrales europeas, su espíritu seguiría luciendo en el poderoso altar de Roma. Pero con todo los sacerdotes constituían, después de los médicos, su deporte favorito.

—Ay, eminencia —le decía al obispo Winston—, no quiero hablar de mí. Me imagino perfectamente el tropel de mujeres histéricas que llaman a su puerta para pedirle que sea «simpático» con ellas... —y tras una interrupción por parte del obispo —, pero mi estado de ánimo no es muy distinto.

Solamente a obispos y altas jerarquías de la Iglesia había confesado su romance clerical. Cuando volvió a su país, vivía en Ashville un joven pagano, a lo Swjnburne, por cuyos apasionados besos y amena conversación había demostrado una decidida inclinación; y sin ambages discutieron los pros y los contras del asunto. Entretanto ella había decidido casarse por razones de prestigio; y el joven pagano de Ashville, tras una crisis espiritual, tomó estado religioso para convertirse en monseñor Darcy.

—Por cierto que sí, señora Blaine, un compañero encantador; el brazo derecho del cardenal.

—Amory debería visitarle —suspiró la bella dama—; monseñor Darcy le comprenderá como me comprendió a mí.

Al cumplir los trece años, Amory, alto y esbelto, era la reproducción exacta de los rasgos celtas de su madre. En varias ocasiones disfrutó de un profesor particular, en la idea de que su educación progresara y en cada lugar «reemprender la tarea donde había sido dejada»; pero como ningún profesor pudo saber nunca dónde había sido dejada, su cabeza se conservaba en perfectas condiciones. Qué habría sido de él, de haber llevado esa vida unos años más, es difícil decirlo. Embarcado una vez con rumbo a Italia, a las cuatro horas de estar en alta mar reventó su apéndice, probablemente por culpa de tantas comidas en la cama; tras una serie de delirantes telegramas entre Europa y América, y para asombro de los pasajeros, el trasatlántico viró lentamente su rumbo hacia Nueva York, para depositar a Amory en el muelle. Se dirá con razón que eso no era vida, pero era magnífico.

Tras la operación Beatrice se sintió afectada de una depresión nerviosa, con un sospechoso tufillo a *delirium tremens*, y Amory se quedó a vivir los dos años siguientes en Minneapolis, en casa de sus tíos. Allí es donde le sorprenden por primera vez los aires crudos y vulgares de la civilización occidental que le cogen en camiseta, por así decirlo.

Un beso para Amory

Torció la boca al leer el mensaje:

Vamos a celebrar una fiesta de trineos el próximo jueves 17 de diciembre y mucho me agradecería contar con su asistencia.

Siempre suya,

Myra St. Claire

Se ruega contestar.

Durante sus primeros dos meses en Minneapolis había tratado con todas sus fuerzas de ocultar «a los chicos de la clase» por qué se sentía infinitamente superior a todos ellos, a pesar de que tal convicción era un castillo de arena. Lo había demostrado un día en la clase de francés (asistía al curso superior de francés) para sonrojo de Mr. Reardon, cuyo acento Amory corrigió despectivamente ante la delicia de toda la clase. Mr. Reardon, que diez años antes había estado unas semanas en París, se tomaba la revancha con los verbos, en cuanto abría el libro. En otra ocasión Amory quiso hacer una exhibición de historia, pero con resultados desastrosos, porque a la semana siguiente los chicos —de su misma edad— se decían unos a otros, con acento petulante:

—Oh, sí, yo creo —sabes— que la revolución americana fue más que nada una cuestión de la clase media.

—Washington era de gente bien, de gente bien, creo yo.

Con gracia, Amory trató de rehabilitarse con nuevas elucubraciones sobre el mismo tema. Dos años antes había comenzado una historia de los Estados Unidos que, aunque no pasó de la guerra de la Independencia, su madre encontraba encantadora.

Estando siempre en desventaja en los ejercicios físicos, tan pronto como descubrió que eran piedra de toque para alcanzar en la escuela poder y popularidad empezó a hacer furiosos y persistentes esfuerzos por descollar en los deportes de invierno; con los tobillos inflamados y doloridos —a pesar de todo— todas las tardes patinaba con denuedo en la pista de Lorelie, pensando en cuándo sería capaz de llevar el palo de hockey sin que se le enredara entre los patines.

La invitación a la fiesta de la señorita Myra St. Claire se pasó la mañana en el bolsillo de su abrigo, en compañía de un cacahuete. Por la tarde la sacó a la luz con un suspiro y, tras algunas consideraciones y una primera redacción sobre la tapa del *Curso preliminar de Latín*, de Collar y Daniel, escribió su contestación:

Mi querida señorita St. Claire:

Su invitación realmente encantadora para la tarde del próximo jueves la recibí esta mañana realmente encantado. Así pues me sentiré entusiasmado de presentarle mis respetos el próximo jueves por la tarde.

Sinceramente,

Amory Blaine

Aquel jueves, por consiguiente, estuvo paseando por las resbaladizas y paleadas aceras hasta que llegó a la casa de Myra a eso de las cinco y media, con un retraso que su madre, sin duda, habría aplaudido. Esperó en la entrada con los ojos indolentemente semicerrados mientras planeaba con detalle su llegada: cruzaría el salón, sin prisa, hacia la señora St. Claire para saludarla con la más correcta entonación:

—Mi *querida* señora St. Claire, lamento *enormemente* llegar tan tarde, pero mi doncella... —aquí se detuvo a recapacitar—, pero mi tío y yo debíamos visitar a un amigo... Sí, he conocido a su encantadora hija en la academia de baile.

Luego estrecharía las manos (haciendo uso de aquella sutil reverencia semiextranjera) a todas las damiselas almidonadas, mientras lanzaba un saludo al grupo de caballeros, reunidos en un corro para darse mutua protección.

Un mayordomo (uno de los tres de Minneapolis) abrió la puerta. Amory al entrar se quitó el gabán y la gorra. Le sorprendió ligeramente no oír el cuchicheo de la habitación contigua, y pensó que la fiesta debía ser un tanto seria. Le pareció bien, como le había parecido bien el mayordomo.

—La señorita Myra —dijo.

Para su asombro, el mayordomo hizo una horrible mueca.

—Ah, sí —dijo— está aquí. —No se daba cuenta de que su incapacidad para hablar *cockney* estaba arruinando su futuro. Amory le observó con desdén.

—Pero —continuó el mayordomo, levantando innecesariamente la voz— es la única que queda en casa. Se ha ido toda la gente.

Amory quedó horrorizado y boquiabierto.

—¿Cómo?

—Estuvo esperando a Amory Blaine. Es usted, ¿no? Su madre ha dicho que si usted aparecía a las cinco y media les siguieran en el Packard.

El desconsuelo de Amory quedó cristalizado con la aparición de Myra, envuelta hasta las orejas en un abrigo de polo, la expresión de mal humor y una voz que a duras penas podía ser complaciente.

—Qué hay, Amory.

—Qué hay, Myra. —Con eso había descrito su estado de ánimo.

—Bueno, al fin has llegado.

—Bueno, ya te contaré. Supongo que no te has enterado del accidente de coche —empezó a fantasear.

Los ojos de Myra se abrieron del todo.

—¿De quién?

—Bueno —continuó desesperadamente—; mi tío, mi tía y yo.

—¿Se ha matado alguien?

Amory se detuvo e hizo un gesto.

—¿Tu tío? —una alarma.

—No, no, solamente un caballo; una especie de caballo gris.

El mayordomo de opereta se rió a hurtadillas.

—Seguro que han destrozado el motor —Amory le habría aplicado tormento, sin el menor escrúpulo.

—Bueno, vamos —dijo Myra con frialdad—. Ya comprendes, Amory, los trineos estaban pedidos para las cinco y todo el mundo estaba aquí, así que no podíamos esperar...

—Bueno, yo no tengo la culpa, ¿verdad?

—Mamá dijo que te esperara hasta las cinco y media. Cogemos el trineo antes de que llegue al Minnehaha Club, Amory.

El frágil equilibrio de Amory se vino abajo. Se imaginó al alegre grupo repicando por las calles nevadas, la aparición de la *limousine*, la horrible llegada de Myra y él ante todo el público, ante sesenta ojos cargados de reproches... y sus disculpas, verdaderas esta vez. Suspiró en voz alta.

—¿Qué hay? —preguntó Myra.

—Nada, estaba bostezando. ¿Crees realmente que podremos alcanzarles antes de que lleguen allí? —Secretamente estaba alimentando la débil esperanza de dirigirse directamente al Minnehaha Club para que el grupo les encontrara allí, ante el fuego, en aburrida soledad pero con mejor presencia de ánimo.

—Claro que sí, ¿verdad, Mike? Les alcanzaremos. De prisa.

Empezó a recuperar su sangre fría. En cuanto subieron al coche se dedicó a poner en práctica —dorando la pildora— un plan de combate que le habían colgado en la academia de baile, «un chico terriblemente guapo», «con cierto aire inglés».

—Myra —bajando la voz y escogiendo las palabras con tiento—, te pido mil perdones. ¿Serás capaz de perdonarme?

Ella miró con gravedad aquellos profundos ojos verdes, aquella boca que, para sus ilusiones juveniles, suponía la quintaesencia del romance. Por supuesto, Myra podía perdonarle con mucha facilidad.

—Claro que sí.

Él la contempló de nuevo y bajó los ojos, mostrando sus pestañas.

—Soy incorregible —dijo con tristeza—, soy diferente a los demás. No sé por

qué tengo que dar estos *faux pas*. Porque no me preocupo por mí, supongo. —Luego, brutalmente—: He estado fumando demasiado. He cogido el vicio del tabaco.

Myra se imaginaba las desenfundadas noches del tabaco, un pálido Amory que se tambaleaba por culpa de unos pulmones inundados de nicotina. Dio un suspiro.

—Oh, Amory, no fumes. Vas a destrozar tu *crecimiento*.

—Qué importa —insistió dramáticamente—. He cogido el vicio. Estoy haciendo muchas cosas que si mi familia supiera... —se detuvo para dar tiempo a que ella imaginara los más negros horrores—. La semana pasada fui a ver una revista.

Myra estaba rendida, y él volvió hacia ella sus verdes ojos.

—Eres la única chica de la ciudad que me gusta de verdad —dijo en un alarde de sentimientos—. Eres muy «simpática».

Myra no estaba segura de serlo; pero aquella palabra le sonaba muy bien.

Había oscurecido, y en una brusca vuelta del coche ella se echó encima de él; sus manos se tocaron.

—Tienes que dejar de fumar, Amory —le dijo—. Ya lo sabes.

El movió la cabeza.

—Qué importa eso a nadie...

Myra vaciló.

—Me importa a mí.

Algo se agitó en el interior de Amory.

—¡A ti sí que te importa! Lo que a ti te importa es Froggy Parker, todo el mundo lo sabe.

—No es verdad —muy suavemente.

Un silencio mientras Amory se estremecía. Había algo fascinante en Myra, encerrada en la intimidad del coche y al abrigo del aire frío y oscuro. Myra, un pequeño paquete de ropa, unas guedejas de pelo dorado que se desenroscaban bajo el gorro de lana.

—Yo también me he enamorado... —se detuvo porque oyó a lo lejos las risas de los jóvenes y, escudriñando la calle iluminada a través del cristal empañado, llegó a divisar la oscura silueta de los trineos. Tenía que actuar con rapidez. Se volvió con violencia y decisión y apretó la mano de Myra, su pulgar, para ser exactos.

—Dile que vaya derecho al Minnehaha. Tengo que hablar contigo. Necesito hablar contigo.

Myra alcanzó a ver los trineos, tuvo una fugaz visión de su madre y —adiós las buenas costumbres— contempló los ojos que estaban a su lado.

—Tome la primera bocacalle, Richard, y vaya derecho al Minnehaha Club —dijo por el telefonillo. Amory reclinó la espalda contra los almohadones con un suspiro de alivio.

«Ya la puedo besar —pensaba—. Apuesto a que la puedo besar».

El cielo estaba casi cristalino, un poco brumoso, y toda la fría noche vibraba de rica tensión. Desde la escalinata del club se extendían los caminos, pliegues oscuros sobre la blanca sábana. Grandes montones de nieve se acumulaban a los lados, como el rastro de gigantescos topos. Por un instante se detuvieron en los escalones, contemplando una luna blanca en fiestas.

—Ante una luna pálida como esa —Amory hizo un gesto lleno de vaguedad— la gente se vuelve más misteriosa. Pareces una bruja cuando te quitas el gorro, ese pelo enredado —ella quiso arreglarse el pelo—. Pero déjalo, está muy bien así.

Subieron la escalinata y Myra dirigió sus pasos a la habitación que él soñara, un fuego acogedor ante un profundo sofá. Unos años más tarde aquel rincón había de ser para Amory la cuna y el escenario de muchas crisis sentimentales. Por un momento estuvieron charlando acerca de trineos.

—Siempre hay un grupo de tímidos —comentó él—, sentados en la cola del trineo para espiarse, cuchichear y darse empujones. Y nunca falta tampoco esa chica bizca y rara —hizo una imitación terrible— que está siempre dando gritos a su carabina.

—Qué divertido eres —se admiró Myra.

—¿Qué quieres decir con eso? —dijo Amory, preocupado de nuevo del terreno que pisaba.

—Nada, que siempre estás diciendo cosas divertidas. ¿No quieres venir mañana a esquiar con Marylyn y conmigo?

—No me gustan las chicas durante el día —dijo secamente; pensando que había sido un tanto rudo, añadió—: Pero tú sí que me gustas. —Se aclaró la voz—: Primero me gustas tú, segundo tú y tercero tú.

Los ojos de Myra se volvieron soñadores. ¡Lo que iba a contar a Marylyn! El estar aquí, en el sofá, con aquel chico encantador, el fuego, la sensación de estar solos en todo el edificio.

Myra capituló. El ambiente era muy apropiado para ello.

—Y a mí me gustas primero tú hasta veinticinco —confesó ella, con voz temblorosa—; y Froggy Parker el veintiséis.

Froggy no tenía idea de que había perdido veinticinco puestos en una hora.

En cambio, Amory, sobre la marcha, se inclinó con decisión y la besó en la mejilla. Nunca hasta entonces había besado a una muchacha y paladeó los labios con curiosidad, como para degustar una fruta desconocida. Los labios de los dos se rozaron, como flores campesinas mecidas por el viento.

—Somos terribles —Myra suspiró con ternura. Deslizó su mano entre las de él y apoyó su cabeza en su hombro. Una repentina repugnancia se apoderó de Amory; disgusto y hastío por todo el incidente. Deseó frenéticamente estar muy lejos, no volver a ver a Myra, no volver a besar nunca más; atento a sus dos caras, a sus dos

manos entrelazadas, deseó escabullirse fuera de su cuerpo para esconderse en cualquier lugar seguro y oculto, en el más apartado rincón de su mente.

—Bésame otra vez —la voz de ella parecía llegar desde un extenso vacío.

—No quiero —se oyó decir a sí mismo. Hubo otra pausa—. ¡No quiero! —repitió apasionadamente.

Myra se incorporó, las mejillas encendidas, la vanidad herida. La nuca le temblaba nerviosamente.

—¡Te odio! —gritó—. ¡No te atrevas a dirigirme otra vez la palabra!

—¿Cómo? —tartamudeó Amory.

—Le voy a decir a mamá que me has besado. ¡Se lo diré! Se lo voy a decir. ¡Y no me dejará más salir contigo!

Amory se incorporó para contemplarla indefenso, como si se tratara de un animal de cuya presencia en la tierra no se hubiera percatado hasta ese momento:

La puerta se abrió inopinadamente y la madre de Myra apareció en el umbral.

—¡Vaya! —empezó, ajustándose los impertinentes—. Me dijo el conserje que estaban aquí arriba. ¿Cómo estás, Amory?

Amory observó a Myra mientras esperaba el estallido, pero no ocurrió nada. Los pucheros se evaporaron, empalideció el rojo y la voz de Myra era tan plácida como un lago de verano cuando contestó a su madre.

—Salimos tan tarde, mamá, que pensé que era mejor...

De abajo llegaban los gritos y risas —mientras Amory seguía a madre e hija bajando las escaleras— mezclados con el insulso aroma de los bizcochos y el chocolate caliente. El sonido del gramófono era acompañado por las voces de muchas chicas que tarareaban la canción, cuando sintió nacer y extenderse por encima de él un pálido fulgor.

Casey Jones subió a la cabaña,
Casey Jones, con las órdenes en la mano.
Casey Jones, subió a la cabaña
para marchar hacia la tierra de promisión.

Instantáneas del joven ególatra

Casi dos años estuvo Amory en Minneapolis. Durante el primer invierno usaba mocasines que en un principio se pusieron amarillos pero que sucesivas aplicaciones de polvo y grasa los devolvieron a su natural tono, un pardo verdoso y mate; vestía un corto balandrán gris y una gorra roja de tobogán. Su perro, el «Conde del Monte», se

comió la gorra roja, y su tío le tuvo que regalar una gris que le tapaba toda la cara. Lo malo era que, al respirar a través de ella, se le helaba el aliento; un día con aquella maldita gorra se le helaron las mejillas. Se las restregó con nieve, pero siguieron conservando un tono azul oscuro.

El «Conde del Monte» se comió también una caja de añil que por el momento no le hizo mucho daño. Posteriormente, sin embargo, perdió sus facultades mentales; correteaba locamente por las calles, se golpeaba contra las vallas, se revolcaba en las zanjas y así siguió, llevando una vida un tanto excéntrica, hasta que Amory le perdió de vista. Amory se lamentaba al acostarse.

—Pobre «Conde» —lloraba—, ¡pobrecillo «Conde»!

Pero a los pocos meses empezó a sospechar que el «Conde» había sido un redomado actor.

Amory y Frog Parker consideraban que la mejor frase de la literatura se encontraba en el acto III de *Arsenio Lupin*.

Todas las *matinéés* de los miércoles y los sábados acudían a su butaca de primera fila. La frase era la siguiente:

«Si uno no puede llegar a ser un gran artista o un general, lo mejor es ser un gran criminal».

Amory se enamoró de nuevo y escribió este poema:

Marylyn y Sally
las chicas para mí.
Marylyn a Sally es superior
en tierno y profundo amor.

Le preocupaba si McGovern, de Minnesota, sería el primero o el segundo en el «americano cien por cien»; cómo hacer juegos de manos y cartas, las corbatas camaleónicas, cómo nacían los niños y, en fin, si Brown «Tres-Dedos» era realmente mejor *pitcher* que Christie Mathewson.

Entre otras cosas leyó: *Por el honor del colegio*, *Mujercitas (dos veces)*, *La ley de todos*, *Safo*, *El peligroso Dan McGrew*, *El camino real (tres veces)*, *La caída de la casa Usher*, *Tres semanas*, *Mary Ware, la compañera del pequeño coronel*, *Gungha Din*, *La Revista Policiaca* y *Jim-Jam Jems*.

Había hecho suyas las ideas de Henty sobre la historia y le encantaban las novelas policiacas de Mary Roberts Rinehart.

El colegio echó a perder su francés y le inculcó una cierta aversión a los autores clásicos. Sus profesores le tenían por un chico holgazán, inadaptado y de una inteligencia superficial.

Coleccionaba los rizos de las cabelleras de muchas chicas y usaba los anillos de algunas de ellas. La manía de morderlos y deformarlos le impidió tener más anillos, aparte de que provocaba la sospecha y la envidia del siguiente usuario.

Durante los meses de verano Amory y Frog Parker iban todas las semanas a la función de teatro. A la salida paseaban por las avenidas Hennepin y Nicollet, a través de la alegre muchedumbre, soñando en el aire embalsamado de las noches de agosto. Todavía no comprendía Amory cómo la gente no se daba cuenta de que era un joven destinado a la gloria; y cuando de entre la multitud se volvían a mirarle unos ojos ambiguos, adoptaba la más romántica de las expresiones para caminar por encima de las burbujas que pavimentan el camino de los adolescentes.

Siempre, cuando se acostaba, oía voces: voces indefinidas, apagadas, fascinadoras, que venían del otro lado de la ventana para sumirle en uno de sus sueños favoritos: llegar a ser un gran jugador o el general más joven del mundo, condecorado por su acción en la invasión japonesa. Siempre se trataba de lo que llegaría a ser, nunca de lo que era. Este era otro rasgo característico de Amory.

El código del joven ególatra

En el momento de volver a Lake Geneva su aspecto era tímido pero alumbrado de un fuego interior: llevaba sus primeros pantalones largos, una corbata acordeón color púrpura en uno de esos cuellos de camisa altos, redondos, con los bordes unidos; unos calcetines de color púrpura y un pañuelo con un ribete también púrpura que asomaba del bolsillo superior. Pero sobre todo había formulado ya su primera filosofía, esto es, unas reglas de conducta que, a falta de otro nombre, constituían una especie de aristocrática egolatría.

Se había convencido de que sus intereses le llevaban a asociarse con cierto voluble personaje llamado —al objeto de identificar su pasado con él— Amory Blaine. Amory se tenía por un joven afortunado, capaz de extenderse hasta el infinito

tanto por el bien como por el mal. No se consideraba un «carácter fuerte», pero confiaba en su facilidad (porque aprendía las cosas de prisa) y en su gran inteligencia (porque había leído un montón de libracos). Se sentía orgulloso de su incapacidad para llegar a ser un genio de la mecánica o de la ciencia, pero no estaba dispuesto a renunciar a cualesquiera otras glorias.

Físicamente. Amory tenía la certeza absoluta de que era extraordinariamente hermoso. Lo era. Se tenía por un atleta de infinitas posibilidades y por un bailarín consumado.

Socialmente. En este campo, sus condiciones eran, quizás, más peligrosas. Había otorgado gratuitamente a su persona encanto, amabilidad, magnetismo, equilibrio, el poder de dominar a todos los varones contemporáneos suyos y el don de fascinar a todas las mujeres.

Mentalmente. Una superioridad absoluta fuera de toda discusión.

Pero aquí es necesario poner las cosas en claro. Amory tenía una conciencia puritana. Y aunque no se sometiera a ella —más tarde en su vida llegó a acallarla por completo—, a los quince años le inducía a considerarse como un chico peor que los demás..., carente de escrúpulos..., deseoso de tener influencia a cualquier precio, incluso para el mal...; un tanto frío y carente de afecto, capaz de llegar a la crueldad...; un voluble sentido del honor..., un feroz egoísmo..., un extraño y furtivo interés en todo lo relativo al sexo.

Además, una singular vena débil atravesaba toda su personalidad..., una frase violenta en labios de un chico mayor (los mayores en general le detestaban) era bastante para alterar todo su equilibrio y sumirle en una huraña animosidad, en una tímida estupidez... esclavo de su propia vanidad, aunque se sentía capaz de cierta audacia y valor, no tenía coraje ni perseverancia ni dignidad.

Esa vanidad, matizada de sospechas ya que no de conocimientos; una imagen de la gente como autómatas sujetos a su voluntad; el anhelo de ganar al mayor número posible de compañeros y de alcanzar una indefinida cumbre... constituían todo el equipaje con que Amory se embarcó en la adolescencia.

Preparativos para la gran aventura

El tren se detuvo con languidez estival en Lake Geneva cuando Amory divisó a su madre esperando en el andén, subida al electromóvil. Era un electromóvil de modelo antiguo, pintado de gris. La primera visión que tuvo de ella, erguida y esbelta, aquel rostro donde se combinaban la belleza y dignidad para fundirse en una soñadora sonrisa, le llenó de un súbito orgullo. Tan pronto como, tras un frío beso, subió al

electromóvil sintió miedo de haber perdido el necesario encanto para equipararse con ella.

—Querido, qué alto estás... Mira a ver si viene algo por detrás.

Mirando a derecha e izquierda, se deslizó prudentemente a cuatro kilómetros por hora, encareciendo a Amory que actuara de vigía; en un cruce frecuentado le obligó a descender para correr por delante y señalar su presencia, como si fuera un policía de tráfico. Beatrice conducía, lo que se dice, prudentemente.

—Estás muy alto... pero muy guapo. Ya has pasado la edad del pavo, dieciséis años. A lo mejor es a los catorce o quince. Ya no me acuerdo. Pero ya la has pasado.

—No me avergüences —murmuró Amory.

—Pero, querido, ¡qué traje más raro! Parece que eres de un equipo, ¿verdad? La ropa interior, ¿también es de color púrpura?

Amory gruñó desabridamente.

—Tienes que ir a Brooks por algún buen traje. Ah, tenemos que hablar seriamente esta noche; o mejor, mañana por la noche. Quiero que hablemos de tu corazón; probablemente has descuidado tu corazón sin darte cuenta.

Amory cavilaba sobre lo superficial que era la capa que abrigaba a su generación. Dejando aparte una pasajera timidez, sintió que el cinismo que caracterizaba sus relaciones con su madre seguía intacto. Durante los primeros días vagabundó por los jardines, a lo largo de la costa, en un estado de extrema soledad, contentándose con el letárgico consuelo de fumar *Bulls* en el garaje, en compañía de uno de los choferes.

Las veinticuatro hectáreas de la finca estaban sembradas de antiguas y recientes casas veraniegas; muchas fuentes y bancos blancos saltaban de pronto a la vista tras el colgante follaje de los escondrijos; existía una gran familia de gatos blancos, siempre en aumento, que deambulaban entre los macizos de flores y por las noches, de repente, aparecían sus siluetas sobre los oscuros troncos. En uno de aquellos senderos umbrosos Beatrice, al fin, apresó a Amory, una vez que Mr. Blaine, como de costumbre, se había retirado al caer la tarde a su biblioteca. Tras reprocharle que tratara de evitarla, tuvo con él un largo *tête-à-tête* al claro de luna. Pero él a duras penas podía sentirse a gusto con aquella belleza —progenitura de la suya—, las formas exquisitas de su cuello y sus hombros, las gracias de una mujer afortunada en sus treinta años.

—Amory, querido —musitó con ternura—; qué época más ingrata y extraña desde que te fuiste.

—¿Por qué, Beatrice?

—Cuando tuve mi última crisis —se refería a ello como a algo irresistible e indomable— los médicos me confesaron que si un hombre hubiera bebido de la forma que yo lo hice —su voz adquirió el acento de las confidencias— estaría ahora *deshecho* físicamente, en la tumba. Hace mucho que estaría en la *tumba*.

Amory respingó; se imaginaba cómo habría sonado aquello a Froggy Parker.

—Sí —continuó Beatrice, con tono de tragedia—, tenía sueños, visiones maravillosas —se apretó los ojos con las palmas de las manos—. He visto ríos de bronce corriendo entre riberas de mármol y grandes pájaros que volaban a mucha altura; pájaros multicolores, de plumaje brillante. He escuchado músicas muy extrañas y el fulgor de las trompetas de los bárbaros... ¿Qué?

Amory se reía a hurtadillas.

—¿Qué decías, Amory?

—Nada, nada. Continúa, Beatrice.

—Eso es todo; me ha ocurrido muchas veces: jardines de llamativos colores junto a los cuales este te parecería gris; lunas que giraban y se balanceaban, más pálidas que las lunas de invierno, más doradas que las lunas de las eras.

—Y ahora, ¿cómo te sientes Beatrice?

—Perfectamente, como nunca. Pero no me entienden. No puedo explicarlo, Amory..., pero no me entienden.

Amory se había emocionado. Rodeó a su madre con su brazo, acariciando su cabeza contra el hombro de ella.

—Pobre Beatrice, pobre Beatrice.

—Pero hablame *de ti* Amory. ¿También para ti han sido terribles estos dos años?

Amory pensó primero en mentir, pero decidió no hacerlo.

—No, Beatrice. Me he divertido mucho. Me he adaptado a la burguesía. Me he convertido en una persona normal —se sorprendió de confesar semejante cosa y se imaginó la mueca de Froggy—. Beatrice —dijo de improviso—, me gustaría ir al colegio. Todo el mundo en Minneapolis va interno al colegio.

Beatrice mostró una cierta alarma.

—Sólo tienes quince años.

—Pero todo el mundo va al colegio a los quince años; y yo quiero ir, Beatrice.

Por indicación de Beatrice el asunto fue demorado el resto del paseo; pero una semana más tarde le sorprendió agradablemente al decirle:

—Amory, he decidido hacer lo que quieres. Si todavía lo deseas, puedes ir al colegio.

—¿De verdad?

—Al St. Regis, en Connecticut.

Amory tuvo una repentina emoción.

—Ya está todo arreglado —continuó Beatrice—. Es mejor que vayas. Hubiera preferido llevarte a Eton y después al Christ Church, en Oxford, pero es casi imposible en estos tiempos. Y decidiremos la cuestión de la universidad más adelante.

—¿Qué vas a hacer tú, Beatrice?

—Dios sabe. Parece que mi destino es malgastar mi tiempo en este país. No es que lamente ser americana, eso es propio de gente vulgar; creo que nos estamos convirtiendo en una gran nación, pero —aquí suspiró— siento que mi vida debería haber transcurrido en una civilización más vieja y madura, en una tierra de praderas y sombras otoñales.

Amory no contestó; su madre continuó:

—Es una pena que no conozcas el extranjero; pero como eres hombre es mejor que te eduques aquí, al amparo del águila acechante..., ¿es ese el término correcto?

Amory lo confirmó. Decididamente su madre no habría apreciado la invasión japonesa.

—¿Cuándo iré al colegio?

—El mes que viene. Primero irás hacia el Este, para tus exámenes. Y después tendrás una semana de vacaciones para hacer una visita, en el Hudson arriba.

—¿A quién?

—A monseñor Darcy, Amory. Quiere verte. Estuvo en Harrow y Yale y después se hizo católico. Quiero que hable contigo porque te puede ayudar mucho —apretó su pelo castaño con cariño—: Amory querido, Amory querido...

—Beatrice querida...

A primeros de septiembre Amory, provisto de «seis mudas de ropa interior de verano, seis mudas de ropa interior de invierno, un jersey, una camiseta de lana, un abrigo, etc.», salió para Nueva Inglaterra, el país de los colegios.

Allí se encuentran Andover y Exeter, con sus recuerdos de la Nueva Inglaterra muerta, colegios amplios como democracias; St. Mark, Groton, St. Regis con su gente de Boston y los *Knickerbocker* de Nueva York; St. Paul, con sus grandes canchas; Pomfret y St. George, para la gente próspera y bien vestida; Taft y Hotchkiss, que preparan a los ricos del Medio Oeste para su triunfo en Yale; Pawling, Westminster, Choate, Kent y un centenar más; todos dispuestos a desbatar, año tras año, al mismo tipo acomodado, convencional y presumido; de estimular sus aptitudes mentales mediante exámenes de ingreso y vagos propósitos expuestos en centenares de folletos: «A fin de comunicarle la educación mental, moral y física que corresponde al caballero cristiano; al objeto de adaptar al joven *para enfrentarse con los problemas de su tiempo y de su generación* y proporcionarle, al mismo tiempo, una sólida formación en las artes y las ciencias».

En St. Regis permaneció tres días y llevó a cabo sus exámenes de ingreso con altiva confianza. Después fue a Nueva York, de paso para su famosa visita. La metrópoli, apenas entrevista, le produjo poca impresión, a no ser por la sensación de limpieza que le dieron los rascacielos blancos desde el vaporcito del Hudson, una mañana muy temprano. Por otra parte, su mente estaba tan ocupada por los sueños de

proezas atléticas en el colegio que no podía por menos de considerar esa visita como un engorroso preámbulo a la gran aventura. Sin embargo no fue así.

La casa de monseñor Darcy era una antigua y confusa residencia situada en lo alto de una colina que dominaba el río, donde su propietario vivía —cuando no tenía que viajar a todas las partes del mundo católico— como un Estuardo en el exilio, esperando en todo momento ser llamado a gobernar su tierra. Monseñor tenía entonces cuarenta y cuatro años, era una persona bulliciosa, que rebosaba salud, con una brillante y contagiosa personalidad. Cuando entraba en una habitación, vestido de púrpura de pies a cabeza, parecía un crepúsculo de Turner y atraía atención y respeto. Había escrito dos novelas: la primera, violentamente anticatólica, un poco antes de su conversión, seguida de otra cinco años más tarde, en la que había transformado todos sus hábiles argumentos contra los católicos en —más hábiles todavía— sátiras contra los episcopalianos. Era muy ceremonioso, con grandes dotes dramáticas: amaba a Dios lo bastante como para seguir célibe y se llevaba bien con sus vecinos.

Los niños le adoraban porque era uno más entre ellos; los jóvenes disfrutaban de su compañía, porque siendo uno de ellos, de nada se escandalizaba. De haber nacido en su país y en su siglo podría haber sido un Richelieu; pero en verdad se trataba de un hombre muy honesto, muy religioso (aunque no beato), que envolvía en grandes misterios sus desgastadas influencias y que —aunque no disfrutara de ella— sabía apreciar la vida en toda su extensión.

Desde el primer momento él y Amory se entendieron a la perfección. A la media hora de conversación entre aquel prelado jovial y brillante, capaz de deslumbrar la concurrencia de un baile de embajada, y aquel joven atento, de ojos verdes, en sus primeros pantalones largos, ambos se consideraban como padre e hijo.

—Hijo mío, te he estado esperando durante años. Siéntate ahí que tenemos para rato.

—Vengo del colegio. St. Regis, ya sabe usted.

—Me lo dijo tu madre, ¡qué mujer notable! Coge un cigarrillo, estoy seguro de que fumas. Bueno, si te pareces a mí, no te gustarán las ciencias ni las matemáticas...

—No me gustan nada. Ni el inglés, ni la historia...

—Naturalmente. El colegio no te gustará al principio. Pero me alegro de que vayas a St. Regis.

—¿Por qué?

—Es un colegio para caballeros; no te infectarás de democracia tan pronto. Ya tendrás de eso en la universidad, para dar y tomar.

—Me gustaría ir a Princeton —dijo Amory—. No sé por qué pero me parece que todos los de Harvard son un poco niñas, como yo lo era antes; y todos los de Yale llevan jerseys azules y fuman en pipa.

Monseñor sonrió.

—Yo soy uno de ellos, ya lo sabes.

—Pero usted es distinto. Los de Princeton son todos unos vagos, guapos y aristocráticos como un día de primavera. Harvard tiene un tufo a interior...

—Eso es.

Los dos se dejaban deslizar hacia una intimidad de la que nunca habían de liberarse.

—Yo era partidario del príncipe Charlie —informó Amory.

—Naturalmente, y de Aníbal. —Sí, y también de la Confederación del Sur. En cambio, no estaba demasiado seguro acerca de los patriotas irlandeses (se temía que ser irlandés era algo vulgar), pero monseñor le aseguró que Irlanda era una causa perdida pero romántica y que los irlandeses, gente encantadora, constituirían uno de sus principales apegos.

Tras una densa hora, con unos cuantos cigarrillos más, en la cual supo monseñor para su sorpresa, ya que no para su horror, que Amory había sido educado en el seno de la religión católica, le anunció que esperaba a otro visitante. No era otro que el honorable Thornton Hancock, de Boston, ex ministro en La Haya, autor de una erudita historia de la Edad Media y último vastago de una distinguida, patriótica y brillante familia.

—Viene aquí a descansar —dijo monseñor en tono confidencial, como si Amory fuera un contemporáneo suyo—. Yo soy como un sedante para las fatigas del agnosticismo y creo ser la única persona que sabe que esa vieja y seria cabeza ha naufragado y busca ansiosa una tabla firme —como la de la Iglesia— a la que agarrarse.

Aquel primer almuerzo fue uno de los acontecimientos memorables de la juventud de Amory. Estaba radiante y le dedicó todo su peculiar encanto. Monseñor, a fuerza de preguntas y sugerencias, supo sacarle lo mejor que llevaba dentro, y Amory conversó con ingenio y agudeza acerca de mil impulsos y deseos, anticipaciones, esperanzas y temores. El y monseñor llevaron el peso de la charla, mientras el anciano —con su mentalidad menos receptiva y complaciente pero no más fría— parecía contento con escuchar y recibir el cálido resplandor que emanaba de los otros dos. Monseñor siempre había hecho, a mucha gente, el efecto de un rayo de sol, y —aunque más en su juventud que en su madurez— lo mismo le ocurría a Amory, que nunca se mostró tan espontáneo como en aquella ocasión.

«Un chico brillante —pensó Thornton Hancock, que había conocido la crema de dos continentes y había tenido ocasión de hablar con Parnell, Gladstone y Bismarck, para añadir más tarde a monseñor—: pero no se debería confiar su educación ni a una escuela ni a un colegio».

Sin embargo, durante los cuatro años que siguieron, la mejor parte del intelecto de Amory estuvo concentrada sobre temas mundanos y sobre las triquiñuelas del sistema

universitario y de la sociedad americana representada por los tés de Baltimore y las canchas de golf de Hot Springs.

... En suma, una semana maravillosa, testigo de la consagración de la mente de Amory, de la confirmación de un centenar de sus teorías y de la cristalización de su apetito de vivir en mil habitaciones diferentes. No es que la conversación fuera un tanto académica —¡no, por Dios! Amory sólo tenía una idea muy vaga de quién era Bernard Shaw—, pero monseñor supo representar tanto al «amado vagabundo» como a «sir Nigel», cuidando de que Amory se sintiera siempre a sus anchas.

Pero ya estaban sonando los clarines que anunciaban la primera escaramuza de Amory con su propia generación.

—No te duela marcharte. Entre gente como nosotros —dijo monseñor— nuestro lugar está precisamente donde no estamos.

—Qué lástima...

—Nada de lástima. No hay en el mundo persona imprescindible para ti o para mí.

—Bueno...

—Adiós.

El ególatra abatido

Los dos años de St. Regis, con sus altos y bajos de fracasos y triunfos, significaron en la vida de Amory lo poco que todo colegio preparatorio, aplastado bajo el peso de las universidades, supone para la vida americana en general. En América no existe un Eton donde se cimiente la conciencia de la clase gobernante; en lugar de eso no hay más que colegios limpios, insulsos e inocuos.

Al principio todo le fue mal; era universalmente detestado y considerado al mismo tiempo despreciable y arrogante. Jugaba al fútbol intensamente, simultáneamente impulsado por una brillante audacia y una tendencia a rehuir el peligro en cuanto un mínimo de pudor lo permitiera. En una ocasión en que era preso de un terror pánico, rehusó luchar con un chico de su tamaño, ante un coro de insultos. Sin embargo, una semana más tarde se enfrascó en una lucha con otro mucho mayor, de la que salió machacado pero orgulloso de sí mismo.

Era rencoroso con toda clase de autoridad, lo que, combinado con la pereza y el desinterés por el trabajo, exasperaba a sus profesores. Fue perdiendo el humor y se tenía a sí mismo por un paria; andaba enfurruñado por los rincones y se dedicaba a leer después de la queda. Con miedo a quedarse solo, se hizo unos cuantos amigos, que, como no eran la crema del colegio, los utilizaba tan sólo como espejos de sí mismos, para adoptar ante ellos —lo que era esencial para él— sus posturas de

siempre. Era desesperadamente desgraciado, se encontraba intolerablemente solo.

Pero también tenía algunos consuelos. Cuando se hallaba deprimido, su vanidad era lo último en irse a pique; era una gran satisfacción oírle decir a «Wookey-wookey» —el viejo portero sordo— que él era el chico más guapo que había visto en su vida. E igualmente le había complacido convertirse en el hombre más joven y rápido del equipo de fútbol, o que el doctor Dougall asegurase, al término de una acalorada conferencia, que si se lo propusiera podría obtener las mejores notas de la clase.

Abatido, aislado y enemistado con sus compañeros y profesores, transcurrió su primer curso. Pero en Navidad regresó a Minneapolis, los labios crispados e incomprensiblemente contento.

—Al principio lo extrañaba todo —le dijo a Froggy Parker con aires paternos—, pero enseguida me impuse. El más rápido del equipo. Deberías ir a un colegio, Froggy. Es una gran cosa.

Incidente con el bienintencionado profesor

La última noche que pasaba en la escuela al final de su primer curso, Mr. Margotson, el profesor encargado, ordenó a Amory que se personara en su habitación. Amory sospechó que le venía una reprimenda y se propuso recibirla cortésmente porque el tal Mr. Margotson siempre había demostrado una buena disposición para con él. Tosió unas cuantas veces y le miró afablemente, consciente de que pisaba un terreno delicado.

—Amory —empezó—, te he mandado llamar para una cuestión personal.

—Sí, señor.

—Te he venido observando todo el curso y... yo te aprecio. Creo que hay en ti condiciones para... para llegar a ser una gran persona.

—Sí, señor —Amory logró pronunciar. Le repugnaba la gente que le trataba como a una calamidad.

—Pero he observado —continuó el profesor, impasiblemente— que no tienes muchos amigos entre tus compañeros.

—No, señor —Amory humedeció sus labios.

—Ah, creía que no ibas a entender de qué se trata..., lo que ellos piensan. Te lo voy a decir, porque yo creo que cuando un joven conoce sus dificultades está mejor capacitado para... resolverlas, para llegar a ser lo que los demás esperan de él. —Carraspeó de nuevo con delicada reticencia y continuó—: Los chicos piensan que eres... demasiado novato...

Amory no pudo aguantar más. Se levantó del asiento controlando su voz a duras penas.

—¡Ya lo sé! ¿Cree usted que no lo sé? —levantó la voz—. Sé de sobra lo que piensan. No es necesario que usted me lo repita —se detuvo—. Ya estoy..., tengo que volver..., espero no haber sido demasiado violento.

Abandonó la habitación apresuradamente. En el aire fresco de la noche, al volver hacia su cuarto, se regocijaba de haber rechazado aquella ayuda.

—¡Maldito viejo! —gritaba ferozmente—. ¡Cómo si yo no lo supiera!

Con todo, decidió que aquello constituía una excelente excusa para no volver aquella noche al estudio; así que, tranquilamente, se metió en la cama, mordisqueó unos nabiscos y terminó de leer *La compañía blanca*.

Incidente con la joven maravillosa

Su buena estrella brilló nuevamente en aquel febrero. Nueva York resplandecía en el aniversario de Washington con el esplendor de un acontecimiento largo tiempo esperado.

Aquella blancura contra el cielo azul oscuro había dejado una impresión que rivalizaba con la de las ciudades soñadas de Arabia. Pero esta vez llegó a verla con luz eléctrica; el romance fluía desde los luminosos de Broadway hasta los ojos de las mujeres del Astor, donde él y el joven Paskert, otro de St. Regis, habían ido a cenar. Cuando atravesaron el patio de butacas, saludados por los nerviosos y brillantes acordes de los violines desafinados y la fragancia, pesada y sensual, de tanta pintura y polvos, sintió que se movía en una esfera de epicúreas delicias. Todo le encantaba. La obra era *El pequeño millonario*, con George M. Cohan, y actuaba una asombrosa morenita, cuya danza le dejó sentado, extasiado y absorto.

Oh, tú, mujer maravillosa,
qué maravillosa mujer.

Cantó el tenor y Amory —en secreto pero apasionadamente— asintió.

Tus palabras encantadoras
me subyugan...

Los violines crecieron y tremolaron en las últimas notas, la morena se abatió en la

escena como una mariposa, y una explosión de aplausos llenó la sala. ¡Ay, caer enamorado de tal manera, con la lánguida y mágica melodía de esa canción!

La escena final tenía lugar en una terraza; los violoncelos suspiraban a una luna musical mientras se sucedían en la escena las ligeras aventuras de una fácil y burbujeante comedia. Amory estaba sobre ascuas; no deseaba otra cosa que llegar a ser un habitual de las terrazas, encontrar una chica como aquella —o mejor, aquella misma, el pelo bañado del dorado resplandor de la luna—, al tiempo que tras ellos un camarero exótico servía el vino. Cuando cayó el telón por última vez dio un suspiro tan largo que el público a su alrededor se volvió a mirarle y decir en alta voz:

—¡Qué joven tan notable!

Fue lo que le sacó de su ensimismamiento para preguntarse si realmente había de parecer interesante a la gente de Nueva York.

Paskert y él se dirigieron sin pronunciar palabra hacia el hotel. El primero rompió el silencio; su incierta voz de quince años turbó con sus acentos melancólicos las meditaciones de Amory.

—Me casaría con esa mujer esta misma noche.

No había necesidad de preguntar a quién se refería.

—Me sentiría orgulloso de llevarla a casa y presentarla a mi familia.

Amory, evidentemente, estaba impresionado. Le habría gustado decirlo en lugar de Paskert. Porque parecían palabras maduras.

—Pienso en esas actrices. ¿Serán todas malas chicas?

—No, señor, ni por asomo —respondió con énfasis el joven mundano—. Me atrevo a afirmar que esa chica es oro puro.

Pasearon mezclándose con la muchedumbre de Broadway, soñando con la música que remolineaba a la puerta de los cafés. Dentro y fuera llameaban caras nuevas como miríadas de luces, pálidas y encendidas, fatigadas pero sostenidas por su propia excitación. Amory las contemplaba fascinado. Ya estaba planeando su vida. Viviría en Nueva York, conocido en todos los cafés y restaurantes, elegantemente vestido desde la tarde hasta la madrugada, para dormir durante las largas y aburridas horas de la mañana.

—Sí, señor, me casaría con esa mujer esta misma noche.

En tono heroico

Octubre de aquel segundo y último año en St. Regis fue un hito en la vida de Amory. El partido con Groton se jugó desde las tres de una tarde chispeante y alegre hasta un enervado y otoñal crepúsculo. Amory, de medio centro, exhortando a sus compañeros

con salvaje desesperación, ensayando imposibles maniobras, gritando órdenes con una voz que había quedado reducida a un áspero y violento rugido, sabía con todo sacarle el jugo a aquel ensangrentado vendaje alrededor de su cabeza y al esforzado y glorioso heroísmo de tantos miembros y cuerpos doloridos que se zambullían para golpearse entre sí. Durante unos minutos el coraje corrió como el vino en una tarde de noviembre, sintiendo en su interior al eterno héroe, el pirata sobre la proa de la galera nórdica, Rolland u Horacio, sir Nigel o Ted Coy, arañado y hecho jirones pero volviendo siempre a la brecha para rechazar la horda, mientras a lo lejos una tormenta de entusiasmo... hasta que, magullado y deshecho, pero siempre esquivo, después de dar toda la vuelta a la línea regateando y cambiando el paso y con los brazos extendidos..., cayó tras la meta del Groton con dos hombres agarrados a sus piernas, en el único tanto del partido.

La filosofía del trepador

Con el orgullo que el éxito y el sexto curso le otorgaban, Amory contemplaba con cínico asombro su situación del año anterior. Había cambiado todo lo que Amory Blaine podía cambiar. Amory más Beatrice más dos años en Minneapolis eran todos sus ingredientes cuando llegó a St. Regis. Así como los años de Minneapolis no le cubrieron de una capa lo bastante espesa como para que el componente «Amory más Beatrice» pasara inadvertido a los inquisitivos ojos del colegio, en cambio St. Regis, tras despojarle dolorosamente de su Beatrice, había comenzado a revestirle de su nueva, más normal y fundamental apariencia. Sin embargo, tanto Amory como St. Regis no se percataban del hecho de que este nuevo Amory fundamental apenas había cambiado. Aquellas cualidades que tanto le habían hecho sufrir, sus frivolidades, su tendencia al amaneramiento, su pereza y su afición a hacer el payaso, se tomaban ahora como cosa natural; excentricidades de un gran defensa, de un brillante actor, del redactor del *St. Regis Tattler*; no podía por menos de extrañarle cómo algunos jovencitos impresionables imitaban ahora las mismas vanidades que poco tiempo atrás habían sido sus despreciables flaquezas.

Tras la temporada de fútbol se dejó llevar hacia una soñadora alegría. La noche del baile de despedida logró escabullirse para meterse temprano en la cama por el placer de escuchar la música de los violines que llegaba a su ventana a través del césped. Consumía las noches soñando con secretos cafés de Montmartre, donde mujeres marfileñas descubrían los secretos de diplomáticos y soldados de fortuna, mientras la orquesta atacaba valeses húngaros y el aire exótico se enrarecía de intrigas, claro de luna y aventuras. Durante la primavera leyó *L'Allegro*, por obligación, y se

sintió transportado a las más líricas expresiones sobre las cosas de Arcadia y las flautas de Pan. Corrió la cama para ser despertado por el primer sol de la mañana; se vestía al punto y se balanceaba en el rústico columpio que colgaba de un manzano vecino al pabellón de sexto curso. Se columpiaba con ahínco para subir cada vez más alto, hasta sentir que se balanceaba sobre el vacío, una tierra encantada poblada de sátiros flautistas y ninfas con las caras y melenas que había encontrado en las calles de Eastchester. Cuando el columpio alcanzaba su punto culminante, Arcadia se situaba sobre la cima de cierta colina donde la oscura carretera se perdía de vista hasta reducirse a un punto dorado.

Toda aquella primavera, al principio de sus dieciocho años, leyó mucho: *El caballero de Indiana*, *Las nuevas noches de Arabia*, *La moral de Marcus Ordeyne*, *El hombre, que fue Jueves* —que le gustó, pero que no comprendió—, *Stover en Yale* —que se convirtió en algo así como su libro de cabecera—, *Dombey e hijo* —porque pensaba que ya era hora de leer cosas buenas—; todo Robert Chambers, David Graham Phillips y E. Phillips Oppenheim y unos pocos fragmentos de Tennyson y Kipling. De entre sus deberes, solamente *L'Allegro* y los sólidos de Geometría —por su rígida claridad— lograron despertar su lánguido interés.

A medida que se acercaba junio sentía más necesidad de conversación y, para su sorpresa, encontró en Rahill, el presidente del sexto curso, un compañero de meditaciones. A lo largo de muchas charlas por la carretera, tumbados boca abajo en el borde del campo de béisbol o ya de noche, mientras sus cigarrillos brillaban en la oscuridad, desmenuzaban todas las cuestiones relativas al colegio y forjaron y desarrollaron el modelo del trepador.

—¿Tienes tabaco? —murmuró Rahill una noche, asomando la cabeza por la puerta cinco minutos después de la queda.

—Claro.

—Allá voy.

—Coge un par de almohadas y échate en el antepecho de la ventana.

Amory se sentó en la cama y encendió un cigarrillo mientras Rahill se acomodaba para la conversación. El tema favorito de Rahill era el futuro de sus compañeros de sexto curso, y Amory no se cansaba de comentarlo para halagarle.

—¿Ted Converse? Muy fácil. No aprobará el examen y se pasará el verano dando clase en Harstrum; entrará en Sheff con cuatro suspensos y abandonará en la mitad del primer curso. Se volverá al Oeste para divertirse durante un año o así hasta que su padre le meta en el negocio de pinturas. Se casará y tendrá cuatro hijos, todos de cabeza dura. Pensará que St. Regis arruinó su vida y enviará a los hijos a la escuela de Portland. Morirá a los cuarenta y un años de ataxia locomotora, y su mujer hará donación a la iglesia presbiteriana, de una pila bautismal, o como se llame eso, con su nombre grabado...

—Basta ya, Amory. Demasiado siniestro. ¿Qué tienes que decir acerca de ti?

—Yo soy de clase superior. Tú también. Somos filósofos.

—Yo no.

—Claro que sí. Tienes muy buena cabeza.

Amory sabía que todo lo abstracto —teoría o generalizaciones— dejaba indiferente a Rahill, al que sólo interesaban los detalles concretos.

—Qué voy a tener —insistió Rahill—. Siempre me dejo influir por la gente sin sacar nada de provecho. Soy la presa de mis amigos, les hago los deberes, les saco de apuros, les visito en verano y llevo a pasear a sus hermanas pequeñas. Me tengo que tragar todo su egoísmo, y encima creen que me pagan votándome para presidente y diciendo que yo soy «el gran hombre» de St. Regis. Tengo ganas de irme a un sitio donde me dejen tranquilo y mandar todo esto a paseo. Ya estoy harto de hacerme el servicial con toda esta pobre gente.

—Es que tú no eres un gomoso —dijo Amory de repente.

—¿Un qué?

—Un gomoso o un trepador.

—¿Qué demonio es eso?

—Bueno..., es algo que... son muchas cosas. Tú no lo eres ni yo tampoco, pero yo lo soy más que tú.

—¿Y quién lo es? ¿Cómo se es eso?

Amory reflexionó.

—Bueno... Me parece que para serlo hay que peinarse el cabello hacia atrás, con mucha agua y gomina.

—¿Cómo Carstairs?

—Claro. Ese sí que es un trepador.

Durante dos días buscaron la definición exacta. El gomoso era hombre limpio y de buen aire; tenía talento —talento social—, esto es, que sabía usar de su manga ancha para trepar, ser admirado y conocido, y no meterse en líos. Vestía bien, era muy pulcro y su cabello, invariablemente corto, engominado con brillantina, se peinaba hacia atrás con una raya en medio, al dictado de la moda. Aparte de eso, los gomosos de aquel año habían adoptado, como símbolo de su especie, el uso de gafas con montura de carey, con lo que era tan fácil reconocerlos que Rahill y Amory no perdieron ni uno. Estaban difundidos por todo el colegio y, siempre más avisados y astutos que el resto de sus compañeros, dirigían sus pequeños grupos disimulando su habilidad.

A Amory le fue muy útil aquella clasificación hasta su segundo año, cuando la denominación, al convertirse en una mera cualidad, se hizo tan confusa e indeterminada que fue preciso introducir muchas subdivisiones. El ideal secreto de Amory reunía todas las cualidades del trepador complementadas, además, con el

valor y un enorme talento; y como también se consideraba un excéntrico, se sentía irreconciliable con el gomoso propiamente dicho.

Aquella fue una primera y sincera ruptura con la hipocresía que dominaba las tradiciones del colegio. El gomoso o trepador, como individuo predestinado para el éxito, difería intrínsecamente del conocido «gran hombre».

El gomoso o trepador

1. Un agudo sentido de los valores sociales.
2. Viste bien. Pretende que el vestido es cosa superficial, pero sabe muy bien que no es así.
3. Entra en acción cuando sabe que va a triunfar y brillar.
4. Va a la universidad y triunfa, sobre todo en asuntos mundanos.
5. Cabello relamido y engominado.

El gran hombre

1. Inclinado a la estupidez, es inconsciente de los valores sociales.
2. Cree que el vestido es cosa superficial y tiende a descuidarlo.
3. Entra en acción cuando se lo dicta el deber.
4. Va a la universidad, pero su futuro es cada día más problemático. Se siente perdido fuera de su círculo y va diciendo que, después de todo, sus años de colegio fueron los más felices. Vuelve allí a pronunciar discursos sobre lo que hacen los chicos de St. Regis.
5. Cabello no engominado.

Amory se decidió por Princeton, a pesar de que iba a ser el único procedente de St. Regis. Por lo que contaba la gente en Minneapolis y los chicos de St. Regis, «listos para las tibias y calaveras», Yale seguía teniendo su atractivo, pero a la postre Princeton le sedujo con su atmósfera de brillantes colores y la atrayente reputación del club más agradable de América. Abrumado por la amenaza de los exámenes, los días del colegio se perdieron en el pasado. Años después, cuando volvió a St. Regis, parecía haber olvidado sus éxitos del sexto curso y se recordaba a sí mismo como aquel chico inadaptado que escapaba por los pasillos, perseguido por unos compañeros furiosos, embriagados de sentido común.

2. Agujas y gárgolas

Al principio Amory sólo advirtió la intensidad del sol esmaltando los amplios y verdes prados y centelleando en las ventanas emplomadas, bañando las puntas de las agujas y las almenas de los muros. Poco a poco se fue dando cuenta de que caminaba por la plaza de la Universidad, inconsciente de su maleta, prodigando una cierta tendencia a mirar de frente cuando adelantaba a alguien. En algunas ocasiones habría jurado que la gente se volvía a mirarle con desprecio. Se preguntaba si habría algo raro en sus ropas, y deseó haberse afeitado aquella mañana en el tren. Se sentía inútilmente rígido y torpe entre tanto joven de franelas claras y cabeza descubierta que, a juzgar por el *savoir faire* con que paseaban, debían ser todos veteranos.

El número 12 de University Place era una amplia y desvencijada residencia que parecía deshabitada, aunque de sobra sabía que allí se habían de alojar una docena de novatos. Tras una breve escaramuza con la portera, salió a dar una vuelta; pero no había recorrido una manzana cuando se dio cuenta de que era el único en toda la ciudad que llevaba sombrero. Volvió apresuradamente al número 12, dejó su *derby* y, con la cabeza descubierta, deambuló por la Nassau Street para detenerse en un escaparate a examinar un despliegue de fotografías atléticas, entre las cuales había una ampliación de Allenby, el capitán de fútbol; atraído por el letrero de la confitería se detuvo ante el escaparate del «Jigger Shop». Le pareció tan familiar que entró y tomó asiento en un alto taburete.

—Un helado de chocolate —le pidió a un camarero de color.

—¿Una taza de doble chocolate? ¿Y nada más?

—Bueno, sí.

—¿Un buñuelo?

—Bueno.

Se comió cuatro buñuelos —que encontró sabrosos— con otra doble taza que le devolvió los ánimos. Tras una sumaria inspección de las fundas de los asientos, de los banderines y fotos de las Gibson que decoraban las paredes, salió a pasear de nuevo por Nassau Street con las manos en los bolsillos. Poco a poco fue aprendiendo a distinguir entre veteranos y novatos, aunque las gorras de estos últimos no se

prodigaron hasta el siguiente lunes. Los que parecían sentirse como en su casa de una manera demasiado manifiesta y nerviosa, eran novatos; cada tren aportaba un nuevo contingente que era inmediatamente absorbido por aquella muchedumbre de cabezas descubiertas, calzados blancos y cargada de libros, cuya función parecía ser deambular sin sentido arriba y abajo, entre grandes nubes de humo de pipas recién estrenadas. Hacia el mediodía Amory sentía que los recién llegados le tomaban ya por veterano, así que se dedicó a observarlos con regocijada socarronería y censura, pues no otra cosa merecían sus expresiones faciales.

A eso de las cinco sintió la necesidad de oír su propia voz y volvió a su casa para ver si había llegado alguien. Tras subir los destartados peldaños lanzó hacia su cuarto una mirada llena de resignación, perdida toda esperanza de intentar una decoración ajena a banderines de colegio y fotografías de tigres. Alguien llamó a su puerta.

—Adelante.

Una cara muy delgada, unos ojos grises y una sonrisa llena de humor, apareció en el umbral.

—¿Tienes un martillo?

—No, lo siento. A lo mejor tiene uno la señora Twelve, o quien sea.

El desconocido se introdujo en el cuarto.

—¿También habitas en este asilo?

Amory asintió.

—Inmunda pocilga; para lo mucho que pagamos.

Amory hubo de confesar que así era.

—He pensado instalarme en el campus —dijo—, pero parece que hay tan pocos de primero que están perdidos. Habrá que pensar en qué se puede hacer.

El joven de los ojos grises decidió presentarse.

—Mi nombre es Holiday.

—El mío es Blaine.

Se dieron la mano, llevándola muy abajo, como estaba de moda. Amory hizo una mueca.

—¿Dónde hiciste el preuniversitario?

—En Andover. ¿Y tú?

—En St. Regis.

—¿Sí, eh? Yo tengo un primo allí.

Tras agotar el tema de su primo. Holiday le dijo que esperaba a su hermano para cenar a las seis.

—Ven con nosotros a tomar un bocado.

—De acuerdo.

En el Kenilworth conoció a Burne Holiday —el de los ojos grises se llamaba

Kerry—, y durante toda una insulsa cena, un caldo ligero y unas legumbres anémicas, se dedicaron a observar a otros novatos, que en grupos pequeños parecían mucho más intimidados que en grupos grandes.

—He oído decir que la cantina es un asco —dijo Amory.

—Parece que aunque no se coma hay que pagar.

—Qué crimen.

—Qué opresión.

—Aquí en Príncipe hay que tolerarlo todo el primer año. Es como un asqueroso colegio preparatorio.

Amory asintió.

—Pero vale la pena —insistió—. Yo no iría a Yale ni por un millón.

—Yo tampoco.

—¿Te vas a dedicar a algo? —preguntó Amory al hermano mayor.

—Yo no. Burne piensa entrar en el «Prince», ya sabes, el *Daily Princetonian*.

—Sí, ya sé.

—Y tú, ¿a qué te vas a dedicar?

—A que me den patadas en el equipo de novatos.

—¿Jugabas en St. Regis?

—Alguna vez —dijo Amory con suficiencia—, pero ahora estoy demasiado delgado.

—No pareces tan delgado.

—El otoño pasado me encontraba mucho más fuerte.

—Ya.

Después de cenar se fueron al cine, donde Amory quedó asombrado de los chillidos, gritos y comentarios procaces de la concurrencia.

—Yu-juuu.

—¡Ay, cielito, qué fuerte y qué grande eres! Pero ¡qué amable!

—¡Pégale!

—¡Pégale más!

—Bésala, bésala de una vez.

—Aaaay.

Un grupo empezó a silbar *En el mar* y todo el auditorio lo coreó ruidosamente. Le siguió una indescifrable canción que concluyó con un gran pateo y un interminable e incoherente estrambote:

*Ay-ay-ay,
la niña en una fábrica
de mermelada trabaja,
y eso está muy bien,*

*aunque a mí no me engaña,
porque de sobra sé
que no es mermelada
lo que hace por la noche,
ay-ay-ay.*

A la salida, Amory, entre miradas curiosas e impersonales, decidió que le gustaría disfrutar del cine como aquella primera fila de veteranos, los brazos cruzados bajo la nuca, los gaélicos y cáusticos comentarios con esa mezcla de ingenio crítico e inocente diversión.

—¿Quieren un helado? Quiero decir... ¿un *jigger*? —preguntó Kerry.

—Bueno.

Comieron en abundancia y, dando un paseo, volvieron al número 12.

—Qué noche espléndida.

—Una maravilla.

—¿Van a deshacer las maletas?

—Creo que sí. Vamos, Burne.

Amory prefirió sentarse un rato en los escalones del portal y les despidió con un gesto.

Los grandes tapices del arbolado habían oscurecido hasta una forma fantasmal con el último ribete del crepúsculo. Una luna temprana bañaba la bóveda de un azul pálido, y al tejer de los hilos de araña de sus rayos se extendía por doquier una canción de insinuante tristeza, infinitamente tráfuga, infinitamente pesarosa.

Recordó que un alumno de finales de siglo contaba una de las proezas de Booth Tarkington: a primeras horas de la noche y en el centro del campus se ponía a cantar a las estrellas con voz de tenor para despertar en los durmientes emociones muy variadas. Más allá de la silueta en sombras de la plaza apareció, rompiendo las tinieblas, una falange vestida de blanco, figuras que desfilaban —camisas blancas y pantalones blancos— cantando cogidos del brazo, las cabezas hacia atrás.

*Al volver, al volver,
al volver a Nassau Hall,
al volver, al volver
al mejor lugar de todos,
al volver, al volver
de la superficie del globo,
mis huellas borraré
al volver a Nassau Hall.*

Amory cerró los ojos al acercarse la espectral procesión. La canción tenía un tono tan alto que nadie podía dar la nota, excepto los tenores que llevaban la melodía en triunfo para, una vez pasado el momento difícil, devolverla al fantástico coro. Amory abrió los ojos temiendo que aquella imagen viniera a destruir la rica ilusión de armonía.

Suspiró con ansiedad. A la cabeza del pequeño pelotón marchaba Allenby, el capitán de fútbol, esbelto y desafiante, consciente de que una vez más las esperanzas del colegio descansaban sobre sus hombros, sobre aquellos ochenta kilos que, vestidos a rayas azules y granates, alcanzarían la victoria.

Fascinado, Amory observaba cada fila de brazos entrelazados cuando pasaban a su altura, caras impersonales que emergían de camisas de polo, la mezcla de voces en un himno de triunfo, hasta que la procesión atravesó Cambell Arch en sombras y las voces se perdieron en dirección a oriente.

Pasaban los minutos, y Amory continuaba sentado tranquilamente. Odiaba la ordenanza que no permitía a los novatos salir después de la queda, porque le apetecía divagar por las sombrías y perfumadas sendas, donde Witherspoon parecía criar como una oscura madre a sus hijos de la Ática, Whig y Clío donde la negra serpiente gótica de los Pequeños se enroscaba a Cuyler y Patton que, a su vez, hacían entrega del misterio a los plácidos ribazos que bordeaban el lago.

Princeton se iba filtrando poco a poco en su conciencia: West y Reunión, con el aroma del setenta y tantos; el Pabellón 79, arrogante, de ladrillo rojo; Upper y Lower Pyne, como dos aristocráticas damas isabelinas disgustadas de tener que vivir entre tenderos, y, coronándolo todo, ascendiendo con azulino impulso, las soñadoras agujas de las torres de Holder y Cleveland.

Desde el primer momento había amado Princeton: su lánguida belleza, su oculto significado, sus multitudes deportivas, frescas y alegres y, bajo todo aquello, los ásperos vientos de una lucha sin tregua entre las clases. Desde el día en que unos atónitos y exhaustos novatos se congregaron en el gimnasio para elegir como presidente a cualquiera de la Hill School, a una celebridad de Lawrenceville como vicepresidente y para secretario a un campeón de hockey de St. Paul, hasta el fin del primer año, ni por un momento cedió la lucha, ese implacable sistema social, ese inconfesado y rara vez admitido culto al fante del «gran tipo».

Eran, en primer lugar, los colegios; y Amory, el único de St. Regis, observaba cómo los grupos se formaban, ampliaban y reformaban; los de St. Paul, de Hill y de Pomfret, que a la hora de comer se reservaban sus mesas con gran tacto, se vestían en sus propios rincones del gimnasio y, casi inconscientemente, a su alrededor levantaban una barrera con la que los socialmente ambiciosos, siempre escasos, se protegían del amistoso acoso de los estudiantes de grado superior. Desde aquel

momento Amory comprendió que las barreras sociales no son sino distinciones artificiosas que los fuertes establecen para proteger a sus débiles y defenderse de los más fuertes.

Decidido a convertirse en uno de los ídolos de la clase, empezó a entrenarse en el equipo juvenil; pero a la segunda semana, cuando jugaba de defensa y su nombre comenzaba a aparecer en las columnas del *Princetonian*, se lesionó la rodilla tan seriamente que quedó fuera de juego para el resto de la temporada. Esto le obligó a retirarse y reconsiderar su situación.

En el «12 Univee» se alojaba también una docena de extrañas incógnitas. Tres o cuatro impersonales y medrosos jovencillos de Lawrenceville, dos bárbaros que procedían de un colegio de Nueva York (Kerry Holiday los había bautizado «los plebeyos borrachos»), un joven judío también de Nueva York y los dos Holiday, por quienes enseguida cobró un gran afecto.

Se rumoreaba que los Holiday eran mellizos, pero, en verdad, el de pelo oscuro, Kerry, era un año mayor que el rubio, Burne. Kerry era alto, con ojos grises llenos de humor, y siempre con una atractiva y espontánea sonrisa; pronto llegó a ser el cabecilla de la casa, poniendo coto a la excesiva curiosidad, castigando la insolencia, pero siempre con fino y satírico humor. Amory colmaba la mesa de su futura amistad con todas sus ideas acerca de lo que el colegio era y debía ser y significar. Kerry, poco inclinado a tomarse las cosas demasiado en serio, le reñía cariñosamente por su excesiva e inoportuna curiosidad acerca de los misterios del sistema social, pero se divertía con él y le resultaba interesante.

Burne, rubio, silencioso y atento, surgía siempre en la casa como una ajetreteada aparición; volvía silencioso por la noche para desaparecer a la mañana siguiente muy temprano a reanudar su trabajo en la biblioteca —se preparaba para el *Princetonian*—, en furiosa competencia con otros cuarenta para conseguir el ansiado primer puesto. En diciembre cayó con difteria y perdió la oposición; pero cuando volvió en febrero se dedicó de nuevo a ella sin el menor desfallecimiento. En consecuencia, el trato de Amory con él se limitaba a unas pocas charlas de breves minutos, al entrar y salir de la biblioteca, y nunca llegó a saber qué era lo que tanto le preocupaba ni qué escondía su persona.

Amory estaba muy lejos de sentirse contento. Había perdido la posición ganada en St. Regis, donde había llegado a ser conocido y admirado; no obstante, Princeton era para él un estímulo porque, tan pronto como le dejaran meter baza, había allí un montón de cosas capaces de despertar al Maquiavelo que llevaba dentro. Los clubes aristocráticos, sobre los cuales había tratado de obtener datos el verano anterior, excitaban su curiosidad: Ivy, suficiente y aristocrático; Cottage, un impresionante muestrario de elegantes aventureros y conquistadores; Tiger Inn, ancho de hombros, atlético, regido por la mejor disciplina a las reglas colegiales; Cap and Gown,

antialcohólico, con ribetes religiosos pero políticamente muy fuerte; el exuberante Colonial, el literario Quadrangle y una docena de otros, de muy distinto carácter y condición.

De cualquier cosa que servía para hacer destacar a un alumno reciente bajo una luz particular se decía de ella que la estaban «quemando». Las películas provocaban siempre comentarios sarcásticos, pero quien los hacía las estaba quemando; hablar de los clubes era quemarlos, y ser partidario entusiasta de cualquier cosa, fiestas o tertulias, era quemarlas. En resumen, que no se toleraba el ser vehemente; y el hombre de mayor influencia era aquel que no se comprometía con nadie ni con nada hasta que, con las elecciones del primer curso, quedaban todos encerrados en sus casilleros para el resto de su carrera.

Amory comprendió pronto que colaborar en el *Nassau Literary Magazine* no le supondría nunca gran cosa y en cambio sacaría gran provecho si lograba, formar parte de la redacción del *Princetonian*. Su vago propósito de alcanzar la inmortalidad actuando en la English Dramatic Association se vino abajo cuando se dio cuenta de que los mejores talentos se habían concentrado en el Triangle Club, una organización de comedias musicales que todos los años hacía una *tournee* por Navidad. En el entretanto, sintiéndose extrañamente solo e inquieto, alimentado por nuevas ambiciones y deseos, dejó pasar el primer curso anhelando mayores éxitos iniciales y cavilando con Kerry acerca de las razones por las cuales no habían sido aceptados desde el primer momento como la élite de la clase.

Muchas tardes, recostados en la ventana de su casa, contemplaban a sus compañeros que entraban y salían de la cantina, los pequeños satélites que merodeaban alrededor de los poderosos, aquellos estudiosos solitarios y huraños, apesurados y cabizbajos, que parecían envidiar la feliz seguridad de los grandes grupos.

—Lo que ocurre es que pertenecemos a la maldita clase media —se quejaba un día a Kerry, estirado en el sofá, consumiendo un paquete de Fátimas con contemplativa precisión.

—¿Y por qué no? Hemos venido a Princeton para sentirnos iguales a los demás; y aparte de eso se viste mejor, se siente uno con mayor confianza, lo pasa uno en grande.

—No es que me preocupe este espectacular sistema de castas —admitió Amory—. Es más, me gusta tener un montón de gente por encima de mí, pero, demonio, Kerry, cómo me gustaría ser uno de ellos.

—Tú no eres por ahora, Amory, más que un cochino burgués.

Amory no respondió sino que permaneció en silencio durante un rato.

—No será por mucho tiempo —dijo finalmente—. Pero me horroriza tener que trabajar para conseguir algo. Eso siempre deja huellas, ya sabes.

—Honrosas cicatrices —de repente Kerry estiró la cabeza hacia la calle—. Allá va Langueduc, mira a quién se parece. Y detrás Humbird.

Amory se incorporó rápidamente y fue hacia la ventana.

—Humbird parece derrotado —dijo después de analizar a los dos fenómenos—, pero ese Langueduc... es muy tosco, ¿no te parece? No me gusta esa gente. Todos los diamantes parecen grandes antes de ser tallados.

—Bueno —dijo Kerry un poco desanimado—, tú eres un genio de la literatura. Ya es bastante.

—Dudo mucho que llegue a serlo —Amory se contuvo—. A veces pienso que sí. Eso suena a rayos y pienso que no se lo puedo decir a nadie más que a ti.

—Pues adelante. Déjate crecer unas melenas y escribe en la *Lit* poemas como ese D'Invilliers.

Amory, indolentemente, alcanzó un montón de revistas de la mesa.

—¿Has leído sus últimos intentos?

—No pierdo uno. Son muy notables.

Amory hojeó un número.

—Aquí está —dijo sorprendido—. Es un novato, ¿no?

—Sí.

—Escucha esto, ¡Dios mío!

Habla una sirvienta:

El oscuro terciopelo arrastra sus pliegues por el día
y blancas velas, encerradas en candelabros de plata,
agitan sus delicadas llamas como sombras al viento.
Pía, Pompía..., venid..., salid fuera.

—Diablo, ¿qué quiere decir todo eso?

—Es una escena en la despensa.

Los pies muy tiesos, como una cigüeña en vuelo,
yace sobre su lecho, sobre las blancas sábanas;
sus manos aprietan su blando pecho, como un santo.
Bella Cunizza, sal, ¡sal a la luz!

—Diablo, Kerry, ¿qué es todo eso? Te juro que no he entendido nada, y yo también soy del oficio.

—Es un poco artificioso, nada más —dijo Kerry—. Todo lo que hay que hacer es pensar en carrozas fúnebres y leche agria mientras lo lees. Y no es tan dulzón como otras cosas tuyas.

Amory dejó la revista sobre la mesa.

—Me parece que estoy en las nubes —suspiró—. Ya sé que no soy uno de tantos, pero me asquean los que tampoco lo son. Me tengo que decidir entre cultivar mi espíritu para llegar a ser un gran dramaturgo o darme de bruces con el *Golden Treasury* para llegar a ser un trepador de Princeton.

—¿Y por qué lo tienes que decidir ahora? —sugirió Kerry—. Es mejor dejarse llevar, como yo. Yo llegaré muy alto, a remolque de Burne.

—No puedo seguir a la deriva, necesito interesarme en algo. Me gustaría tener en mis manos las cuerdas del cotarro, aunque sea en provecho de otro; ser el presidente del *Princetonian* o el director del *Triangle*. Quiero ser admirado, Kerry.

—Piensas demasiado en ti mismo.

Amory se sentó.

—No. También pienso en ti. Tenemos que salir de aquí y mezclarnos con los demás, ahora que se puede ser un *snob*. Me gustaría traer una chica y pasearla delante de todo el curso en junio, pero no lo haré hasta que me sienta a mis anchas. Y presentarla a todas esas ratas de biblioteca, al capitán del equipo y toda esa morralla.

—Amory —dijo Kerry—, estás metido en un círculo vicioso. Si quieres de verdad llegar a ser famoso, sal de él. Y si no, tómatelo con calma —bostezó—. Vamos, hay que despejar la habitación de este humazo. Vamos a ver el partido de entrenamiento.

Amory fue aceptando poco a poco ese punto de vista; decidió comenzar su carrera en el próximo otoño y, entretanto, le bastaba con ver cómo se divertía Kerry en la casa del número 12.

Un día llenaron la cama del joven judío con tarta de limón; todas las noches cortaban el gas de la casa soplando por la espita del cuarto de Amory, ante el asombro de Mrs. Twelve y del fontanero local; trasladaron los efectos personales de los «plebeyos borrachos» —fotografías, libros, muebles— al cuarto de baño, para confusión de la pareja que logró descubrirlos, entre nebulosas, a la vuelta de una farra en Trenton; pero se sintieron muy decepcionados cuando los plebeyos borrachos lo tomaron a broma. Después de cenar, hasta la madrugada, jugaban a los dados, a la veintiuna y al cara o cruz; y con ocasión del cumpleaños de un inquilino le convencieron para que comprara champán suficiente para celebrarlo ruidosamente. Kerry y Amory, por accidente, echaron escaleras abajo al que daba la fiesta, que había permanecido sereno, y la semana siguiente, avergonzados y penitentes, se la pasaron llamando a la puerta de la enfermería.

—Dime, ¿quiénes son todas esas mujeres? —le preguntó Kerry un día, asombrado del volumen de su correspondencia—. He estado mirando los sellos... Farmington, Dobbs, Westover y Dana Hall. ¿Qué significa todo eso?

Amory sonrió complacido.

—Todas de St. Paul y Minneapolis —las fue nombrando una a una—: Esa es de Marylyn De Witt, muy mona, tiene coche propio, y es un gran partido; ésta es de Sally Weatherby, se está poniendo muy gorda esa chica; y ésta, de Myra St. Claire, muy ardiente, se deja besar muy fácilmente...

—Pero ¿cómo te las arreglas? —preguntó Kerry—. Yo he probado todas las formas y ni siquiera se asustan de mí.

—Porque tú eres un «buen chico» —sugirió Amory.

—Así es. Las mamas creen que no hay nada que temer conmigo. De verdad, es una lata. En cuanto le cojo a una la mano, se ríe de mí y me la deja como si ya no formara parte de ella. Tan pronto como cojo la mano a una mujer, se las arregla para desconectarla del resto del cuerpo.

—Enfádate —sugirió Amory—. Diles que eres un salvaje y que tienen que ayudarte a corregirte; vete a casa furioso y vuelve al cabo de media hora... para asustarlas.

—No hay manera. El año pasado le envié a una chica de St. Timothy una carta muy tierna. Hasta me puse un poco pesado y le escribí: «¡Dios mío, cómo te quiero!» Pero ella recortó el «Dios mío» con unas tijeras de uñas y enseñó el resto de la carta a todo el colegio. Así no hay manera. Mientras siga siendo el «buen Kerry» no hay nada que hacer.

Amory sonrió y trató de imaginarse a sí mismo como el «buen Amory». Le fue completamente imposible.

Febrero había desatado su furia de agua y nieve; ya había pasado aquella turbulenta mitad del primer curso, y la vida en el número 12 seguía siendo interesante aunque no tenía objeto definido. Una vez al día Amory bajaba al «Joe» a tomar un bocadillo, un plato de maíz tostado con patatas a la Juliana, acompañado por lo general de Kerry y de Alec Connage. Este último era un trepador de Hotchkiss, que vivía en la habitación de al lado y disfrutaba de la misma forzada soledad, porque todo su curso había ido a Yale. «Joe» era un sitio sucio y sin gracia, pero tenía la ventaja, muy apreciada por Amory, que allí se podía abrir una cuenta sin límites. Su padre había estado jugando con valores mineros y, a consecuencia de ello, la pensión que le enviaba, aunque amplia, no era todo lo que él deseara.

«Joe» además tenía la ventaja de protegerle de la curiosidad de las clases altas, por lo que casi todas las tardes, a eso de las cuatro, Amory iba allí en compañía de un amigo o de un libro a hacer experimentos con su capacidad de digestión. Un día de marzo, con el local completamente lleno, fue a sentarse en la última mesa, junto a un novato que se ocultaba ladinamente tras un libro. Se saludaron fríamente, y durante veinte minutos Amory permaneció comiendo buñuelos y leyendo *La profesión de Mrs. Warren* (había descubierto por casualidad a Shaw, el trimestre anterior,

husmeando en la biblioteca). El otro, mientras tanto, atento a su volumen, se había echado al cuerpo tres chocolates con leche.

Poco a poco el libro de su compañero de mesa fue atrayendo las miradas de Amory. Al revés leyó el nombre del autor y el título del libro: *Marpessa*, de Stephen Phillips, que no le dijo nada porque sus conocimientos de métrica se limitaban a los clásicos dominicales, como *Vuelve al jardín*, *Maude*, y a algunas muestras de Shakespeare y Milton que últimamente le habían obligado a tragar.

Decidido a entablar conversación con su *vis-a-vis*, simuló cierto interés por su propio libro hasta que, como si fuera espontáneo, exclamó en alta voz:

—¡Ah, qué bueno!

El otro le miró, y Amory sintió una falsa turbación.

—¿Se refiere usted a sus buñuelos?

—No —respondió Amory—. Me refería a Bernard Shaw —y le volvió el libro a modo de explicación.

—No conozco a Shaw. Hace tiempo que quiero leerlo. —El joven hizo una pausa y continuó—: ¿Conoce usted a Stephen Phillips, si es que le gusta la poesía?

—Sí, por cierto que me gusta —afirmó Amory con mucha frescura—, aunque es poco lo que conozco de Phillips. —(Nunca había oído hablar de otro Phillips que de David Graham.)

—A mí me parece un poeta excelente. Dentro del estilo Victoriano, naturalmente —y así se embarcaron en una conversación sobre poesía, en el curso de la cual se presentaron a sí mismos.

Resultó que el compañero de Amory no era otro que aquel «terrible intelectual, Thomas Parke D'Invilliers», que firmaba sus apasionados poemas de amor en la *Lit*. Tendría unos diecinueve años; caído de hombros, pálidos ojos azules, carecía —como bien podía asegurarlo Amory, por su aspecto general— de una idea clara de los valores sociales y de todas aquellas cosas que tanto le interesaban a él. Pero le apasionaban los libros, lo que desde hacía tiempo andaba buscando Amory; si no fuera porque aquel grupo de St. Paul de la mesa vecina le tomase también a él por un pájaro raro, se proponía disfrutar enormemente de aquel encuentro. Pero no parecían haber reparado en ellos; así que, dejándose llevar, discutieron acerca de docenas de libros: libros que habían leído y no habían leído, sobre los que habían leído y de los que habían oído hablar, repitiendo listas de títulos con la soltura de un dependiente de Brentano. D'Invilliers estaba embriagado y casi convencido. Con bastante resignación se había hecho a la idea de que la mitad de Princeton estaba formada de fariseos, y la otra mitad, de sabihondos, por lo que encontrar a una persona que sabía citar a Keats sin trabucarse, y aun sin comprometerse, le parecía un regalo.

—¿Has leído a Oscar Wilde? —preguntó.

—No. ¿Quién lo ha escrito?

—Es un escritor, ¿no lo conoces?

—Sí, claro —una tenue cuerda vibró en la memoria de Amory—. Había una comedia cómica, *Patience*, escrita sobre él, ¿no?

—Sí, él mismo. Acabo de leer un libro suyo, *El retrato de Dorian Gray* y me gustaría que lo leyese. Ya verás cómo te gusta. Te lo puedo prestar si quieres.

—Claro que sí, muchas gracias.

—¿Quieres subir a mi habitación? Tengo unos cuantos libros.

Amory vaciló; observó el grupo de St. Paul —uno de ellos, el soberbio y exquisito Humbird— y calculó las consecuencias que le acarrearía la nueva amistad. No había alcanzado aún ese saber para hacerse con amigos y desprenderse de ellos —no estaba lo bastante curtido para eso—; así que calibró las indudables ventajas y atractivos de Thomas Parke D'Invilliers en contraste con la amenaza latente en las frías miradas tras las gafas de carey que —así se lo imaginaba— le observaban desde la otra mesa.

—Sí, te acompaño.

Así fue como conoció a *Dorian Gray*, *Dolores místicos y sombríos* y *La bella sin piedad*; durante un mes no pensó en otras cosas. El mundo empalideció para hacerse más interesante, y, con ardor, volvió a mirar a Princeton con ojos saturados de Oscar Wilde y de Swinburne —o de Fingal O'Flahertie y Algernon Charles, como les llamaban ellos, con preciosista familiaridad—. Todas las noches leía enormemente —Shaw, Chesterton, Barrie, Pinero, Yeats, Synge, Ernest Dowson, Arthur Symons, Keats, Sudermann, Roben Hugh Benson, las óperas del Savoy—: mezcla heteróclita, porque de repente había comprendido que no había leído nada durante años.

Tom D'Invilliers antes que un amigo fue una oportunidad. Amory acostumbraba visitarle una vez por semana, y juntos pintaron con purpurina el techo de su habitación. Decoraron las paredes con imitaciones de tapices comprados en una subasta, altos candelabros y llamativas cortinas. Amory le apreciaba porque era inteligente y aficionado a la literatura, sin afectación ni afeminamiento. De hecho, era Amory el que presumía y a toda costa trataba de convertir el menor comentario en uno de esos epigramas tan fáciles de hacer, si uno se conforma con hacer epigramas. El número 12 también se divertía. Kerry leyó *Dorian Gray* y simulaba ser un «lord Henry» que seguía a Amory llamándole «Dorian» por todas partes, insinuando siempre perversas ocurrencias y alentándole a adoptar una postura de aburrimiento. Cuando llegó a hacerlo en la cantina, para sorpresa de los otros comensales, Amory se sintió tan terriblemente avergonzado que se propuso no hacer, en adelante, epigramas más que delante de D'Invilliers o del espejo.

Un día Tom y Amory trataban de recitar sus propios poemas y otros de lord Dunsany, con música del gramófono de Kerry.

—¡Canta! —gritó Tom—. No recites, ¡canta!

Amory, que estaba ensayando, parecía enojado y se disculpó pretendiendo que necesitaba un disco con menos piano. Kerry se tiraba por el suelo entre incontenibles carcajadas.

—¡Pon *Corazones y flores!* —gritaba—. ¡Dios mío! Me parece que voy a reventar.

—Apaga ese maldito gramófono —gritó Amory, la cara roja—. No creas que estoy haciendo una exhibición.

Por aquel tiempo Amory trataba, con delicadeza, de excitar el talento social de D'Invilliers; le parecía que, siendo más normal que él mismo, le había de bastar un pelo mejor atusado, una conversación más limitada y un sombrero pardo oscuro para hacer de él un hombre perfectamente adaptado. Pero la predicación de los cuellos Livingstone y las corbatas oscuras cayeron en terreno yermo; D'Invilliers se resentía de aquellos esfuerzos, por lo que Amory se limitó a llamarle una vez por semana y a llevarle de vez en cuando al número 12, visitas que provocaron ciertas suspicacias entre sus compañeros, que les llamaban «doctor Johnson y Boswell».

Alec Connage, otro asiduo, le apreciaba de una manera un tanto vaga porque le asustaba como intelectual. Kerry, que de todas aquellas conversaciones supo sacar lo que había de más sólido, respetable y profundo, se divertía enormemente y le obligaba a recitar mientras descansaba en el sofá de Amory, escuchando con los ojos cerrados.

¿Dormida o despierta? Porque su cuello,
tras el beso, muestra la purpúrea mancha
por donde la dolorida sangre vacila y sale;
tan limpia para ser mancha, el dulce agujón...

—Qué bueno —decía Kerry suavemente—. Al buen Holiday le gusta eso. Debe ser un gran poeta, supongo.

Tom, encantado con la audiencia, se extendía por los Poemas y Baladas, hasta que Kerry y Amory llegaron a conocerlos tan bien como él.

Amory se dedicó a escribir poesía las tardes de primavera, en los jardines de las fincas próximas a Princeton, mientras los cisnes en los lagos artificiales hacían real la atmósfera poética, y unas lentas nubes navegaban armoniosas por encima de los sauces. Mayo llegó muy pronto; e incapaz de soportar las cuatro paredes de su cuarto, vagabundeaba por los campos a todas horas, bajo la lluvia y la luz de las estrellas.

Un húmedo intermedio simbólico

Por las noches caía una cortina de niebla. Venía rodando desde la luna; y, apiñada en agujas y torres, cuando descendía debajo de ellas surgían las soñadoras puntas en altiva aspiración hacia el cielo. Las figuras que punteaban el día como hormigas se desvanecían ahora, aquí y allá, como sombríos espectros. Los salones y claustros góticos parecían infinitamente más misteriosos cuando surgían de las tinieblas, esmaltados por una miríada de pálidos cuadrados de luz amarilla. Desde algún lugar remoto una campana dio el cuarto de hora, y Amory se detuvo junto al reloj de sol y se extendió en la hierba húmeda. La llovizna empapaba sus ojos y amainaba el paso del tiempo, un tiempo que, habiéndose deslizado insidiosamente en las perezosas tardes de abril, parecía tan intangible en los crepúsculos de primavera. Tarde tras tarde el canto de los estudiantes había llenado el campus con melancólica belleza; y, rompiendo la cascara de su mentalidad estudiantil, sentía ahora una profunda y reverente devoción hacia aquellas sombrías paredes y agujas góticas que simbolizaban todo el acervo de edades perdidas.

Aquella torre que desde su ventana veía cómo se levantaba y remataba en una aguja que aún aspiraba a mayor altura con la punta del mástil apenas visible en el cielo mañanero, le dio la primera impresión de la intrascendencia y fugacidad de las figuras del campus, excepto como recipiendarias de la herencia apostólica. Le gustaba suponer que la arquitectura gótica, con su ímpetu ascensional, era particularmente apropiada a las universidades, lo que llegó a convertirse en idea personal suya. Las mansas y verdes veredas, los tranquilos pabellones, donde seguía encendida la tardía luz de un estudio, embargaban su imaginación y la castidad de la aguja se convertía en un símbolo de aquella idea.

—Maldita sea —murmuró en voz alta, mojando sus manos en la hierba y pasándolas por el pelo—. El año que viene voy a trabajar.

Pero sabía de sobra que el mismo espíritu de agujas y torres que ahora le transportaba hacia una ensoñadora complacencia, en su día volvería a intimidarle. Y se daba cuenta de sus propias inconsecuencias. El esfuerzo no habría de servir sino para poner de manifiesto su impotencia y su incapacidad.

Toda la Universidad soñaba despierta. Sintió una nerviosa excitación que bien podía ser el lento latido de su corazón: era una corriente cuyas fugaces arrugas, antes de arrojar la piedra, se desvanecen en el mismo momento de levantar la mano. No había dado nada, nada había recibido.

Un novato retrasado, su impermeable crujiendo ruidosamente, chapoteó a lo largo de la senda. Desde algún lugar, bajo una ventana invisible, una voz lanzó la pregunta inevitable: «¿Por qué no te arrancas la cabeza?» Y un centenar de pequeños sonidos que pululaban en la penumbra le devolvieron a la realidad.

—¡Dios mío! —gritó de repente y escuchó el sonido de su voz en el aire tranquilo. Rompió a llover. Durante un minuto permaneció inmóvil, con las manos

crispadas. Se incorporó de un salto y se palpó la ropa.

—Estoy completamente empapado —dijo en voz alta dirigiéndose al reloj de sol.

Historia

La guerra mundial estalló el verano siguiente a su primer curso. Aparte un interés puramente deportivo en el avance alemán hacia París, el asunto no llegó a inquietarle ni a interesarle. Con la actitud de quien presencia un melodrama, confiaba en que la guerra sería larga y sangrienta, pues de otra forma se sentiría tan defraudado como el airado espectador de un combate famoso en el que los contendientes rehusan enzarzarse.

Esta fue su actitud.

¡Ja, ja, Hortense!

—¡Vamos, mulas!

—¡A moverse!

—¡Eh, mulas! A ver si dejan de hacer el idiota y mueven un poco las caderas.

—¡Vamos, mulas!

El director de escena fumaba desconsolado, y el presidente del Triangle Club, el ceño fruncido por la ansiedad, prodigaba furiosas explosiones de autoridad y arrebatos de cansancio temperamental, hasta que cayó en gran desmayo, imaginando cómo demonios iba a poder hacer la *tourné*e de Navidad.

—Bueno, bueno. Vamos ahora con la canción del pirata.

Las mulas echaron una última chupada a sus cigarrillos y se colocaron en sus puestos; la primera actriz se adelantó al escenario, pies y manos con gestos afectados; el director de escena palmeó, pateó, silbó y aulló hasta que iniciaron la danza.

El Triangle Club era un enorme e hirviente hormiguero. Todos los años representaba una comedia musical, viajando con actores, coro, orquesta y escenarios en las vacaciones de Navidad. Tanto la letra como la música eran obra de los estudiantes, y el club era una de las instituciones de mayor influencia; cada año aspiraban a formar parte de él unas trescientas personas.

Amory, tras una fácil victoria en el concurso organizado por el *Pricentonian*, ocupó la vacante del papel de «Boiling Oil, un teniente pirata». Durante la última semana, todas las noches desde las dos de la tarde hasta las ocho de la mañana,

ensayaban *¡Ja, ja, Hortense!* en el casino, con ayuda de mucho café cargado y dormitando en los descansos. Un lugar singular, aquel casino. Era un gran auditorio, como un granero, lleno de estudiantes disfrazados de piratas, de mujeres o de niños. El escenario se montaba en medio de gran violencia; el luminotécnico ensayaba lanzando diabólicos haces de luz a unos ojos irritados, y por encima de todo, el soniquete constante de la orquesta o el alegre bum-bum de la canción del Triangle. El autor de la letra permanecía en un rincón, mordiendo un lápiz, con veinte minutos para meditar un ripio; el gerente del negocio discutía con el secretario acerca del dinero que se podía gastar en «aquellos malditos trajes de lecheras»; y el viejo ex alumno, presidente que fue en el 98, encaramado en un palco, consideraba cuánto más simple era todo aquello en su tiempo.

De qué manera se lograba producir la revista del Triangle resultaba un misterio, un turbulento misterio, cualquiera que fuese el servicio que uno prestara y que había de permitirle, en su día, usar un pequeño triángulo de oro en la cadena del reloj. *¡Ja, ja, Hortense!* se escribió media docena de veces, por nueve colaboradores distintos, cuyos nombres figuraban en todos los programas. Todas las revistas del Triangle pretendían ser «algo totalmente diferente, no la simple comedia musical»; pero cuando los nueve autores, el presidente, el director de escena y el comité de la facultad la daban por terminada, lo que allí aparecía era la eterna comedia musical del Triangle, con sus chistes familiares y el gran actor que era despedido o caía enfermo antes del viaje y el hombre de barba poblada y negra que formaba parte del ballet y al que «no le daba la gana de afeitarse dos veces al día, ¡qué demonio!»

Había en *¡Ja, ja, Hortense!* un pasaje muy original. Es una creencia tradicional en Princeton que dondequiera que uno de Yale, miembro de la muy conocida asociación «Calaveras y Huesos», oye una referencia burlesca a su sagrada institución, se ve obligado a abandonar el lugar. También es una creencia que los miembros de esa asociación acostumbran triunfar en su madurez, amasando fortunas o votos o cupones o cualquier cosa que decidan amasar. Así pues, para cada representación de *¡Ja, ja, Hortense!* se reservaban media docena de butacas que debían ser ocupadas por los seis vagabundos de peor cariz que se pudieran encontrar en la localidad, tras una ligera adaptación a peor por el experto en maquillajes. En aquella escena en que «Firebrand, el jefe pirata» señalaba su negra bandera y decía: «Soy uno de Yale, reparad en mis huesos y calavera», los seis vagabundos tenían instrucciones de abandonar la sala con miradas de profunda melancolía y herida dignidad. Se asegura, aunque nunca llegó a probarse, que en una ocasión los seis vagabundos fueron seguidos por uno verdadero.

Durante las vacaciones representaban la comedia para los elegantes de ocho ciudades. A Amory le gustaron, sobre todo, Louisville y Memphis; allí sabían recibir a los forasteros: les proporcionaron un extraordinario ponche e hicieron gala de un

asombroso ramillete de bellezas. Chicago le gustó también por cierto entusiasmo que hacía olvidar su ingrato acento; sin embargo, era una ciudad de Yale, y como el Yale Glee Club era esperado la siguiente semana, para el Triangle sólo hubo división de opiniones. En Baltimore, Princeton se sentía como en casa y toda la expedición se enamoró. Se registró a lo largo de todo el recorrido un alto consumo de bebidas fuertes e, invariablemente, un hombre bien tomado subía al escenario porque su particular interpretación de un pasaje requería su colaboración. Usaban tres vagones privados, pero solamente se podía dormir en uno, llamado el «vagón del ganado», donde viajaban todos los músicos de viento de la orquesta. La gente se sentía tan apresurada que apenas tenían tiempo de aburrirse; pero cuando llegaron a Filadelfia, casi al término de las vacaciones, encontraron un gran descanso al abandonar aquel ambiente cargado de flores y pinturas grasientas, y las mulas se despojaron al fin de sus corsés con dolores abdominales y suspiros de alivio.

Cuando llegó la desbandada, Amory escribió apresuradamente a Minneapolis, porque la prima de Sally Weatherby, Isabelle Borgé, iba a pasar el invierno allí mientras sus padres viajaban por el extranjero. Se acordaba de Isabelle, una criatura con la que a veces había jugado cuando llegó por primera vez a Minneapolis. Ella se había ido a vivir a Baltimore donde, al parecer, se había hecho con un pasado.

Amory galopaba, confiado, nervioso y lleno de júbilo. Escabullirse a Minneapolis para ver a una chica que había conocido de niño le parecía la cosa más interesante y romántica; así que sin el menor escrúpulo telegrafió a su madre que no le esperase... y subió al tren para pensar en sí mismo durante treinta y seis horas.

«*Caricias*»

En el transcurso del viaje con los del Triangle, Amory había entrado en constante contacto con ese extraño fenómeno tan generalizado en los Estados Unidos que es el juego de las caricias.

Ninguna de las madres victorianas —y casi todas las madres eran victorianas— tenía la menor idea de la facilidad con que sus hijas se habían acostumbrado a ser besadas. «Las sirvientas son de tal condición» —decía la señora Huston-Carmelite a su muy solicitada hija—: «se dejan besar primero y después oyen las propuestas matrimoniales».

Pero la hija moderna entra en relaciones cada seis meses entre sus dieciocho y veintidós años; incluso durante su compromiso con el joven Hambell, de Cambell y Hambell —quien pomposamente se considera a sí mismo como su primer amor—, y entre pequeños devaneos, la hija moderna (seleccionada por el sistema de cambio de

parejas que favorece la supervivencia del más apto) se las arregla para no desperdiciar una serie de sentimentales besos a la luz de la luna, a la luz del fuego o en las mismas tinieblas.

Amory había visto cómo las mujeres de su edad hacían cosas que ni siquiera en la imaginación había juzgado posibles: tomar un bocado, a las tres de la madrugada, después del baile, en cafés de mala nota, y hablar de lo divino y de lo humano con un aire mitad modesto, mitad burlón, pero con una tal excitación que para Amory era síntoma real de su decadencia moral. Y hasta que lo vio, en las ciudades entre Nueva York y Chicago, no había comprendido lo extendido que estaba, como una gigantesca conjura juvenil.

Una tarde en el Plaza, el crepúsculo invernal aletea fuera, viene de más arriba un repique apagado... Se pasean y dan vueltas por el vestíbulo, se toman otro cóctel elegantemente vestidos..., esperan. Se abren las puertas, y tres bultos envueltos en pieles entran con afectación. Después, es el teatro, y más tarde, una mesa en el Midnight Frolic —naturalmente, con su madre, que sólo sirve para hacerlo todo más secreto y sugerente, sentada en mesa aparte y pensando que, después de todo, tales diversiones no son tan malas como ella había pensado, un tanto aburridas nada más—. Pero la hija moderna se ha enamorado de nuevo —qué raro, ¿no?—, y aunque en el taxi había sitio de sobra para todos, la hija moderna y el joven de Williams se sienten demasiado apretados y necesitan ir en coche aparte. ¡Vaya! ¿Te das cuenta de qué colorada viene la hija moderna por llegar siete minutos tarde? Pero la hija moderna sabe salir siempre del paso.

La «nena» se convierte poco a poco en la «coqueta», la «coqueta» se convierte en la «vamp». La «nena» tiene cada tarde cinco o seis llamadas de pretendientes. Si por un extraño accidente sólo tiene dos, la cosa empieza a ponerse fea para el que no tiene cita para ese día; y en el intervalo de dos bailes una docena de hombres la rodea. Trata de encontrar a la hija moderna entre dos bailes, anda, trata de encontrarla...

Siempre la misma muchacha... en lo más profundo de un ambiente de música de jungla y cuestiones sobre el código moral. A Amory le parecía fascinante que a cualquier joven moderna que le presentaran antes de las ocho se la podía besar antes de las doce.

—¿Qué demonios hacemos aquí? —le preguntó a la chica de las peinetas verdes una noche, en la *limousine* de un amigo, a la puerta del Country Club de Louisville.

—Yo qué sé. Tengo el demonio en el cuerpo.

—Vamos a ser sinceros, no nos volveremos a ver. Quería estar aquí contigo porque me has parecido la más bonita de todas. A ti te da lo mismo que nos volvamos a ver o no ¿verdad?

—No. ¿Es eso lo que dices a todas las chicas? ¿Qué he hecho yo para merecer tal honor?

—¿Así que ni estabas cansada de bailar ni querías un cigarrillo ni todo eso que dijiste? Lo único que querías...

—Vamos para adentro —interrumpió ella—, si tanto te gusta analizar. No hablemos más de eso.

Cuando se puso de moda aquel tipo de jersey de punto, sin mangas, Amory en un arranque de inspiración lo bautizó como «camisa de besuqueo». El nombre viajó de costa a costa en labios de conquistadores e hijas modernas.

Descriptivo

Amory había cumplido los dieciocho años, medía algo menos de un metro ochenta y era excepcionalmente hermoso. Tenía una cara juvenil, con una expresión ingenua contrastada por sus penetrantes ojos verdes, orlados de largas pestañas oscuras. En cierto modo carecía de ese intenso magnetismo que acompaña siempre a la belleza del hombre o la mujer; su personalidad radicaba sobre todo en algo mental, y no estaba en su poder abrirle o cerrarle el paso como si se tratara de un grifo. Pero la gente no olvidaba su rostro.

Isabelle

Se quedó inmóvil en lo alto de la escalera. Esas sensaciones atribuidas a los nadadores sobre los trampolines, a las primeras actrices la noche de su estreno o a los robustos y curtidos capitanes el día de su partido final, se acumulaban dentro de ella. Tendría que haber bajado entre un redoble de tambores o una discordante mezcolanza de temas de *Thais* y *Carmen*. Nunca había estado tan intrigada por su propia aparición, nunca se había sentido tan satisfecha. Hacía seis meses que tenía dieciséis años.

—¿Isabelle? —llamó su prima Sally desde el umbral del vestuario.

—Estoy lista —sintió un nudo en la garganta.

—He tenido que enviar a casa por otro par de zapatos. Estaré en un minuto.

Isabelle se dirigió al vestuario para un último toque ante el espejo, pero algo la empujó a permanecer allí y a observar la amplia escalera del Minnehaha Club. Giraba tentadoramente, y, en el salón de abajo, alcanzó a ver dos pares de pies masculinos. Calzados con escaarpines negros, no daban el menor signo de identidad; pero ella se imaginó con anhelo que uno de los pares pertenecía a Amory Blaine. El joven, al que

todavía no había visto, había jugado un importante papel aquel día, el primer día de su llegada. Al venir de la estación —en medio de una lluvia de preguntas, comentarios, revelaciones y exageraciones— Sally le había dicho:

—Te acuerdas de Amory Blaine, claro. Está loco por verte. Ha llegado de Princeton a pasar un día y va a venir esta noche. Ha oído hablar mucho de ti; dice que se acuerda de tus ojos.

Todo eso le complacía. Eso venía a poner las cosas en su sitio, aunque ella era muy capaz de representar sus propios romances con o sin propaganda previa. Pero a continuación del agradable cosquilleo producido por la anticipación tuvo una sensación deprimente que le llevó a preguntar:

—¿Qué será lo que ha oído acerca de mí? ¿Qué clase de cosas?

Sally sonrió. Al lado de su prima se sentía casi como un empresario de espectáculos.

—Sabe de sobra quién eres, lo guapa que eres y todo eso —se detuvo—, y supongo que sabe que te han besado.

Bajo el abrigo de piel el pequeño puño de Isabelle se crispó. Aunque acostumbrada ya a que en todas partes le siguiera su desesperante pasado, nunca dejaba de producirle el mismo resentimiento, a pesar de que en una ciudad desconocida una reputación así tenía sus ventajas. ¿Así que la consideraba una chica alegre? Pues iban a ver.

Isabelle contemplaba desde la ventana cómo caía la nieve fuera en la helada mañana. Esto era mucho más frío que Baltimore, tanto, que no se le podía comparar; el cristal estaba helado, en las esquinas del marco se acumulaba la nieve. Pero su mente seguía dando vueltas a un único objeto. ¿Iría él vestido como aquel muchacho que paseaba tranquilamente, en mocasines y prendas de invierno, a lo largo de aquella ruidosa calle comercial? ¿Qué era del Oeste? Pero él no podía ser así; estaba en Princeton, en segundo curso o algo así, aunque en realidad ella no tenía muy clara idea de él. Había conservado en su álbum de fotos una antigua instantánea suya, y aún le seguía impresionando con aquellos hermosos ojos que sin duda se habrían agrandado. Sin saber cómo, en el mes pasado, cuando se decidió su visita invernal a Sally, había adquirido las proporciones de un adversario de consideración. Los niños, los más astutos fabricantes de luchas, trazan sus campañas con gran rapidez, y Sally había interpretado con gran acierto la tonada que convenía al temperamento excitable de Isabelle. Isabelle durante algún tiempo había demostrado ser capaz de fuertes, aunque pasajeras, emociones...

Se dirigieron a un amplio edificio de piedra blanca, en la trasera de la calle nevada. La señora Weatherby les recibió calurosamente y todos los pequeños primos salieron de los rincones donde discretamente se habían refugiado. Isabelle los fue saludando con tacto. En sus buenos momentos sabía hacerse amiga de todos, excepto

de las chicas mayores que ella y algunas señoras. Hizo el impacto previsto. La media docena de muchachas que conoció aquella mañana salió bastante bien impresionada tanto de su personalidad abierta como de su reputación. Amory Blaine estaba en el ánimo de todas. Un tanto desenfadado en cuestiones amorosas, ni era ni dejaba de ser apreciado. En un momento u otro todas las muchachas parecían haber tenido una aventura con él, pero ninguna parecía dispuesta a suministrar información. El venía sólo por ella... Sally lo había hecho público a todo el mundo; así que, tan pronto como pusieron los ojos sobre Isabelle, se confabularon para venderle el favor. Isabelle estaba en secreto resuelta a que le gustase Amory, aunque fuese a la fuerza, porque se lo debía a Sally. No podía sentirse defraudada, porque Sally lo había pintado con tan brillantes colores —tenía muy buen aspecto, «un aire distinguido, cuando quería»—, era original e inconstante— que reunía todas las condiciones para arrastrarla a un romance que ella, por su edad y por su medio, tanto deseaba. Se preguntaba si aquellos zapatos que marcaban un foxtrot alrededor de la blanda alfombra del salón serían los suyos.

Todas las impresiones e ideas de Isabelle eran muy caleidoscópicas. Tenía en su haber esa curiosa mezcla de talento artístico y social que sólo se encuentra en dos clases de mujeres, las actrices y las damas de sociedad. Su educación o, mejor dicho, su amaneramiento lo había absorbido de los jóvenes que la habían rodeado; su tacto era instintivo y su capacidad para aventuras amorosas estaba solamente limitada al número de llamadas telefónicas posibles. La aventura parecía ofrecerse en sus grandes ojos oscuros y brillaba a través de su intenso magnetismo.

Así que esperaba al borde del último escalón mientras llegaban aquellas chinelas. Ya estaba impaciente cuando salió Sally del vestuario, resplandeciente en su habitual buen humor; y juntas descendieron al salón de abajo, mientras la mente de Isabelle se concentraba en dos pensamientos: estaba contenta porque esa noche tenía buen color y le preocupaba saber si Amory bailaba bien.

Abajo, en el gran salón del club, se encontró pronto rodeada de todas las muchachas que había conocido al mediodía, hasta que, mientras la voz de Sally repetía una serie de nombres, se encontró en medio de un sexteto de hombres, en blanco y negro, muy erguidos, figuras vagamente familiares. El nombre de Blaine figuraba entre ellos, pero en el primer instante no logró distinguirlo. Siguió un momento muy confuso y juvenil, lleno de topetazos y vueltas, en virtud del cual cada uno se encontró hablando con la persona que menos le interesaba. Con una hábil maniobra arrastró a Froggy Parker, en primero de Harvard y con quien había jugado alguna vez al aro, para sentarse en los peldaños de la escalera. Todo lo que ella necesitaba era una referencia cómica al pasado. El número de cosas que Isabelle podía hacer con un solo tema era notable; primero, lo repetía embargada por el entusiasmo, con tono de contralto y acento del Sur; luego, parecía contemplarlo a

distancia con una sonrisa, una sonrisa maravillosa; y por fin desarrollaba ciertas variaciones sobre el mismo tema, regodeándose en una especie de jugueteo mental, sin dejar de respetar la forma nominal del diálogo. Froggy estaba fascinado y completamente ajeno a que todo aquello no era por él sino por aquellos ojos verdes que brillaban bajo un pelo cuidadosamente atusado con agua un poco a su izquierda, porque Isabelle había descubierto a Amory. Como la actriz que, incluso cuando más aturdida se halla por su propio y consciente magnetismo, sabe calibrar al público de primera fila, Isabelle había percibido a su antagonista. En primer lugar, tenía el pelo castaño; un sentimiento de contrariedad le hizo saber que había esperado de él un pelo oscuro, la esbeltez de un anuncio de fijador... En cuanto al resto, bastante buen color y un perfil recto y romántico; el corte de un traje ajustado y una de esas camisas de seda fruncida, que hacen las delicias de las mujeres, pero de las que los hombres empiezan a cansarse.

Durante todo el examen Amory la observó con calma.

—¿No crees tú? —le preguntó de repente, volviendo hacia él su inocente mirada.

Hubo un pequeño tumulto y Sally se abrió camino hacia su mesa. Amory forcejeó para sentarse junto a Isabelle y le susurró al oído:

—Ya sabes que eres mi pareja. Nos han destinado el uno para el otro.

Isabelle abrió la boca; era un método infalible. Pero en verdad sintió como si su papel de primera actriz se hubiera convertido en el de una segundona... No debía perder la iniciativa. Toda la mesa bullía de risas, y en la confusión por coger sitio algunos ojos curiosos se volvieron hacia ella, sentada en la cabecera. Todo ello le producía un placer inmenso; Froggy Parker, ofuscado por su radiante cutis, olvidó arrimar la silla a Isabelle y cayó en postrada confusión. Amory se sentó al otro lado, rebosando confianza y vanidad, contemplándola con sincera admiración. Tanto él como Froggy empezaron sin rodeos:

—He oído hablar de ti desde que usabas trenzas.

—Qué divertido, aquel mediodía...

Ambos se detuvieron. Isabelle se volvió hacia Amory con timidez. Para respuesta bastaba su semblante pero se decidió a hablar:

—¿Qué? ¿Quién te habló de mí?

—Todo el mundo; todo el tiempo que has estado fuera —ella se sonrojó un poco. A su derecha Froggy estaba ya *hors du combat* aunque él no se daba cuenta de ello.

—Te voy a decir por qué me he acordado de ti durante estos años —continuó Amory. Ella se inclinó ligeramente hacia él y para observar así con disimulo los apios que tenía enfrente. Froggy suspiró; conocía muy bien a Amory y sabía que había nacido para manejar situaciones como esa. Se volvió hacia Sally para preguntarle si iba a volver a la escuela el próximo año. Amory replicó con fuego graneado:

—Ya he dado con el adjetivo que te va. —Ese era uno de sus arranques favoritos;

rara vez tenía ese adjetivo en la mente, pero así provocaba la curiosidad; y si se le ponía entre la espada y la pared, siempre sabía encontrar un cumplido.

—¿Y cuál es? —la expresión de Isabelle era un estudio en curiosidad absorta.

Amory movió la cabeza.

—Todavía no te tengo la suficiente confianza.

—¿Y me lo dirás después? —susurró ella.

Amory asintió.

—Nos sentaremos fuera.

Isabelle asintió.

—¿Te ha dicho alguien que tienes unos ojos muy penetrantes? —preguntó ella.

Amory trató de hacerlos más penetrantes todavía. Se imaginó, pero no estaba seguro, que la punta de su pie le había tocado por debajo de la mesa. Aunque también podía ser la pata de la mesa. Era difícil asegurarlo. Aun así, se estremeció. Se preguntaba si sería difícil buscar refugio en el saloncito de arriba.

Los niños en el bosque

Isabelle y Amory, cada cual a su manera, no eran dos niños inocentes, pero tampoco unos desvergonzados. Con todo, la afición pura era lo que menos valor tenía en el juego que habían iniciado, un juego que había de ser —para ella y durante muchos años— su principal tema de estudio. Los dos lo habían comenzado por las mismas razones, buenas promesas y un temperamento excitable; el resto era consecuencia de la lectura de unas cuantas novelas baratas y de charlas de vestuario con jóvenes de más edad. Isabelle ya sabía andar con un paso muy estudiado a los nueve años y medio, cuando sus ojos, amplios y luminosos, parecían anunciar la niña ingenua. Amory no era tan artificioso. Si se ponía un disfraz era para podérselo quitar al día siguiente y, además, no parecía discutir el derecho de ella a usar uno: Ella, por su parte, no parecía impresionada por su estudiada pose de aburrimiento. Había vivido en una gran ciudad y en cierto modo tenía más horas de vuelo que él, pero aceptó su pose, una de las doce posibles convenciones en esta clase de asuntos. Comprendía él que gozaba de sus favores porque la habían aleccionado para ello; pero, por no ser otra cosa que la mejor oportunidad de la noche, tenía que mejorar su actuación si no quería perder la iniciativa. Por todo eso ambos jugaban con una astucia tan descomunal que habría horrorizado a todos sus antepasados.

Después de la cena empezó el baile... dulcemente. ¿Dulcemente? Los jóvenes se cambiaban a Isabelle cada cuatro pasos para reñir después por los rincones:

—¡Me la podías haber dejado un poco más!

—Te digo que ella no quería; me lo dijo en el baile anterior.

Era verdad, así lo dijo a todos al tiempo que les daba la mano con un apretón que quería significar: «Bien sabes, Amory, que esta noche sólo contigo he estado bailando de verdad».

Pero el tiempo pasaba; al cabo de dos horas, incluso los *beaux* menos sutiles se habían decidido a concentrar sus pseudo-apasionadas miradas en otra parte, porque cuando dieron las once Isabelle y Amory estaban sentados en la poltrona del saloncito de lectura del piso de arriba. Ella presentía que formaban una buena pareja y parecía sentirse a sus anchas en aquel aislamiento, mientras la gente remolineaba y cuchicheaba por allá abajo.

Los que pasaban frente a la puerta miraban con envidia, y las chicas reían, fruncían el ceño y tomaban nota para el futuro.

Ya habían alcanzado por fin un escalón definido. Se habían contado todo lo que había ocurrido desde la última vez que se vieron, y ella tuvo que escuchar casi todo lo que había oído antes acerca de él. Que estaba en segundo, en la redacción del *Princetonian*, que esperaba llegar a ser pronto presidente. Ella le dijo que muchos jóvenes con quienes salía en Baltimore eran «terribles», que a veces iban borrachos a los bailes; tenían unos veintes años o cosa así y conducían unos fascinantes Stutzes rojos. A la mitad de ellos les habían expulsado de varios colegios y universidades, y algunos ostentaban unos nombres tan atléticos que no pudo por menos de mirarles con admiración. En realidad, la intimidad de Isabelle con la Universidad apenas había empezado; tan sólo mantenía una reverencial amistad con un grupo de jóvenes que pensaban: «Es una monada, vale la pena seguirla de cerca». E Isabelle ensartó una retahila de nombres con tal desparpajo que habría asombrado a un noble vienes. El le preguntó si tenía mucho amor propio. Replicó ella que era distinto el amor propio de la confianza en sí mismo; que le encantaban los hombres con gran confianza en sí mismos.

—Y Froggy, ¿es muy amigo tuyo? —preguntó.

—Bastante. ¿Por qué?

—Baila muy mal. Baila como si llevara la chica a la espalda en lugar de llevarla en los brazos —ella rió la gracia.

—Eres terrible para definir a la gente.

Amory lo negó con pesadumbre pero, no obstante, definió a unas cuantas personas. Luego hablaron de manos.

—Tienes unas manos muy delicadas —dijo ella—. Como si tocaras el piano. ¿Tocas el piano?

Dije antes que habían alcanzado un escalón definido; quíá, lo que habían alcanzado era un escalón muy crítico. Amory se había quedado aquel día solo para verla, y su tren salía a las doce y media de la noche. Sus maletas le esperaban en la

estación, y su reloj empezaba a pesarle en el bolsillo.

—Isabelle —dijo de repente— quiero decirte algo.

Habían estado charlando de cosas superficiales, «sobre esa expresión tan divertida de tus ojos», e Isabelle comprendió por el cambio de tono que algo se avecinaba; incluso había estado imaginando cuánto tardaría en llegar. Amory se inclinó y apagó la luz de forma que quedaron en una oscuridad sólo mitigada por el resplandor rojo debajo de la puerta del salón de lectura. Entonces empezó:

—No sé si te imaginas lo que yo... te quiero decir. Diablo, Isabelle, suena a frase hecha pero te aseguro que no lo es.

—Ya lo sé —dijo suavemente Isabelle.

—Tal vez no nos volvamos a ver como ahora. He tenido siempre mala suerte —estaba separado de ella y apoyado en el otro brazo del sillón, pero sus ojos brillaban en la penumbra.

—Claro que me volverás a ver, tonto —y en la última palabra puso el énfasis justo para atraerle. El continuó con acento ronco:

—Me he enamorado de muchas mujeres y supongo que tú también... de hombres, claro; pero, sinceramente, tú... —se interrumpió de súbito y se inclinó hacia ella, la barbilla apoyada en sus manos—. Bueno, siempre pasa lo mismo; tú seguirás tu camino y yo el mío.

Hubo un silencio. Isabelle estaba muy inquieta; hizo con su pañuelo una pelota y a la pálida luz que la envolvía lo arrojó deliberadamente contra la puerta. Sus manos se tocaron por un instante pero no llegaron a hablar. Los silencios se hacía más frecuentes y deliciosos. Había subido otra pareja descarriada que aporreaba el piano de la habitación de al lado. Tras la obligada introducción de escalas y ejercicios, uno de ellos arrancó con *Los niños en el bosque*, y una delicada voz de tenor introdujo las palabras en el salón:

*Dame, dame ya tu mano
para que sepa que vamos
a la tierra del ensueño.*

Isabelle la canturreó suavemente, y cuando sintió la mano de Amory entre las suyas se puso a temblar.

—Isabelle —susurró—. Ya sabes que estoy loco por ti y tengo esperanzas de interesarte un poco.

—Sí.

—¿Te importa mucho? ¿No prefieres a otro?

—No —apenas podía oírla aunque estaba tan próximo a ella que sentía su respiración en su mejilla.

—Isabelle, tengo que volver al colegio y no volveré en seis meses. ¿Por qué no podemos...? Me gustaría tanto tener un recuerdo tuyo...

—Cierra la puerta... —su voz era tan queda que él se preguntó si había llegado a hablar. Al empujar suavemente la puerta, la música pareció vacilar.

*Bajo esa brillante luna
dame un beso de buenas noches.*

Qué canción tan maravillosa, pensaba ella. Todo parecía maravilloso aquella noche, y, sobre todo, la romántica escena del salón, con las manos entrelazadas aproximando el inevitable espejismo. Su vida futura parecía una interminable sucesión de escenas como ésta: bajo la luz de la luna y de las pálidas estrellas, en los asientos de cálidas *limousines* y en bajos y cómodos *roadsters* parados en una arboleda protectora... sólo el acompañante podía cambiar y éste parecía encantador. El tomó su mano con suavidad y, con un repentino movimiento para llevarla a los labios, le besó la palma.

—¡Isabelle! —el susurro se mezcló con la música; ambos parecían flotar muy juntos. Su respiración se aceleró.

—¿Te puedo besar, Isabelle?

Con los labios entreabiertos volvió su cabeza hacia él, en la oscuridad. De improviso un clamor de voces, el sonido de unos pasos que subieron hasta ellos. Como una centella, Amory encendió la luz, y, cuando se abrió la puerta y entraron tres muchachos —el violento y bailarín Froggy entre ellos—, le encontraron hojeando las revistas de la mesa mientras Isabelle, inmóvil, serena y desenvuelta, les recibía con una amable sonrisa. Pero su corazón latía agitadamente, resentido de todo lo que le habían arrebatado.

Todo había pasado, no había duda. Hubo un clamor de voces que reclamaban un baile; una mirada se cruzó entre ellos —desesperada la de él, apenada la de ella—, y la noche continuó entre reconfortantes *beaux* y muchos más cambios de pareja.

A las doce menos cuarto se despidió de ella, gravemente, en medio de un corro reunido para desearle buen viaje. Por un instante él llegó a perder su presencia de ánimo, y ella se sintió algo aturdida cuando una voz oculta gritó:

—¡Sácala afuera, Amory! —al tomar su mano él la apretó un poco y ella le devolvió el apretón como había hecho con otras veinte manos aquella misma noche, y eso fue todo.

A las dos de la madrugada, de vuelta a casa de los Weatherby, Sally le preguntó si ella y Amory habían podido estar un «rato» en el salón. En sus ojos brillaba la luz de una idealista, los virginales sueños de una Santa Juana.

—No —contestó—, ya no estoy para esas cosas. El me lo pidió, pero le dije que

no.

En cuanto se metió en la cama empezó a imaginar qué sería lo que le diría en la carta urgente del día siguiente. Tenía una boca tan atractiva... ¿Sería posible que un día...?

—«Catorce ángeles velaban sobre ellos» —canturreó Sally en la habitación de al lado, con acento somnoliento.

—Maldita sea —murmuró Isabelle, haciendo una gran pelota con la almohada y explorando cautelosamente las frías sábanas—, maldita sea.

Carnaval

Por fin Amory había llegado arriba, por medio del *Princetonian*. Los pequeños *snoobs*, termómetros del éxito que estaban siempre a punto, le recibieron con efusión porque se aproximaban las elecciones para los clubs; a él y a Tom les visitaban grupos de alumnos superiores que entraban torpemente, se balanceaban en el borde de los muebles y hablaban de todo menos de aquello que les llevaba allí. A Amory le divertían aquellas miradas llenas de intriga; y cuando los visitantes representaban un club que para él no tenía el menor interés, se permitía el lujo de escandalizarlos con comentarios heterodoxos.

—Dejadme pensar. ¿Qué club representáis vosotros? —preguntó una noche a una asombrada delegación.

Con los visitantes de Ivy, Cottage y Tiger Inn se hacía el «chico ingenuo, agradable y sano» que estaba a sus anchas y no tenía la menor idea del objeto de la visita.

Aquella mañana fatal, a primeros de marzo, cuando todo el campus se transformó en el patio de un manicomio, se refugió en compañía de Alec Connage para observar desde allí, asombrado, la histeria de sus compañeros de clase.

Muchos grupos volubles iban de un club a otro; amistades de tres días atrás aseguraban entre lágrimas que debían pertenecer al mismo club, que nada debía separarles; se producían aparatosas manifestaciones de rencor y envidia, largo tiempo ocultas, en cuanto el favorito recordaba agravios de primer año. Hombres desconocidos eran elevados a un alto rango en cuanto recibían ciertas ofertas muy codiciadas; otros que se consideraban «muy preparados» se encontraban, a causa de inesperados enemigos, aislados y abandonados y hablaban con furor de dejar el colegio.

Entre los de su clase, Amory vio cómo se eliminaba a unos por usar sombrero verde, a otros «porque vestían como maniqués», a los de más allá porque se habían

emborrachado una noche «y no como un caballero, Dios mío», y en fin por cualquier otra secreta e insondable razón sólo conocida por los poseedores de las bolas negras.

La orgía social culminó en una fiesta gigantesca en el Nassau Inn, donde corrió el ponche preparado en inmensas perolas, y todo el salón se convirtió en un desfile delirante, agitado y gritón de voces y caras.

—Eh, Dibby, ¡felicidades!

—Enhorabuena, Tom, me han dicho que sacaste un buen paquete en el Cap.

—Eh, Kerry...

—Eh, Kerry, he oído que te vas con los gorilas del Tiger.

—Bueno, a mí no me gusta el Cottage, ese paraíso de conquistadores.

—Dicen que Overton se desmayó cuando le eligieron para el Ivy. ¿Qué firmó el primer día? ¡Ni hablar! Creo que se fue a Murray-Dodge en bicicleta, creyendo que se trataba de un error...

—¿Cómo lograste entrar en el Cap, viejo golfo?

—¡Felicidades!

—¡Felicidades! He oído que tuviste muchos votos.

Cuando cerraron el bar la fiesta se disolvió en pequeños grupos que deambularon, cantando, por el campus nevado, desolados porque todo —esfuerzo y vanidad— había terminado y podían hacer lo que les viniera en gana en los próximos dos años.

Años después Amory pensaba que la primavera de su segundo año fue el tiempo más feliz de su vida. Sus ideas iban acordes con su vida; no deseaba más que soñar, divagar y disfrutar de media docena de nuevas amistades, en las tardes de abril.

Una mañana entró Alec Connage en su habitación para despertarle; la luz del sol brillaba en la ventana para mayor gloria de Campbell Hall.

—Despierta, pecador, y reúne todas tus piezas. Tienes que estar enfrente del Renwick dentro de media hora. Tenemos un coche —cogió la bandeja de su escritorio y la depositó cuidadosamente, con toda su carga, sobre la cama.

—¿De dónde habéis sacado el coche?

—Bonita confianza; déjate de preguntas o no vienes.

—Me parece que voy a seguir durmiendo —dijo Amory con calma, volviendo a acomodarse y buscando un cigarrillo junto a la cama.

—¿Durmiendo?

—¿Por qué no? Tengo una clase a las once y media.

—¡Maldito amargado! Pero si no quieres venir a la costa...

Amory saltó de la cama, desparramando por el suelo toda la carga de la bandeja. La costa... no la había visto hacía años, desde las peregrinaciones con su madre.

—¿Quiénes vamos? —preguntó al tiempo que se embutía en las sandalias.

—Dick Humbird, Kerry Holiday, Jesse Ferrenby y..., unos cinco o seis. ¡Pero date prisa!

A los diez minutos Amory estaba devorando su maíz en el Renwick, y a eso de las nueve y media salían alegremente de la ciudad, rumbo a las arenas de Deal Beach.

—Mira —dijo Kerry—, el coche es como si fuera nuestro. La verdad es que unos desconocidos lo robaron en Asbury Park, lo abandonaron en Princeton y se fueron al Oeste. A este despiadado Humbird le han dado permiso en la alcaldía para ir a devolverlo.

—¿Lleva alguien dinero? —preguntó Ferrenby, sentado en el asiento delantero. Se levantó un unísono coro negativo.

—Esto se empieza a poner interesante.

—¿Dinero? ¿Qué dinero? Podemos vender el coche.

—O reclamar la tarifa de recuperación, o algo así.

—¿De dónde vamos a sacar para comer?

—Sinceramente —dijo Kerry, mirándole con severidad—, ¿es que vas a poner en duda los recursos de Kerry para tres cochinos días? Hay gente que ha vivido del aire durante años. Lee la revista de los Boy Scouts.

—Tres días —musitó Amory—, y yo que tenía clase.

—Uno de ellos cae en Sabbath.

—Es lo mismo. Sólo puedo perder seis clases y aún me queda mes y medio.

—¡Arrojadlo fuera!

—Es mucha vuelta.

—Amory, la estás quemando, para acuñar una frase nueva.

—Vale más que te calles, Amory.

Amory se resignó para enfrascarse en la contemplación del paisaje. Swinburne parecía el más adecuado al momento:

Pasaron las ruinas, las lluvias de invierno,
la estación de las nieves y pecados,
el día que separa a la amada del amado,
la noche que avanza sobre lo que deja el día,
la memoria que guarda un dolor perdonado.
Mueren los hielos y las flores nacen;
capullo a capullo la primavera se inicia,
los arroyos se ceban con flores...

—¿Qué te pasa, Amory? Amory está haciendo poesía, pensando en pájaros y flores. Lo puedo leer en sus ojos.

—No es verdad —mintió él—; estaba pensando en el *Princetonian*. Tendría que estar allí esta noche; pero espero poder llamar por teléfono.

—Estos hombres importantes... —dijo Kerry, respetuosamente.

Amory se sonrojó, y le pareció que Ferrenby, uno de los opositores derrotados, estaba molesto. Por supuesto que Kerry sólo estaba bromeando, pero él tampoco tenía que haber mencionado el *Princetonian*.

Era un día apacible; así que se iban acercando a la costa, con una brisa marina, empezó a imaginarse el océano, las largas y llanas playas y los tejados rojos por encima del mar. Atravesaron de prisa la pequeña ciudad y de repente despertó su conciencia con un pujante peán de emoción...

—¡Ay, Dios, míralo! —gritó.

—¿El qué?

—Dejadme salir, de prisa... ¡No lo he visto en ocho años! ¡Por favor, sed amables, parad el coche!

—¡Qué hombre más raro! —señaló Alec.

—A mí me parece un poco excéntrico.

El automóvil se detuvo ante un pretil y Amory echó a correr hacia el paseo. Al principio sólo vio que el mar era azul, que era enorme, que bramaba y bramaba..., todas esas trivialidades que inspira el océano, pero de haber dicho alguien que sólo eran trivialidades, le habrían mirado asombrado.

—Ahora a comer —ordenó Kerry, uniéndose al grupo—. Vamos, Amory, déjate de eso y seamos prácticos. Primero intentaremos en el mejor hotel —continuó— y luego ya veremos.

Anduvieron por el paseo hasta el hotel de más imponente aspecto y, entrando en el comedor, tomaron asiento en una mesa.

—Ocho Bronx —ordenó Alec—, y un sandwich grande con julianas. La comida para uno; póngalo por ahí.

Amory apenas comió porque había encontrado un asiento desde donde podía ver el mar y sentir su balanceo. Cuando terminaron el pequeño almuerzo, se pusieron a fumar tranquilamente.

—La cuenta, por favor.

Uno de ellos la hojeó.

—Ocho veinticinco.

—Demasiado caro. Le daremos dos dólares y otro para el camarero. Kerry, recoge el dinero.

Cuando se acercó el camarero, Kerry le dio solamente un dólar, puso dos dólares sobre la cuenta y se volvió. Displicentemente se dirigieron hacia la puerta, seguidos del receloso Ganimedes.

—Debe haber un error.

Kerry tomó la nota y la examinó cuidadosamente.

—No hay el menor error —dijo con seguridad, mientras movía la cabeza y rompía la nota en cuatro pedazos que entregó al camarero, tan confundido que

permaneció inmóvil, sin un gesto, viéndoles salir.

—¿No nos seguirán?

—No —dijo Kerry—; de entrada creerá que venimos con el hijo del dueño o algo así; luego volverá a comprobar la nota, llamará al encargado y mientras tanto...

Dejaron el coche en Asbury y tomaron el tranvía hasta Allenhurst para echar un vistazo a la multitud, en busca de bellezas. A las cuatro tomaron unos refrescos en un café, donde pagaron una fracción todavía menor del total del coste. Nadie les siguió, gracias en parte a su aspecto y a su *savoir faire*.

—Mira, Amory, nosotros somos marxistas socialistas —explicó Kerry—. No creemos en la propiedad y lo tenemos que demostrar.

—Ya llegará la noche.

—Espera y confía en Holiday.

Hacia las cinco y media estaban alegres y, cogidos del brazo, deambularon arriba y abajo del paseo entonando un monótono estribillo sobre las tristes olas del mar. Kerry divisó entre la multitud una cara que le llamó la atención y salió corriendo para reaparecer un momento después con una de las jóvenes menos agraciadas que Amory había visto nunca. Una boca delgada que iba de oreja a oreja, sus dientes presentaban un único y sólido frente, y unos ojos bizcos que miraban desconsolados a los bultos de la nariz.

—Su nombre es Kaluka, la reina de Hawai. Permítame presentarle a los señores Connage, Sloane, Humbird, Ferrenby y Blaine.

La joven hizo unas cuantas reverencias; pobre criatura; Amory pensaba que nadie le había hecho caso en su vida y posiblemente era medio tonta. Mientras les fue acompañando (Kerry la invitó a cenar) no dijo nada que pudiera desmentirlo.

—La señorita prefiere los platos de su tierra —dijo Alec al camarero, con tono grave—, pero se conformará con cualquier cosa fuerte.

Durante la cena se dirigía a ella con las más respetuosas palabras mientras Kerry, al otro lado, le hacía una cómica escena de amor, a la que ella respondía con risitas y guiños. Amory se contentaba con observar la comedia, admirado del tacto de Kerry, capaz de transformar el incidente más insulso en una aventura de grandes proporciones. Todos parecían contagiados del mismo espíritu y era un recreo estar entre ellos. Amory, por lo general, estaba a gusto con los hombres individualmente, pero los temía cuando estaban en grupo, a menos que el grupo se formara alrededor de él. Se preguntaba cuánto rentaba cada uno al grupo, pues había entre ellos una especie de contribución espiritual. Alec y Kerry eran la vida del grupo, pero no su centro. En cierto modo el tranquilo Humbird y Sloane, con su impaciente altivez, formaban el centro.

Dick Humbird le había parecido a Amory, desde el primer año, el tipo perfecto del aristócrata. Era esbelto y proporcionado, pelo negro y rizado, rasgos rectos y

bastante moreno. Todo lo que decía parecía apropiado. Tenía gran valor, bastante buena cabeza y un sentido del honor con un encanto y *noblesse oblige* tan especiales que no se podía confundir con la rectitud. Podía ser disipado sin desintegrarse, y las aventuras más bohemias no eran capaces de «quemarlo». La gente se vestía como él, trataba de hablar como él. Para Amory se le podía poner el mundo encima que no iba a cambiar por eso...

Se diferenciaba de aquel tipo atlético salido de la clase media en que nunca transpiraba. Cierta gente no puede familiarizarse con un chofer si no es marcando las diferencias. Humbird podía desayunarse en el Sherry con un negro y sentirse perfectamente a gusto. No era un snob, aunque sólo conocía a la mitad de su clase. Sus amigos iban desde lo más alto hasta lo más bajo, pero resultaba imposible «cultivar» su amistad. Los criados le adoraban, le trataban como a un dios. Personificaba el ejemplo eterno de lo que debe ser la clase alta.

—Parece uno de esos retratos del *Illustrated London News* de oficiales ingleses muertos en acción —dijo Amory a Alec.

—Bien —respondió Alec—, si quieres saber la cruel verdad te diré que su padre era un almacenero que se hizo rico como agente de fincas en Tacoma y se estableció en Nueva York hace diez años.

Amory sintió una curiosa sensación de naufragio.

Aquella excursión era posible gracias a la emancipación de la clase tras las elecciones de los clubs, como para llevar a cabo un último y desesperado esfuerzo de conocerse a sí mismos, de permanecer juntos y luchar contra el espíritu opresor de los clubs. Habían salido para suspender la convencional disciplina.

Después de la cena vieron a Kaluka junto al pretil y volvieron paseando hasta la playa de Asbury. El mar vespertino era una sensación nueva porque, desaparecidos su color y su madurez, no quedaba sino aquella sombría desolación de las tristes sagas noruegas; Amory pensaba en Kipling:

Playas de Lukanon antes de que lleguen los cazadores.

Era como una música infinitamente triste.

A las diez no tenían un céntimo. Habían cenado abundantemente con sus últimos once centavos y, cantando, deambularon por los casinos y arquerías iluminadas del paseo, deteniéndose a escuchar con devoción los conciertos de banda. En una plaza Kerry organizó una colecta para los huérfanos de guerra franceses que rindió un dólar y veinte centavos, con el que compraron un poco de brandy para caso de frío por la noche. Terminaron el día en un cine donde una antigua comedia les provocó estrepitosas carcajadas, para asombro y molestia del resto del auditorio. Su entrada fue un prodigio de estrategia; a medida que uno entraba señalaba al que venía detrás. El último, Sloane, declinó toda responsabilidad sobre el hecho tan pronto como todos

se distribuyeron por la sala; y cuando el airado portero se abalanzó hacia dentro, entró él indolentemente.

Se congregaron en el casino para ver el modo de pasar la noche. Kerry obtuvo permiso del sereno para dormir en la terraza; y, habiendo recogido un buen montón de esteras para utilizarlas como colchones y mantas, estuvieron hablando hasta media noche hasta que cayeron en un profundo sueño, a pesar de los esfuerzos de Amory para permanecer despierto y contemplar la maravillosa puesta de la luna sobre el mar.

Así continuaron durante dos días, paseando por la costa, en tranvía, bicicleta o a pie, a lo largo de aquel multitudinario paseo; comiendo a veces entre gente rica, cenando las mas veces frugalmente a expensas de un candido hotelero. Se hicieron ocho fotos en una tienda de revelado al minuto. Kerry insistió en hacer una agrupándoles como un equipo de fútbol, con las chaquetas vueltas del revés, como una banda del East Side, y él sentado en el centro sobre una luna de cartón. Tal vez el fotógrafo la conserva aún, porque ellos no fueron por ella. Hacía un tiempo perfecto, volvieron a dormir al fresco, y Amory volvió a caer dormido contra su voluntad.

Amaneció un domingo estólido y respetable; hasta el mar parecía gruñir y rezongar; así que volvieron a Princeton en los Ford de los granjeros que pasaron, y se separaron todos acatarrados pero sin mayores consecuencias.

Desde hacía tiempo, Amory descuidaba su trabajo todavía más que el año anterior, no a propósito sino empujado por una muchedumbre de intereses diferentes. La Geometría analítica y los melancólicos hexámetros de Corneille y Racine no le seducían como antes; e incluso la psicología, de la que tanto había esperado, demostró ser un objeto obtuso, saturado de reacciones musculares y frases biológicas antes que un análisis de la personalidad y de la influencia. Era una clase de mediodía que siempre le sorprendía dormitando. Habiendo descubierto que el «objetivo y subjetivo, señor», respondía a casi todas las preguntas, usaba la frase en tantas ocasiones que se convirtió en un juego de la clase cuando, a cualquier pregunta que se le hacía, era despertado por Ferrenby o Sloane para mascararla.

Hacían excursiones muy a menudo a Orange y a la costa, y más raramente a Filadelfia y Nueva York; una noche sacaron a catorce camareras del Child's y las pasearon en la segunda planta del autobús por toda la Quinta Avenida. Perdían más clases de lo que estaba permitido, lo que les suponía una asignatura adicional para el siguiente curso; pero la primavera era una cosa demasiado singular para dejar que algo interfiriese sus brillantes correrías. En mayo Amory fue elegido para el comité de promoción de segundo; y tras una larga discusión nocturna con Alec para hacer una lista de los candidatos al consejo superior, pusieron sus propios nombres a la cabeza de ella. Se daba por descontado que ese consejo se componía de los dieciocho veteranos más representativos; y a la vista de que Alec dirigía el equipo de fútbol y Amory tenía habilidades de desbancar a Burne Holiday como presidente del

Princetonian, tal encabezamiento parecía ampliamente justificado. Aunque parezca extraño, colocaron a D'Invillier entre las posibilidades, una suposición que un año antes habría dejado boquiabierto a toda la clase.

Durante toda la primavera Amory había mantenido una interminable correspondencia con Isabelle Borgé, salpicada de violentas explosiones y casi toda ella avivada por sus intentos para encontrar nuevas palabras de amor. Había descubierto que Isabelle era grave y discretamente seca en sus cartas, pero esperaba —contra toda esperanza— que seguiría siendo una flor lo bastante exótica como para llenar los grandes espacios de la primavera de igual manera que había llenado el saloncillo del Minnehaha Club. A lo largo de mayo le escribía por las noches documentos de treinta páginas que le enviaba en voluminosos sobres, con la etiqueta «Parte primera», «Parte segunda»...

—Ay, Alec, me parece que estoy harto del colegio.

—Me parece que yo también, a mi manera.

—Lo que yo quisiera es una casa de campo, un país cálido y una mujer y algo que hacer para no pudrirme.

—Yo también.

—Me gustaría dejar esto.

—¿Qué dice tu novia?

—¡Ah! —Amory balbuceó con horror—. Ella no piensa en casarse... por ahora. Me refiero al futuro.

—Mi novia sí lo piensa. Pensamos casarnos.

—¿De verdad?

—Sí. Pero no lo digas a nadie, por favor. Es posible que el año que viene no vuelva.

—¡Pero si sólo tienes veinte años! ¿Vas a dejar el colegio?

—¿No decías tú lo mismo hace un momento?

—Sí —Amory se interrumpió—, es sólo un deseo. No puedo pensar en abandonar el colegio. Es que me siento triste en estas noches espléndidas. Siento que no volverán otra vez y que no puedo saborear todo lo que tienen. Me gustaría que mi novia viviera aquí. Pero casarme... de ninguna manera. Especialmente ahora que mi padre dice que el dinero no entra en casa como antes.

—¡Qué manera de desperdiciar estas noches! —exclamó Alec.

Pero Amory suspiraba y aprovechaba las noches. Tenía una fotografía de Isabelle, enmarcada en un viejo reloj; y casi todas las noches a las ocho apagaba todas las luces excepto la del escritorio y, sentado ante la ventana abierta y con la fotografía delante, le escribía sus apasionadas cartas.

... es tan difícil escribir todo lo que siento cuando estoy pensando en ti; te has

convertido en un sueño que ya no puedo trasladar al papel. ¡Tu última carta era maravillosa! La leí seis veces, sobre todo la última parte; pero a veces me gustaría que fueras más sincera y me dijeras lo que realmente piensas de mí. Aunque tu última carta es demasiado bonita para ser verdad, ¡no voy a poder esperar hasta junio! Tienes que hacer lo posible para venir al fin de curso. Va a estar muy bien, y quiero estar contigo en el final de este año maravilloso. A menudo pienso en lo que me dijiste aquella noche, sin saber muy bien lo que quisiste decir. De no haber sido tú... Pero, ya ves, la primera vez, la primera vez que te vi pensé que eras muy voluble; eres tan popular y admirada que no puedo creer que me prefieras a todos.

Isabelle querida, esta noche es maravillosa. Alguien está tocando *Luna de amor* con una mandolina al otro lado del campus y parece que la música te trae hasta mi ventana. Ahora está tocando *Adiós muchachos, compañeros...* que me viene como anillo al dedo. También yo he acabado con todo. He decidido no volver a probar un cóctel y sé que nunca más volveré a enamorarme —ya no puedo—, porque has venido a formar una parte muy importante de mis días y de mis noches para poder pensar en otra mujer. No quiero parecer blasé porque no es eso. Lo que ocurre es que estoy enamorado. Isabelle querida (ya no puedo llamarte Isabelle a secas y me temo que voy a soltar el «querida» delante de tu familia el próximo junio), tienes que hacer lo posible para venir al fin del curso, y luego yo iré a tu casa a pasar un día, y todo será perfecto...

Y así sucesivamente, con una eterna monotonía que a ambos parecía infinitamente encantadora, infinitamente nueva, se iban llenando páginas y páginas.

Junio llegó con unos días tan calientes y pesados que no dejaban pensar ni en los exámenes; se reunían por las noches en el patio del Cottage, para hablar de temas muy amplios, hasta que las curvas del terreno hacia Stony Brook se envolvían de un vaho azulino, las lilas parecían blancas alrededor de las pistas de tenis, y las palabras dejaban paso a los silenciosos cigarrillos. Y a lo largo de un Prospect desierto y de McCosh, llevando siempre una canción tras ellos, llegaban hasta la cálida alegría de Nassau Street.

Tom D'Invilliers y Amory paseaban aquellos días hasta muy tarde. La fiebre del juego se había extendido por todo el segundo curso, y se pasaban las noches encorvados sobre los dados. Más de una vez salieron de la habitación de Sloane para ver cómo caía el rocío y cómo las estrellas se desvanecían en el cielo.

—Vamos a dar un paseo en bicicleta —sugirió Amory.

—De acuerdo. No estoy cansado y casi es la última noche del año; el lunes empieza el final de curso.

Encontraron dos bicicletas en Holden Court y pasearon por el Lawrence Road hasta las tres y media.

—¿Qué vas a hacer este verano, Amory?

—No me preguntes, lo mismo de siempre. Uno o dos meses en Lake Geneva —ya sabes que te espero allí en julio— y luego iré a Minneapolis, lo cual significa bailes de verano, besuqueos, un aburrimiento; pero Tom, dime —añadió de repente—, este año, ¿no ha sido una delicia?

—No —dijo Tom con énfasis, un nuevo Tom vestido por Brooks y calzado en Franks—, he ganado este partido, pero no pienso jugar el siguiente. A ti te va muy bien, tú eres como una pelota de goma y estás bien en cualquier sitio, pero yo ya estoy harto de tener que adaptarme a las majaderías de este rincón del mundo. Tengo ganas de irme a un sitio donde no se excluya a la gente por el color de su corbata o por el corte de su traje.

—No puedes, Tom —argüía Amory mientras pedaleaban en la noche—, a dondequiera que vayas aplicarás inconscientemente esos clichés de «tiene» o «le falta». Para bien o para mal, te hemos marcado para siempre; ya eres un tipo de Princeton.

—Bien, entonces —se quejó Tom, y su voz rota se levantaba con una queja— ¿para qué he de volver? Ya he aprendido todo lo que Princeton me puede enseñar. Dos años más de puras pedanterías y mentiras en el club no me van a servir de nada. Sólo van a servir para desorganizarme más, para hacerme más adocenado. Ya ahora me siento tan sin huesos que no sé cómo me voy a librar de ello.

—Lo que pasa es que no quieres darte cuenta de lo que te ocurre, Tom —le interrumpió Amory—. Acabas de abrir los ojos, de manera violenta, a un mundo de trepadores. Pero Princeton invariablemente proporciona, al hombre prudente, un cierto sentido social.

—Y tú consideras que me has proporcionado eso, ¿no? —le preguntó burlonamente, mirándole en la penumbra. Amory sonrió.

—¿Y no es así?

—A veces —dijo pausadamente— pienso que tú eres mi ángel malo. Yo podía haber sido un buen poeta.

—Vamos, eso es bastante difícil. Tú elegiste venir a un colegio del Este. O viniste a sabiendas de la condición trepadora de la gente, o viniste a ciegas —como Marty Kaye—, cosa que tú mismo repugnas.

—Sí —convino—, tienes razón. Me habría repugnado. No obstante, resulta duro convertirse en un cínico a los veinte años.

—Yo nací cínico —murmuró Amory—. Soy un idealista cínico. —Se detuvo a pensar si aquello significaba algo.

Cuando alcanzaron la dormida escuela de Lawrenceville, volvieron para atrás.

—Ha sido un buen paseo, ¿no? —dijo Tom.

—Sí, un buen final, un final completo; todo parece bueno esta noche. ¡Y ahora un cálido y lánguido verano con Isabelle!

—¡Tú y tu Isabelle! Me juego lo que sea a que es una tonta... Vamos a recitar algo.

Amory declamó la *Oda a un ruiseñor* a los matorrales por que pasaban.

—Nunca llegaré a ser un poeta —dijo Amory al terminar—. No soy bastante sensual; sólo me parecen bellas unas pocas cosas obvias: mujeres, tardes de primavera, música de noche, el mar; no soy capaz de comprender cosas más sutiles como «las trompetas que tocan a plata». Podré llegar a ser un intelectual, pero nunca escribiré más que poesía mediocre.

Cuando llegaron a Princeton el sol estaba dibujando mapas en el cielo; se apresuraron a tomar una ducha como sustitutivo del sueño. Al mediodía las calles se hallaban invadidas de abigarrados alumnos, con sus bandas y sus coros, y en las tiendas de campaña había grandes corros bajo los estandartes naranja y negro que tremolaban y ondeaban al viento. Amory se quedó mirando largo rato una casa con el número 69: allí unos pocos hombres encanecidos hablaban tranquilamente mientras los jóvenes corrían, formando un contraste de la vida.

Bajo el farol

De repente, al final de junio, los ojos esmeralda de la tragedia se clavaron fijamente en Amory. La noche siguiente a su paseo a Lawrenceville un grupo marchó a Nueva York en busca de aventura para volver a Princeton, en dos coches, alrededor de medianoche. Había sido una excursión alegre, y allí estaban representados muy diferentes estados de embriaguez. Amory iba en el coche de atrás; se habían equivocado de carretera, habían perdido el camino y apretaban el paso para alcanzar a los otros.

Era una noche clara, y la alegría de la carretera se subió a la cabeza de Amory. El fantasma de las dos estrofas de un poema se estaba formando en su mente:

Y así el coche gris se arrastraba en la oscuridad de la noche sin agitar ningún signo de vida a su paso... Como ante el tiburón los tranquilos senderos del océano en brillantes, sublimes y estrelladas corrientes, así los árboles bañados en la luna, divididos —dos a dos—, mientras aletean los pájaros de la noche gritando en el aire...

Un momento en un albergue de lámparas y sombras, un albergue amarillo bajo una

luna amarilla. Y después el silencio, mientras el crescendo de la risa se desvanece... El coche asciende de nuevo hacia los vientos de junio; las sombras se suavizan cuando la distancia crece hasta aplastar las de color amarillo en el azul...

Un frenazo les sacó de sus asientos, y Amory, aturdido, miró a ver qué pasaba. Una mujer de pie en la carretera hablaba con Alec que estaba al volante. Más tarde había de recordar la impresión de arpa que le produjo su viejo kimono, y el sonido hueco y roto de una voz que decía:

—Ustedes son de Princeton, ¿no?

—Sí.

—Uno de ustedes se ha matado ahí mismo y otros dos están muriéndose.

—¡Dios mío!

—¡Miren! —señaló con el dedo. Miraron con horror. Bajo la luz de un poste de carretera yacía una forma boca abajo en medio de un creciente círculo de sangre.

Saltaron del coche. Amory pensaba en aquella nuca, aquel pelo, aquel pelo... hasta que le dieron la vuelta.

—Es Dick, ¡Dick Humbird!

—¡Cristo!

—¡Vean si está vivo!

La voz insistente de aquella bruja rompió en una especie de triunfal graznido:

—Está completamente muerto. El coche volcó. Esos dos, a los que no pasó nada, se llevaron a los otros; pero con éste no hay nada que hacer.

Amory echó a correr hacia la casa, y el resto le siguió con aquella masa amorfa que dejaron en un sillón de aquel humilde porche.

Sloane, con el hombro abierto, se hallaba en otro sillón. Estaba delirando y llamaba a alguien para una clase de química a las ocho y diez.

—No recuerdo lo que ocurrió —dijo Ferrenby, con voz apagada—. Dick iba conduciendo y no quería soltar el volante; le dijimos que había bebido demasiado, y entonces vino aquella maldita curva... ¡Dios mío! —Se arrojó al suelo boca abajo y rompió a llorar.

El doctor había llegado y Amory salió al porche donde alguien le entregó una sábana que echó encima del cadáver. Con repentina firmeza levantó una de sus manos y la dejó caer inerte. La frente estaba fría, pero la cara no estaba falta de expresión. Miró los cordones de sus zapatos, los cordones que Dick había atado aquella misma mañana. El que los había atado era ahora esta pesada y blanca masa. Todo lo que quedaba del encanto y la personalidad de aquel Dick Humbird que había conocido..., ay, era demasiado horrible, poco aristocrático y terrenal. Toda tragedia tiene ese carácter grotesco, escuálido... tan inútil, tan fútil, como cuando mueren los animales. Amory se acordó de un gato que yacía horriblemente mutilado, en alguna callejuela

de su infancia.

—Alguien tiene que ir a Princeton con Ferrenby.

Amory dio unos pasos fuera de la puerta y se estremeció al sentir el último viento de la noche —un viento que agitaba un guardabarros suelto de aquella masa de metal retorcido para producir un débil y quejumbroso lamento.

¡Crescendo!

El día siguiente, gracias a un destino misericordioso, pasó en un instante. Cuando Amory se quedaba solo, sus pensamientos volvían inevitablemente a la estampa de aquella boca roja que bostezaba incongruente en una cara blanca; pero con esfuerzo y resolución fue sepultando aquella memoria con la excitación del día hasta que la apartó fríamente de su conciencia. Isabelle y su madre llegaron a la ciudad a las cuatro para pasear sonrientes por la Prospect Avenue, en medio de la alegre muchedumbre, y tomar el té en el Cottage. Los clubs celebraban esa noche su cena anual, así que a las siete la dejó en manos de uno de primero para citarse con ella en el gimnasio a eso de las once, la hora en que los demás alumnos eran admitidos en el baile de los de primero. Ella daba de sí todo lo que él había esperado ansioso y dispuesto a hacer de aquella noche el centro de todos sus sueños. A las nueve todos los alumnos veteranos salieron a la puerta de los clubs para presenciar el desfile de antorchas de los de primero; Amory se preguntaba si a causa de aquellos grupos uniformados, recortados contra las oscuras fachadas y bajo el resplandor de las antorchas, sería una noche tan brillante, a los ojos atentos y jubilosos de los novatos, como a él le había parecido el año pasado.

El día siguiente fue otro torbellino. Fueron seis a la mesa, en un reservado del club; Isabelle y Amory no hacían sino contemplarse tiernamente, por encima del pollo asado, seguros de que su amor iba a ser eterno. En la fiesta de fin de curso bailaron hasta las cinco de la mañana, y para cambiar la pareja de Isabelle se rompía la barrera con un alegre desenfado que se fue haciendo más entusiástico a medida que avanzaba la hora y el vino, almacenado en los bolsillos de los abrigos en el ropero, aplazaba para otro día la llegada del aburrimiento. La barrera es una masa de hombres muy homogénea que se mueve animada de una sola alma. Una morena belleza está bailando hasta que un ahogado suspiro provoca un murmullo del que surge uno, mejor peinado que los demás, que se adelanta y se atreve a hacer el cambio de pareja. En cambio, cuando aparece galopando esa joven de un metro ochenta (la trajo Kaye a la fiesta, y toda la noche ha estado tratando de presentarla a todo el mundo), la barrera se retrae, los grupos miran hacia otra parte, parecen muy interesados en todos

los rincones del salón, porque aparece Kaye, agitado y sudoroso, dando codazos a la multitud en busca de caras familiares.

—Te digo que tengo la chica más bonita...

—Lo siento, Kaye, pero estoy muy ocupado ahora. Tengo que cambiar con ese amigo.

—Entonces, ¿al siguiente?

—Bueno, ya te digo que tengo que cambiar. Dile que me busque cuando tenga un baile libre.

Amory creyó soñar cuando Isabelle sugirió dejar el baile y dar un paseo en el coche. Durante una hora de delicias, que pasó en un instante, pasearon por las silenciosas carreteras alrededor de Princeton, con los sentimientos a flor de piel, hablando con tímida excitación. Amory se sentía muy inocente y no hizo intentos de besarla.

Al día siguiente recorrieron Jersey, almorzaron en Nueva York, y por la tarde se fueron a ver un drama de tesis con el cual Isabelle lloró durante todo el segundo acto, con gran embarazo de Amory, que, no obstante, se sentía lleno de una gran ternura al verla así. Tentado de inclinarse sobre ella para sorber sus lágrimas, le apretó delicadamente su mano, que ella dejó entre las suyas al amparo de la oscuridad.

A las seis llegaron a la residencia de verano de los Borgé en Long Island, y Amory corrió escaleras arriba a fin de vestirse para cenar. Consideraba, mientras se colocaba los gemelos, que estaba disfrutando de la vida como probablemente nunca volvería a hacerlo. Todo parecía nimbado del halo de su propia juventud. Había llegado a Princeton, codo con codo con lo mejor de su generación. Estaba enamorado y era correspondido. Encendió todas las luces y se contempló en el espejo tratando de descubrir en su cara aquellas cualidades que tan claramente le distinguían del resto de la gente, que hacían de él un hombre decidido, capaz de ejercer una influencia susceptible de imponer a su voluntad. Muy pocas cosas de su vida las cambiaría por otras... Sólo Oxford podía haber sido un campo más vasto.

Se admiraba en silencio. ¡Qué buen aire tenía y qué bien le sentaba el *smoking*! Salió al pasillo y esperó en el arranque de la escalera al oír unos pasos que se acercaban. Era Isabelle, que desde la punta de sus zapatos dorados hasta el resplandor de su pelo no le había parecido nunca tan bella.

—¡Isabelle! —gritó, casi involuntariamente, ofreciéndole sus brazos. Y como en los libros de cuentos ella corrió hacia él para concentrar en aquel medio minuto, cuando sus labios se encontraron por primera vez, la culminación de su vanidad, la cumbre de su juvenil egolatría.

3. El ególatra medita

—¡Ay! ¡Suéltame!

El dejó caer sus brazos.

—¿Qué te pasa?

—Tu gemelo... me ha hecho daño... Mira —se miraba el escote donde una pequeña mancha azul, del tamaño de un guisante, contrastaba con la blancura de su piel.

—Isabelle —se reprochó a sí mismo—, soy un salvaje. De verdad, perdona. No tenía que haberte estrechado tanto.

Ella le miró con impaciencia.

—Amory, ya sé que no lo hiciste a propósito; no es para tanto; pero ¿qué vamos a hacer?

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó—. Ah, el cardenal; ya verás cómo desaparece en un momento.

—Nada de eso —dijo ella, tras una reconcentrada observación—. Todavía sigue ahí, se parece a Oíd Nick. Ay, Amory, ¿qué vamos a hacer? Está justo donde más se ve.

—Frótatelo —sugirió él, conteniendo la risa que se le venía a los labios.

Se lo frotó con la yema de los dedos hasta que una lágrima asomó en el rabillo del ojo y se deslizó por su mejilla.

—Ay, Amory —dijo, con desesperación, elevando hacia él una expresión patética—. Se me irritará todo el cuello si sigo frotando. ¿Qué podemos hacer?

Le vino una cita a la memoria que no pudo dejar de repetirla en voz alta:

Todos los perfumes de Arabia no lavarán esta mano.

Ella se le quedó mirando; sus lágrimas brillaban en sus ojos como el hielo.

—No eres muy amable.

Amory lo interpretó mal.

—Isabelle, querida, yo creo que...

—¡No me toques! —gritó ella—. ¡No, tengo ya bastante para que estés ahí riéndote de mí!

Volvió a meter la pata.

—Es que tiene gracia, Isabelle; como el otro día decíamos que el sentido del humor es lo que...

Ella le miraba con algo que no era tanto una sonrisa como la huella triste y débil de una sonrisa, en la comisura de la boca.

—¡Ay, cállate! —gritó de repente y echó a correr hacia su habitación. Amory se quedó quieto, lleno de remordimiento y confusión.

—¡Qué asco!

Isabelle reapareció con una estola sobre los hombros, y bajaron las escaleras en un silencio que se prolongó durante la cena.

—Isabelle —empezó a tantearla en cuanto subieron al coche, en dirección al baile del Greenwich Country Club—, si sigues enfadada yo voy a estarlo dentro de un minuto. Déjame darte un beso y hacer las paces.

Isabelle meditaba cabizbaja.

—No me gusta que se rían de mí —dijo al fin.

—No volveré a reírme. Ya no me río, ¿no lo ves?

—Pero te reíste antes.

—Vamos, no quieras ser tan femenina.

Ella torció el gesto.

—Seré lo que quiera.

Amory apenas podía contenerse. Se dio cuenta entonces de que no tenía verdadero afecto por Isabelle y que le molestaba su frialdad. Deseaba besarla, besarla mucho porque así podría irse al día siguiente sin mayores preocupaciones. Por el contrario, si no lograba besarla le seguiría preocupando... Podría empañar vagamente la imagen de sí mismo como un conquistador que no iba a quedar aureolado con una segunda intentona, un «ruego» a un luchador tan implacable como Isabelle.

Quizá ella lo sospechaba. De cualquier forma Amory veía cómo aquella noche — que debía haber supuesto la consumación de su romance— se deslizaba bajo enjambres de mariposas nocturnas en la acerba fragancia de los setos, pero sin aquellas palabras entrecortadas, sin los breves suspiros...

En la despensa, mientras tomaban un poco de ginger ale y fiambre, Amory anunció su decisión.

—Me voy mañana por la mañana.

—¿Por qué?

—¿Por qué no? —contraatacó él.

—No tienes necesidad de ello.

—De todas formas me voy.

—Bueno, si te empeñas en seguir haciendo ridiculeces...

—No lo tomes así —objetó él.

—Todo porque no te he dejado besarme. Tú crees que...

—No es eso, Isabelle —interrumpió él—, tú sabes muy bien que no es eso. Incluso suponiendo que lo fuera... creo que hemos llegado a un punto en que tenemos que besarnos... o... o nada. No es lo mismo que si me lo prohibieras por razones morales.

Ella vaciló.

—Realmente no sé qué pensar de ti —empezó con un tímido y perverso esfuerzo de conciliación—. Eres tan raro.

—¿Cómo?

—Creía que tenías mucha confianza en ti mismo y todo eso; ¿recuerdas que el otro día me dijiste que podías hacer todo lo que quisieras, conseguir todo lo que te diera la gana?

Amory enrojeció. Le había dicho un montón de cosas.

—Sí.

—Pues esta noche no pareces tener tanta confianza. A lo mejor es que eres muy vanidoso.

—No, no lo soy —dudó él—. En Princeton...

—¡Tú y tú Princeton! ¡Te crees que el mundo se acaba ahí! Es posible que seas el mejor escritor del *Princetonian*, que los de primero crean que eres muy importante...

—Tú no entiendes...

—Ya lo creo que lo entiendo —interrumpió ella—, porque siempre estás hablando de ti mismo y a mí me gustaba antes. Pero ahora ya no.

—¿He hablado de mí esta noche?

—Por eso mismo —insistió Isabelle—, por eso te has enfadado esta noche. No hacías más que estar sentado y mirarme a los ojos. Y además no me gusta tener siempre que pensar lo que tengo que decir, por miedo a tus críticas.

—¿Así que te obligo a pensar? —repitió Amory con un dejo de vanidad.

—Me pones nerviosa —dijo ella con énfasis—; en cuanto te pones a analizar la menor emoción, dejo de sentirla.

—Lo sé —Amory lo admitió y sacudió la cabeza con desconsuelo.

—Vamos —ella se incorporó.

Él se levantó distraídamente y llegaron hasta el pie de la escalera.

—¿Qué tren puedo coger?

—Si de verdad tienes que irte, hay uno que pasa a las nueve y once.

—Sí, de verdad que me tengo que ir. Buenas noches.

—Buenas noches.

Subieron la escalera y, al volverse hacia su cuarto, Amory creyó advertir en la

cara de ella una desmayada sombra de disgusto. Se tumbó a oscuras pensando — cuánto de aquella repentina infelicidad no era más que orgullo herido— si, después de todo, no estaría él temperamentalmente incapacitado para el romance.

Se despertó con una alegre oleada de lucidez. La brisa mañanera agitaba las cretonas de las ventanas, y se sintió indolentemente extrañado de no encontrarse en su habitación de Princeton, con la foto del equipo encima de la mesa y el emblema del Triangle en la otra pared. El reloj de pared del salón dio las ocho, y el recuerdo de la noche anterior acudió a su memoria. Se vistió de un salto para salir de la casa sin ver a Isabelle. Lo que antes parecía un incidente lleno de melancolía era ahora un fatigante engorro. A la media, vestido y sentado a la ventana, sentía su corazón mucho más desgarrado que lo que había podido imaginar. ¡Qué ironía, qué burla la de aquella mañana brillante y soleada, saturada del aroma del jardín! Al oír en la terraza la voz de la señora Borgé se preguntó por dónde andaría Isabelle.

Llamaron a su puerta.

—El coche estará a las nueve menos diez, señor.

Volvió de nuevo a su contemplación del jardín, repitiéndose una y otra vez, mecánicamente, un verso de Browning, que en una ocasión había citado en una carta a Isabelle:

Cada vida incompleta, ya lo ves,
cuelga tranquila, rota y remendada.
Ni suspiramos hondo, ni reímos alto,
ni —hambrientos, hartos, desesperados—
hemos sido felices.

Pero su vida no sería incompleta. Tuvo un sombrío consuelo al pensar que ella nunca podría ser más que lo que él había visto en ella; que esa era la culminación de su vida; que nadie la haría pensar como lo había hecho él. Pero como eso era justamente lo que ella le había reprochado, Amory se sintió de repente cansado de pensar, ¡de tanto pensar!

—Maldita sea —dijo con amargura—, ¡ha echado a perder mi año!

El superhombre se descuida

Un ventoso día de septiembre, regresó Amory a Princeton para sumarse a la sudorosa multitud de suspendidos que llenaba las calles. Parecía el colmo de la estupidez comenzar sus estudios superiores malgastando todas las mañanas cuatro horas en un

aula atiborrada de la escuela de preparación, sorbiendo todo el infinito aburrimiento de las secciones cónicas. Mr. Rooney, alcahuete de los torpes, dirigía la clase fumando innumerables Pall Mall al tiempo que dibujaba los diagramas y desarrollaba sus ecuaciones desde las seis de la mañana hasta el mediodía.

—Vamos a ver, Langueduc, utilizando esta fórmula, ¿dónde se sitúa el punto A?

Langueduc empieza a desplegar su metro noventa de carne de fútbol y trata de concentrarse.

—Esto..., bueno..., yo qué sé, Mr. Rooney.

—Eso es, no se puede usar esa fórmula. Eso es lo que quería demostrarle.

—Naturalmente, naturalmente.

—¿Comprende usted por qué?

—Seguro, apuesto a que sí.

—Si no lo sabe, dígamelo. Para eso estoy aquí.

—Mr. Rooney, si no le importa, haga el favor de repetirlo.

—Encantado. Tenemos el punto A...

El aula era un estudio en estupidez: entre dos grandes pilas de papeles, Mr. Rooney, en mangas de camisa; y alrededor de él, recostados en sus sillas, una docena de hombres: Fred Sloane, el bateador, que necesariamente había de ser elegible; «Slim» Langueduc, que podría vencer a Yale aquel otoño con que sólo aprobara la mitad del curso; McDowell, un chico alegre de segundo que consideraba muy deportiva aquella preparación entre tan eminentes atletas.

—Esos pobres que no tienen un céntimo para pagarse una clase particular y tienen que estudiar todo el verano, qué pena me dan —un día confesó a Amory, con un tono de camaradería y el cigarrillo colgando entre sus pálidos labios—. Vaya una lata, con todo lo que se puede hacer en Nueva York en verano. Pero supongo que no saben lo que se pierden. —Adoptaba tal aire de «tú y yo» que Amory estuvo a punto de echarle por la ventana cuando dijo eso. En febrero su madre preguntaría por qué no había podido entrar en un club, y le subiría la pensión... ¡Pobre idiota!

A través del humo y de aquel aire solemne y densa formalidad que llenaba la habitación, llegaba la inevitable petición.

—No lo he comprendido. ¿Quiere repetirlo, Mr. Rooney?

La mayor parte de ellos eran tan tontos u holgazanes que no podían admitir que no lo comprendían sin más. A Amory le parecía imposible estudiar las secciones cónicas: su tranquila y prometedor seguridad, al respirar por los fétidos discursos de Mr. Rooney, transformaba sus ecuaciones en insolubles jeroglíficos. La última noche hizo un esfuerzo final, con la ayuda de la proverbial toalla empapada, y se dispuso a presentarse a los exámenes añorando los perdidos colores y apetitos de la pasada primavera. Con la deserción de Isabelle la idea de su triunfo universitario había perdido garra, y ahora consideraba con ecuanimidad aquel posible fracaso que podría

acarrear su sustitución en el equipo del *Princetonian* y el desvanecimiento de toda esperanza para formar parte del Consejo Superior.

Siempre le quedaba su suerte.

Bostezó, escribió su nombre en el sobre del ejercicio y abandonó el aula.

—Si no apruebas —dijo Alec, el recién llegado, sentado en el antepecho de la ventana, meditando sobre la decoración de la pared—, eres la mayor calamidad del mundo. Tu cotización se vendrá abajo como un ascensor, tanto en el club como en el campus.

—Al infierno. ¿Me quieres abrir la herida?

—Porque lo mereces. Se debería prohibir que fuera presidente del *Princetonian* cualquiera que se atreva a arriesgar lo que tú has arriesgado.

—Anda, cambia de tema —protestó Amory—. Calla y es pera. Ya estoy harto de la gente que me pregunta cómo me va, como si yo fuera una patata engordada para un concurso de productos de la huerta.

Una tarde, una semana después, Amory se detuvo, camino del Renwick, bajo la luz de su propia ventana.

—Eh, Tom, ¿ha llegado algo?

La cabeza de Alec surgió contra el cuadrado de luz amarilla.

—Sí, la papeleta está aquí.

Su corazón se puso a latir con violencia.

—¿De qué color es, azul o rosa?

—No lo sé. Mejor es que subas.

Subió a la habitación, y se dirigía a la mesa cuando se dio cuenta de que había otras personas.

—Qué hay, Kerry —estuvo muy educado—. Ah, estos hombres de Princeton. —Todos parecían del mejor humor. Cogió el sobre con el membrete: «Registro», y lo sopesó nerviosamente.

—Aquí hay todo un pedazo de papel.

—Ábrelo, Amory.

—Para hacer un poco de drama os diré que si el papel es azul mi nombre será borrado de la redacción del *Prince* y mi corta carrera habrá concluido.

Se detuvo y por primera vez se fijó en los ojos de Ferrenby que le examinaban con una ávida mirada. Amory le devolvió el saludo con cortesía.

—Observen mi cara, caballeros, para saber lo que son las emociones primitivas.

Desgarró el sobre y puso la papeleta a la luz.

—¿Qué es?

—¿Azul o rosa?

—Dilo de una vez.

—Somos todo oídos, Amory.

—Sonríe, jura, haz algo.

Hubo una pausa..., transcurrió una multitud de segundos..., volvió a mirarla y dejó transcurrir otra multitud.

—Más azul que el cielo, caballeros.

Consecuencias de una acción

Todo lo que hizo Amory desde aquellos primeros días de septiembre hasta la siguiente primavera fue tan inconsecuente y carente de propósito que no vale la pena dejar constancia de ello. Desde un principio lamentó todo lo que había perdido. Buscaba las razones por las cuales se había venido abajo su filosofía del éxito.

—Tu propia holgazanería —dijo Alec más tarde.

—No, es algo más profundo. Empiezo a pensar que estaba decidido a perder esa oportunidad.

—En el club están contra ti, ya sabes. Toda persona que no triunfa debilita a la comunidad.

—Me horroriza esa manera de ver las cosas.

—Podrías intentarlo de nuevo, con un pequeño esfuerzo.

—No, he terminado; por lo que se refiere a llegar al poder en el colegio, he terminado.

—Amory, a mí lo que sinceramente me irrita no es que no puedas llegar a presidente del *Prince* o al Consejo Superior, sino que no hicieras nada por pasar el examen.

—A mí no —dijo Amory tranquilamente—; me pone enfermo todo eso tan concreto. Toda mi pereza estaba en armonía con mi sistema, pero me faltó la suerte.

—Te falló el sistema, querrás decir.

—Puede ser.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Adoptar uno mejor o seguir vagabundeando dos años más, en plan de vieja gloria?

—Todavía no lo sé...

—Amory, tienes que decidirte.

—Puede ser.

El punto de vista de Amory, aunque peligroso, no estaba lejos de la verdad. Sus reacciones para con el medio ambiente podían resumirse en las siguientes tablas, empezando por sus primeros años:

1. El Amory fundamental.
2. Amory más Beatrice.

3. Amory más Beatrice más Minneapolis.

St. Regis deshizo todo aquello para volver a empezar de nuevo:

4. Amory más St. Regis.

5. Amory más St. Regis más Princeton.

Aquí es donde más se había aproximado al éxito, por la vía del conformismo. El Amory fundamental, indolente, imaginativo y rebelde había quedado casi sepultado. Al conformarse había triunfado, pero su imaginación estaba lejos de sentirse satisfecha con su propio éxito; por lo que, de forma casi indiferente y accidental, había desbaratado todo lo conseguido, para convertirse de nuevo en él.

6. Amory fundamental.

Finanzas

El día de Acción de Gracias, apacible y discretamente falleció su padre. La incongruencia de aquella muerte con los encantos de Lake Geneva o la actitud reticente y digna de su madre le divertía, y asistió al funeral con alegre tolerancia. Pensaba que el entierro era preferible a la cremación y sonrió ante el procedimiento elegido en su niñez, oxidación lenta en la copa de un árbol. El día siguiente a la ceremonia se entretenía en el sofá de la biblioteca, ensayando actitudes mortuorias y tratando de saber si le encontrarían, cuando le llegara su hora, con las manos piadosamente cruzadas sobre el pecho (monseñor Darcy había patrocinado esa postura como la más distinguida) o con las manos cruzadas bajo la nuca, con un gesto más pagano y byroniano.

Mucho más que el abandono de su padre de las cosas mundanas despertó la curiosidad de Amory una conversación tripartita entre Beatrice, Mr. Barton —de la firma Barton and Krogman, sus abogados— y él mismo, que tuvo lugar algunos días después del funeral. Por primera vez tuvo conocimiento real de las finanzas de la familia para comprender la inmensidad de la fortuna que había estado en manos de su padre. Se cogió un legajo con el número 1906 y se lo leyó con cuidado. El gasto total de aquel año había sido superior a los ciento diez mil dólares. De ellos, cuarenta mil constituían la dotación de Beatrice, cuyo asiento estaba todo él contabilizado con el encabezamiento: «Créditos, cheques y letras de cambio a la orden de Beatrice Blaine». El resto estaba minuciosamente contabilizado; los impuestos y mejoras de la finca de Lake Geneva ascendían a casi nueve mil dólares; los gastos de casa, incluyendo el eléctrico de Beatrice y un coche francés, comprado aquel año, superaban los treinta y cinco mil dólares. Todo lo demás había sido esmeradamente anotado, e invariablemente los asientos del debe superaban a los del haber. Amory

quedó conmovido al descubrir, en el volumen correspondiente a 1912, la disminución del número de obligaciones y el gran descenso de la renta. Ello no se acusaba en la cuenta de Beatrice, pero parecía evidente que el año anterior su padre había jugado al petróleo con poca fortuna. Se había quemado poco petróleo, pero en cambio Stephen Blaine había salido bastante chamuscado. El siguiente año y el siguiente y el siguiente evidenciaban similares descensos, hasta que Beatrice, por vez primera, empezó a hacer uso de su propio dinero para el gasto de la casa. Aun así, la cuenta del médico en el año 1913 había superado los nueve mil dólares.

Acerca del verdadero estado de cosas Mr. Barton se mostró en extremo vago y confuso. Existían recientes inversiones cuyos beneficios resultaban problemáticos, y no tenía la menor idea sobre ciertas especulaciones y transferencias sobre las que no había sido consultado.

Varios meses después Beatrice escribió a Amory dándole cuenta de la verdadera situación. Lo que quedaba de las fortunas de los Blaine y los O'Hara se reducía a la finca de Lake Geneva y alrededor de medio millón de dólares, en acciones que producían un prudente seis por ciento. Beatrice le escribió que, tan pronto como pudiera transferirlo, colocaría el dinero en obligaciones de ferrocarriles y tranvías.

Estoy convencida —escribió a Amory— de que si podemos estar seguros de algo, es de que la gente no se estará quieta. Ese Ford ha sacado el mejor provecho de esa idea. Así pues he dado instrucciones a Mr. Barton de dedicarse al North Pacific y a esas compañías Rapid Transit, como llaman a los tranvías. Nunca me perdonaré por no haber comprado Bethlehem Steel. He oído historias fascinantes acerca de él. Te tienes que aficionar a las finanzas, Amory; estoy segura de que será tu revelación. Se empieza de recadero y no se sabe dónde se termina. Estoy segura de que de haber nacido hombre me habría gustado manejar dinero; se ha convertido en mi pasión senil. Antes de seguir adelante quiero decirte que una tal señora Bispam, una señora muy simpática que conocí el otro día en un té, me dijo que su hijo —que está en Yale— le escribió diciendo que todos los chicos usan en invierno la ropa interior de verano y que en los días más fríos van con la cabeza mojada y zapatos ligeros. No sé, Amory, si en Princeton hacéis lo mismo, pero no quiero que hagas tonterías. No solamente se puede coger una pulmonía o una parálisis infantil, sino toda clase de infecciones pulmonares a las que tan predispuesto estás tú. No puedes jugar con tu salud, lo sé por mí misma. No quiero parecer tan ridícula como otras madres, pero insisto en que uses las botas; aunque recuerdo una Navidad que las usabas constantemente, con los cordones sueltos y un ruido muy curioso que hacían al andar, y no querías atártelos porque eso no se llevaba. Pero en las Navidades siguientes por mucho que te pedí que usaras los chanclos no lo hiciste. Casi tienes veinte años, querido, y yo no puedo estar constantemente a tu lado para vigilar lo que haces.

Me ha salido una carta muy práctica. Te advertía en la última que la falta de dinero para hacer lo que se quiere le hace a uno prosaico y doméstico, pero todavía nos puede quedar mucho si no hacemos demasiadas extravagancias. Cuídate mucho, querido, y trata de escribirme por lo menos una vez a la semana, porque en cuanto no sé de ti empiezo a imaginarme las cosas más terribles.

Con amor,

Tu madre

Primera aparición del término «personaje»

Monseñor Darcy invitó a Amory a pasar una semana de Navidades en el palacio Stüart sobre el río Hudson, donde hablaron mucho alrededor del fuego. Monseñor había engordado un tanto, y su personalidad había crecido con ello, por lo que Amory sentía un gran descanso y seguridad al sentarse en el bajo y mullido sillón y unirse a él en la madura delectación de un buen cigarro.

—Me siento con muchos deseos de abandonar el colegio, monseñor...

—¿Por qué?

—Toda mi carrera se ha esfumado; usted pensará que es ridículo y todo eso, pero...

—Nada de ridículo, me parece muy grave. Quiero que me lo cuentes todo. Todo lo que has hecho desde que nos vimos por última vez.

Amory lo contó; abordó todo, hasta la destrucción de sus métodos egoístas, y al cabo de media hora su voz ya no tenía aquel tono de indiferencia.

—¿Qué vas a hacer si dejas la universidad? —preguntó monseñor.

—No lo sé. Me gustaría viajar, pero con esta guerra interminable no se puede hacer nada. En cualquier caso, a mi madre no le va a gustar que no me gradúe. No sé qué hacer. Kerry Holiday me dice que vaya con él a incorporarme a la escuadrilla Lafayette.

—Sabes de sobra que eso no te apetece.

—A veces sí; anoche me hubiera ido.

—Bueno, tendrías que estar mucho más cansado de la vida de lo que creo que estás. Te conozco.

—Creo que sí —confesó Amory con desgana—. Me parecía una solución fácil para todo... cuando pienso en otro año interminable e inútil...

—Ya lo sé, pero, para decirte la verdad, no me preocupas demasiado. Me parece que progresas como es debido.

—No —rechazó Amory—. En un año he perdido la mitad de mi personalidad.

—Ni por asomo —refunfuñó monseñor—. Querrás decir que has perdido la mitad de tu vanidad, eso es todo.

—¡Bueno! De cualquier modo me siento como si estuviera todavía en el quinto curso de St. Regis.

—No —monseñor sacudió la cabeza—, aquello fue una desgracia, lo de ahora es una bendición. Lo que hayas de conseguir no te vendrá por los caminos que esperabas el año pasado.

—¿Y qué peor puede haber que mi actual falta de espíritu?

—Quizá en sí mismo... Pero piensa que estás en pleno desarrollo. Has tenido tiempo para pensar y echar por la borda todo tu viejo equipaje cargado de éxito, superhombre y todo eso. La gente como nosotros no vive de teorías como tú hacías. Hemos de hacer una cosa, y si nos dejan una hora al día para pensarla podemos lograr maravillas; pero en cuanto se mezcla ese afán de dominio, estamos perdidos, nos convertimos en borricos.

—Pero, monseñor, es que yo no tengo nada que hacer.

—Amory, entre nosotros te diré que yo he aprendido a hacerlo hace muy poco. Puedo hacer un sinfín de cosas antes que la primera que tengo que hacer, con la cual tropiezo una y otra vez como tú has tropezado con las matemáticas este otoño.

—¿Y por qué hemos de hacer una cosa antes que otra? Me parece que es lo último para lo que estoy capacitado.

—Tenemos que hacerlo porque no somos personalidades, sino personajes.

—Eso está bien. ¿Cuál es la diferencia?

—Una personalidad es lo que tú querías ser, lo que, por lo que me dices, son Kerry y Sloane. La personalidad es algo casi exclusivamente físico, rebaja a la gente —yo la he visto desaparecer en una larga enfermedad—. Cuando una personalidad actúa, desprecia siempre la «primera cosa» por hacer. En cambio, el personaje se concentra, no se puede divorciar de lo que hace. Es como una barra de la que cuelgan muchas cosas, cosas brillantes a veces como las nuestras que el personaje utiliza con mentalidad calculadora.

—Algunas de mis más brillantes posesiones se cayeron cuando más las necesitaba —dijo Amory, conservando el símil con amargura.

—Así es; y cuando sientas que todo tu pomposo prestigio, tu talento y todo eso se ha venido al suelo, no tendrás necesidad de preocuparte por ellos; entonces podrás manejarlos a tu antojo.

—Sí, pero por otra parte he perdido todas mis posesiones, estoy indefenso.

—Totalmente.

—Verdaderamente es una gran cosa.

—Tienes un buen arranque, una cosa que por constitución ni Kerry ni Sloane tendrán nunca. Te despojaron de tres o cuatro ornamentos, y en un raptó de rabia

echaste por la borda todos los demás. Ahora tienes que recoger algunos y examinar con cuidado cuáles son los mejores. Pero, recuerda, hay que hacer la «primera cosa».

—¡Cómo me reconforta hablar con Su Reverencia!

Así siguieron hablando, casi siempre sobre ellos mismos y a veces sobre filosofía y religión o sobre la vida, para uno un juego, para el otro un misterio. El religioso parecía anticipar los pensamientos de Amory antes incluso de que se aclararan en su mente, tan íntimamente se hallaban unidas sus inteligencias tanto en la forma como en el fondo.

—¿Por qué haré tantas listas? —le preguntó Amory una noche—. Toda clase de listas.

—Porque eres un medievalista —contestó monseñor—. Lo somos los dos. La manía clasificadora, la manía de encontrar el tipo.

—Es el deseo de conseguir algo definido.

—He ahí el núcleo de la filosofía escolástica.

—Cuando llegué aquí empezaba a pensar que me estaba convirtiendo en un excéntrico. Supongo que era una pose.

—No te preocupes de eso. Quizá la mayor pose es simular que no se tiene pose. La pose...

—¿Sí?

—Tienes que hacer la «primera cosa»

Tras regresar a la universidad Amory recibió varias cartas de monseñor que le proporcionaron más alimento para su egolatría.

Mucho me temo que en nuestras últimas entrevistas te he dado demasiada confianza en tu inevitable seguridad, pero has de recordar que lo hice esperando mucho de tu esfuerzo y no en la estúpida convicción de que triunfarás sin necesidad de luchar. Hay ciertos matices en tu carácter que los das por conseguidos, aunque debes cuidar de no confesarlos a los demás. Eres poco sentimental, casi incapaz para el afecto, astuto sin ser hábil y vano sin ser orgulloso.

No pienses que no vales nada; muy a menudo en la vida estarás en tus peores momentos cuando creas que estás en los mejores; y no te preocupes de perder la «personalidad», como insistes en llamarlo; a los quince resplandecías como una mañana, a los veinte empiezas a sentir la melancólica claridad de la luna, y cuando llegues a mi edad irradiarás como yo el calor dorado de las cuatro de la tarde.

Si has de escribirme, que sea de manera natural. Tu última carta, una disertación sobre arquitectura, era terrible, tan pedante que pensé que vivías en un completo vacío intelectual y emocional; y ten cuidado al clasificar a la gente en tipos definidos; comprobarás que durante toda tu juventud se las arreglarán para saltar de una clase a otra; y, al colocar con arrogancia una etiqueta a cada uno que encuentras, no haces

más que meter en una caja de sorpresas un muñeco que luego ha de saltar para reírse de ti en cuanto entre en ese contacto antagónico que te deparará el mundo. La idealización de un hombre como Leonardo da Vinci ha de ser para ti un faro mucho más valioso en el momento presente.

Estás sujeto a ir de aquí para allá, como me sucedió a mí de joven, pero conserva la lucidez de tu mente; y tanto si los locos como los sabios se dedican a criticar, no te sientas demasiado culpable de ello.

Me dices que solamente las convenciones te mantienen en pie ante este «problema femenino»; pero es más que eso, Amory; es el miedo a que una vez que empieces no sólo no podrás detenerte, sino que correrás con la mayor violencia, y sé lo que me digo; es con ese semimilagroso sexto sentido con el que detectarás el mal, con ese semiconsiente temor de Dios que alojas en el corazón.

Cualquiera que sea el oficio que elijas —religión, arquitectura, literatura— estoy seguro de que te encontrarás mucho más resguardado al abrigo de la Iglesia; pero no quiero arriesgar mi influencia contigo, porque estoy persuadido de que «el negro abismo de Roma» bosteza dentro de ti. Escríbeme pronto.

Con afectuosos recuerdos

Thayer Darcy

Durante este período, hasta las lecturas de Amory fueron más escasas, visitando las callejuelas laterales y polvorientas de la literatura: Huysmans, Walter Pater, Théophile Gautier y las historias más picantes de Rabelais, Bocaccio, Petronio y Suetonio. Una semana, llevado de la curiosidad, se dedicó a inspeccionar las bibliotecas de sus compañeros; la de Sloane era una de las más típicas: la serie de Kipling, O. Henry, John Fox junior y Richard Harding Davis; *Lo que toda mujer madura debe saber*, *El encanto del Yukon*, un ejemplar dedicado de James Whitcomb Riley, un montón de libros de texto destrozados y llenos de anotaciones y, finalmente, para su gran sorpresa, uno de sus propios y últimos descubrimientos, los poemas completos de Rupert Brooke.

Junto a Tom D'Invilliers se dedicaba a buscar entre las lumbreras de Princeton a uno que pudiera continuar la Gran Tradición Poética Americana.

La masa de principiantes era mucho más interesante aquel año que lo había sido todo el Princeton fariseo de dos años antes. Las cosas se habían animado de manera sorprendente aun a costa de una gran parte del encanto espontáneo del primer año. Pero en el viejo Princeton nunca habrían descubierto a un Tanaduke Wylie. Tanaduke estaba en segundo, una curiosidad insaciable y una manera de decir: «¡La tierra gira alrededor de las siniestras lunas de las generaciones preconcebidas!», que a todos les hacía pensar que, aunque el sentido no estaba demasiado claro, no era cosa de poner en duda las expresiones de un alma superior. Por tal lo tenían Tom y Amory. Con

toda solemnidad les confesó que su inteligencia era igual que la de Shelley, por lo que influyeron para publicar su verso y prosa poética superlibres en la *Nassau Literary Magazine*. Pero el genio de Tanaduke se teñía con el color de su tiempo, por lo que se entregó a la vida bohemia para descontento de los otros dos. En lugar de «lunas de turbulentos mediodías» hablaba ahora de Greenwich Village; y en lugar de las «niñas de sueño» a lo Shelley que tanto había esperado y querido, frecuentaba a ciertas musas de invierno, no demasiado académicas, encerradas entre la calle Cuarenta y Dos y Broadway. Así que dejaron a Tanaduke con sus futuristas, donde tanto él como sus corbatas llameantes habían de encontrarse mucho mejor. Tom, en el último momento, le aconsejó que dejara de escribir durante dos años y leyera cuatro veces seguidas a Alexander Pope; pero ante la advertencia de Amory de que Pope para Tanaduke era igual que un opíparo banquete para un enfermo de úlceras estomacales, se retiraron entre grandes risas para echar a cara o cruz si aquel genio era demasiado grande o demasiado mezquino para ellos dos.

Amory evitaba despectivamente esos populares profesores que todas las noches, entre copitas de *chartreuse*, regalan con fáciles epigramas a sus admiradores. Le molestaba además ese aire de incertidumbre sobre cualquier tema que siempre va unido a un temperamento pedante; sus propias opiniones tomaron forma en una sátira en miniatura, titulada «En el salón de lectura», que tras convencer a Tom se publicó en la *Nassau*.

Buenos días, insensato...
Tres veces por semana
nos coges indefensos con tu discurso
para despedazar nuestras almas sedientas
con los tímidos síes de tu filosofía.
Aquí estamos tus cien borregos.
Cantad, jugad, moveos... Vamos a dormir...
Dicen que eres sabio;
el otro día nos aporreabas
con un compendio deducido
de un olvidado código.
Has rastreado toda una era
para llenarte las narices de polvo
y levantarte a publicarlo
con un gigantesco rebuzno...

A mi derecha tengo un vecino,
hombre muy brillante, un «asno ladino»
que todo te lo pregunta... Ahí está;

con aire muy serio y mano inquieta
te viene a decir en este momento
que ha pasado la noche despierto
rumiando tu libro.

Te pondrás como unas pascuas,
él simulará precocidad,
y, pedantes los dos,
alegres y burlones,
al trabajo correréis...

He recibido hoy, señor,
una composición mía que
(gracias a los comentarios que al margen
habéis escrito)
me hace saber que me permito
desafiar las más altas reglas
de la crítica
con ingenio barato y descuidado.
¿Está seguro de eso
y de que no es autoridad Shaw?
En cambio lo que envía El Asno Ladino
es lo mejor del arte más fino.

Cuando Shakespeare se recita,
sobre una silla dormita;
pero un difunto y apolillado maestro
encanta a nuestro gran presumido.
Llega un radical que sorprende
¿al ateo ortodoxo?
Al sentido común representa,
boquiabierto, ante el auditorio.
Y a veces hasta en la capilla
brilla su tolerancia,
su amplia y resplandeciente visión de la verdad
(incluyendo a Kant y al general Booth),
y así de sorpresa en sorpresa vive
el hueco y tímido afirmativo...

Ha sonado la hora... Saliendo del recreo
cien benditos muchachos

con los pies te quitan una palabra
que late en los ruidosos pasillos...
Y olvida en esta tierra mezquina
el poderoso bostezo que te dio a luz.

En abril Kerry Holiday abandonó el colegio y se embarcó hacia Francia para enrolarse en la escuadrilla Lafayette. La envidia y admiración de Amory ante este gesto quedaron mitigadas por una experiencia personal a la que nunca llegó a dar el valor que tenía, pero que, sin embargo, le persiguió y le obsesionó durante los tres años siguientes.

El demonio

A la medianoche salieron del Healy y marcharon en taxi hacia el Bistolary. Iban Fred Sloane y Amory acompañados de Axia Marlowe y Phoebe Column, dos chicas del espectáculo del Summer Garden. La noche era tan joven que se sentían ridículos de tanto exceso de energía, y entraron en el café como danzantes dionisiacos.

—¡Una mesa para cuatro en el centro de la pista! —gritó Phoebe—. ¡De prisa, querido, dígalos que ya estamos aquí!

—Dígalos que toquen *Admiration* —pidió Sloane—. Ir pidiendo mientras Phoebe y yo echamos un baile —y se metieron entre la muchedumbre. Axia y Amory, conocidos sólo de una hora, siguieron a un camarero hacia una mesa que les convenía; se sentaron a mirar la gente.

—¡Allí está Findle Marbotson, el de New Haven! —gritó ella por encima del bullicio—: ¡Eh, Findle, hu, hu!

—¡Hola, Axia! —gritó él saludando—. Ven a nuestra mesa.

—¡No! —susurró Amory.

—No puedo, Findle; estoy acompañada. ¡Llámame mañana a eso de la una!

Findle, un hombre vulgar y corriente, respondió incoherentemente y se volvió hacia su brillante rubia, a la que trataba de arrastrar a bailar.

—Vaya un loco —comentó Amory.

—Ah, es muy simpático. Aquí está nuestro viejo camarero. Pídeme un *daiquiri* doble.

—Que sean cuatro.

La muchedumbre giraba, cambiaba y vacilaba. Casi todos los hombres procedían de los colegios, con unas pocas muestras de la resaca de Broadway, mientras que había dos clases de mujeres. La más alta, la corista. En conjunto era una

aglomeración muy típica, y la fiesta tan típica como cualquier otra. Tres cuartas partes de la gente era inofensiva, estaban allí sólo por ostentación, terminaban la noche en la puerta del café a tiempo de coger el tren de las cinco de la mañana para Yale o Princeton; la otra cuarta parte continuaba hasta las horas inciertas, para llenarse de polvo extraño en extraños lugares. Estaba previsto que la fiesta de ellos fuera de la clase inofensiva. Fred Sloane y Phoebe Column eran viejos amigos. Axia y Amory lo eran muy recientes. Pero las cosas más extrañas se cuecen en medio de la noche, y lo inesperado, que acecha en los cafés —el hogar de todo lo prosaico e inevitable—, se preparaba para echarle a perder su pálido romance de Broadway. La forma en que ocurrió fue tan inexplicablemente terrible, tan increíble que nunca llegó a pensar en ella como una experiencia sino como la escena de una sombría tragedia, representada tras un velo, que significaba algo definido que él ya sabía.

Hacia la una se fueron al Maxim y a las dos estaban en Deviniere. Sloane había estado bebiendo sin parar y se encontraba en un estado de inestable entusiasmo, pero Amory había permanecido aburridamente sobrio; todavía no habían tenido que recurrir a uno de esos antiguos y corrompidos suministradores de champán que normalmente asisten a los trasnochadores de Nueva York.

Habían terminado de bailar y volvían hacia sus asientos, cuando Amory se percató de que una persona en una mesa vecina le miraba fijamente. Se volvió a mirarle un hombre de edad media con un traje oscuro, sentado solo y un poco aparte de su mesa, que les estaba examinando con gran atención. A la mirada de Amory sonrió débilmente, y Amory se volvió hacia Fred que estaba sentado:

—¿Quién es ese pálido que nos está mirando? —se quejó con indignación.

—¿Dónde? —preguntó Sloane—. ¡Lo echaremos de aquí! —se levantó balanceándose, agarrado a su silla—. ¿Dónde está?

Axia y Phoebe cuchicheaban entre sí y, antes de que Amory se diera cuenta, se dirigieron hacia la puerta.

—¿Dónde vamos ahora?

—Vamos a mi casa —sugirió Phoebe—; tengo allí coñac y seltz y podemos estar a gusto.

Amory lo pensó rápidamente. No había bebido y decidió que de seguir así podía acompañarles con cierta discreción. Era además, quizás, lo mejor que podía hacer para vigilar a Sloane, que no estaba en situación de cuidar de sí mismo. Así que cogió a Axia del brazo, y todos apretados en un taxi callejearon un rato hasta llegar a un alto edificio de apartamentos, de piedra blanca... Nunca había de olvidar aquella calle... Era una calle ancha, flanqueada a ambos lados por edificios altos, de piedra blanca, salpicados de ventanas oscuras, que se prolongaban hasta donde alcanzaba su vista, bañados en el resplandor de una luna que los envolvía en una palidez caliza. Era fácil imaginarse cada uno con su ascensor, con un portero negro y su casillero;

cada uno con sus ocho plantas y sus apartamentos de tres o cuatro habitaciones. El alegre salón de Phoebe le dio cierto alivio, y se tumbó en el sofá mientras las mujeres preparaban algo de comer.

—Phoebe es una gran chica —le confió Sloane *sotto voce*.

—Sólo estaré aquí media hora —dijo Amory con insistencia. Se preguntaba si parecería un poco puntilloso.

—Al demonio contigo —protestó Sloane—. Ahora estamos aquí, déjame en paz...

—No me gusta este sitio —insistió Amory—. Y no tengo ganas de comer nada.

Phoebe apareció con unos sandwiches, una botella de coñac, un sifón y cuatro vasos.

—Anda, Amory, sirve —dijo ella—; vamos a beber a la salud de Fred, que tiene un perfil muy distinguido.

—Sí —dijo Axia al entrar—, y a la de Amory. Me gusta Amory. —Se sentó junto a él y apoyó sobre su hombro su cabeza dorada.

—Serviré yo —dijo Sloane—. ¿Quieres sifón, Phoebe?

Llenaron la bandeja de vasos.

—Vamos, aquí viene.

Amory vaciló, el vaso en la mano.

Durante un minuto le invadió la tentación como una brisa cálida; su imaginación se hizo fuego y cogió el vaso de la mano de Phoebe. Eso fue todo, pues en el mismo instante en que tomó la decisión vio, a unos pocos metros delante de él, el hombre del café, y, con su salto de asombro, el vaso cayó de su mano levantada. Estaba medio sentado, medio reclinado sobre una pila de almohadones en el diván del rincón. Su cara parecía del mismo color de cera que en el café; no era ese color pasado y torpe de la muerte —se diría más bien una suerte de viril palidez— ni el de un hombre enfermo, sino el de uno sano que ha trabajado en una mina o ha hecho turnos de noche en un ambiente malsano. Amory le miró con tanta atención que después sería capaz de dibujarle en sus menores detalles. La suya era lo que se dice una boca franca, y sus ojos, tranquilos y grises, se movían lentamente de un grupo a otro con la sombra de una interrogante. Amory se fijó en sus manos; no eran delicadas pero parecían versátiles, tenues, fuertes... manos nerviosas que acariciaban los almohadones y se movían constantemente, abriéndose y cerrándose. Y de repente, observó sus pies y, por un golpe de sangre en la cabeza, comprendió que estaba horrorizado. Los pies eran completamente deformes... con una suerte de deformidad que más sintió que percibió... como la debilidad en una mujer robusta, como la sangre sobre el raso; una de esas incongruencias que hacen tan incomprensible a un objeto fútil. No usaba zapatos sino una especie de babuchas afiladas, como zapatos que se usaban en el siglo XIV, con las puntas retorcidas. Eran oscuros, y sus dedos

parecían llenarlos hasta la punta... Eran indescriptiblemente terribles.

Debió decir algo o mirar algo porque la voz de Axia llegó desde el vacío con una extraña ternura:

—¡Pero mirad a Amory! El pobre Amory está enfermo... La cabeza, ¿te da vueltas?

—¡Mirad ese hombre! —gritó Amory, señalando al diván del rincón.

—¿Te refieres a la piel de cebra? —rió Axia—. ¡Huy! A Amory le da miedo la cebra.

Sloane rió tontamente.

—¿Te da miedo la cebra, Amory?

Hubo un silencio... El hombre miraba a Amory con sorna... hasta que a sus oídos llegaron débilmente las voces humanas:

—Yo pensaba que no habías bebido, querido —señaló Axia sardónicamente, pero era un alivio oír su voz; todo el diván parecía vivo, animado como las olas de calor sobre el asfalto, como un hervidero de gusanos...

—¡Ven acá, ven acá! —Axia le cogió del brazo—. Amory, querido, no te vayas a marchar... ¡Amory! —Ya estaba cerca de la puerta.

—Vamos, Amory, quédate con nosotros.

—¿Te encuentras mal?

—Siéntate un segundo.

—Toma un poco de agua.

—Toma un poco de coñac...

El ascensor estaba cerca; el chico negro, medio dormido, como un pálido bronce... La voz de Axia flotaba por el pasillo. Aquellos pies..., aquellos pies...

Cuando descendieron en el ascensor, en la luz enfermiza del suelo del vestíbulo, volvieron a aparecer los pies.

En la calleja

Al final de la larga calle surgió la luna, a la que Amory volvió la espalda. Unos quince pasos más lejos sonaron las pisadas. Era como un lento gotear con una ligera insistencia en el momento de la caída. La sombra de Amory se extendía unos tres metros por delante de él, donde seguramente estaban aquellos zapatos. Con un instinto infantil Amory se apretó contra la azul penumbra de los blancos edificios, escudriñando la claridad de la luna durante amargos segundos y corriendo a trechos, tropezando torpemente. Hasta que de repente se detuvo; era preciso dominarse, pensó. Se pasó la lengua por unos labios resecos.

Si pudiera encontrar a alguien... Pero ¿es que quedaba alguien en el mundo, o descansaban ya todos en aquellos edificios blancos? ¿O es que también ellos eran perseguidos a la luz de la luna? Si encontrara uno que pudiese escuchar y comprender todo ese delirio... Pero de repente el delirio se hizo más próximo y una nube negra ocultó la luna. Cuando el pálido resplandor volvió a iluminar las cornisas, estaba tan próximo a él que Amory creía escuchar su tranquila respiración. Entonces se dio cuenta de que las pisadas no estaban detrás, nunca lo habían estado, y de que en lugar de huir de ellas las estaba siguiendo. Empezó a correr ciegamente, el corazón latiendo furiosamente, las manos crispadas. Muy lejos apareció un bulto negro que pronto tomó forma humana. Pero Amory ya estaba más allá; dejó la calle y tomó por un callejón, estrecho y oscuro, que olía a podrido. Bordeó una larga y ondulada oscuridad, oculto el resplandor de la luna excepto en unos pocos desconchados..., hasta que palpitando se derrumbó exhausto sobre la barandilla de una esquina. Los pasos cesaron, pero aún se oía un movimiento continuo y ligero, como el golpe de las olas contra un muelle.

Tanto como pudo, con las manos se tapó la cara, ojos y oídos. Durante todo ese lapso no se le ocurrió pensar que deliraba o estaba borracho. Tenía un sentido de la realidad mucho más agudo que el que proporcionan las cosas materiales. Su apetito intelectual parecía someterse pasivamente a él, que se ajustaba como un guante a todo cuanto le había precedido en su vida. No le confundía... Era como un problema cuya respuesta, en el papel, conocía de sobra, pero cuya solución era incapaz de comprender. Y se sentía más allá del horror. Había traspasado la sutil superficie que lo cubría y ahora se movía en una región donde aquellos pies y el miedo a las paredes blancas eran cosas reales y vivientes que tenía que aceptar. Solamente un pequeño fuego en el interior de su alma forcejeaba y clamaba para sacarle de allí, trataba de arrastrarle al otro lado de la puerta para cerrarla de un golpe tras él. Tras esa puerta sólo habría unas cuantas pisadas y unos edificios blancos, y seguramente las pisadas serían suyas.

Durante los cinco o diez minutos que esperó a la sombra del pretil sintió ese fuego... tan cerca que lo quería llamar. Recordó después haberlo hecho:

—Quiero un idiota. ¡Mandadme un idiota! —al negro vacío enfrente de él en cuyas sombras se arrastraban los pasos..., se arrastraban. Supuso que la «ayuda» y el «idiota» se habían entremezclado a causa de una precedente asociación. No era un acto de su voluntad el llamarlo así; su voluntad había huido ante aquella figura que se movía en la calle; era el instinto quien lo llamaba, como esas sílabas repetidas por tradición en la furiosa plegaria nocturna. Algo así como un golpe de gong sonó a poca distancia, y ante sus ojos apareció aquella cara sobre los dos pies, una cara pálida y deformada por una infinita maldad que vacilaba como una llama al viento; *entonces comprendió, en aquel breve instante, mientras el sonido del gong vibraba y*

se desvanecía, que era la cara de Dick Humbird.

Unos minutos más tarde se incorporó al reconocer sombríamente que no había más sonidos y que se hallaba solo en la oscura calleja. Hacía frío y echó a correr hacia la luz que se advertía al extremo de la calle.

En la ventana

El sol estaba muy alto cuando le despertó el sonido frenético del teléfono junto a su cabecera y recordó que había ordenado que le llamaran a las once. Sloane roncaba sonoramente, sus ropas amontonadas junto a su cama. Se vistieron y desayunaron en silencio y salieron a tomar un poco el aire. La mente de Amory trabajaba lentamente, tratando de asimilar lo que había ocurrido y de separar las pocas briznas de verdad de toda aquella caótica imaginería que bullía en su memoria. De haber sido una mañana fría y gris podría haber cogido en un instante las riendas del pasado, pero era uno de esos raros días de mayo de Nueva York en que el aire de la Quinta Avenida parece tan ligero y suave como el vino. A Amory le importaba poco lo que recordaba Sloane, fuera mucho o nada, quien aparentemente no sufría la misma tensión nerviosa que atormentaba a Amory, el cual forzaba su mente a ir y venir, como una sierra chirriante.

Broadway se vino sobre ellos, y aquella babel de ruidos y caras pintadas provocó en Amory un repentino malestar.

—¡Por amor de Dios, vamos a volver! ¡Vamonos de aquí!

Sloane le miró asombrado.

—¿Qué te pasa?

—¡Esta calle es espantosa! ¡Vamos! ¡Volvamos a la Avenida!

—¿Quieres decir —pregunto Sloane estólidamente— que por culpa de la indigestión, que te hizo portarte ayer como un maniático, no vas a volver a Broadway nunca más?

Gracias a aquello Amory lo clasificó como uno más de la masa; que ya nunca volvería a ser el Sloane lleno de buen humor y risueña personalidad, sino una de tantas caras malignas que remolineaban en la turbia corriente.

—¡Hombre! —gritó tan alto que la gente de la esquina se volvió hacia él y le siguió con la mirada—, es asquerosa; y si no eres capaz de darte cuenta, es que tú también eres asqueroso.

—¡Qué te crees tú! —dijo Sloane con pertinacia—. ¿Qué te pasa? ¿Es que tienes remordimientos? Si te hubieras quedado ayer con nosotros ahora estarías mucho mejor.

—Me marchó, Fred —dijo Amory lentamente. Las piernas le temblaban y sabía que si permanecía un minuto más en aquella calle se derrumbaría—. Iré al Vanderbilt a comer. —Y se fue rápidamente hacia la Quinta Avenida. En el hotel se sintió mejor, pero cuando entró en la peluquería, a fin de procurarse un masaje facial, el aroma de los polvos y los tónicos le trajo la evocación de aquella amplia y sugerente sonrisa de Axia, y salió corriendo. En el umbral de su habitación le envolvió una súbita oscuridad, como un río partido, en dos.

Cuando volvió en sí habían pasado varias horas. Se arrastró hasta la cama, dando vueltas en ella sacudido por un miedo mortal a volverse loco. Deseaba ver gente, mucha gente, cualquiera que fuese, sana, buena o estúpida. No supo cuánto tiempo había estado sin moverse. Podía sentir sus venas en la frente, cubierto de un terror que había fraguado como el yeso. Una vez más le pareció que estaba atravesando la delgada corteza del horror, desde donde podía distinguir el oscuro crepúsculo que abandonaba. Sin duda se durmió de nuevo, porque no recordó después otra cosa que haber pagado la cuenta del hotel para subirse más tarde a un taxi. Estaba lloviendo a mares.

Camino de Princeton no vio a nadie conocido en el tren sino a una masa exhausta de gente de Filadelfia. La presencia en el pasillo de una mujer pintada le llenó de tal malestar que se cambió de coche, tratando de concentrarse en el artículo de una revista. Una y otra vez leía los mismo párrafos, hasta que abandonó aquel inútil intento para descansar su frente ardiente sobre el húmedo cristal de la ventanilla. El compartimento para fumadores estaba cargado de humo y del tufo de los forasteros; abrió la ventana y tuvo un estremecimiento en medio de la niebla que le envolvía. Las dos horas del viaje fueron como dos días, y casi llegó a gritar de alegría cuando aparecieron las torres de Princeton y los cuadrados de luz amarilla que se filtraban a través del aire azulado.

Tom estaba en el centro de la habitación, encendiendo pensativamente una colilla. Amory se sintió muy aliviado al verle.

—He tenido un sueño muy malo sobre ti la última noche —la voz rota le llegaba a través del humo del cigarrillo—. He pensado que estabas metido en un lío.

—¡No me lo digas! —Amory estuvo a punto de gritar—. No digas ni una palabra; estoy agotado, no tengo fuerzas para nada.

Tom le miró extrañado, se dejó caer en el sillón y abrió su cuaderno italiano. Amory echó al suelo su sombrero y su abrigo, se soltó el cuello de la camisa y, de la estantería, cogió al azar una novela de Wells. «Wells está bien —pensaba—; y si no me sirve leeré un poco de Rupert Brooke».

Pasó media hora. Fuera, el viento se hacía más intenso, y Amory se volvió hacia las húmedas ramas que se movían y tamborileaban en el cristal de la ventana. Tom estaba enfrascado en su trabajo; y en el interior de la habitación sólo de tanto en tanto

el arañazo de una cerilla o el crujido del cuero de una silla rompía su silencio. Hasta que con el zigzag de un rayo se produjo el cambio. Amory se levantó muy tieso, el pelo erizado. Tom le estaba mirando con la boca abierta, los ojos fijos.

—¡Dios mío! —gritó Amory.

—¡Cielo santo! —exclamó Tom—, ¡detrás, mira detrás! —Rápido como un relámpago Amory se volvió. No vio nada más que el cristal oscuro.

—Se ha ido —la voz de Tom salió tras un instante de silencioso terror—. Algo te estaba mirando.

Temblando de nuevo Amory volvió a su silla.

—Tengo que decirte algo —empezó—. He tenido una experiencia terrible. Me parece que he visto... al demonio... o algo parecido.

—¿Cómo era la cara que has visto? No —añadió rápidamente—, ¡no me lo digas!

Le contó todo. Era medianoche cuando terminó; después, con todas las luces encendidas, dos jóvenes somnolientos y temblorosos se leían recíprocamente *El nuevo Maquiavelo* hasta que amaneció por encima de Witherspoon Hall; les echaron por debajo de la puerta el *Princetonian*; y los pájaros de mayo, sacudiéndose las gotas de la última lluvia de la noche, saludaron regocijados al nuevo sol.

4. Narciso en vacaciones

Durante el período de transición en Princeton, esto es, durante los dos últimos años de Amory allí, al tiempo que lo veía cambiar y ensancharse hasta alcanzar y comprender toda su gótica belleza mediante cosas más útiles que los desfiles nocturnos, pasaron por allí ciertos individuos que le agitaron hasta sus pletóricas profundidades. Algunos habían estado en primero, y en un primero violento, con Amory; algunos estaban un curso detrás de él; y al principio de su último año, alrededor de pequeñas mesas en el Nassau Inn, empezaron a poner en duda en alta voz todas aquellas instituciones sobre las que Amory y tantos otros se habían interrogado muchas veces en secreto. En primer lugar, y casi por accidente, discutían sobre ciertos libros, un tipo muy definido de novela biográfica que Amory bautizó como «libro de búsqueda». En el «libro de búsqueda» el héroe se enfrenta con la vida provisto de las mejores armas y dispuesto a usarlas como se debe hacer uso de las armas, para derribar a los poseedores de ellas que le hacen frente, tan ciega y egoístamente como fuera posible; pero el héroe de la «búsqueda» descubre un día que se puede hacer de ellas un uso más sublime. *No hay otros dioses*, *La calle siniestra* y *La investigación sublime* eran ejemplos de tales libros; fue el último de esos tres el que sacudió a Burne Holiday hasta el punto de poner en duda el valor de convertirse en un diplomático autócrata, con su club en la Prospect Avenue, gozando de los privilegios de su clase. Amory lo había conocido superficialmente a través de Kerry, si bien su verdadera amistad con éste no comenzó hasta enero del último año.

—¿Te enteraste de las últimas noticias? —preguntó Tom, al volver una tarde lluviosa, con aquel aire triunfal que adoptaba tras una discusión victoriosa.

—No. ¿Quién ha muerto? ¿Han hundido otro barco?

—Peor que eso. Casi un tercio de los jóvenes va a dimitir de sus clubs.

—¿Cómo?

—¡De verdad!

—¿Por qué?

—Espíritu de reforma y todo eso. Burne Holiday lo apoya. Los presidentes de los clubs se van a reunir esta noche para estudiar los procedimientos de combatirlo.

—Bueno, pero ¿qué es lo que pasa?

—Según dicen, los clubs son un insulto a la democracia de Princeton; cuestan una barbaridad, se pierde mucho tiempo, sólo sirven para crear barreras sociales, todo lo que suelen decir los novatos resentidos, Woodrow piensa que se deben abolir.

—Pero ¿es así, de verdad?

—Completamente así. Creo que va en serio.

—Por lo que más quieras, cuéntanoslo todo.

—Bien —empezó Tom—, parece que la misma idea se engendró al mismo tiempo en varias cabezas. He hablado con Burne hace un momento y me ha dicho que es el resultado lógico si una persona inteligente se dedica a pensar sobre nuestro sistema social. Ha tenido una reunión monstruo y cuando se ha hablado de abolir los clubs todo el mundo ha aplaudido; la idea estaba en todos, más o menos, y sólo ha sido necesaria una chispa para que se pusiera de manifiesto.

—¡Muy bien! ¡Va a ser muy divertido! ¿Cómo estarán en Cap and Gown?

—Furiosos, naturalmente. Andan discutiendo, jurando, volviéndose locos. Unos se vuelven sentimentales y otros brutales. En todos los clubs pasa lo mismo, me he dado una vuelta por ellos. Han cogido a uno de los radicales y le abrasan a preguntas.

—¿Y cómo se portan los radicales?

—Bastante bien. Burne habla muy bien, de una forma tan sincera que convence a todo el mundo. Es evidente que abandonar los clubs significa para él mucho más que para nosotros conservarlos, por lo que me parece fútil discutir con él; así que he terminado por adoptar una postura neutral. Me parece que Burne se ha creído que me ha convertido.

—¿Has dicho que casi un tercio de los jóvenes va a dimitir?

—Pon un cuarto y estarás seguro.

—Dios, ¡quién lo hubiera creído!

Hubo un leve toque en la puerta y entró Burne.

—Hola, Amory; hola, Tom.

Amory se levantó.

—Buenas, Burne. No te extrañe que me vaya corriendo, me voy al Renwick.

Burne se volvió hacia él con presteza.

—Probablemente ya sabes de lo que quiero hablar con Tom; no es nada privado y me gustaría que te quedaras.

—Me quedo encantado —Amory volvió a sentarse; y, al tiempo que Burne se encaramaba en la mesa para discutir con Tom, se quedó contemplando al revolucionario con más atención que nunca. De frente despejada y recia mandíbula, sus ojos grises y delicados tan honrados como los de Kerry, Burne era un hombre que en seguida daba una impresión de grandeza y seguridad de tenacidad, una tenacidad no estólida; a los cinco minutos de estar hablando comprendió Amory que su

ferviente entusiasmo no tenía nada de diletantismo.

El intenso poder que para Amory, más tarde, encerraba Burne Holiday era distinto de la admiración que había sentido por Dick Humbird. Esta vez todo empezó por un puro interés mental. Hacia otras personas a las que en primera instancia había considerado como de primera categoría, se había sentido atraído por sus personalidades, y a Burne le faltaba aquel inmediato magnetismo hacia el que él normalmente juraba fidelidad. Pero aquella noche Amory quedó sorprendido por la intensa honradez de Burne, una cualidad que él siempre había asociado con la más negra estupidez, y por el gran entusiasmo con que logró tocar viejas fibras de su corazón. Burne navegaba vagamente hacia la tierra que Amory anhelaba y que — pronto— había de aparecer a la vista. Tom y Amory y Alec estaban metidos en un *impasse*; no parecía que iban a tener más experiencias en común, Tom y Alec ciegamente ocupados con sus comités y sus equipos de redacción, y Amory ciegamente ocioso, cocinando una y otra vez los escasos alimentos de su conversación —el colegio, la personalidad de sus contemporáneos y todo eso.

Aquella noche en que los sorprendió la visita de Burne discutieron el asunto de los clubs hasta las doce y, en general, todos estuvieron de acuerdo con Burne en lo principal. A los dos inquilinos de la habitación el asunto no les parecía tan vital como dos años antes; pero la lógica de los argumentos de Burne contra el sistema social barrió tan completamente sus prejuicios que más que discutir sólo preguntaron, envidiando la salud de aquel hombre tan capacitado para enfrentarse a tan viejas tradiciones.

Amory se desvió del tema y supo entonces que Burne también estaba fuerte en otras cosas. Le interesaba la economía y se estaba convirtiendo al socialismo. También asomaba el pacifismo en su conciencia, y había leído *Las masas* y a León Tolstoi intensamente.

—¿Y acerca de religión? —preguntó Amory.

—No sé nada. Estoy hecho un lío acerca de muchas cosas. Acabo de descubrir que tengo una mente y estoy empezando a leer.

—Leer, ¿qué?

—Todo. Tengo que empezar a seleccionar; pero, principalmente, cosas que obliguen a pensar. Estoy leyendo ahora los cuatro evangelios y las *Diversas formas de la experiencia religiosa*.

—¿Por dónde has empezado?

—Wells, naturalmente, y Tolstoi, y un hombre llamado Edward Carpenter. He estado leyendo durante más de un año sobre unas cuantas cosas que considero esenciales.

—¿Poesía?

—Bueno, sinceramente no lo que vosotros llamáis poesía por las razones que

sean; vosotros dos, que sois escritores, miráis las cosas de distinta manera. Whitman es el que más me atrae.

—¿Whitman?

—Sí; tiene una fuerza moral muy definida.

—Me avergüenza tener que confesar que tengo una gran laguna en Whitman. ¿Y tú, Tom?

Tom sacudió la cabeza como un cordero.

—Bueno —continuó Burne—, puedes encontrar unos cuantos poemas inaguantables, pero me refiero al conjunto de su obra. Es tremendo, como Tolstoi. Los dos miran las cosas de frente y, siendo tan distintos, parece que buscan las mismas cosas.

—Me tienes asombrado, Burne —admitió Amory—. He leído, naturalmente *Anna Karenina* y la *Sonata a Kreutzer*, pero me parece que, por lo que yo sé, Tolstoi es genuinamente ruso.

—Es el hombre más grande en cientos de años —exclamó Burne con entusiasmo—. ¿Habéis visto la fotografía de esa vieja cabeza barbada?

Estuvieron hablando hasta las tres de la mañana, desde la biología hasta la religión organizada; y cuando Amory se metió entre escalofríos en la cama, las ideas le bullían en la cabeza, abrumado por la sensación de que alguien había descubierto el sendero que él podía haber seguido. Burne Holiday estaba en pleno desarrollo, y Amory se consideraba en idéntica situación. Había caído en el más negro cinismo sobre lo que se había cruzado en su camino para mostrarle las imperfecciones del hombre y se había refugiado en Shaw y Chesterton para protegerse de una decadencia..., hasta que de repente todos sus procesos mentales de año y medio atrás se le antojaron fútiles y estériles, una mezquina consumación de sí mismo... sobre el fondo sombrío del incidente de la primavera pasada, que llenaba la mitad de sus noches con un horrible miedo que le impedía rezar. Ni siquiera era católico, aunque el único espectro de código que obedecía era ese ritual, ostentoso y paradójico catolicismo cuyo mejor profeta era Chesterton, cuya claqué estaba formada por esos arrepentidos libertinos de la literatura como Huysmans y Bourget, cuyo padrino americano era Ralph Adams Cram, adulador de las catedrales del siglo XIII, un catolicismo que Amory encontraba conveniente y adecuado, sin sacerdotes, ni sacramentos, ni sacrificios.

No podía dormir, así que encendió su lamparilla para buscar en la *Sonata a Kreutzer* los motivos del entusiasmo de Burne. Porque ser Burne era mucho más real que ser inteligente. Suspiró... Aquí podía haber otro gigante con pies de barro.

Pensaba en el Burne de dos años atrás, un novato apresurado y nervioso, completamente desbordado por la personalidad de su hermano. Y recordó un incidente de segundo curso cuando se sospechó que Burne había jugado un papel

decisivo.

Un numeroso grupo había presenciado cómo el decano, Hollister, discutía con un taxista que le había traído desde el empalme. En el altercado, el decano se permitió decir que él «podía muy bien comprar aquel taxi». Pagó y se fue. Pero a la mañana siguiente al entrar en su despacho se encontró con el taxi en lugar de su mesa, con un letrero que decía: «Propiedad del Sr. Hollister, decano. Comprado y liquidado». Fueron precisos dos expertos mecánicos, que necesitaron la mitad de un día para desmontarlo y sacarlo de allí, lo que vino a demostrar la energía del humor de los novatos bajo una dirección eficaz.

Aquel mismo otoño Burne causó sensación. Una tal Phyllis Styles —que andaba siempre remoloneando entre los diversos colegios— no había logrado conseguir su invitación anual al partido Harvard-Princeton.

Jesse Ferrenby la había llevado a un partido de menor importancia unas semanas antes, tras convencer a Burne —y para acabar con su misoginia— para que les acompañara.

—¿Vasa ir al partido de Harvard? —le preguntó indiscretamente Burne, para sacar un tema de conversación.

—Sí, si tú me lo pides —contestó ella rápidamente.

—Claro que te lo pido —dijo Burne débilmente. No estaba nada versado en las artes de Phyllis, convencido de que aquello no era más que una insulsa forma de bromear. Pero antes de que hubiera pasado una hora ya se había dado cuenta de que le habían enredado. Phyllis había cogido la sugerencia por los pelos y se propuso utilizarla; y el informarle en qué tren pensaba llegar fue lo que hundió a Burne totalmente. Aparte de que le disgustaba Phyllis, había pensado disfrutar de aquel partido de Harvard sólo entre amigos de su sexo.

—Ya verá ésa —así informó a una delegación que corrió a su habitación a tomarle el pelo—. ¡Va a ser la última vez que vaya a un partido acompañada de un joven inocente!

—Pero, Burne, ¿para qué la has «invitado» si no querías?

—Burne, tú sabes que en secreto estás loco por ella; eso es lo malo.

—¿Qué puedes hacer, Burne? ¿Qué puedes hacer contra Phyllis?

Pero Burne se limitaba a sacudir la cabeza y proferir amenazas que, sobre todo, consistían en aquel: «¡Ya verá ésa, ya me las pagará!»

Las alegres veinticinco primaveras de la frivola Phyllis asomaron del tren, pero sus ojos se encontraron con una espeluznante visión en el andén. Allí esperaban Burne y Fred Sloane, uniformados hasta el último ojal, como dos figurines de anuncio de su colegio. Se habían hecho unos trajes muy llamativos, con pantalones de *clown* y unas hombreras gigantescas. Sobre sus cabezas unos escorados sombreros de colegio, con unas violentas tiras sujetas con alfileres, de color naranja y negro, y bajo

sus cuellos de celuloide unas llameantes corbatas naranja. En las mangas unos brazaletes negros con unas «pes» naranja, apoyándose en sendos bastones adornados con banderines de Princeton, todo ello rematado con unos calcetines y pañuelos con los mismos motivos y colores. Atado a una cadena un gato hermoso e irritado, pintado como un tigre.

Una mitad de la estación se les había quedado mirando, en parte con horrorizada compasión y en parte con alborotada alegría; y cuando se acercó Phyllis, sobresaliendo su esbelta mandíbula, la pareja corrió hacia ella, mezclando en sus voces altas y agudas el grito del colegio y el nombre de Phyllis. A lo largo del campus fue aclamada y entusiásticamente escoltada, seguida de medio centenar de golfillos, para regocijo de varios cientos de alumnos y visitantes, la mitad de los cuales ignoraban que se trataba de una broma y suponían que Burne y Fred eran dos famosos deportistas que agasajaban a la joven en su visita al colegio.

Es fácil imaginar cuáles eran los sentimientos de Phyllis al desfilas así entre las tribunas de Harvard y Princeton, donde se sentaban docenas de sus antiguos admiradores. Trataba ella de ir un poco delante o un poco detrás, pero ellos se mantenían a su lado para que no hubiera la menor duda de con quién estaba, dirigiéndose en voz alta a sus amigos del equipo, hasta oír a sus conocidos susurrar:

—Esta Phyllis Styles está ya muy vista; sólo le quedaba venir con esos dos.

Tal había sido la obra de Burne, lleno de dinámico humor, pero fundamentalmente serio. De esas raíces había brotado la energía que ahora estaba tratando de canalizar...

Así pasaron las semanas y llegó marzo sin que aparecieran aquellos pies de barro que Amory esperaba. Alrededor de un centenar de estudiantes se dieron de baja en sus clubs en un arranque final de rectitud, y los clubs recurrieron a su arma más temible: el ridículo. Todo aquel que le conocía le quería; pero aquello por lo que él luchaba (y cada vez luchaba por más cosas) se convirtió en el hazmerreír de tantas lenguas, que un hombre con menos aplomo que él se habría derrumbado.

—¿Es que no te importa perder tu prestigio? —le preguntó Amory una noche. Se habían acostumbrado a llamarse varias veces por semana.

—Claro que no. Al fin y al cabo, ¿qué es el prestigio?

—Hay gente que dice que no eres más que un político bastante original.

Se echó a reír.

—Eso es lo que me ha dicho Fred hoy mismo. Supongo que me voy convirtiendo en eso.

Una tarde se enzarzaron sobre un tema que durante mucho tiempo había interesado a Amory: la relación que guardaban los atributos físicos con la conducta del hombre. Burne se refería a la biología:

—Claro que la salud cuenta; un hombre sano tiene dos veces más probabilidades

de ser bueno —dijo.

—No estoy de acuerdo contigo; yo no creo en un «cristianismo muscular».

—Yo sí. Yo supongo que Cristo tenía un gran vigor físico.

—Oh, no —protestó Amory—. Tuvo que trabajar demasiado para eso. Imagino que cuando murió era un hombre acabado; y los grandes santos no han sido hombres fuertes.

—La mitad de ellos, sí.

—Bien, suponiendo que así fuera yo no creo que la salud tenga nada que ver con la bondad; supongo que para un gran santo es muy importante ser capaz de soportar enormes pruebas; pero de ahí a esa moda de los predicadores de aparentar gran virilidad, clamando que sólo la gimnasia salvará al mundo... no, Burne, es algo que no aguanto.

—Bueno, vamos a dejarlo, que no llegaremos a ningún lado y además yo no estoy completamente convencido. Pero de lo que sí estoy seguro es de que el aspecto personal tiene mucha importancia.

—¿El color? —preguntó Amory con interés.

—Sí.

—Es lo que siempre nos hemos figurado Tom y yo —convino Amory—. Hemos examinado los anuarios de los últimos diez años para estudiar las fotografías de las juntas directivas. Ya sé que para ti significan poco esas augustas asambleas; pero aquí, en general, personifican el éxito. El resultado es que siendo solamente los rubios el treinta y cinco por ciento de cada clase, las dos terceras partes de cada junta lo son. Fíjate que se trataba de los últimos diez años, lo que quiere decir que de cada quince rubios de la clase superior uno está en la junta, mientras que de los morenos hay uno cada cincuenta.

—Es cierto —concedió Burne—. En general el hombre rubio es un tipo superior. Yo hice lo mismo con los presidentes de los Estados Unidos y encontré que la mitad de ellos eran rubios; y hay que pensar en la preponderancia de morenos que da la raza.

—La gente inconscientemente lo admite —dijo Amory—. Habrás observado que la gente siempre espera de un rubio que hable; si una mujer rubia no habla es porque es «una muñeca» y al hombre rubio que permanece en silencio se le considera un estúpido. Y sin embargo el mundo está lleno de «hombres silenciosos y morenos» y «lánguidas morenitas» que no tienen nada en la cabeza; pero a nadie se le ocurre acusarles de eso.

—Indudablemente, una boca ancha, una mandíbula prominente y una hermosa nariz forman una cara superior.

—No estoy tan seguro —Amory era partidario de los rasgos clásicos.

—Claro que sí, te lo voy a demostrar —y Burne sacó del cajón de su escritorio

una colección de fotografías de hirsutas y barbudas celebridades: Tolstoi, Whitman, Carpenter y otros.

—¿No son magníficos?

Amory trató de convencerse de que lo eran, pero no pudo evitar la risa.

—Burne, yo creo que es la colección de tipos más feos que he visto en mi vida. Eso parece un asilo.

—Pero Amory, mira la frente de Emerson, los ojos de Tolstoi —su tono era de reproche.

Amory sacudió la cabeza.

—¡No! Di que son extraordinarios y lo que tú quieras; pero claro que son feos.

Imperturbable, Burne acarició aquellas frentes amplias y recogió las fotografías.

Pasear de noche era una de sus distracciones favoritas; una noche convenció a Amory para que le acompañara.

—Odio la oscuridad —objetó Amory—. No me gusta nada, excepto cuando estoy particularmente inspirado; pero ahora, realmente..., le tengo miedo.

—Eso no te sirve de nada.

—Posiblemente.

—Vamos hacia el Este —sugirió Burne—, hacia aquel laberinto de caminos a través de los bosques.

—No es muy atractivo para mí —manifestó Amory con disconformidad—, pero vamos.

Echaron a andar a buen paso por espacio de una hora, entretenidos con una vivaz conversación, hasta que las luces de Princeton no fueron más que unos puntos blancos detrás de ellos.

—Toda persona con imaginación ha de tener miedo —dijo Burne formalmente—. Esto de pasear por la noche es una de las cosas que antes me horrorizaban. Te voy a decir por qué puedo pasear por cualquier parte sin tener miedo.

—A ver —Amory requirió. Se dirigían hacia el bosque; la voz de Burne se acaloraba con nerviosismo y entusiasmo.

—Tenía por costumbre venir aquí solo por las noches, hace tres meses, y solía detenerme en esta encrucijada que acabamos de pasar. Tal como ahora, enfrente de mí estaban los bosques, los ladridos de los perros, pero ni una sombra ni un sonido humano. Naturalmente, yo mismo poblaba los bosques de toda clase de espectros, como tú, ¿no es así?

—Así es —admitió Amory.

—Bien, empecé a analizar por qué mi imaginación insistía en todos aquellos horrores de la oscuridad; así que, sacando a mi imaginación fuera de mí, la dejé en la oscuridad como si fuera la del perro perdido, la del espectro o la del preso que se ha escapado y que veía cómo yo mismo me acercaba por la carretera. Eso lo arregló

todo, como pasa siempre que se coloca uno en el lugar de otro. Me di cuenta de que si yo fuera el perro, el preso o el espectro no sería una amenaza para Burne Holiday mayor que la que él era para mí. A veces pensaba en el reloj. Es mejor volver para dejarlo en la habitación. Pero decidí que no; era mejor perder el reloj que volver atrás; así que seguí carretera adelante hasta que me metí en el bosque y comprendí que ya nunca más tendría miedo, hasta que una noche me senté y me quedé dormido. Ya estaba curado del miedo a la oscuridad.

—Dios —suspiró Amory—, yo no podría haber hecho eso. A la mitad del camino, en cuanto se hubiera vuelto a cerrar la oscuridad tras los faros del primer automóvil, me habría vuelto.

—Bueno —dijo Burne de repente, tras unos minutos de silencio—, ya estamos a mitad de camino. Vamos a volver.

En el camino de vuelta se embarcaron en una discusión sobre la voluntad.

—Es lo más importante —aseguró—. Es la frontera entre el bien y el mal. No he conocido nunca un hombre de mala vida que no tenga una voluntad muy débil.

—¿Y los grandes criminales?

—Normalmente son dementes. Si no, son muy débiles. No existe el criminal fuerte y sano.

—No estoy de acuerdo contigo, Burne, ¿y el superhombre?

—¿Y qué?

—Es el mal, creo yo, pero fuerte y sano.

—No lo he visto nunca. Te apuesto a que será un estúpido o un demente.

—Yo lo he visto muchas veces y no es ni una cosa ni otra. Por eso creo que te equivocas.

—Estoy seguro de que no; por eso no creo en la prisión, excepto para los dementes.

Sobre ese punto Amory no podía estar de acuerdo. Le parecía que la vida y la historia estaban plagadas de criminales agudos y fuertes, pero que a menudo se engañaban: se les podía encontrar en la política y en los negocios, y entre los estadistas, reyes y generales. Pero Burne lo negaba, y en ese punto divergían sus opiniones.

Burne se había estado alejando cada vez más del mundo que le rodeaba. Dimitió de la vicepresidencia de la clase superior, y sus mayores ocupaciones consistían en leer y pasear. Voluntariamente asistía a las clases de filosofía y biología para graduados, donde entraba con ojos llenos de patetismo e intención, como si esperara del profesor algo que nunca podría dar. A veces Amory le veía agitarse en su asiento, los ojos encendidos: es que estaba a punto de discutir una cuestión.

Por la calle iba cada día más abstraído, por lo que se le empezó a acusar de convertirse en un *snob*; pero Amory sabía que no había nada de eso; y una vez que

Burne pasó medio metro de él sin verle, su pensamiento a muchas leguas de allá, Amory a poco se ahoga de la romántica alegría que le produjo. Burne parecía estar escalando hacia cimas donde otros no lograrían nunca poner el pie.

—Te digo —declaró Amory a Tom— que es el mejor contemporáneo que he conocido, y reconozco que es muy superior a mí en capacidad mental.

—Y yo te digo que este es el peor momento para hacer esa confesión. La gente empieza a pensar que es un tipo muy raro.

—Está por encima de ellos. Tú lo sabes en cuanto hablas con él. Pero, por Dios, Tom, siempre estabas en contra de la «gente». El éxito te está adocenando.

Tom se enfadó un poco.

—¿Qué es lo que pretende?, ¿llegar a santo?

—¡No! No como los demás. No entra nunca en la Philadelphian Society. No tiene fe en esa porquería. Ni cree que las piscinas públicas o las palabras amables y oportunas puedan arreglar el mundo; sin embargo, se toma un trago cada vez que le da la gana.

—Pues hace muy mal.

—¿Has hablado con él últimamente?

—No.

—Entonces no tienes ni idea de cómo es.

Ahí terminó la discusión, pero Amory percibió más que nunca cómo habían cambiado los sentimientos del campus hacia Burne.

—Es muy raro —dijo Amory a Tom, una noche que discutían en tono más amigable sobre el mismo tema— que la gente que más desaprueba el radicalismo de Burne sea toda de la clase de los fariseos, quiero decir, los hombres mejor educados del colegio, los directores de periódicos, como tú y Ferrenby, los profesores jóvenes... Estos atletas incultos como Langueduc piensan que se está haciendo un excéntrico: «Este buen Burne —dicen— se ha metido unas ideas raras en la cabeza». Y eso es todo. Pero los fariseos, ¡caray!, queréis ridiculizarle sin piedad.

Al día siguiente se encontró a Burne que corría por el paseo MacCosh después de una conferencia.

—¿A dónde vas, Zar?

—A la oficina del *Prince* a ver a Ferrenby —le enseñó un ejemplar matinal del *Princetonian*—. Ha escrito este editorial.

—¿Lo vas a desollar vivo?

—No, pero me tiene asombrado. O le he entendido mal o se ha convertido en el radical más violento del mundo.

Burne salió corriendo. Pasaron varios días hasta que Amory tuvo noticia de la conversación que siguió. Burne había entrado en el santuario del editor, desplegando el diario alegremente.

—Hola, Jesse.

—Hola, Savonarola.

—He leído tu editorial.

—Hombre, no sabía que habías caído tan bajo.

—Jesse, me dejas asombrado.

—¿Yo? ¿Por qué?

—¿No te da miedo que toda la facultad se eche encima de ti si sigues publicando frases antirreligiosas?

—¿Cómo?

—Como esta mañana.

—Demonio, el editorial era sobre el sistema de entrenamiento en el fútbol.

—Sí, pero la cita...

Jesse se levantó.

—¿Qué cita?

—Ya sabes: «Quien no está conmigo está contra mí».

—Bien, ¿y qué?

Jesse estaba asombrado pero no alarmado.

—Tú dices aquí que... Déjame ver —Burne abrió el diario y leyó—: «*Quien no está conmigo está contra mí*, como dijo aquel caballero que, evidentemente, sólo era capaz de hacer las más groseras distinciones y las más pueriles generalizaciones».

—Pero ¿y qué? —Ferrenby empezó a alarmarse—. Lo dijo Oliver Cromwell, ¿no? ¿O fue Washington? ¿O uno de los santos? Señor, creo que lo he olvidado.

Burne se hecho a reír.

—Pero Jesse, Jesse...

—Pero, por amor de Dios, ¿quién lo dijo?

—Bueno —dijo Burne, recobrando su voz—, San Mateo dice que fue Cristo.

—¡Dios mío! —gritó Jesse, cayendo encima del cesto de papeles.

Amory escribe un poema

Las semanas volaban. De tanto en tanto Amory se iba a Nueva York para tratar de encontrar un reluciente autobús verde cuyo aspecto de caramelo le llamaba la atención. Un día se aventuró en un teatro que reponía una comedia cuyo nombre le resultaba ligeramente familiar. Se levantó el telón, entró una joven. Unas pocas frases que sonaron en su oído hicieron vibrar una apagada cuerda de su memoria. ¿Dónde? ¿Cuándo?

Y le pareció oír junto a él una voz vibrante y blanda que le susurraba: «Soy una

tonta; dime cuando me equivoco».

La solución llegó como un relámpago, un rápido y alegre recuerdo de Isabelle.
En una página en blanco del programa empezó a garrapatear:

En la fingida oscuridad que una vez mas contemplo,
Allí con el telón se envuelven los años;
Dos años, dos años, aquel día tranquilo
Tan nuestro, con un feliz final.
Nuestras almas en agraz; y yo podía
Adorar tu rostro ansioso junto al mío;
Una alegre y amplia mirada sonriendo
Tantas veces mientras la triste comedia
llegaba hasta mí, como las muertas olas
Llegan a la playa.

Toda una tarde aburrida y errante.
Solo contemplo... Y esas charlas
Que destruyen una escena con encanto.
Lloraste un poco, y triste me volví por ti.
Aquí mismo. Donde Mr. X defiende el divorcio.
Y la que sea cae rendida en sus brazos.

Tranquila calma

—Los espíritus no tienen ninguna gracia —dijo Alec—, son medio tontos. Siempre me las arreglo para engañar a un espíritu.

—¿Cómo? —preguntó Tom.

—Depende de donde sea. En un dormitorio, por ejemplo. Con un poco de discreción un espíritu nunca te puede sorprender en el dormitorio.

—Vamos a ver. Suponte que hay un espíritu en tu dormitorio, ¿qué medidas puedes tomar al volver a casa de noche? —preguntó Amory con mucho interés.

—Coge un bastón —respondió Alec con deliberada solicitud— del tamaño de una escoba. Lo primero que tienes que hacer es despejar la habitación; para eso primero entras con los ojos cerrados y enseguida enciendes las luces; luego abres el armario y hurgas con el bastón tres o cuatro veces. Si no ocurre nada puedes mirar. Pero siempre antes que nada tienes que ir despejando con el bastón. ¡Nunca se debe mirar primero!

—Naturalmente, es la antigua escuela celta —dijo Tom gravemente.

—Sí, pero ellos primero rezan. De cualquier manera hay que usar el método de despejar dentro de los armarios y detrás de las puertas.

—Y la cama —sugirió Amory.

—¡No, Amory, no! —gritó Alec con horror—. La cama exige una táctica diferente; deja la cama tranquila si tienes aprecio por tu razón. De haber un espíritu en la habitación —y solamente lo hay la tercera parte del tiempo— es seguro que está debajo de la cama.

—Entonces... —empezó Amory.

Alec le hizo un gesto de que se callara.

—Nunca se debe mirar. Debes quedarte en el centro de la habitación; y, antes de que él sepa lo que piensas hacer, da un salto encima de la cama; nunca andes alrededor de ella, porque para un espíritu el tobillo es la parte más vulnerable; una vez en la cama ya estás seguro. El puede pasarse toda la noche debajo de la cama, pero tú estarás tan resguardado como a la luz del día. Y si todavía dudas, échate las sábanas por encima de la cabeza.

—Todo eso es muy interesante, Tom.

—¿Verdad que sí? —Alec brillaba de satisfacción—. Todo, original mío, el sir Oliver Lodge del Nuevo Mundo.

Amory volvía a disfrutar en el colegio. Le había vuelto el sentido de que progresaba en una dirección única y determinada; su juventud se estaba agitando y dejando crecer nuevas plumas. Había almacenado suficiente exceso de energía como para adoptar una nueva pose.

—¿Qué significa esa actitud «distráida», Amory? —le preguntó Alec un día; y como Amory pretendiera hallarse enfrascado y deslumbrado por su libro, añadió—: No trates conmigo de hacerte el Burne, el místico.

Amory le miró inocentemente.

—¿Qué?

—¿Quéeee? —le imitó Alec—. Estás tratando de entrar en trance con... déjame ver ese libro.

Le quitó el libro y lo miró con desprecio.

—¡Bien! —dijo Amory rígidamente.

—*La vida de Santa Teresa* —leyó Alec en voz alta—. ¡Ay, Dios mío!

—Alec, dime.

—¿Qué?

—¿Es que te molesta?

—¿Qué es lo que me molesta?

—Que esté en trance y todo eso.

—No, claro que no, claro que no me molesta.

—Bueno, entonces déjame tranquilo. Si a mí me gusta ir diciendo ingenuamente a la gente que me creo un genio, déjame tranquilo.

—Estás adquiriendo una reputación de excéntrico si es a eso a lo que te refieres.

A la postre prevaleció Amory, y Alec tuvo que aceptar su pose en presencia de otros, a condición de que se tomara ciertos descansos cuando estuvieran solos; así que Amory se dedicó a «quemarla» a gran velocidad, invitando a cenar a la gente más excéntrica, gente furiosa que preparaba la licenciatura, preceptores con extrañas teorías acerca de Dios y del gobierno, ante el cínico asombro de los engreídos del Cottage Club.

Cuando el sol, rompiendo a través de febrero, empezó a moverse alegremente a lo largo de marzo, Amory pasó varios fines de semana con monseñor; una vez llevó a Burne, con enorme éxito, porque ambos se explayaron con gran gusto y contento. Monseñor le llevó varias veces a ver a Thornton Hancock y una o dos veces a la casa de una tal señora Lawrence, una de esas americanas obsesionadas con Roma, a la que Amory cobró inmediato afecto.

Un día le llegó una carta de monseñor con una posdata que resultó ser excepcionalmente interesante; decía así:

¿Sabes que tu prima lejana, Clara Page, enviudó hace seis meses y vive muy pobremente en Filadelfia? Me parece que no la conoces, pero me gustaría que me hicieras el favor de ir a visitarla. Para mi gusto es una mujer muy notable, poco más o menos de tu edad.

Amory suspiró y decidió hacerle ese favor...

Clara

Era una mujer inmemorial... Amory no era lo suficientemente bueno para Clara, la del ondulado cabello de oro; pero ningún hombre lo era. Su bondad estaba por encima de la prosaica moral de la cazadora de maridos, dejando aparte la necia literatura sobre la virtud femenina.

El dolor la envolvía delicadamente; y, cuando por primera vez la vio en Filadelfia, pensó que aquellos ojos azules acerados sólo podían cobijar felicidad; los hechos a los que tenía que enfrentarse habían forjado, en la forma más acabada, una latente fortaleza, un cierto realismo. Estaba sola en el mundo, con dos niños pequeños, con muy poco dinero y, lo que era peor, una hueste de amigos. Pudo ver cómo una tarde de invierno en Filadelfia tuvo que hacer los honores a una casa llena de hombres,

sabiendo que no tenía otra sirvienta que aquella niña negra que cuidaba de los niños. Allí vio a uno de los más grandes libertinos de la ciudad, un hombre habitualmente borracho y tan conocido en casa como fuera de ella, sentado junto a ella toda la tarde discutiendo sobre los «pensionados de señoritas» con una especie de inocente excitación. ¡Pero qué gracia tenía Clara! Del aire que flotaba en el salón podía sacar tema para una conversación fascinante.

El saber que estaba en la mayor pobreza había hecho suponer a Amory que Clara se encontraría en una lamentable situación. Llegó a Filadelfia esperando que el 921 de Ark Street fuera un poco más que una choza. Incluso se sintió defraudado cuando no encontró nada de eso. Era una vieja casa que durante años había pertenecido a la familia de su mando. Una tía de edad, que se negaba a venderla, había depositado en manos de un abogado los impuestos de diez años y se había marchado a Honolulu dejando a Clara que luchase con la calefacción. Así que no fue recibido por una mujer desgredada, con un niño hambriento colgado del pecho y una mirada triste a lo Amelia. Muy al contrario, por la recepción que le hizo llegó a pensar que nada de este mundo le preocupaba.

Una tranquila fortaleza y un humor de fantasía contrastaban con su serenidad, estados de ánimo en los que a veces se refugiaba. Aunque podía dedicarse a las cosas más prosaicas (pero no tanto como para embrutecerse con esas «artes domésticas» como el punto y el encaje), inmediatamente era capaz de coger un libro y dejar volar la imaginación como una nube arrastrada por el viento. Pero lo más hondo de su personalidad era la dorada radiación que extendía alrededor de ella. Como ese fuego que en la oscura habitación reviste de romance y sentimientos las caras tranquilas que se sientan junto a él, así podía ella inundar de sus luces y sombras las habitaciones donde estaba hasta transformar a su prosaico tío en un hombre de meditativo y raro encanto y al chico de los telegramas en una criatura a lo Puck de deliciosa originalidad. Al principio esa cualidad irritaba a Amory. Consideraba él suficiente su propia singularidad, y le molestaba que ella tratara de despertar en él un interés ignorado para beneficio de algunos admiradores suyos que se hallaban presentes. Sentía como si un educado pero insistente director de escena intentara obligarle a hacer una interpretación distinta de la que había ejecutado durante años.

Pero cuando Clara hablaba, cuando Clara contaba una anécdota de un alfiler de sombrero, un borracho y ella que... Mas cuando la gente trataba de repetir sus anécdotas, aquello no sonaba a nada. Le concedían una especie de inocente atención y muchas sonrisas que duraban largo rato; pocas lágrimas asomaban a los ojos de Clara, pero la gente sonreía hacia ella con los ojos empañados.

Con bastante frecuencia, cuando todos los demás se habían retirado, Amory permanecía media hora en su casa para tomar una taza de té con pan y mermelada por la tarde, o aquellas colaciones nocturnas de «pan y queso», como ella las llamaba.

—Eres una mujer muy notable —Amory se estaba poniendo rancio, encaramado en el centro, de la mesa del comedor a las seis de la tarde.

—Ni por asomo —respondió ella. Buscaba las servilletas en el aparador—. Soy de lo más cargante y vulgar. Una de esas personas a quien no interesan más que sus hijos.

—Vete a contárselo a otro —gruñó Amory—. De sobra sabes que eres resplandeciente —le preguntó la única cosa que sabía que podía intimidarla. La misma pregunta que el primer impertinente le debió hacer a Adán—: Dime algo sobre ti —y ella le dio la respuesta que debió dar Adán:

—No hay nada que decir.

Seguramente Adán le contó todo lo que le rondaba la cabeza aquella noche, mientras los grillos cantaban bajo la hierba polvorienta, haciéndole saber con aire protector qué distinto se sentía de Eva, olvidando qué diferente se sentía ella de él... Pero el caso es que aquella tarde Clara le contó a Amory muchas cosas acerca de sí misma. Había tenido una vida agitada desde los dieciséis años, edad a la que tanto sus ocios como su educación habían sido suspendidos repentinamente. Curioseando en su biblioteca, Amory encontró un libro desencuadernado del que cayó una hoja amarilla que abrió indiscretamente. Era una poesía que ella había escrito en el colegio acerca del muro gris de un convento, en un día gris, y una niña encaramada a él con su capa agitada por el viento, soñando con un mundo multicolor. Por regla general, semejantes sentimientos aburrían a Amory; pero la poesía estaba escrita con tal atmósfera de sinceridad que le proporcionó una imagen cabal de Clara en aquel día frío y gris, con sus ojos azules muy atentos, tratando de ver cómo sus tragedias desfilaban por aquellos jardines. Tuvo envidia de aquella poesía. Cómo le habría gustado estar allí y verla sobre el muro, para hablar de cualquier tontería e iniciar el romance que flotaba en el aire. Empezó a sentirse terriblemente celoso de todo lo que concernía a Clara: de su pasado, de sus niños, de los hombres y mujeres que se congregaban a beber en torno de su fría amabilidad para descanso de sus atribulados ánimos, como en las comedias más interesantes.

—Parece que nadie te aburre —objetó él.

—Casi la mitad del mundo —admitió ella—, pero creo que es una proporción bastante aceptable, ¿no crees tú? —y se volvió a buscar algo en Browning que tratara del asunto. Nunca había encontrado una persona que pudiera como ella buscar un pasaje o una cita para enseñarlo en medio de la conversación, sin irritar ni distraer. Lo hacía constantemente, con tan serio entusiasmo que llegó a sentirse conmovido por aquel pelo dorado, ondulado, sobre el libro..., las cejas fruncidas en busca de la sentencia.

Durante el mes de marzo tomó la costumbre de pasar en Filadelfia los fines de semana. Clara casi siempre estaba acompañada y nunca parecía ansiosa de verle a

solas, pues se presentaron muchas ocasiones en que una sola palabra de ella habría bastado para regalarla con otra media hora de deliciosa adoración. Poco a poco se fue enamorando y empezó a pensar insensatamente en casarse. A pesar de que tal designio fluía desde su cerebro incluso hasta sus labios, se dio después cuenta de que el deseo no había echado raíces profundas. Soñó una vez que se había convertido en realidad y se despertó horrorizado porque en sus sueños había visto una Clara tonta y pálida, perdido todo el brillo de su pelo, que dejaba caer insípidas vaciedades de una lengua vacilante. Con todo, era la primera mujer delicada que había conocido y una de las pocas buenas personas que le habían interesado: de tal modo era su bondad un atractivo. Amory había decidido que las buenas personas o bien arrastraban su bondad tras ellos como una obligación o bien la transformaban en una artificiosa genialidad, sin contar con los irremediables vanidosos y fariseos (que Amory no incluía nunca entre los que habían de salvarse).

Santa Cecilia

Bajo su traje gris de terciopelo
color de rosa, con burlona pena
sube y se apaga y alza su belleza
bajo su fundido y agitado pelo.

El aire de ella tanto le rebosa
con sus lánguidas y breves miradas,
tan sutilmente, que apenas sabe...
risa repentina, color de rosa.

—¿Tú me aprecias?

—Naturalmente —dijo Clara, con seriedad—. ¿Por qué?

—Tenemos bastantes cualidades en común. Cosas que son espontáneas en cada uno de nosotros... o que al menos lo eran.

—¿Lo que quieres decir es que no he hecho un uso demasiado bueno de mí mismo?

Clara vaciló.

—No puedo juzgar. Un hombre tiene que pasar por muchas cosas. Yo siempre he vivido protegida.

—No te compliques, por favor, Clara —interrumpió Amory—, pero hablame algo de mí, ¿quieres?

—Claro que sí, yo adoro eso —ella no sonrió.

—Muy amable por tu parte. Pero primero responde algunas preguntas. ¿Te parece que soy terriblemente engraido?

—Bueno, no; lo que tienes es una enorme vanidad, pero a la gente que se da cuenta de su preponderancia le divierte.

—Ya veo.

—Realmente tienes un corazón humilde. Y te hundes en el último infierno de la depresión cuando crees que te desprecian. En verdad no tienes mucho respeto por ti mismo.

—Has dado dos veces en el clavo, Clara. ¿Cómo te las arreglas? Nunca me dejas decir una palabra.

—Claro que no, no puedo juzgar a un hombre si está hablando. Pero no he terminado; la razón de tu poca confianza en ti mismo, por mucho que digas con toda seriedad, al primer fariseo que veas, que te crees un genio, es que te atribuyes toda clase de faltas atroces y tienes que vivir a la altura de ellas. Por ejemplo, siempre andas diciendo que eres un esclavo de la bebida.

—Y lo soy, potencialmente.

—Y también dices que eres un hombre débil de carácter, sin voluntad.

—Ni un asomo de voluntad; soy un esclavo de mis emociones, de mis gustos, de mi horror al aburrimiento, de mis deseos...

—¡Qué vas a serlo! —se golpeaba los puños—. Tú eres un esclavo, un esclavo indefenso, de una única cosa: tu imaginación.

—La verdad es que me interesas mucho. Continúa si no te aburre.

—He notado que cuando quieres faltar un día más del colegio te lo tomas con mucha seguridad. No decides nunca, mientras las ventajas de irte o quedarte no están claras. Dejas correr durante unas horas tu imaginación por donde marchan tus deseos y entonces decides. Naturalmente tu imaginación con un poco de libertad se dedica a pensar mil razones para quedarte, y entonces la decisión que tomas es falsa. Es interesada.

—Sí —objetó Amory—, pero dejar correr a la imaginación por el lado equivocado, ¿no es por falta de voluntad?

—Querido mío, ese es tu gran error. Eso no tiene nada que ver con la fuerza de voluntad, una palabra inútil y tonta; lo que te falta es juicio, el juicio, el juicio para decidir si la imaginación, en una alternativa, te va a llevar por el camino falso.

—¡Qué me zurzan! —exclamó Amory con sorpresa—. Eso sí que es lo último que yo esperaba.

Clara no se pavoneó de ello y cambió inmediatamente de tema. Le había obligado a pensar, y él estaba convencido de que en gran parte ella tenía razón. Se sentía como el propietario de una fábrica que, tras acusar a un contable de falsear las cuentas,

descubre que su hijo, una vez por semana, cambia los libros de contabilidad. Su pobre y maltratada voluntad, que había soportado todo su desprecio y el de sus amigos, se presentaba inocente ante él mientras su juicio era arrastrado a prisión, acompañado de su incontrolable demonio, la imaginación, que bailaba a su lado con burlona alegría. Solamente a Clara le había pedido un consejo sin anticipar su propia respuesta, excepto, quizás, en sus conversaciones con monseñor Darcy.

¡Cómo le gustaba hacer cualquier cosa con Clara! Ir de compras con ella era casi un sueño epicúreo. En todos los comercios donde la conocían era recibida como la bella señora Page.

—Te apuesto a que no seguirá viuda por mucho tiempo.

—Bueno, no chilles. No ha venido a pedir consejo.

—¡Qué hermosa es!

(Entra el encargado; silencio hasta que se adelanta sonriendo.)

—Es una dama de la buena sociedad, ¿no?

—Sí, pero parece que es pobre ahora; así dicen.

—De todos modos, tiene un aire distinguido, ¿verdad?

Y Clara resplandecía entre todo aquello. Amory pensaba que los comerciantes le hacían descuentos, a veces a sabiendas de ella y a veces sin que lo supiera. Vestía muy bien, se llevaba siempre lo mejor de la casa e inevitablemente era atendida por el encargado.

A veces iban el domingo a la iglesia; y, al pasear juntos, se regocijaba con sus húmedas mejillas, del rocío del nuevo día. Era muy devota, siempre lo había sido, y sólo Dios sabía hasta qué alturas se elevaba y qué fuerza recogía, al arrodillarse, con su cabello ondulado en la luz tornasolada.

—Santa Cecilia —exclamó él un día, de forma involuntaria; la gente se volvió a mirarle y el sacerdote detuvo su sermón mientras Clara y Amory enrojecían.

Fue su último domingo, porque aquella noche él lo echó todo a perder. No pudo evitarlo.

Paseaban en el crepúsculo de un marzo tan cálido que parecía junio, y una alegría juvenil colmaba su alma de tal manera que sintió la necesidad de hablar.

—Creo —dijo él con voz temblorosa— que si pierdo la fe en ti perderé la fe en Dios.

Ella le miró con una cara tan atónita que él preguntó qué pasaba.

—Nada —dijo ella lentamente—, solamente que cinco hombres me han dicho antes lo mismo y me da miedo.

—Oh, Clara, será tu destino.

Ella no contestó.

—Supongo que el amor es para ti... —empezó él.

Ella se volvió como un rayo.

—Nunca he estado enamorada.

Caminaron un rato y él comprendió lo mucho que le había dicho... Nunca enamorada... De pronto parecía una hija de luz nada más. Su naturaleza parecía estar en otro plano, y él sólo anhelaba tocar la punta de su vestido con la misma veneración que debía haber tenido José del eterno significado de María. Pero de manera mecánica se oyó a sí mismo que decía:

—Te quiero, y la posible grandeza que pueda tener es... Ay, no puedo hablar; pero, Clara, si dentro de dos años estoy en situación de casarme contigo...

Ella sacudió su cabeza.

—No —dijo—, nunca me volveré a casar. Tengo dos hijos y me tengo que dedicar a ellos. Te quiero —como quiero a todo hombre inteligente y a ti más que a nadie—, pero me conoces lo bastante para saber que nunca me casaré con un hombre inteligente... —se detuvo repentinamente—: ¡Amory!

—¿Qué?

—Tú no estás enamorado de mí. Tú no quieres casarte conmigo, ¿no es cierto?

—Era el crepúsculo —dijo pensativo—. No sabía que estaba hablando en voz alta. Pero te quiero, te adoro...

—Así haces tú: desplegando en cinco segundos todo tu catálogo de sentimientos.

El sonrió sin querer.

—No me tomes como si fuera superficial, Clara; a veces eres deprimente.

—No he pensado nunca que fueras superficial —dijo Clara con intención, cogiéndole del brazo y abriendo sus ojos; él podía sentir su bondad en el evanescente atardecer—. El hombre superficial es una nulidad.

—Hay mucha primavera en el aire; y mucha dulzura en tu corazón.

Ella soltó su brazo.

—Ahora estás bien y yo me siento en la gloria. Dame un cigarrillo. Nunca me has visto fumar, ¿verdad? Sólo lo hago una vez al mes.

Y entonces aquella muchacha encantadora y Amory echaron a correr hasta la esquina como dos chicos traviesos embriagados por el pálido azul del atardecer.

—Mañana me voy al campo —anunció ella, mientras recobraba el aliento, más allá de la luz del farol—. Son unos días demasiado buenos para perderlos, aunque quizá se disfrutan más en la ciudad.

—Ay, Clara —dijo Amory—, hubieras sido un demonio si el Señor llega a modelar tu alma de otra manera.

—Puede ser —respondió ella—, pero creo que no. Nunca pierdo los estribos. Esa pequeña expansión era pura primavera.

—Y tú también lo eres —dijo él.

Iban paseando.

—No, te vuelves a equivocar. ¿Cómo puede una persona de tan reconocido

talento equivocarse tanto conmigo? Soy lo más opuesto a la primavera. Es una desgracia que me parezca tanto a lo que tanto gustaba al viejo escultor griego; porque te aseguro que si no fuera por mi cara podría haber sido una monja tranquila en un convento sin... —se interrumpió y echó a correr y su voz llegó flotando hasta él— mis preciosas criaturas; tengo que ir a verlas.

Era la única mujer que conoció de la que podía comprender que prefiriese a otro nombre. A menudo se encontraba con esposas a las que había conocido de debutantes y a las que, tras mirarlas con mucha atención, imaginaba que en su cara había algo que decía: ¡Oh, si te hubiera podido atrapar! ¡Oh, la enorme vanidad del hombre!

Pero aquella era una noche de estrellas y canciones, y el alma brillante de Clara iluminaba los caminos por donde pasaba.

Dorado, dorado es el aire —cantaba él a los charcos—. Dorado es el aire, doradas notas de doradas mandolinas, dorados sonidos de dorados violines, pureza, oh, cansada pureza..., esas madejas en trenzados cestos que los mortales no pueden llevar. Oh, ¿qué joven dios extravagante —quién lo podrá preguntar— es el dueño de ese oro...?

Amory, resentido

Lenta e inevitablemente, pero con un violento estertor final, y mientras Amory seguía hablando y soñando, la guerra llegó hasta las playas para bañar las arenas donde Princeton jugaba. Todas las noches, el gimnasio resonaba con los ecos de los pelotones que barrían el piso y borraban las líneas del básquet. En el siguiente fin de semana fue a Washington, donde captó el espíritu de crisis, que se convirtió en repugnancia en el coche-cama de vuelta, con todas las literas ocupadas de malolientes extranjeros, griegos, suponía, o rusos. Pensaba en cuánto más fácil era el patriotismo en una raza homogénea, cuánto más fácil hubiera sido luchar como lucharon las colonias o como luchó la Confederación. No pudo dormir en toda la noche, desvelado por las carcajadas y ronquidos extranjeros que llenaban el coche con el acerbo aroma de la más reciente América.

En Princeton todo el mundo bromeaba en público; y en privado, se decían a sí mismos que, al menos, sus muertes serían heroicas. Los estudiantes de literatura leían a Rupert Brooke apasionadamente; los amanerados se preocupaban de si el Gobierno permitiría el corte a la inglesa en el uniforme de los oficiales; y unos pocos recalcitrantes escribían a oscuros servicios del Departamento de Defensa, tratando de conseguir un puesto fácil y una cama blanda.

Al cabo de una semana Amory vio a Burne y comprendió al instante que toda discusión era inútil; Burne se había decidido por el pacifismo. Las revistas socialistas, un conocimiento muy superficial de Tolstoi y su vehemente anhelo por una causa que le absorbiera todas sus fuerzas, le habían empujado finalmente a predicar la paz como un ideal subjetivo.

—Cuando entró el ejército alemán en Bélgica —empezó—, si todos los habitantes hubieran seguido dedicándose pacíficamente a sus asuntos, el ejército alemán se habría desorganizado...

—Ya lo sé —interrumpió Amory—. Ya he oído eso, pero no quiero hacer propaganda contigo. Es posible que tengas razón, pero hacen falta cientos de años para que la no-resistencia sea una realidad tangible.

—Pero escucha, Amory...

—Burne, ya hemos discutido...

—Muy bien.

—Sólo una cosa: no te pido que pienses en tu familia o en tus amigos, porque ya sé que, frente a tu sentido del deber, te importan una higa; pero, Burne, ¿cómo sabes que las revistas que lees, las sociedades que visitas y los idealistas que frecuentas no son «alemanes»?

—Algunos lo son, naturalmente.

—¿Cómo sabes que no son germanófilos? Todos son unos débiles con nombres judíos y alemanes.

—Es posible, desde luego —respondió con tranquilidad—. Yo no sé si mi postura se debe mucho o poco a la propaganda que he oído; pero pienso que es mi convicción más íntima, como un camino que tengo que recorrer.

Amory se sintió desfallecer.

—Pero piensa en el negocio que haces; nadie te va a martirizar por ser pacifista, pero te dejarán de lado con lo peor...

—Lo dudo —interrumpió.

—Todo eso me huele a la bohemia de Nueva York.

—Ya sé lo que quieres decir; por eso no estoy seguro de dedicarme a la agitación.

—No eres más que un hombre, con todo lo que Dios te ha dado, decidido a predicar en el desierto.

—Eso es lo que debía pensar Esteban hace muchos años, pero hizo su prédica y le asesinaron. Probablemente cuando estaba muriendo pensó que había perdido el tiempo. Pero ya ves, siempre he creído que fue la muerte de Esteban lo que se le apareció a Pablo en el camino de Damasco y le indujo a predicar la palabra de Cristo por todo el mundo.

—Sigue.

—Eso es todo, ese es mi deber particular. Aunque esté en lo cierto, no soy más que un peón que se puede sacrificar. ¡Dios! ¡Amory, no irás a creer que a mí me gustan los alemanes!

—No tengo nada más que decir; la lógica de la no-resistencia termina, como el tercio excluido, con el gran espectro del hombre tal como es y tal como siempre será. Un espectro que está entre la necesidad lógica de Tolstoi y la necesidad lógica de Nietzsche —Amory se interrumpió repentinamente—. ¿Cuándo te marchas?

—La semana que viene.

—Te veré antes.

Al alejarse, le pareció a Amory que su cara guardaba un gran parecido con la de Kerry, cuando se despidieron bajo Blair Arch dos años antes. Amory se preguntaba con gran pesadumbre por qué él no podía dedicarse a nada con la misma entereza que aquellos dos.

—Burne es un fanático —le dijo a Tom—, y me inclino a pensar que se equivoca; no es más que un peón en manos de anarquistas y agitadores germanófilos; pero me obsesiona; abandonar así todo lo que vale la pena...

Burne se fue a la semana siguiente, de una manera tranquila y dramática. Vendió todos sus haberes y entró en la habitación para decir adiós; tenía una bicicleta desvencijada con la que pensaba llegar hasta su casa en Pensilvania.

—Pedro el Ermitaño se despide del Cardenal Richelieu —dijo Alec, recostado en el asiento de la ventana mientras Burne y Amory se daban la mano.

Pero Amory no estaba para bromas; y, al contemplar las largas piernas de Burne pedaleando en su ridícula bicicleta hasta perderse de vista más allá de Alexander Hall, comprendió que iba a pasar una semana muy mala. No era que despreciase la guerra —Alemania representaba para él todo lo repugnante, desde el materialismo, hasta el uso licencioso de una fuerza tremenda—, sino que la cara de Burne permanecía en su memoria, al tiempo que empezaba a sentirse enfermo de la histeria que le rodeaba.

—¿De qué sirve lanzar pestes contra Goethe? —preguntaba a Tom y Alec—. ¿Para qué escribir libros que demuestran que él empezó la guerra? ¿O que ese estúpido y supervalorado Schiller es un demonio disfrazado?

—¿Has leído algo de ellos? —preguntó astutamente Tom.

—No —confesó Amory.

—Ni yo tampoco —contestó riendo.

—La gente gritará —dijo Alec con calma—, pero Goethe seguirá en la misma estantería de la biblioteca, ¡para aburrimiento de todo el que quiera leerle!

Amory se rindió y cambiaron de tema.

—¿Y tú qué vas a hacer, Amory?

—Infantería o aviación, todavía no me he decidido; detesto la mecánica, pero me

parece que la aviación es lo que me corresponde.

—A mí me pasa lo mismo —dijo Tom—. Infantería o aviación; la aviación parece lo más romántico de la guerra, como antes la caballería; pero, igual que Amory, no sé distinguir un caballo de vapor de una biela.

Algo del desagrado de Amory por su propia falta de entusiasmo culminó en un intento de cargar las culpas de la guerra sobre la generación precedente..., toda la gente que había aplaudido a Alemania en 1870..., todos los rampantes materialistas, los idólatras de la ciencia y la eficiencia germánicas. Y cuando en una clase de inglés oyó el *Locksley Hall* cayó en una sombría meditación sobre el desprecio que le inspiraba Tennyson y todo lo que representaba, porque para él era como un portavoz de todos los Victorianos.

Victorianos, Victorianos, que no aprendisteis a llorar,
sembrasteis la amarga cosecha que habían de recoger vuestros hijos...

garabateó Amory en su cuaderno. La lección se refería a la solidez de Tennyson, y cincuenta cabezas abatidas tomaban notas. Amory emborronó una nueva hoja.

Horrorizados cuando descubrieron lo que pretendía Darwin.
Horrorizados cuando se introdujo el vals y desertó Newman.

Pero como el vals se introdujo mucho antes, tachó aquello.

—Y titulado *Un canto del tiempo del orden* —llegó la voz zumbante y lejana del profesor—: «Tiempo de orden». ¡Dios mío! Todo amontonado en la caja, y los Victorianos, sentados sobre la tapa, sonriendo con serenidad... Y Browning en su villa italiana gritando con valentía: «Todo para los mejores».

Amory garabateó de nuevo.

Os arrodillasteis en el templo, y él se reclinó a escucharos.
Le agradecisteis sus «gloriosos triunfos», le reprochasteis su «Cathay».

¿Por qué no sería capaz de hacer más que un par de versos?
Ahora necesitaba algo que rimase con:

Le pusisteis a la cabeza de la ciencia porque antes se había equivocado...

¡Vaya, vaya! De todos modos...

Vuelves con los niños a casa. «Ya estoy de vuelta», gritas.
Y tras cincuenta años en Europa, virtuosamente, te mueres.

—Tal era, a grandes rasgos, la idea de Tennyson —volvió la voz del profesor—. *El canto del tiempo del orden* de Swinburne podía haber servido muy bien como título de Tennyson. Porque idealizó el orden contra el caos, contra la desolación.

Por fin encontró Amory la rima. Cogió otra hoja y durante los veinte minutos que quedaban de clase escribió con decisión. Luego se acercó al estrado y depositó en la mesa del profesor la hoja arrancada de su cuaderno.

—Aquí tiene un poema dedicado a los Victorianos, señor —dijo con frialdad.

El profesor lo cogió con curiosidad mientras Amory se dirigía a la puerta. He aquí lo que había escrito:

Cantos del tiempo del orden
que nos dejaste cantar,
pruebas del tercio excluido,
respuestas rimadas de vida,
llaves del carcelero
y campanas a tocar,
el tiempo es el fin del enigma,
del tiempo somos el fin.

Aquí había un mar casero
y un cielo que se podía alcanzar,
cañones y una frontera
sin guantes con qué retar.
Millares de emociones
y una calma que gozar.
Cantos del tiempo del orden
y bocas con qué cantar.

El fin de muchas cosas

Los primeros días de abril pasaron a través de una neblina —una bruma de largas sobremesas en la terraza del club mientras el gramófono tocaba *Poor Butterfly*, porque *Poor Butterfly* había sido la canción de moda del último año. La guerra no parecía afectarles mucho y, a no ser por la instrucción todas las tardes, se diría que

era una de tantas primaveras del pasado, aunque Amory se daba cuenta de manera aguda que era la última primavera del antiguo régimen.

—Esta es la mayor protesta contra el superhombre —dijo Amory.

—Supongo que sí —convino Alec.

—Es absolutamente irreconciliable con cualquier utopía. Mientras viva habrá discordia, y mientras hable surgirá todo el latente mal que agita a la muchedumbre.

—Naturalmente, porque no es más que un hombre muy bien dotado y sin el menor sentido moral.

—Ahí está. Yo creo que esto es lo peor que se puede contemplar: todo lo que ha ocurrido antes, ¿cuándo volverá a ocurrir? Cincuenta años después de Waterloo, Napoleón era, para los niños de las escuelas inglesas, tan héroe como Wellington. ¿Cómo podemos saber si nuestros nietos no harán de la misma manera un héroe de Hindenburg?

—¿Quién tiene la culpa?

—El tiempo, el tiempo maldito, y el historiador. Si tan sólo pudiéramos distinguir el mal en cuanto mal, aunque estuviese cubierto de inmundicias, de monotonía o de magnificencia...

—¡Dios! ¿Para qué habremos sacado todo de quicio durante cuatro años?

Llegó la noche que había de ser la última. Tom y Amory, destinados a diferentes campos de instrucción, anduvieron por los sombríos paseos de siempre, donde parecía que volvían a encontrar las caras de viejos conocidos.

—Las sombras están llenas de fantasmas esta noche.

—Todo el campus está lleno de ellos.

Se detuvieron frente a Little para mirar cómo se elevaba la luna que bañaba de plata la cubierta de pizarra de Dodd y de azul los árboles susurrantes.

—Sabes —musitó Tom—, lo que sentimos ahora es la presencia de toda la juventud que se ha volcado aquí durante doscientos años.

Una última explosión de canciones brotó de Blair Arch, voces rotas por una larga separación.

—Y lo que dejamos aquí es más que una clase, una enseñanza o una educación; es la herencia de toda una juventud. No somos más que una generación y en estos momentos estamos rompiendo los vínculos que nos ataban a este lugar y a otras generaciones de sangre fuerte y espíritu sano. Ahora nos damos cuenta de que hemos caminado más de una noche por estas calles, del brazo con Burr y Light-Horse Harry Lee.

—Eso es lo que son —Tom se fue por la tangente—, noches azules; un poco de color las echaría a perder, se harían exóticas. Agujas contra un cielo que es una promesa de amanecer y azul pálido en las cubiertas de pizarra... Duele...

—Adiós, Aaron Burr —Amory dijo hacia el desértico Nassau Hall—, tú y yo

hemos conocido los rincones más extraños de la vida.

Él eco de su voz resonó en la calma.

—Se han apagado las antorchas —murmuró Tom—. Ay, Mesalina, las largas sombras levantan minaretes sobre el estadio...

Por un instante, las voces de los novatos surgieron alrededor de ellos; se miraron recíprocamente con ligeras lágrimas en los ojos.

—¡Maldición!

—¡Maldición!

La última noche se desvanece y pierde a lo largo de la tierra, la baja y larga tierra, la soleada tierra de las agujas; los espíritus de la tarde conciertan sus liras y se pasean cantando en grupo quejumbroso por las largas avenidas de árboles; pálidos fuegos llevan el eco de la noche de una torre a la otra: oh, un dormir que sueña y un sueño que no fatiga, que extrae de los pétalos de la flor del loto algo que guardar, la esencia de una hora.

No volver a esperar el crepúsculo de la luna en este secuestrado valle de estrellas y agujas, porque una eterna mañana de deseos pasa por el tiempo hacia una tarde terrenal. Aquí en contraste, Heráclito, en el fuego y las cosas que pasan, la profecía que habías de lanzar hacia los años muertos; y esta medianoche mi deseo verá una sombra entre las brasas: retorcidos por las llamas, el esplendor y la tristeza de este mundo.

Intermedio

Mayo 1917-Febrero 1919

Carta que, con fecha de enero de 1918, escribió monseñor Darcy a Amory, segundo teniente del 171 de Infantería, Puerto de Embarque, Camp Mills, Long Island.

Mi querido Amory:

Todo lo que quiero que me digas es que todavía existes; lo demás lo he de buscar en mi tenaz memoria, un termómetro que sólo recuerda fiebres, para compararlo con lo que yo era a tu edad. Pero los hombres seguirán charlando; y tú y yo seguiremos gritando nuestras futilidades en la escena hasta que el último estúpido telón caiga, ¡bum!, sobre nuestras agitadas cabezas. Ahora que empiezas a vislumbrar el espectáculo de la linterna mágica de la vida, casi con las mismas armas que yo tenía, necesito escribirte aunque sólo sea para advertirte de la colosal estupidez de la gente.

He aquí que ha llegado el fin de algo; para bien o para mal, ya no serás nunca el Amory Blaine que conocí, y nunca volveremos a encontrarnos como nos encontrábamos, porque tu generación se está endureciendo mucho más de lo que la mía llegó a endurecerse, alimentada como estaba con la leche tierna del novecientos.

Amory, últimamente he vuelto a leer a Esguilp; y en la divina ironía de «Agamenón» he encontrado la única respuesta para esta amarga edad. Todo el mundo se desmorona a nuestro alrededor y las edades paralelas más cercanas se consuelan con esa resignación sin esperanzas. A veces pienso en los que estáis lejos como aquellos legionarios de Roma, a muchas millas de su corrompida ciudad, para detener a las hordas..., hordas sólo un poco más peligrosas, después de todo, que su urbe corrompida... Otro golpe bajo a la raza, una furia por la que ya pasamos hace años entre ovaciones, sobre cuyos cadáveres bailamos a través de la era victoriana...

Y después un mundo materialista de cabo a rabo, y la Iglesia Católica. No sé dónde podrás acomodarte. De una cosa estoy seguro: naciste celta y celta morirás; así que si no utilizas el cielo como un continuo referéndum de tus ideas, encontrarás en la tierra un continuo acicate de tus ambiciones.

Amory, de pronto me he dado cuenta de que soy un hombre viejo. Como todos los viejos, a veces tengo sueños que te quiero contar. Me he divertido imaginando que eras mi hijo, que cuando yo era joven sufrí un estado de coma y te concebí y que al despertar no me acordaba de ello... Es el instinto paternal, Amory; el celibato cala más hondo que la carne...

A menudo pienso que la explicación de nuestro gran parecido descansa en algún antepasado común; la única sangre que los Darcy y los O'Hara tienen en común procede de un O'Donahue... Se llamaba Stephen, me parece...

Cuando cae el rayo sobre uno, también hiere al otro; a poco de llegar tú a tu puerto de embarque, he recibido yo orden de salir hacia Roma, y estoy esperando tener que coger el barco en cualquier momento. Antes de que recibas esta carta, ya

estaré en el océano; y después vendrá tu vez. Te has marchado a la guerra como un caballero, igual que fuiste a la escuela y al colegio, porque era lo que había que hacer. Es mejor dejar las fanfarrias y el heroísmo tremolante para las clases medias. Lo hacen mucho mejor.

¿Te acuerdas de aquel fin de semana de marzo pasado cuando de Princeton trajiste a Burne Holiday para verme? ¡Qué chico magnífico! Me hizo una terrible impresión que después me escribieras lo que él pensaba de mí. ¿Cómo podrá engañarse así? No soy espléndido, ni tú ni yo lo somos. Somos otras cosas; somos extraordinarios, inteligentes y podríamos ser, supongo, brillantes. Podemos atraer a la gente, podemos crear atmósfera, podemos echar a perder nuestro espíritu celta con sutilezas celtas, podemos seguir siempre nuestro camino; pero espléndidos..., ¡de ninguna manera!

Me voy a Roma con un magnífico montón de cartas de presentación para todas las capitales de Europa; y no habrá «pequeña intriga» donde yo no esté metido. ¡Cómo me gustaría que me acompañaras! Esto, que suena un poco a cínico, es lo último que debe escribir un religioso entrado en años a un joven que va a la guerra; la única excusa es que el religioso está hablando consigo mismo. En nosotros hay algo profundo, y tú sabes qué es, tan bien como yo. Tenemos una gran fe, aunque la tuya por el momento no se ha cristalizado; tenemos una terrible honradez que todo nuestro amaneramiento no es bastante para destruir; y, sobre todo, una infantil simplicidad que nos impide realmente ser malignos.

He escrito para ti una sátira que a continuación adjunto. Lamento que tus mejillas no estén a la altura de la descripción que he hecho, pero te pasarás la noche fumando y leyendo.

De cualquier manera ahí va:

LAMENTO POR UN HIJO ADOPTIVO
QUE MARCHA A LA GUERRA CONTRA EL REY EXTRANJERO

Ochone.

Me ha dejado el hijo de mis pensamientos
en su dorada juventud, como Angus Oge,
Angus, el de los pájaros brillantes;
su espíritu, fuerte y sutil como el de Cuchulin de Muirtheme.

Awirra Sthru.

Su frente es blanca como la leche de las vacas de Maeve,
y sus mejillas, como las cerezas del frutal
que se inclina sobre María, que alimenta al Hijo de Dios.

Mavrone go Gudyo.

Estará, en la alegre y roja batalla,
entre sus jefes y, por sus grandes actos de valor
su vida a punto de salir de él;
y se romperán las cuerdas de mi alma.

Aveelia Vrone.

Su cabello, como el cuello dorado de los reyes de Tara,
y sus ojos como los cuatro mares grises de Erin,
que lloran brumas de lluvia.

A Vich Deelish.

Mi corazón está en el corazón de mi hijo,
y mi vida es sin duda su vida.
Un hombre sólo puede rejuvenecer,
sólo, en la vida de sus hijos.

Jia du Vaha Alanav.

Ojalá el Hijo de Dios esté encima de él y debajo de él, delante de él y detrás de él.
Ojalá el Rey de los Elementos ciego con niebla los ojos del rey extranjero.
Ojalá la Reina de las Gracias le lleve de su mano entre sus enemigos sin que le vean.
Ojalá Patrick el de Gael y Collumb de la Iglesia y los cinco mil santos de Erín sean su
escudo cuando entre en combate.
Och Ochone.

Amory, Amory, presiento ahora que esto es todo; uno de nosotros, o quizá los
dos, no ha de salir de esta guerra... He tratado de decirte lo mucho que esta
reencarnación ha significado para mí estos últimos años... Somos muy parecidos...,
muy distintos.

Adiós, querido muchacho, y que Dios sea contigo.

Thayer Darcy.

Embarque nocturno

Amory vagaba por el muelle hasta que encontró un embalaje bajo una luz eléctrica.

Buscó en su bolsillo lápiz y papel y empezó a escribir, lenta y laboriosamente:

Nos vamos esta noche...

En silencio hemos llenado la calle desierta

—una columna gris opaca—,

y los espectros se levantan sorprendidos por los sordos pasos

a lo largo del camino sin luna;

en los muelles sombríos resuenan los pasos

que no cesan ni de noche ni de día.

Nos paseamos despacio en las tranquilas cubiertas

para mirar en la costa fantasmal

sombras de mil días, restos pobres y grises del naufragio.

¡Oh, vamos a deplorar

aquellos años fútiles!

¡Mira qué blanco está el mar!

Las nubes se han roto, y arden los cielos

en huecos caminos sobre trozos de luz,

y el golpe de las olas en la quilla

levanta un voluminoso nocturno...

Nos vamos esta noche.

Una carta de Amory, fechada en Brest, el 11 de marzo de 1919, al teniente T. P. D'Invilliers, Camp Gordon, Ga.

Querido Baudelaire:

Nos encontraremos en Manhattan el 30 de este mismo mes y lo primero que haremos será buscar un pequeño apartamento, tú, yo y Alec, que está a mi lado mientras escribo. No sé qué voy a hacer, pero tengo una vaga idea de dedicarme a la política. ¿Por qué será que la crema de Inglaterra que sale de Oxford y Cambridge se dedica a la política, mientras que en EE.UU. dejamos eso a los basureros crecidos en el suburbio, educados en la calle y enviados al Congreso, sacos llenos de corrupción y desprovistos tanto de «ideas como de ideales», como suelen decir los oradores? Hace cuarenta años todavía teníamos gente buena en la política, pero a nosotros, ¡a nosotros!, nos han educado para apilar millones y enseñar «de qué fibra estamos hechos». A veces desearía haber sido inglés; la vida americana resulta tan condenadamente aburrida, estúpida y saludable...

Desde que murió la pobre Beatrice cuento con un poco de dinero, pero bastante

poco. Puedo perdonar a mi madre casi todo, a excepción de haber legado, en un repentino arranque de religiosidad al final de su vida, la mitad de lo que quedaba para seminarios y vidrieras. Mr. Barton, mi abogado, me escribe que casi todos mis dineros están invertidos en compañías de tranvías y que las citadas compañías pierden dinero por las tarifas de cinco céntimos. ¡Imagínate una nómina con salarios de 350 dólares al mes para un hombre que no sabe leer ni escribir! Y lo malo es que hay que creer en todo eso, aunque haya presenciado cómo lo que una vez fue una considerable fortuna se puede evaporar a causa de la especulación, las extravagancias, la administración democrática y el impuesto sobre la renta... Moderno, eso es lo que yo soy, Mabel.

De cualquier forma podemos tener un piso sensacional. Tú te buscas un trabajo en una revista de modas y Alec que se meta en la Zinc Company o como se llame lo que tiene su familia. Me está mirando por encima del hombro y dice que la compañía es de bronce, pero a mí me parece que eso no importa mucho, ¿y a ti? Probablemente es tan sucio el dinero ganado con el bronce como el ganado con el zinc. En cuanto al famoso Amory, escribirá inmortal literatura si logra estar seguro de algo que valga la pena contárselo a otro. No hay regalo más peligroso para la posteridad que unas cuantas perogrulladas inteligentemente adornadas.

Tom, ¿por qué no te haces católico? Claro que para ser un buen católico tendrás que dejar de urdir las violentas intrigas que me contabas, pero escribirías mejor poesía si te relacionaras con los altos candelabros dorados y los grandes cánticos; y aunque el clero americano es bastante burgués, como solía decir Beatrice, tú no irías más que a las iglesias elegantes, y yo te presentaré a monseñor Darcy, que es una maravilla.

La muerte de Kerry fue un golpe muy duro y lo mismo la de Jesse en cierto modo. Y tengo gran curiosidad en saber qué rincón del mundo se ha tragado a Burne. ¿Tú crees que estará en la cárcel, con nombre falso? Confieso que la guerra en lugar de volverme ortodoxo, que es la reacción correcta, ha hecho de mí un apasionado agnóstico. La Iglesia Católica ha tenido últimamente sus alas cortadas tanto tiempo que el papel que juega es despreciable y ni siquiera tiene ya buenos escritores. Estoy harto de Chesterton.

Solamente he conocido un soldado que sufriera la tan cacareada crisis espiritual como ese tipo, Donald Hankey; y el que yo conocí estudiaba para cura, así que estaba maduro para la crisis. A mí sinceramente todo eso me parece una basura, aunque, al parecer, proporciona mucho consuelo sentimental a los de casa; a ver si padres y madres quieren más a sus hijos. Esta religión inspirada en la crisis resulta bastante pobre y fugaz. Para un hombre que descubre a Dios hay cuatro que descubren París.

En cuanto a nosotros —tú y yo y Alec—, tendremos un mayordomo japonés y nos vestiremos para cenar, tendremos vino en la mesa y llevaremos una vida

contemplativa y carente de emociones, hasta que nos decidamos a utilizar las ametralladoras con los propietarios o a arrojar bombas con los bolcheviques. ¡Dios! Tom, espero que ocurra algo. Estoy más inquieto que el demonio, y me horroriza volverme gordo o enamorarme y hacerme un hombre casero.

La finca de Lake Geneva está en alquiler, pero en cuanto desembarque pienso ir al Oeste a ver a Mr. Barton para que me dé detalles. Escíbeme a casa de los Blackstone, Chicago.

Hasta pronto, querido Boswell.

Samuel Johnson.

Libro Segundo

La educación de un personaje

1. La debutante

La acción transcurre en febrero en un amplio y refinado dormitorio de la casa de los Connage, en la calle Sesenta y Ocho de Nueva York. El cuarto de una señorita: paredes de color rosa, cortinas, y una colcha rosa sobre una cama color crema. Todos los motivos del cuarto son rosas y cremas, pero el único mueble visible es un lujoso tocador con un tablero de cristal y un triple espejo. De las paredes cuelgan una buena copia de las «Cerezas maduras», unos pocos perros de Landseer y «El rey de las islas Negras», de Maxfield Parrish.

Un gran desorden reina en la habitación, donde se hallan dispersos los siguientes objetos: (1) siete u ocho cajas de cartón vacías, sus lenguas de papel seda jadeando en sus bocas; (2) un montón de trajes de calle mezclados con sus hermanos de tarde, todos sobre la mesa y evidentemente nuevos; (3) una tira de tul que ha perdido su dignidad y se arrastra tortuosamente por toda la escena; y (4) sobre dos pequeñas sillas una colección de ropa interior que supera a toda descripción. A uno le encantaría ver la cuenta de todas esas delicadezas, y poseído del deseo de ver a la princesa para cuyo provecho... ¡Mira! ¡Viene alguien! ¡Decepción! Se trata solamente de la sirvienta que busca algo. Levanta un montón de una silla —allí no está—, otro montón de encima de la mesa..., dentro de los cajones; saca a la luz varias bonitas combinaciones y un sorprendente pijama que no satisface. Sale.

Un incomprensible murmullo en la habitación de al lado.

Esto se va calentando. Ahora es la madre de Alec, la señora Connage, amplia, digna, empolvada como una viuda, pero un tanto pasada. Sus labios se mueven de manera significativa e indican que anda buscando algo. Su búsqueda es menos minuciosa que la de la sirvienta, pero hay en ella un punto de furor que disimula su ligereza. Tropieza con el tul, y su «¡maldita!» es perfectamente audible. Se retira con las manos vacías.

Más chachara fuera, y la voz de una muchacha, una voz de niña mimada, que dice: «De toda la gente estúpida...»

Tras una pausa entra como tercer explorador no la de la voz mimada sino una edición más joven. Es Cecelia Connage, dieciséis años, bonita, lista y de un natural

buen humor. La han vestido para la fiesta con un traje cuya evidente sencillez probablemente le molesta. Se acerca al montón más cercano, escoge una pequeña prenda de color rosa y la alza con gestos de aprobación.

CECELIA: ¿De color rosa?

ROSALIND (*Fuera.*): ¡Sí!

CECELIA: ¿Muy viva?

ROSALIND: ¡Sí!

CECELIA: ¡Ya la tengo!

(Se contempla en el espejo del tocador y empieza a bailar con entusiasmo.)

ROSALIND (*Fuera.*): Pero ¿qué haces? ¿Te la estás probando?

(Cecelia deja de bailar y sale llevando la prenda sobre el hombro derecho. Por la otra puerta entra Alec Connage. Mira en torno suyo y da una gran voz: ¡Mamá! En la otra puerta surge un coro de protestas; y, atraído por él, se acerca a ella, pero es rechazado por otro coro.)

ALEC: ¡Así que estás ahí! Amory Blaine está aquí.

CECELIA (*Rápidamente.*): Llévatelo abajo.

ALEC: Está abajo.

LA SEÑORA CONNAGE: Enséñale su habitación. Dile que lo siento, que ahora estoy muy ocupada.

ALEC: Ha oído hablar mucho de todas vosotras. Daos prisa. Padre le está hablando de la guerra y me parece que está un poco inquieto. Es un temperamental.

(Esto último basta para que Cecelia entre en el cuarto.)

CECELIA: ¿Qué quiere decir eso de temperamental? Tú solías decir eso de él en tus cartas.

ALEC: Ah, es que escribe cosas.

CECELIA: ¿Toca el piano?

ALEC: Yo creo que no.

CECELIA (*Especulando.*): ¿Bebe?

ALEC: Sí, no tiene nada de raro.

CECELIA: ¿Dinero?

ALEC: Dios, pregúntaselo a él. Antes tenía mucho y ahora tiene unas rentas. (*Entra la señora Connage.*)

LA SEÑORA CONNAGE: Alec, claro que nos alegramos de que venga un amigo tuyo a visitarnos.

ALEC: Deberías ir a saludar a Amory.

LA SEÑORA CONNAGE: Claro que sí. Pero me parece una chiquillada de tu parte dejar tu casa e ir a vivir con dos amigos en un apartamento. Espero que no sea para

beber todo lo que te dé la gana. (*Se detiene.*) Le vamos a descuidar un poco esta noche. Ya sabes que es la semana de Rosalind. Cuando una chica se pone de largo necesita todas las atenciones.

ROSALIND (*Fuera.*): Demuéstralo viniendo aquí para abrocharme.

(*Sale la señora Connage.*)

ALEC: Rosalind no ha cambiado nada.

CECELIA (*En tono bajo.*): Está terriblemente mimada.

ALEC: Se va a encontrar con su igual esta noche.

CECELIA: ¿Quién? ¿Amory Blaine?

(*Alec asiente*)

CECELIA: Bueno, Rosalind todavía no ha encontrado el hombre que la domine. De verdad, Alec, trata a los hombres de manera terrible. Abusa de ellos y rompe con ellos y falta a las citas y les bosteza en la cara..., y ellos vuelven por más.

ALEC: Será que les gusta.

CECELIA: No les gusta nada. Pero es que ella es... es una especie de vampiro, me parece..., y obliga a las chicas a hacer lo que ella quiere... y además odia a las mujeres.

ALEC: Hay mucha personalidad en nuestra familia.

CECELIA (*Con resignación.*): A mí no me tocó nada.

ALEC: ¿Se porta bien Rosalind?

CECELIA. No demasiado bien, un término medio; fuma a veces, bebe ponche, la besan con frecuencia... Sí, sí..., es de conocimiento público... Consecuencias de la guerra, ya sabes.

(*Entra la señora Connage.*)

LA SEÑORA CONNAGE: Como Rosalind casi ha terminado, vamos a ver a tu amigo.

(*Salen Alec y su madre.*)

ROSALIND (*Fuera.*): ¡Madre!

CECELIA: Madre ha ido abajo.

(*Entra Rosalind. Rosalind es... Rosalind. Una de esas jóvenes que no necesitan hacer el menor esfuerzo para que los hombres se enamoren de ellas. Rara vez lo hacen dos tipos de hombres: los tontos, a quienes asusta su inteligencia, y los intelectuales, a quienes asusta su belleza. Todos los demás le pertenecen por prerrogativa natural. Si el mimo la hubiera echado a perder, el proceso ya estaría terminado; y —de hecho— su estado no es exactamente ése: quiere lo que quiere cuando lo quiere, y cuando no lo consigue hace la vida imposible a los que la rodean; pero, en su verdadero sentido, no se puede decir que esté echada a perder. Su entusiasmo, su apetito de crecer y aprender, su interminable fe en lo inagotable del romance, su coraje y fundamental honradez..., esas cosas no se echan a*

perder. Durante largos períodos odia cordialmente a toda su familia. Carece de principios; su filosofía es *carpe diem* para ella y *laissez-faire* para los demás. Le gustan los cuentos sucios; tiene ese punto de bastedad que a veces se da en las naturalezas grandes y finas. Quiere siempre gustar; pero si no lo logra, ni se preocupa ni cambia por ello.

De ninguna manera es un carácter modelo.

La educación de toda mujer bonita se cifra en el conocimiento de los hombres. A Rosalind le han defraudado los hombres en cuanto a individuos, pero tiene gran confianza en los hombres en cuanto a sexo. Detesta a las mujeres. Representan las cualidades que siente y desprecia en sí misma: bajeza, orgullo, cobardía y mezquina deshonestidad. Una vez dijo en el coro de amigas de su madre que la única excusa de la mujer es ser un elemento perturbador entre los hombres. Baila excepcionalmente bien, dibuja con soltura y agudeza, y tiene una sorprendente facilidad de palabra que utiliza tan sólo en las cartas de amor. Pero toda crítica de Rosalind termina con su belleza. El brillo de ese glorioso pelo de oro, por cuyo afán de imitación se sostiene toda la industria del tinte. Esa boca eternamente besable, pequeña, ligeramente sensual y muy perturbadora. Unos ojos grises y una piel impecable con dos motas de desvanecido color. Esbelta y atlética, bien desarrollada, es una delicia ver cómo se mueve por una habitación, cómo se pasea por la calle, cómo levanta el palo de golf o cómo mueve el volante. Un último calificativo: su personalidad vivaz e instantánea trasciende a esa consciente y teatral cualidad que Amory había encontrado en Isabelle. Monseñor Darcy se habría visto en un aprieto para definirla como personalidad o como personaje. Porque era quizá esa deliciosa e inefable mezcla que se da una vez por siglo.

A pesar de toda su extraña y excéntrica sabiduría, la noche de su debut está tan feliz como una niña pequeña. La ha estado peinando la camarera de su madre; pero al pronto ha decidido, llena de impaciencia, que ella lo puede hacer mejor. Está demasiado nerviosa para estar en el mismo sitio. A eso se debe su presencia en esta desordenada habitación. Va a hablar. El tono de Isabelle era como el de un violín, pero aquel que oyera a Rosalind habría de reconocer que su voz era tan musical como una cascada.)

ROSALIND: Sinceramente, sólo hay dos trajes con los que me siento a gusto.
(*Peinándose en el tocador.*) Uno es la falda-pantalón y el otro el traje de baño.
Los dos me sientan muy bien.

CECELIA: ¿Estás contenta de ponerte de largo?

ROSALIND: Sí. ¿Tú no?

CECELIA (*Cínicamente.*): Estás contenta porque así te podrás casar e irte a vivir a Long Island entre recién casados. Tú quieres llevar una vida que sea una cadena

de aventuras con un hombre en cada eslabón.

ROSALIND: ¡Qué yo quiero eso! Querrás decir que me he encontrado con eso.

CECELIA: ¡Ah!

ROSALIND: Cecelia, querida, tú no sabes el martirio que es ser... como yo. Me he tenido que acostumbrar a poner en la calle una cara de acero para que los hombres no me piropeen. Si se me ocurre reír un poco alto en el teatro, el protagonista actúa para mí durante el resto de la obra. Si dejo caer la voz, los ojos o el pañuelo en un baile, mi pareja me llamará por teléfono todos los días de la semana.

CECELIA: Tiene que ser un horrible martirio.

ROSALIND: Lo más triste es que los únicos hombres que me interesan son inabordables. Si fuera pobre, me dedicaría al teatro.

CECELIA: Sí, te deberían pagar por toda tu comedia.

ROSALIND: A veces, cuando me siento radiante, pienso: ¿para qué malgastar todo esto con un solo hombre?

CECELIA: Y a menudo, cuando estás de mal humor, ¿para qué desperdiciarlo con una sola familia? (*Levantándose.*) Me voy abajo a ver a Amory Blaine. Me gustan los hombres temperamentales.

ROSALIND: No existen. Los hombres no saben cómo ser realmente felices o estar realmente enfadados; y los que lo saben, se hacen pedazos.

CECELIA: Bueno, me alegro de no tener tantas preocupaciones como tú. Estoy prometida.

ROSALIND (*Con una sonrisa despectiva.*): ¿Prometida? ¿Estás loca? Si mamá, te oye hablar de esa manera te envía al internado, que es donde debieras estar.

CECELIA: No se lo dirás porque yo también le puedo decir algunas cosas que sé..., y tú eres demasiado egoísta.

ROSALIND (*Un poco enojada.*): ¡Vete de aquí, niña! ¿Con quién estás prometida, con el repartidor de hielo?, ¿con el de la pastelería?

CECELIA: Ni con uno, ni con otro. No te hagas la tonta. Adiós, querida, ya te veré luego.

ROSALIND: Sí, por favor... Te «necesito» tanto.

(Sale Cecelia. Rosalind termina de peinarse y se levanta, canturreando. Se coloca ante el espejo y se pone a bailar sobre la blanda alfombra. Estudia sus ojos y no sus pies; y nunca de forma casual sino con suma atención, incluso cuando sonrío. De repente se abre la puerta y se cierra tras Amory, tan arrogante y guapo como de costumbre, que queda instantáneamente turbado.)

ÉL: Oh, perdón, creía que...

ELLA (*Sonriendo radiantemente.*): Oh, tú eres Amory Blaine, ¿no?

ÉL (*Mirándola de cerca.*): Y tú, ¿eres Rosalind?

ELLA: Desde ahora te llamaré Amory... Pero entra. No pasa nada. Mamá vendrá enseguida... (*aparte*) desgraciadamente.

ÉL (*Mirando a su alrededor.*): Todo esto es nuevo para mí.

ELLA: Es la tierra de nadie.

ÉL: Aquí es donde tú..., tú... (*Se detiene.*)

ELLA: Sí, todas esas cosas. (*Se acerca al tocador.*) Mira, mi lápiz de labios, el pincel.

ÉL: No sabía que fueras así.

ELLA: ¿Qué esperabas?

ÉL: Creía que tú eras algo... sin sexo, ya sabes, nadar y jugar al golf.

ELLA: Sí, lo hago, pero no en las horas de trabajo.

ÉL: ¿Trabajo?

ELLA: De seis a dos, estrictamente.

ÉL: Me gustaría tener una participación en la sociedad.

ELLA: No se trata de una sociedad, es nada más que «Rosalind Ilimitada». El cincuenta y uno por ciento del capital, el nombre, la buena voluntad y todo por 25.000 dólares al año.

ÉL (*Desaprobando.*): Una proposición escalofriante.

ELLA: Bueno, Amory, no te preocupes. De verdad, el día que encuentre un hombre que no me aburra al cabo de dos semanas, será diferente.

ÉL: Qué raro, tienes el mismo punto de vista sobre los hombres que yo sobre las mujeres.

ELLA: Yo no soy realmente femenina, quiero decir... de ideas.

ÉL (*Interesado.*): Sigue.

ELLA: No, tú; sigue tú. Me has hecho hablar acerca de mí y eso va contra las normas.

ÉL: ¿Qué normas?

ELLA: Mis propias normas... Pero tú, Amory... He oído decir que eres un hombre brillante. Mi familia espera mucho de ti.

ÉL: ¡Qué estimulante!

ELLA: Alec dice que tú le has enseñado a pensar. ¿Es así? No creía que nadie lo lograra.

ÉL: No. Yo soy completamente obtuso.

(*Evidentemente él no pretende que se le tome en serio.*)

ELLA: Mentiroso.

ÉL: Yo soy..., soy religioso y literario. He escrito poemas.

ELLA: Verso libre. ¡Espléndido! (*Declama.*)

Los árboles son verdes,
los pájaros cantan en los árboles,
la niña sorbe su veneno,
el pájaro vuela y la niña muere.

ÉL (*Riendo.*): No, no de esa clase.

ELLA (*De repente.*): Me gustas.

ÉL: ¡No!

ELLA: ¿También modesto...?

ÉL: Me asustas. Toda mujer me asusta... hasta que la beso.

ELLA: Querido mío, la guerra ha terminado.

ÉL: Así que siempre te tendré miedo.

ELLA (*Con bastante tristeza.*): Me temo que sí.

(*Una ligera vacilación por ambas partes.*)

ÉL (*Tras la debida consideración.*): Escucha. Te tengo que pedir una cosa terrible.

ELLA (*Sabiendo lo que le viene encima.*): Espera cinco minutos.

ÉL: Pero..., ¿me besarás? ¿O tienes miedo?

ELLA: Nunca tengo miedo..., pero tus razones son muy pobres.

ÉL: Rosalind, quiero besarte.

ELLA: Yo también.

(*Se besan, definitiva y completamente.*)

ÉL (*Tras recuperar el aliento.*): Y bien, ¿está satisfecha tu curiosidad?

ELLA: ¿Y la tuya?

ÉL: No, solamente se ha despertado.

(*Así lo parece.*)

ELLA (*Soñadora.*): He besado a docenas de hombres. Y supongo que los seguiré besando por docenas.

ÉL (*Abstraído.*): Sí, supongo que puedes hacerlo... como ahora.

ELLA: A la mayoría de la gente le gusta como beso.

ÉL (*Recordando.*): ¡Dios mío, ya lo creo! Bésame otra vez, Rosalind.

ELLA: No; mi curiosidad por lo general queda satisfecha con una vez.

ÉL (*Desanimado.*): ¿Se trata de otra norma?

ELLA: Yo fabrico las normas según me, convengan.

ÉL: Tú y yo nos parecemos en algo; excepto en que yo tengo mucha más experiencia.

ELLA: ¿Qué edad tienes?

ÉL: Casi veintitrés años. ¿Y tú?

ELLA: Diecinueve justos.

ÉL: Yo supongo que eres el producto de un colegio elegante.

ELLA: No, todavía soy materia bruta. Me expulsaron de Spence, y no recuerdo por qué.

ÉL: ¿Cuál es tu forma natural de ser?

ELLA: Oh, soy brillante, egoísta, emocional —si me emocionan—, me encanta ser admirada...

ÉL (*De repente.*): No quiero enamorarme de ti...

ELLA (*Levantando las cejas.*): Nadie te lo ha pedido.

ÉL (*Con la misma frialdad.*): Pero lo haré probablemente. Me gusta tu boca.

ELLA: ¡Buf! Por favor no te enamores de mi boca; enamórate de mi pelo, de mis ojos, de mis hombros, de mis zapatillas, pero no de mi boca. Todo el mundo se enamora de mi boca.

ÉL: Es muy bonita.

ELLA: Demasiado pequeña.

ÉL: No es verdad. Vamos a ver.

(*La besa de nuevo con la misma intensidad.*)

ELLA (*Conmovida.*): Di algo dulce.

ÉL (*Asustado.*): El cielo me asista.

ELLA (*Retirándose.*): No lo hagas... si te es tan duro.

ÉL: ¿Nos engañamos? ¿Tan pronto?

ELLA: Nosotros no tenemos la misma idea del tiempo que las otras personas.

ÉL: Ya están aquí... las otras personas.

ELLA: Vamos a engañarnos.

ÉL: No, no puedo; mis sentimientos...

ELLA: ¿No serás sentimental?

ÉL: No, soy romántico. Una persona sentimental cree siempre que las cosas han de durar; un romántico espera contra toda esperanza. El sentimiento es emocional.

ELLA: Y tú, ¿no lo eres? (*Con los ojos casi cerrados.*) Probablemente tú te halagas creyendo que es una actitud superior.

ÉL: Está bien, Rosalind, no discutamos; bésame otra vez.

ELLA (*Muy fría.*): No, no tengo el menor deseo de besarte ahora.

ÉL (*Manifiestamente desconcertado.*): Hace un minuto querías besarme.

ELLA: Ahora es ahora.

ÉL: Será mejor que me vaya.

ELLA: Creo que sí. (*Él se va hacia la puerta.*)

ELLA: ¡Oh! (*Él se vuelve.*)

ELLA (*Riendo.*): Tanteo: los nuestros, cien; los adversarios, cero.

(*Él se vuelve.*)

ELLA (*Rápidamente.*): ¡Tempestad! ¡Se suspende el partido! (*Él sale.*)

(Se acerca ella tranquilamente al tocador, saca un cigarrillo y lo esconde en el cajón. Entra su madre con un cuaderno en la mano.)

LA SEÑORA CONNAGE: Quería hablarte a solas antes de que bajas.

ROSALIND: ¡Dios mío! ¡Me asustas!

LA SEÑORA CONNAGE: Rosalind, nos estás resultando demasiado cara.

ROSALIND *(Con resignación.)*: Sí.

LA SEÑORA CONNAGE: Y ya sabes que tu padre no tiene lo de antes.

ROSALIND *(Haciendo una mueca.)*: ¡Por favor, no hablemos de dinero!

LA SEÑORA CONNAGE: No puedes hacer nada sin él. Este será el último año en esta casa, y, a menos que las cosas cambien, Cecelia no podrá tener las mismas ventajas que tú.

ROSALIND *(Impaciente.)*: Bueno, ¿de qué se trata?

LA SEÑORA CONNAGE: Así que te ruego que me hagas caso sobre una serie de cosas que he apuntado en mi cuaderno. La primera es que no vuelvas a desaparecer con un hombre. Puede que un día eso sea recomendable, pero por el momento te quiero ver en el piso de abajo, donde te pueda encontrar. Quiero presentarte a una serie de personas y no me gusta encontrarte en un rincón del invernadero diciendo o escuchando tonterías de alguno.

ROSALIND *(Con sarcasmo.)*: Sí, escuchando es mejor.

LA SEÑORA CONNAGE: Y no pierdas mucho tiempo con estudiantes, jóvenes de diecinueve y veinte años. No me importa un baile o un partido de fútbol; pero perderte una fiesta interesante por estar en un café con Tom, Dick o Harry...

ROSALIND *(Replicando con su código que es, a su manera, tan firme como el de su madre.)*: Madre, las cosas son así... ya no se llevan como en mil novecientos...

LA SEÑORA CONNAGE *(Haciendo caso omiso.)*: Hay unos cuantos amigos de tu padre, solteros, a los que te quiero presentar esta noche... hombres jóvenes.

ROSALIND *(Asintiendo.)*: ¿Cuarentones?

LA SEÑORA CONNAGE *(Con agudeza.)*: ¿Y por qué no?

ROSALIND: Ah, perfectamente... Saben lo que es la vida y tienen un adorable aire de cansancio *(sacude la cabeza)*... pero bailarán.

LA SEÑORA CONNAGE: No conozco a Mr. Blaine, pero no creo que te interese. No parece que hará dinero.

ROSALIND: Madre, yo no pienso nunca en el dinero.

LA SEÑORA CONNAGE: Nunca lo conservas el tiempo necesario para pensar en él.

ROSALIND *(Suspira.)*: Sí, supongo que un día me casaré con un montón de dinero, por puro aburrimiento.

LA SEÑORA CONNAGE *(Consultando el cuaderno.)*: He tenido un telegrama de Hartford. Va a venir Dawson Ryder. Ese es un hombre que me gusta y está nadando en dinero. Me parece que desde que te aburres con Howard Gillespie

podrías dedicar alguna atención a Mr. Ryder. Es la tercera vez que viene aquí en un mes.

ROSALIND: ¿Cómo sabes que me aburre Howard Gillespie?

LA SEÑORA CONNAGE: Porque el pobre chico, cada vez que viene aquí, tiene un aspecto desolador.

ROSALIND: Ese es uno de esos tanteos románticos, anteriores a la batalla. Todos salen mal.

LA SEÑORA CONNAGE (*Lo dicho dicho está.*): De cualquier forma, tenemos que sentirnos orgullosos de ti esta noche.

ROSALIND: ¿No crees que estoy guapa?

LA SEÑORA CONNAGE: Ya sabes que sí.

(De abajo llega el eco de un violín y el sonido de un tambor. La señora Connage se vuelve rápidamente hacia su hija.)

LA SEÑORA CONNAGE: ¡Vamos!

ROSALIND: ¡Un minuto!

(Su madre sale. Rosalind vuelve al espejo donde se contempla con gran satisfacción. Se besa la mano y toca la huella de su boca. Apaga las luces y sale. Silencio por un momento. Unas pocas notas de piano, un discreto redoble de un débil tambor, el crujido de la seda, todo mezclado, a través de la escalera se filtra por la puerta entornada. Pasan unos grupos por el vestíbulo iluminado. Las risas se amplían y multiplican hasta que alguien entra, cierra la puerta y enciende las luces. Es Cecelia. Va al tocador, busca en los cajones, vacila, descubre el paquete de tabaco y saca un cigarrillo. Lo enciende y, tosiendo y resoplando, se acerca al espejo.)

CECELIA (*Con tono terriblemente afectado.*): Oh, sí, en estos tiempos, bien sabes, la puesta de largo es pura comedia. Resulta una ridiculez, con todo lo que una ha visto antes de los diecisiete años. (*Dando la mano a un imaginario cuarentón.*) Sí, excelencia, creo que he oído a mi hermana hablar de su excelencia. ¿No quiere un cigarro? Son muy buenos. Son... creo que son Coronas. ¿No fuma? ¡Qué lástima! Supongo que el rey no se lo permite. Sí, vamos a bailar.

(Baila alrededor del cuarto al compás de una música que viene de abajo, abrazada a un imaginario acompañante, balanceando el cigarrillo en la mano.)

Unas horas más tarde

(El rincón de un saloncillo de la planta baja, con un cómodo diván de cuero. A cada lado, en la pared, una pequeña lámpara; en el centro cuelga un cuadro muy antiguo, de un distinguido caballero de hacia 1860. Fuera se oye la música de un fox-trot. Rosalind está sentada en el diván, a la derecha de Howard Gillespie, un joven anodino de unos veinticuatro años. Se comprende que él se sienta muy desgraciado y que ella se aburra mucho.)

GILLESPIE (*Tímidamente.*): ¿Qué significa que he cambiado? Yo siento lo mismo hacia ti.

ROSALIND: Pero a mí no me pareces lo mismo.

GILLESPIE: Hace tres semanas decías que yo te gustaba porque parecía tan *blasé*, tan indiferente. Y sigo siéndolo.

ROSALIND: Pero no hacia mí. Me gustabas porque tenías los ojos castaños y las piernas delgadas.

GILLESPIE (*Desalentado.*): Siguen siendo castaños y delgadas. Tú eres un vampiro, eso es todo.

ROSALIND: Todo lo que sé acerca del vampirismo es lo que está en la partitura. Lo que confunde a los hombres es que soy perfectamente natural. Creía que nunca ibas a estar celoso, y ahora me sigues con los ojos a todas partes.

GILLESPIE: Te quiero.

ROSALIND (*Fríamente.*): Ya lo sé.

GILLESPIE: Y no me has besado en dos semanas. Yo tenía la idea de que cuando una mujer se dejaba besar estaba... vencida.

ROSALIND: Esos tiempos ya pasaron. A mí me tienes que vencer cada día que me veas.

GILLESPIE: ¿Hablas en serio?

ROSALIND: Como siempre. Antes había dos clases de besos: la primera, cuando se besaba a las chicas y se las abandonaba; y la segunda, cuando quedaban comprometidos. Ahora una tercera clase, cuando el hombre es besado y abandonado. Si Mr. Jones de 1900 presumía de haber besado a una mujer, todo el mundo sabía que la había conquistado. Si ese Mr. Jones de 1919 presume de lo mismo, todo el mundo sabe que es porque no la puede besar otra vez. Con una salida decente, cualquier mujer puede vencer al hombre hoy en día.

GILLESPIE: Y entonces, ¿para qué juegas con los hombres?

ROSALIND (*Inclinándose hacia él confidencialmente.*): Sólo por ese primer momento, cuando él está muy interesado. Es sólo un momento, ah, justo antes del primer beso, un susurro... A veces vale la pena.

GILLESPIE: ¿Y después?

ROSALIND: Después hay que obligarle a hablar de sí mismo. Muy pronto lo único que

quiere es estar a solas, se enfada, no quiere luchar ni jugar... ¡Victoria!
(*Entra Dawson Ryder, veintiséis años, guapo, lleno de salud, con gran confianza en sí mismo, un poco aburrido quizás, pero tranquilo y seguro del éxito.*)

RYDER: Creo que éste es mi baile, Rosalind.

ROSALIND: Vaya, Dawson, me has reconocido. Me parece que no me he pintado lo suficiente. Mr. Ryder, le presento a Mr. Gillespie.

(*Se dan la mano y Gillespie se retira, muy abatido.*)

RYDER: Tu fiesta es un éxito.

ROSALIND: Ya lo creo, pero no he estado en ella hace rato. Estoy cansada, ¿te importa sentarte un minuto?

RYDER: ¿Me importa? ¡Encantado! Ya sabes cómo me molesta todo este vértigo. Una mujer ayer, otra hoy, otra mañana.

ROSALIND: ¡Dawson!

RYDER: ¿Qué?

ROSALIND: No sé si sabes que me quieres.

RYDER (*Asombrado.*): ¿Qué...? ¡Qué notable eres!

ROSALIND: Porque sabes que es un paso terrible. El hombre que se case conmigo va listo. Soy mala, muy mala.

RYDER: Yo no diría eso.

ROSALIND: Sí que lo soy, especialmente con la gente que me rodea. (*Se levanta.*) Vamos, he cambiado de idea y quiero bailar. Seguro que mamá está sufriendo un ataque.

(*Exeunt, Entran Alec y Cecelia.*)

CECELIA: Qué suerte la mía: tener un intermedio con mi hermano.

ALEC (*Sombrío.*): Si quieres me voy.

CECELIA: No, por Dios. ¿Con quién voy a empezar el próximo baile? (*Suspira.*) No hay color en estos bailes desde que se fueron los oficiales franceses.

ALEC (*Pensativo.*): No quiero que Amory se enamore de Rosalind.

CECELIA: Vaya, yo creía que era lo que tú querías.

ALEC: Lo era, pero desde que he visto a esas chicas, no lo sé. Me siento muy unido a Amory. Es muy sensible y no quiero que se rompa el corazón por una persona que no se preocupa de él.

CECELIA: Tiene muy buen aire.

ALEC (*Sigue pensativo.*): Ya sé que no se casará con él; pero una mujer no necesita casarse con un hombre para destrozarle el corazón.

CECELIA: ¿Y cómo se hace? Me gustaría conocer el secreto.

ALEC: Para qué, desalmada. Es una suerte para alguien que el Señor te diera esa naricilla respingada.

(*Entra la señora Connage.*)

LA SEÑORA CONNAGE: ¿Dónde demonio está Rosalind?

ALEC: Tiene que estar entre lo mejor de la gente; debería estar con nosotros.

LA SEÑORA CONNAGE: Su padre tiene reunidos a ocho millonarios solteros para presentársela.

ALEC: Podrían formar una escuadra y desfilar por el salón.

LA SEÑORA CONNAGE: Estoy hablando en serio; no me extrañaría que estuviese la noche de su debut en el Cocomanut Grove con un jugador de fútbol. Buscad por la izquierda mientras yo...

ALEC (*Presuntuoso.*): ¿No sería mejor enviar al mayordomo a la bodega?

LA SEÑORA CONNAGE (*Perfectamente seria.*): ¿Crees que estará allí?

CECELIA: Te está tomando el pelo, madre.

ALEC: Madre tenía una fotografía de ella vaciando un barril de cerveza en compañía de un cargador.

LA SEÑORA CONNAGE: Vamos a buscar por la derecha. (*Salen. Entra Rosalind con Gillespie.*)

GILLESPIE: Rosalind, te lo pido una vez más. ¿No te importa nada?

(*Entra Amory precipitadamente.*)

AMORY: Mi baile.

ROSALIND: Mr. Gillespie, le presento a Mr. Blaine.

GILLESPIE: Ya hemos sido presentados. Mr. Blaine de Lake Geneva, ¿no es así?

AMORY: Sí.

GILLESPIE (*Desesperadamente.*): Yo he estado allí, está en el Middle West, ¿no es así?

AMORY (*Picante.*): Aproximadamente. Yo siempre he preferido una buena sopa de pueblo a un caldo de ciudad insulso.

GILLESPIE: ¿Qué?

AMORY: Oh, no hay la menor ofensa en ello. (*Gillespie saluda y se va.*)

ROSALIND: Es demasiado vulgar.

AMORY: Una vez estuve enamorado de una persona vulgar.

ROSALIND: ¿Ah, Sí?

AMORY: Sí; se llamaba Isabelle. No tenía nada de particular, excepto lo que yo creí ver en ella.

ROSALIND: ¿Qué ocurrió?

AMORY: La convencí de que era mucho más inteligente que yo y me abandonó. Decía que yo era demasiado crítico y poco práctico.

ROSALIND: ¿Por qué poco práctico?

AMORY: Sé conducir un coche pero no cambiar una rueda.

ROSALIND: ¿Qué piensas hacer?

AMORY: No lo sé... Presentarme a presidente, escribir...

ROSALIND: ¿Greenwich Village?

AMORY: No, mujer. He dicho escribir, no beber.

ROSALIND: A mí me gustan los hombres de negocios. Casi todos los hombres inteligentes son muy caseros.

AMORY: Me parece que te conozco desde hace mil años.

ROSALIND: ¿Vas a empezar con las Pirámides?

AMORY: No, pensaba empezar con Francia. Yo era Luis XIV y tú una de mis...
(*Cambiando de tono.*) Supongamos que... nos enamoramos.

ROSALIND: Te dije antes que tendríamos que engañarnos.

AMORY: Sería demasiado engaño.

ROSALIND: ¿Por qué?

AMORY: Porque las personas egoístas son a veces capaces de tener grandes amores.

ROSALIND (*Volviendo sus labios hacia él.*): Engáñame. (*Se besan deliberadamente.*)

AMORY: No sé decir nada dulce. Pero eres muy bonita.

ROSALIND: No tanto.

AMORY: Entonces, ¿qué?

ROSALIND (*Tristemente.*): Oh, nada... Sólo quiero sentimiento. Un sentimiento sincero... nunca lo he tenido.

AMORY: No he tenido otra cosa y lo aborrezco.

ROSALIND: Es tan difícil encontrar un hombre que satisfaga el gusto artístico...

(*Alguien ha abierto la puerta, y la habitación se llena con la música de un vals. Rosalind se levanta.*)

ROSALIND: ¡Escucha! Están tocando *Kiss me again*.

(*Él la contempla.*)

AMORY: ¿Sí?

ROSALIND: ¡Sí!

AMORY (*Dulcemente, la batalla perdida.*): Te quiero.

ROSALIND: Te quiero... ahora. (*Se besan.*)

AMORY: ¿Dios mío, qué he hecho yo?

ROSALIND: Nada. No digas nada. Bésame otra vez.

AMORY: No sé ni cómo ni por qué, pero te quiero... desde el primer momento en que te vi.

ROSALIND: Yo también... Yo..., yo..., esta noche; es esta noche.

(*Entra su hermano, los mira y en voz alta dice: «Oh, perdón», y luego sale.*)

ROSALIND: (*Sus labios apenas tiemblan.*): No me dejes... No me importa que lo sepan.

AMORY: ¡Dímelo!

ROSALIND: Te quiero... ahora... (*Se separan.*) Oh, gracias a Dios soy muy joven,

gracias a Dios, bastante guapa y... feliz, gracias a Dios... (*Se detiene y, con un extraño arranque profético, añade.*): ¡Pobre Amory!
(*Él la besa de nuevo.*)

Kismet

En el término de dos semanas, Amory y Rosalind quedaron profunda y apasionadamente enamorados. Aquellas cualidades críticas que, en cada uno de ellos, habían echado a perder una docena de romances, fueron ahogadas por la gran ola de emoción que les arrastró.

—Puede que sea una historia de amor insensata —dijo ella a su inquieta madre—, pero no es vacía.

La ola depositó a Amory en una agencia de publicidad a principios de marzo, donde alternaba entre asombrosos arranques de mucho trabajo y sueños delirantes de convertirse en un hombre rico y viajar por Italia con Rosalind.

Estaban constantemente juntos, para comer, para cenar, y casi todas las noches, en una suerte de jadeante silencio, como si temieran que en cualquier minuto podría romperse el hechizo para ser arrojados de aquel paraíso de rosas y fuego. Pero el hechizo se convirtió en un trance más sublime cada día; empezaron a hablar de casarse en julio..., en junio. Toda la vida se reducía a los términos de su amor; todas sus experiencias, deseos y ambiciones quedaron cancelados, y sus respectivos sentidos del humor se fueron a dormir a un rincón. Sus anteriores aventuras amorosas les parecían cosa de risa, y a duras penas añoraban su juvenalia.

Por segunda vez en su vida Amory sufrió tan completo trastorno que tuvo que correr para alcanzar a su generación.

Un breve intermedio

Amory caminaba lentamente por la avenida pensando que la noche era inevitablemente suya... Las procesiones y el carnaval de un rico atardecer en las calles oscuras... Le parecía haber cerrado al fin el libro de las pálidas armonías para echar a andar por los sensuales y vibrantes caminos de la vida. Por todas partes, las luces innumerables, la promesa de una noche de calles y canciones, le empujaban a través de la muchedumbre como a través de un sueño, esperando encontrarse con Rosalind que, desde cada esquina, corría hacia él con pies ligeros... Cómo las caras

inolvidables del atardecer se fundirían con las suyas, y aquella miríada de pasos, las mil oberturas, se fundirían con sus pasos; y en la dulzura de sus ojos puestos en él habría más embriaguez que en el vino. Sus sueños eran débiles ecos de violines, desvanecidos como los sonidos del verano en el aire estival.

Toda la habitación se hallaba completamente a oscuras; sólo brillaba la lumbre del cigarrillo de Tom recostado junto a la ventana abierta. Al cerrar la puerta, Amory permaneció un momento con la espalda apoyada en ella.

—Hola, Benvenuto Blaine, ¿cómo te ha ido en el negocio de la publicidad?

Amory se dejó caer en un sillón.

—Tan mal como siempre —la momentánea visión de la ruidosa agencia dejó paso rápidamente a una imagen distinta—. ¡Dios mío! ¡Es maravillosa!

Tom suspiró.

—No te puedo decir —repitió Amory— lo maravillosa que es. No quiero que lo sepas. No quiero que lo sepa nadie.

De la ventana llegó otro suspiro, un suspiro lleno de resignación.

—Es la vida y la esperanza y la felicidad, es todo mi mundo.

En su párpado sintió el temblor de una lágrima.

—¡Oh, Tom!

Agridulce

—Siéntate aquí —susurró ella.

Se sentó en el sillón y abrió los brazos para que ella pudiera cobijarse entre ellos.

—Sabía que ibas a venir esta noche —dijo Rosalind dulcemente—, como el verano, cuando más te necesito... querido... querido...

Sus labios le rozaron la cara.

—Qué bien sabes —suspiró él.

—¿A qué, querido?

—Dulce... muy dulce —la apretó contra sí.

—Amory —musitó ella—, cuando tú puedas nos casamos.

—No tendremos mucho al principio...

—¡No! —dijo ella—. Me hace daño que te reproches todo lo que no me puedas dar. Te tengo a ti y es bastante.

—Dime...

—Ya lo sabes, ¿no? Ya lo sabes.

—Sí, pero me gusta oírte.

—Te quiero, Amory, con todo mi corazón.

—¿Para siempre?

—Toda mi vida, Amory...

—¿Qué?

—Quiero. Quiero ser tuya. Quiero que tus amigos sean mis amigos. Quiero tener hijos tuyos.

—Pero yo no tengo amigos.

—No me hagas reír, Amory. Dame un beso.

—Haré lo que tú quieras —dijo él.

—No, yo haré lo que tú quieras. Nosotros somos tú, no yo. Eres la mayor parte de mí.

El cerró los ojos.

—Soy tan feliz que tengo miedo. ¿No sería terrible que este fuera..., fuera el punto culminante?

Ella le miró soñadora.

—El amor y la belleza pasan, ya lo sé... Ya sé que hay tristeza. Supongo que una gran felicidad es siempre un poco triste. La belleza está en el aroma de las rosas, y cuando la rosa muere...

—La belleza está en la agonía, del sacrificio y en el fin de la agonía...

—Amory, la belleza está en nosotros. Estoy segura de que Dios nos quiere...

—Te quiere a ti. Tú eres su más preciosa criatura.

—Yo no soy suya, soy tuya. Amory, te pertenezco. Es la primera vez que siento haber dado otros besos; ahora sé lo que puede significar un beso.

Luego se pusieron a fumar; él le contó cómo había sido el día en la oficina..., dónde podrían vivir. Otras veces, cuando él se encontraba particularmente locuaz, ella se dormía en sus brazos, la Rosalind que él amaba —todas las Rosalinds— como no había amado a nadie en este mundo. Flotando intangiblemente, horas irrecordables.

Incidente acuático

Un día Amory y Howard Gillespie se encontraron por casualidad en el centro y, mientras almorzaban juntos, Amory oyó una historia que le encantó. Gillespie, tras unos cuantos cócteles, estuvo muy hablador y empezó por decirle a Amory que estaba seguro de que Rosalind era un tanto excéntrica.

Había ido con ella y con unos amigos a nadar en Westchester County, y alguien contó que Anette Kellerman, un día que fue de excursión, se había lanzado al mar desde el tejado en ruinas de una casa de campo de diez metros de altura. Al instante Rosalind se empeñó en que Howard le acompañara hasta el tejado para ver qué efecto

le hacía.

Un minuto más tarde, mientras sentado en el borde balanceaba sus pies en el vacío, una sombra cruzó a su lado; Rosalind, con sus brazos extendidos en un bonito salto del ángel, surcaba el aire en dirección al agua.

—Naturalmente, yo tenía que hacer lo mismo, después de eso, y a poco me mato. Pensaba que ya estaba bien como prueba porque nadie se atrevió a hacerlo. En cambio Rosalind tuvo la desfachatez de preguntarme por qué me había encogido al saltar. «Eso no facilita el salto» —dijo— «y le quita toda la gracia». Y yo me pregunto, ¿qué puede hacer un hombre con una mujer así? Todo es inútil, es lo que yo digo.

Gillespie no podía comprender por qué Amory sonreía durante toda la comida. Pensaba quizás que era uno de esos hueros optimistas.

Cinco semanas después

(De nuevo en la biblioteca de la casa de los Connage. Rosalind está sola, sentada en el sofá, contemplando el vacío con pesadumbre. Ha cambiado de manera perceptible; parece un poco más delgada, por una sola razón: la luz de sus ojos no es tan brillante; se diría que tiene un año más. Entra su madre, vestida para ir a la ópera. Dirige a Rosalind una mirada nerviosa).

LA SEÑORA CONNAGE: ¿Quién viene esta noche?

(Rosalind no la oye o al menos no da muestras de hacerlo.)

LA SEÑORA CONNAGE: Alec va a venir a buscarme para llevarme a ver esa comedia de Barrie *Et tu, Brutus*. *(Se da cuenta de que ella está hablando para sus adentros.)* ¡Rosalind! Te he preguntado quién viene esta noche.

ROSALIND *(Volviendo en sí.)*: Oh... qué... Oh... Amory, Amory...

LA SEÑORA CONNAGE *(Sarcástica.)*: Tienes tantos admiradores últimamente que no podía imaginar de cuál se trataba. *(Rosalind no contesta.)* Dawson Ryder tiene más paciencia de lo que yo creía. No le has visto una sola vez en esta semana.

ROSALIND *(Con una expresión muy cansada, completamente nueva en ella.)*: Por favor, mamá...

LA SEÑORA CONNAGE: No quiero intervenir. Casi has perdido dos meses con un genio en teoría que no tiene un céntimo a su nombre; pero, sigue adelante, echa a perder tu vida con él. Yo no quiero intervenir.

ROSALIND *(Como si repitiera una fatigante lección.)*: Ya sabes que tiene unas pocas rentas... y está ganando en la publicidad treinta y cinco dólares a la semana.

LA SEÑORA CONNAGE: Y no te podrá comprar un traje. *(Se detiene, pero Rosalind no responde.)* Sólo pienso en ti cuando te digo que no des un solo paso que luego hayas de lamentar toda tu vida. Tu padre ya no te puede ayudar. Últimamente las cosas le han ido mal, y es un hombre viejo. Y vas a depender solamente de un soñador; un chico simpático, de buena familia, pero un soñador... que solamente es inteligente. *(Ella quiere decir que tal cualidad por sí misma es nefasta.)*

ROSALIND: Por el amor del cielo, madre...

(Entra una sirvienta, anunciando a Mr. Blaine en pos de ella. Los amigos de Amory le han estado diciendo a él en los últimos diez días que «parece la ira de Dios», y así es. De hecho, ha sido incapaz de probar bocado en las últimas treinta y seis horas.)

AMORY: Buenas noches, señora Connage.

LA SEÑORA CONNAGE *(Sin descortesía.)*: Buenas noches, Amory.

(Amory y Rosalind cambian miradas; entra Alec; su actitud ha sido completamente neutral. En el fondo de su corazón cree que ese matrimonio haría de Amory un hombre mediocre, y miserable a Rosalind, pero siente gran simpatía por ambos.)

ALEC: Qué hay, Amory.

AMORY: Qué hay, Alec. Me ha dicho Tom que te verá en el teatro.

ALEC: Sí, acabo de verle. ¿Qué tal la publicidad hoy? ¿Escribiste algo bueno?

AMORY: Siempre lo mismo. Me han concedido un aumento *(todos le miran con ansiedad)*... de dos dólares a la semana. *(Colapso general.)*

LA SEÑORA CONNAGE: Vamos, Alec, he oído el coche.

(Se dan las buenas noches, algunos con frialdad. Cuando salen la señora Connage y Alec se produce una pausa. Rosalind sigue contemplando melancólicamente la chimenea. Amory se acerca a ella y la rodea con el brazo.)

AMORY: Querida mía.

(Se besan. Otra pausa; ella toma su mano, la cubre de besos y se la lleva al pecho.)

ROSALIND *(Tristemente.)*: Me gustan tus manos más que otra cosa. Las veo a menudo cuando tú estás lejos... tan cansada; me conozco todas sus líneas. ¡Manos queridas!

(Sus ojos se encuentran por un momento, y ella empieza a llorar, un sollozo sin lágrimas.)

AMORY: ¡Rosalind!

ROSALIND: ¡Somos tan dignos de lástima!

AMORY: ¡Rosalind!

ROSALIND: ¡Ay, quisiera morirme!

AMORY: Rosalind, otra noche así y me hago pedazos. Estás así desde hace cuatro días.

Tienes que tener más ánimo o yo no podré trabajar, ni comer, ni dormir. (*Mira a su alrededor, desamparado, como si buscara nuevas palabras con que vestir una frase vieja y manida.*) Tenemos que empezar de algún modo. Me gustaría que empezáramos algo juntos. (*Su forzado optimismo se desvanece al ver que ella no responde.*) ¿Pero qué pasa? (*Se levanta bruscamente y empieza a pasear por la habitación.*) Es Dawson Ryder, eso es todo. Te ha estado machacando los nervios. Has estado con él todas las tardes de esta semana. Cuando la gente me dice que os han visto juntos, yo tengo que sonreír y asentir, pretendiendo que eso no significa nada para mí. Y tú no me vas a decir lo que está pasando.

ROSALIND: Amory, si no te sientas me pondré a gritar.

AMORY (*Sentándose repentinamente a su lado.*): Dios mío.

ROSALIND (*Tomando su mano.*): Ya sabes que te quiero, ¿no lo sabes?

AMORY: Sí.

ROSALIND: Y sabes que te querré siempre...

AMORY: No hables de esa manera; me asustas. Suena como si tuviéramos que separarnos. (*Ella llora un poco y, levantándose del diván, se sienta en un sillón.*) Toda la tarde he estado pensando que las cosas iban a empeorar. A poco me vuelvo loco en la oficina; no he podido escribir una línea. Dímelo todo.

ROSALIND: No hay nada que decir. Que estoy nerviosa.

AMORY: Rosalind, estás dando vueltas en la cabeza a la idea de casarte con Dawson Ryder.

ROSALIND (*Tras una pausa.*): Me lo ha estado pidiendo todo el día.

AMORY: ¡Al fin se ha decidido!

ROSALIND (*Tras otra pausa.*): Me gusta.

AMORY: No digas eso. Me hieres.

ROSALIND: No seas idiota. Sabes de sobra que eres el único hombre al que he querido y al que querré.

AMORY (*Rápido.*): Rosalind, vamos a casarnos... la semana que viene.

ROSALIND: No podemos.

AMORY: ¿Por qué no?

ROSALIND: Porque no podemos. Nos convertiríamos en un par de gitanos... en algún lugar horrible.

AMORY: Tenemos doscientos setenta y cinco dólares al mes.

ROSALIND: Querido, ni siquiera me peino yo misma.

AMORY: Lo haré yo.

ROSALIND (*Entre una sonrisa y un sollozo.*): Gracias.

AMORY: Rosalind, no puedes pensar en casarte con otro. ¡Dímelo! Me dejas a ciegas. Sólo si me lo dices, te puedo ayudar a luchar.

ROSALIND: Es por... nosotros. Somos dignos de compasión. Las cualidades que adoro

en ti son las que te llevarán al fracaso.

AMORY (*Sombríamente.*): Continúa.

ROSALIND: Es... por Dawson Ryder. Es tan responsable que casi siento que será... como un apoyo.

AMORY: Tú no lo quieres.

ROSALIND: Ya lo sé, pero lo respeto. Es un hombre bueno y fuerte.

AMORY (*Refunfuñando.*): Sí, sí, lo es.

ROSALIND: Mira un pequeño detalle. El martes por la tarde encontramos en Rye a un pobre chico, y, bueno, Dawson lo cogió en brazos y habló con él y le prometió un traje de indio; al día siguiente se acordó y se lo compró; fue tan atento que no pude por menos de pensar lo bueno que sería con..., con nuestros hijos...; cómo cuidará de ellos..., y no tendré que preocuparme.

AMORY (*Con desesperación.*): ¡Rosalind! ¡Rosalind!

ROSALIND (*Con cierta rudeza.*): No hagas una demostración de sufrimiento.

AMORY: ¡Qué poder tenemos para hacernos daño!

ROSALIND (*Volviendo a sollozar.*): Ha sido tan perfecto... Tú y yo. Como un sueño que he esperado tanto tiempo y que ya nunca pensaba encontrar; la primera vez que he sentido una verdadera generosidad en mi vida. Y no puedo sufrir que se desvanezca en una atmósfera sin color.

AMORY: ¡No será así!

ROSALIND: Prefiero conservarlo como un bello recuerdo, guardado en mi corazón.

AMORY: Las mujeres pueden hacerlo, pero los hombres no. Yo lo recordaré siempre, pero no la belleza que tuvo sino la amargura que dejó, la gran amargura.

ROSALIND: ¡No!

AMORY: Todos los años sin volverte a ver, sin volverte a besar; una puerta cerrada y atrancada... porque no te atreves a ser mi mujer.

ROSALIND: No, no... El camino más duro y más difícil es el mío. Casarme contigo sería fracasar, y yo no fracaso... ¡Si no dejas de pasear arriba y abajo, me pongo a gritar!

(*De nuevo se hunde desesperadamente en el diván.*)

AMORY: Ven aquí, bésame.

ROSALIND: No.

AMORY: ¿No quieres besarme?

ROSALIND: Quiero que esta noche me ames con calma y... fríamente.

AMORY: El principio del fin.

ROSALIND (*Con un arranque de perspicacia.*): Amory, tú eres joven. Yo soy joven. La gente nos perdona ahora nuestra pose y nuestra vanidad, nuestra manía de tratar a la gente como a Sancho y salimos con la nuestra. Ahora nos lo perdonan todo, pero vas a sufrir muchos contratiempos.

AMORY: Y a ti te asusta recibirlos conmigo.

ROSALIND: No, no es eso. A veces leo un poema —tú dirás que es Ella Wheeler Wilcox y te reirás—, pero escucha:

Porque es todo un saber, amar y vivir,
Recibir lo que el destino o los dioses quieren dar,
No hacer preguntas ni oraciones,
Besar los labios y acariciar el pelo,
Abreviar las pasiones cuando remiten,
Al igual que se agradecen cuando llegan,
Tener y guardar y, a su tiempo, dejar.

AMORY: Pero nosotros no hemos tenido.

ROSALIND: Amory, yo soy tuya, ya lo sabes. A veces durante el mes pasado hubiera sido completamente tuya si tú me lo hubieras pedido. Pero no puedo casarme contigo y arruinar nuestras vidas.

AMORY: Tenemos que probar a ser felices.

ROSALIND: Dawson dice que aprenderé a quererle.

(Amory con la cabeza entre sus manos no se mueve. Parece que de repente se le ha escapado la vida.)

ROSALIND: ¡Querido! ¡Querido! No puedo vivir contigo y no puedo imaginar la vida sin ti.

AMORY: Estamos los dos con los nervios de punta, y esa semana...

(Su voz ha envejecido. Ella se acerca y, tomando su cara entre sus manos, le besa.)

ROSALIND: No puedo, Amory. Yo no puedo estar encerrada en un piso pequeño, sin ver árboles ni flores, esperándote a ti. Me odiarías en una atmósfera mezquina. Haría que me odiaras.

(De nuevo queda cegada por lágrimas incontrolables.)

AMORY: Rosalind...

ROSALIND: Vete, querido... ¡No lo pongas más difícil! No puedo soportarlo...

AMORY *(La cara descompuesta, la voz rota.)*: ¿Sabes lo que estás diciendo? ¿Para siempre?

(Se advierte un cambio en sus respectivos sufrimientos.)

ROSALIND: No puedes comprender...

AMORY: Me temo que no, si tú me quieres... Te asusta soportar dos años de estrecheces.

ROSALIND: No seré la Rosalind que tú quieres.

AMORY *(Un poco histérico.)*: ¡No puedo dejarte! ¡No puedo, eso es todo! ¡Te

necesito!

ROSALIND (*Un tono duro en su voz.*): Te portas como un chiquillo.

AMORY (*Brutalmente.*): ¡No me importa! ¡Estás arruinando nuestras vidas!

ROSALIND: Estoy haciendo lo único sensato, lo único que se puede hacer.

AMORY: ¿Te vas a casar con Dawson Ryder?

ROSALIND: Oh, no me preguntes. Ya sabes que para ciertas cosas soy mayor de edad y para otras, bueno, una niña. Me gusta el sol y las cosas bonitas y la alegría... y odio toda clase de responsabilidad. No quiero ocuparme de cacharros, cocinas y escobas. Quiero ocuparme de nadar en verano para tener las piernas suaves y morenas.

AMORY: Y tú me quieres.

ROSALIND: Por eso es por lo que tiene que terminar. Esta situación nos hace mucho daño. No podemos tener más escenas como ésta.

(Extrae su anillo de su dedo y se lo entrega. Las lágrimas la ciegan.)

AMORY (*Sus labios en la húmeda mejilla de ella.*): ¡No! Guárdalo, por favor... ¡Me estás rompiendo el corazón!

(Ella empuja el anillo en la mano de él.)

ROSALIND (*Bruscamente.*): Es mejor que te vayas.

AMORY: Adiós.

(Ella le mira una vez más, con infinito deseo, con infinita tristeza.)

ROSALIND: No me olvides, Amory...

AMORY: Adiós...

(Va hacia la puerta, busca a ciegas el picaporte y lo encuentra; ella le ve alejarse. Una vez ido, se incorpora a medias en el diván para hundir su cara entre los almohadones.)

ROSALIND: ¡Dios mío! ¡Quisiera morirme! (*Tras un momento se levanta y con los ojos cerrados tantea el camino hacia la puerta. Se vuelve y contempla la habitación, donde tantas veces se habían sentado a soñar; la caja que tantas veces había llenado de cerillas para él; la pantalla que tan discretamente habían bajado durante la larga sobremesa de un sábado. Con los ojos empañados contempla y recuerda, habla en voz alta.*) Oh, Amory, ¿qué te he hecho? (*Embargada por la dolorosa tristeza que un día pasará, Rosalind siente —sin saber por qué— haber perdido algo.*)

2. Experimentos en la convalecencia

El bar Knickerbocker, presidido por la figura jovial y pintoresca del «Oíd King Colé» de Maxfield Parrish, estaba lleno. Amory se detuvo a la entrada y consultó su reloj; necesitaba saber la hora, porque algo en su mente, encargado de catalogar y clasificar las cosas, gustaba de recortarlas con toda claridad. Más adelante había de sentirse satisfecho, de una manera vaga, por ser capaz de pensar que «aquello terminó exactamente a las ocho y veinte del jueves, 10 de junio de 1919». En eso pensaba al venir de su casa —un paseo del cual no había de guardar el más nimio recuerdo.

Su estado era bastante lamentable: dos días de preocupaciones y nerviosismo, de noches insomnes, sin probar un plato, que culminaron en la crisis emocional y la brusca decisión de Rosalind; un esfuerzo que había arrastrado a los fundamentos de su mente hacia un lastimoso estado de coma. Mientras picaba torpemente las aceitunas del mostrador, un hombre se acercó a hablarle, y las aceitunas cayeron de sus manos nerviosas.

—Bueno, Amory...

Era alguien a quien había conocido en Princeton; no tenía la menor idea de su nombre.

—¡Hola, viejo! —se oyó decir a sí mismo.

—Mi nombre es Jim Wilson; te has olvidado.

—Claro que no; te recuerdo muy bien.

—¿Vienes a la reunión de ex alumnos?

—¡Ya sabes! —entonces se dio cuenta de que no venía a la reunión.

—¿Estuviste fuera?

Amory asintió con ojos desvaídos. Al retirarse hacia atrás para dejar pasar a uno, echó al suelo el plato de aceitunas.

—Muy mal —murmuró—. ¿Quieres beber algo?

Wilson con mucha diplomacia se acercó a él y le dio una palmada en la espalda.

—Tú ya tienes bastante.

Amory le miró sin decir nada, y Wilson quedó turbado por su escrutinio.

—¿Bastante? ¡Demonio! —dijo finalmente Amory—. No he tomado un trago en

todo el día.

Wilson le miró incrédulo.

—¿Quieres beber algo o no? —preguntó con rudeza.

Se acercaron juntos a la barra.

—Un Rye.

—Para mí un Bronx.

Wilson se tomó otro, y Amory varios más. Decidieron sentarse. A las diez Wilson fue desplazado por Carling, uno del año 15. Amory, su cabeza dándole vueltas alegremente —capas de dúctil satisfacción sobre las partes heridas de su espíritu—, discursaba volublemente sobre la guerra.

—Un desperdicio mental —insistía con sabiduría de lechuza—. Dos años de mi vida perdidos, vacío intelectual. Idealismo perdido, hay que convertirse en animal físico —sacudió la cabeza hacia «Old King Cole»—, hay que hacerse prusiano para todo, especialmente con las mujeres. Antes era galante con ellas, ahora ni tanto así —expresaba su falta de principios barriendo el suelo con la botella de seltz, sin interrumpir su discurso—. Buscar el placer donde se encuentre para morir mañana, esa es mi filosofía en el día de hoy.

Carling bostezaba, pero Amory, derramando brillantez, continuaba.

—Antes me asombraban muchas cosas..., gente que cumplía sus compromisos, una actitud hacia la vida cincuenta por ciento. Ahora no me extraña nada, no me extraña nada... —y de tal manera trató de impresionar a Carling por el hecho de que ya no se asombraba de nada que perdió el hilo de su discurso para terminar anunciando a toda la barra que él sólo era un «animal físico».

—¿Qué estás celebrando, Amory?

Amory se inclinó hacia él con gesto confidencial.

—Celebrando reventar mi vida. El mejor momento de acabar mi vida. No te puedo decir...

Oyó a Carling que decía al barman:

—Déle un alka-seltzer.

Amory sacudió la cabeza indignado.

—Nada de porquerías.

—Pero escucha, Amory, te estás poniendo enfermo. Estás pálido como un fantasma.

Amory consideró la cuestión. Trató de verse en el espejo; pero incluso cerrando un ojo no podía ver más allá de la fila de botellas tras el mostrador.

—Me gustaría algo sólido. Vamos a tomar Una... ensalada.

Se puso el abrigo en un intento de desenvoltura; pero abandonar la barra era demasiado para él, y se dejó caer en una silla.

—Iremos al Shanley —sugirió Carling, ofreciéndole el brazo.

Con esa ayuda Amory se las arregló para arrastrar sus piernas a lo largo de la calle Cuarenta y Dos.

El Shanley estaba muy oscuro. Amory tenía conciencia de que hablaba en alta voz, de manera sucinta y conveniente —pensaba él—, acerca de un deseo de aplastar a la gente bajo sus pies. Devoró tres sandwiches como si fueran pastillas de chocolate. Luego Rosalind volvió a asomar a su mente, y él se encontró con que sus labios pronunciaban su nombre una y otra vez. Tenía mucho sueño y la sensación indiferente y vaga de mucha gente, en smoking, probablemente camareros, alrededor de su mesa...

Estaba en una habitación, y Carling decía algo acerca de un nudo en el cordón de su zapato.

—No importa —se las arregló para articular adormilado—, duermo con ellos...

Alcoholizado todavía

Se despertó riendo, y sus ojos vagaron perezosamente a su alrededor, evidentemente una habitación con baño, de un gran hotel. La cabeza le zumbaba, y una imagen tras otra se formaba, emborronaba y desvanecía ante sus ojos; pero aparte del deseo de reír no tenía una reacción completamente consciente. Alcanzó el teléfono junto a la cabecera de su cama.

—Dígame, ¿qué hotel es éste...? ¿El Knickerbocker? Muy bien, haga el favor de enviarme dos whiskies con hielo...

Se quedó tendido un momento pensando si traerían una botella o solamente dos vasos. Con mucho esfuerzo se levantó de la cama y fue al cuarto de baño.

Cuando salió, frotándose perezosamente con una toalla, al encontrarse con el camarero con las bebidas le entró un súbito deseo de tomarle el pelo. Tras una reflexión consideró que sería indigno y le despidió con un gesto.

En cuanto el nuevo alcohol cayó en su estómago y empezó a calentarlo, las imágenes aisladas comenzaron lentamente a formar la película del día anterior. De nuevo vio a Rosalind llorando encogida entre los almohadones, de nuevo sintió sus lágrimas en su mejilla. Sus palabras empezaron a sonar en sus oídos: «No me olvides..., Amory..., no me olvides...»

—¡Demonio! —exclamó en voz alta y, atragantado, cayó en la cama con espasmódicas sacudidas de dolor. Al cabo de un minuto abrió los ojos para mirar al techo.

—¡Qué estúpido! —dijo con disgusto, y con un enorme suspiro se levantó y se acercó a la botella. Después de otro vaso dio rienda suelta al lujo de las lágrimas. A

propósito trajo a la memoria pequeños incidentes de la pasada primavera, parafraseando ciertas emociones que habían de producirle un dolor más fuerte.

—Eramos tan felices —entonó dramáticamente—, tan felices. —De nuevo se dejó llevar y se arrodilló junto a la cama, su cabeza medio hundida en la almohada.

—Mi niña... mi niña...

Apretó los dientes, y las lágrimas se vertieron de sus ojos.

—Mi niña..., todo lo que yo tenía..., todo lo que yo quería... ¡Vuelve, vuelve...! Te necesito..., te necesito... Somos tan desgraciados... Sólo nos hemos hecho daño... Alejada para siempre..., ya no podré verla... ni ser su amigo... Tiene que ser así..., tiene que ser así.

Y de nuevo:

—Eramos tan felices, tan felices...

Se levantó y se arrojó en la cama en un éxtasis de sentimientos, y así permaneció exhausto mientras comprendía lentamente lo borracho que había llegado la noche anterior; su cabeza volvía a dar vueltas. Rió y se levantó para dirigirse al Leteo...

Al mediodía se fue al bar de Biltmore y de nuevo empezó el desorden. Después había de tener el vago recuerdo de haber discutido sobre poesía francesa con un oficial británico que le fue presentado como «el capitán Corn, de la Infantería de Su Majestad», y de haber intentado recitar *Clair de lune* durante el almuerzo; se durmió en una silla grande y cómoda hasta eso de las cinco, cuando el gentío le despertó de nuevo; a lo que siguió una preparación alcohólica de diferentes componentes para la prueba de la cena. En el Tyson compraron entradas para el teatro, una comedia con cuatro entreactos, con dos voces monótonas, escenas turbias y sombrías, con efectos de luz difíciles de seguir para sus ojos extraviados. Pensó después que debía ser *The Jest*...

Después el Cocomat Grove, donde Amory durmió en una pequeña terraza. En el Shanley, Yonkers, se volvió bastante cuerdo y, mediante un riguroso control del número de whiskies que bebió, estuvo lúcido y locuaz. El grupo consistía en cinco hombres, a dos de los cuales conocía ligeramente; se puso muy digno a la hora de pagar su parte y, para alborozo de las mesas que le rodeaban, trataba a grandes voces de arreglarlo todo...

Alguien dijo que una famosa estrella de cabaret estaba en una mesa próxima; Amory se levantó y, con gran cortesía, se presentó él mismo..., lo que le produjo contratiempos, primero con el acompañante y luego con el *maitre*; toda vez que la actitud de Amory era de extremada cortesía..., consintió, tras enfrentarse con una lógica irrefutable, en ser conducido de nuevo a su mesa.

—He decidido suicidarme —anunció de repente.

—¿Cuándo? ¿El año que viene?

—No. Mañana por la mañana. Tomaré una habitación en el Commodore, me

meteré en un baño caliente y me abriré las venas.

—¡Se ha vuelto loco!

—¡Tú necesitas otro whisky, chico!

—Mañana hablaremos de eso.

Pero Amory no se dejaba disuadir, al menos con argumentos.

—¿Nunca te entraron ganas de hacerlo? —preguntó confidencialmente, pero en tono fuerte.

—¡Claro que sí!

—¿A menudo?

—Mi estado crónico.

Eso provocó una discusión. Un hombre dijo que a veces se sentía tan deprimido que lo había llegado a pensar seriamente. Otro estaba de acuerdo en que la vida no tenía objeto. El capitán Corn, que se había unido al grupo, sostuvo que se sentía eso siempre que la salud de uno andaba mal. Amory sugirió que debían pedir otro Bronx, para mezclarlo con hielo y beberlo. Para alivio suyo nadie aplaudió su idea; así que, habiendo terminado su whisky, apoyó su barbilla en la mano y el codo en la mesa — la más delicada y apenas perceptible posición de dormir, según él— y cayó en un profundo sopor.

Fue despertado por una mujer que se colgaba a él, una mujer bonita, de pelo oscuro y desordenado y profundos ojos azules.

—¡Llévame a casa! —dijo.

—¡Hola! —dijo Amory, parpadeando.

—Me gustas —anunció ella tiernamente.

—Tú también.

Se dio cuenta de que detrás había un hombre escandalizando y que uno de su grupo discutía con él.

—Chico, estaba con ese idiota —le confío la mujer de los ojos azules—. Le tengo asco. Quiero ir a casa contigo.

—¿Has bebido? —inquirió Amory con gran sabiduría.

Ella asintió avergonzada.

—Vete con él —le aconsejó gravemente—. El te ha traído.

En ese momento el hombre escandaloso se liberó de los que le retenían y se aproximó a ellos.

—¡Oiga! —dijo fieramente—. Yo traje a esta mujer aquí, y usted se está entrometiendo.

Amory le miró fríamente mientras la muchacha se le arrimaba.

—¡Deje usted a esa chica! —gritó el hombre escandaloso.

Amory trató de poner ojos amenazadores.

—¡Vayase al infierno! —le dijo finalmente y volvió su atención hacia la

muchacha.

—Flechazo —sugirió él.

—Te quiero —susurró ella, arrimada a él. Tenía bonitos ojos.

Se acercó uno para hablar al oído de Amory.

—Esta es Margaret Diamond. Ha bebido mucho, y ese hombre la trajo aquí. Es mejor dejarles juntos.

—¡Qué se ocupe de ella, entonces! —gritó Amory furiosamente—. ¿Acaso soy yo del Ejército de Salvación?

—¡Suéltala!

—¡Es ella la que me tiene cogido! ¡Déjala!

Alrededor de su mesa se agolparon los curiosos. Hubo un instante en que estuvo a punto de estallar la bronca, hasta que un delicado camarero fue soltando los dedos de Margaret Diamond del brazo de Amory; ella le dio al camarero una bofetada en la cara y corrió a refugiarse en los brazos de su, acompañante original.

—¡Oh, Señor! —gritó Amory.

—¡Vamonos!

—Vamos, que hay pocos taxis.

—La cuenta, camarero.

—Vamos, Amory. Tu romance ha terminado.

Amory rió.

—No sabes qué verdad has dicho. No tienes ni idea. Eso es lo malo.

Amory y el problema laboral

Dos días después llamaba decididamente a la puerta del director de la agencia de publicidad Bascome and Barlow.

—¡Adelante!

Amory entró vacilante.

—Buenos días, Mr. Barlow.

Mr. Barlow se colocó las gafas para la inspección y entreabrió la boca como para escuchar mejor.

—Bien, Mr. Blaine. No le hemos visto en varios días.

—No —dijo Amory—. Me marchó.

—Bueno, bueno, si...

—No me gusta esto.

—Lo siento. Creía que nuestras relaciones eran totalmente... agradables. Usted parecía buen trabajador, tal vez un poco inclinado a escribir fantasías...

—Estoy cansado de esto —interrumpió Amory con rudeza—. No me importa un comino si la harina de Harebell es mejor que cualquier otra. No la he comido nunca. Así que me he cansado de decírselo a la gente... Ya sé que he estado bebiendo...

La cara de Mr. Barlow se endureció con varios lingotes en su expresión.

—Usted quería una posición...

Amory le hizo un gesto de silencio.

—Y yo creo que estaba muy mal pagado. Treinta y cinco dólares a la semana, menos que un buen carpintero.

—Está usted empezando. No había trabajado antes —dijo Mr. Barlow fríamente...

—Pero costó algo así como diez mil dólares educarme para que pudiera escribir esas tonterías. Y en cuanto a la antigüedad, tiene usted aquí mecanógrafas que cobran quince dólares a la semana desde hace cinco años.

—Yo no tengo por qué discutir esos asuntos con usted —dijo Mr. Barlow levantándose.

—Ni yo tampoco. Solamente quería decirle que me marchó.

Se quedaron un momento mirándose impasibles hasta que Amory se volvió y abandonó la oficina.

Un breve descanso

Cuatro días después regresó por fin a su apartamento. Tom estaba metido en la reseña de un libro para *The New Democracy*, donde había encontrado trabajo. Durante un momento se miraron los dos en silencio.

—¿Y bien?

—¿Y bien?

—Por Dios, Amory, ¿dónde te han puesto el ojo morado? ¿Y la mandíbula?

Amory rió.

—No es nada.

Se quitó la chaqueta y le enseñó los hombros.

—Mira.

Tom emitió un tenue silbido.

—¿Quién te ha pegado?

Amory rió de nuevo.

—Oh, mucha gente. Me sacudieron bien. De verdad. —Lentamente se volvió a poner la camisa. Tenía que llegar tarde o temprano, y no quería perderlo por nada del mundo.

—Pero ¿quién fue?

—Bueno, unos cuantos camareros y una pareja de marineros y unos pocos peatones, supongo. Es la cosa más extraña. Deberías dejarte pegar para conocer esa experiencia. Te caes enseguida, pero todo el mundo te pega antes de que toques el suelo; y después, a patadas.

Tom encendió un cigarrillo.

—Te he estado buscando todo el día por la ciudad, Amory. Pero siempre me tomas la delantera. Creí que estarías en alguna fiesta.

Amory se dejó caer en una silla y pidió un cigarrillo. —Estás despejado ahora, ¿no? —preguntó Tom con sarcasmo.

—Completamente despejado. ¿Por qué?

—Bueno, Alec nos ha dejado. Su familia insistía en que volviéramos a su casa a vivir, así que...

Una punzada de dolor sacudió a Amory.

—¡Qué lástima!

—Sí, una lástima. Tenemos que traer a alguien si queremos seguir aquí. Ha subido el alquiler.

—Claro. Hay que traer a alguien. Lo dejo en tus manos, Tom.

Amory se fue a su dormitorio. Lo primero que vio fue una fotografía de Rosalind, que había querido enmarcar, encajada en el espejo de la cómoda. La miró sin emoción. En comparación con aquellas imágenes mentales tan vivas, que era todo lo que le quedaba, aquel retrato parecía irreal. Volvió a la sala.

—¿Tienes una caja de cartón?

—No —respondió Tom, extrañado—, ¿por qué había de tenerla? Sí, creo que hay una en el cuarto de Alec.

Amory encontró lo que andaba buscando y, volviendo a su armario, abrió un cajón lleno de cartas, notas, un pedazo de cadena, dos pequeños pañuelos y algunas fotografías. A medida que introducía todo aquello en la caja, su memoria volvía a cierto pasaje de un libro donde el héroe, tras conservar un año un pedazo de jabón de su primer amor, terminaba por lavarse las manos con él. Se rió y empezó a canturrear *Desde que te fuiste...*, pero se detuvo repentinamente...

La cuerda se rompió dos veces, pero al fin se las arregló para atarlo; dejó el paquete en el fondo de su baúl, cerró la tapa de un golpe y volvió a la sala.

—¿Vas a salir? —la voz de Tom tenía un tono lleno de ansiedad.

—Uuuh.

—¿A dónde?

—Vamos a cenar juntos.

—Lo siento. Le dije a Sukey Brett que cenaría con él.

—¡Ah!

—Adiós.

Amory cruzó la calle y se tomó un whisky; luego se fue paseando hasta Washington Square, donde tomó un autobús. Bajó en la calle Cuarenta y Tres y se fue paseando hasta el bar de Biltmore.

—¡Qué hay, Amory!

—¿Qué vas a tomar?

—¡Qué hay! ¡Camarero!

Temperatura normal

El advenimiento de la prohibición, aquel día «sedientoyuno», puso un repentino fin al hundimiento de Amory en sus penas; y cuando se despertó una mañana sabiendo que habían terminado aquellos días de-bar-en-bar, ni sintió remordimientos por las últimas tres semanas ni pesar por no poder repetirlos. Había adoptado el método más violento, aunque el más débil para escudarse de las puñaladas de la memoria; y a pesar de que no era un procedimiento que pudiera recomendar a otros, a la postre comprendió que había conseguido lo que buscaba: había superado la primera oleada de dolor.

¡No nos engañemos! Amory había querido a Rosalind como no querría a ninguna otra persona. Ella se había hecho dueña de sus anhelos juveniles y de sus insondables profundidades, había extraído de él una ternura que a él mismo le sorprendía, una amabilidad y generosidad que Amory no había demostrado con nadie más. Más adelante tuvo otras aventuras amorosas, pero de distinta naturaleza: con ellas volvió a esa otra manera de ser, más típica quizá, en la que la mujer no constituía más que un espejo de su talante. Rosalind había provocado en él mucho más que la admiración apasionada: guardaba hacia Rosalind un profundo e imborrable afecto.

Pero a la hora del desenlace había habido tanta tragedia dramática, culminando en la arabesca pesadilla de sus tres semanas de borracheras, que emocionalmente se encontraba exhausto. Aquellas gentes y lugares tan fríos y delicadamente artificiosos, tal como él los recordaba, le parecían una promesa de refugio. Escribió un cuento bastante cínico basado en el funeral de su padre y lo envió a una revista, recibiendo a cambio sesenta dólares y una demanda de más cuentos del mismo tono. Esto halagó su vanidad, pero no le estimuló para un mismo esfuerzo.

Leía mucho. Se sintió deprimido y sorprendido por el *Retrato del artista adolescente*; enormemente interesado por *Joan y Peter* y *El fuego inmortal*; y bastante sorprendido por su descubrimiento, gracias a un crítico llamado Mencken, de algunas novelas americanas excelentes: *Vandover y el bruto*, *El castigo de Theron*

Ware y Jennie Gerhardt. Mackenzie, Chesterton, Galsworthy, Bennett, de ser genios llenos de vida y sagacidad habían pasado a ser unos meros contemporáneos divertidos. La lejana claridad y brillante coherencia de Shaw, y los tenaces esfuerzos de H. G. Wells por meter la llave de la simetría romántica en la evasiva cerradura de la verdad, eran lo único que absorbía su atención.

Deseaba ver a monseñor Darcy, a quien había escrito cuando desembarcó, pero no tenía noticias de él; sabía además que una visita a monseñor supondría contarle la historia de Rosalind, y sólo el pensar que tenía que repetirla le llenaba de horror.

En su búsqueda de gente fría se acordó de la señora Lawrence, una señora inteligente y digna, convertida a la iglesia y muy pegada a monseñor.

La llamó un día por teléfono. Sí, le recordaba perfectamente. No, monseñor no estaba en la ciudad —creía ella que estaba en Boston—; había prometido ir a almorzar a su casa cuando volviera. ¿Podía Amory almorzar con ella?

—Creí que no se acordaría de mí, señora Lawrence —dijo bastante ambiguamente cuando llegó.

—Monseñor estuvo la semana pasada —dijo, lamentándolo, la señora Lawrence—. Tenía muchas ganas de verte, pero olvidó tus señas en casa.

—¿Se ha creído que me he convertido al bolchevismo? —preguntó Amory interesado.

—Oh, está pasando un momento muy malo. Está ocupadísimo.

—¿Por qué?

—Por culpa de la república irlandesa. Piensa que le falta dignidad.

—¿Ah, sí?

—Fue a Boston cuando llegó el presidente irlandés y se llevó un gran disgusto porque los del comité de recepción, cuando paseaban en coche abierto, sostenían del brazo al presidente.

—No se le puede criticar por eso.

—Bueno, ¿qué es lo que más te ha impresionado del Ejército? Pareces mucho más viejo.

—Se debe a otra batalla, más desastrosa —dijo sonriendo a su pesar—. En cuanto al Ejército, vamos a ver, llegué a la conclusión de que el valor depende en gran medida de la forma física en que uno se encuentre. Encontré que era tan valiente como mi vecino, cosa que antes me preocupaba.

—¿Qué más?

—Bueno, la creencia de que el hombre puede soportar cualquier cosa si se acostumbra a ella, y el hecho de que saqué muy buena puntuación en el examen psicológico.

La señora Lawrence se reía. Amory encontraba un gran alivio en aquella casa fría de Riverside Drive, lejos de un Nueva York mucho más denso, viciado por el aliento

de mucha gente en muy poco espacio. La señora Lawrence le recordaba ligeramente a Beatrice, no por su aspecto sino por su gracia y dignidad perfectas. La casa, el mobiliario, la manera como se servía la cena contrastaba con todo lo que había encontrado en otros lugares de Long Island, donde los sirvientes eran tan torpes que era necesario apartarlos, incluso en las casas de las familias del Union Club más conservadoras. Se preguntaba si aquel aire de contención simétrica, su gracia —que él reputaba continental—, se había filtrado a través de todos los antepasados de Nueva Inglaterra de la señora Lawrence o la había adquirido en sus largas estancias en Italia y España.

Dos vasos de *Sauterne* durante la comida soltaron su lengua, y se puso a hablar —con lo que el creía parte de su viejo encanto— de literatura y religión y los amenazadores fenómenos del orden social. La señora Lawrence se encontraba ostensiblemente encantada con él, y su interés se cifraba sobre todo en su manera de pensar; de nuevo deseaba él gente que gustara de su manera de pensar; y pensaba que tras un breve lapso podría ser un bonito sitio donde vivir.

—Monseñor Darcy piensa todavía que eres su reencarnación y que tu fe se aclarará un día.

—Quizás —asintió él—. Ahora me siento pagano. Solamente que a mi edad la religión no parece tener la menor importancia en la vida.

Cuando salió de la casa se puso a pasear por Riverside Drive con un sentimiento de satisfacción. Volvía a ser divertido discutir sobre temas como aquel joven poeta, Stephen Vincent Benet, o la república irlandesa. A causa de las rancias acusaciones de Edward Carson y del juez Cohalan, estaba harto del problema irlandés; y, sin embargo, en ciertos momentos sus rasgos celtas habían constituido los pilares de su filosofía.

Parecía de repente que quedaba mucho en la vida, a condición de que este renacimiento de viejos intereses no significara que huía de nuevo de ellos, que huía de nuevo de la vida.

Inquietud

—Me siento muy viejo y estoy muy aburrido, Tom —dijo Amory un día, estirado cómodamente en el antepecho de la ventana. Siempre se sentía más a su aire estando recostado.

—Antes de dedicarte a escribir eras más divertido —continuó—. Ahora guardas en secreto todas las ideas que crees aprovechables para la imprenta.

La existencia había vuelto a una normalidad sin ambiciones. Habían decidido que

con sus economías podían mantener aquel piso del que Tom, más doméstico que un gato, se sentía muy orgulloso. De Tom eran aquellos grabados de caza ingleses, el tapiz de imitación, reliquia de los decadentes días del colegio, la gran profusión de huérfanos candelabros y aquella silla tallada estilo Luis XV donde nadie podía sentarse más de un minuto sin sentir agudos dolores en el espinazo; Tom suponía que se debían a que se sentaban sobre el espectro de Montespan; pero, como quiera que fuese, fue el mobiliario de Tom lo que les retuvo allí.

Salían muy poco; a veces al teatro o a cenar al Ritz o al Princeton Club. Con la prohibición las grandes reuniones habían recibido una herida mortal, y apenas se encontraba en el bar del Biltmore, a las doce o a las cinco, gente simpática; ambos, Tom y Amory, habían superado su pasión de bailar con las debutantes del Medio Oeste o en el Salón Rosa del Plaza, aparte de que eso requería siempre varios cócteles «para ponerse al nivel intelectual de las señoras presentes», como Amory había una vez señalado a una horrorizada matrona.

Últimamente había recibido Amory varias cartas alarmantes de Mr. Barton —la casa de Lake Geneva era demasiado grande para poderse alquilar con facilidad; el mejor alquiler obtenible sólo servía para algo más que para pagar las cargas fiscales y hacer las necesarias reparaciones—. De hecho el abogado venía a decir que toda aquella propiedad no era más que una pesada carga para Amory; pero él, a pesar de que no le iba a producir un céntimo en los próximos tres años, decidió por un vago sentimentalismo no venderla por el momento presente.

Aquel día en que anunció su aburrimiento a Tom fue uno de los más típicos. Se había levantado a mediodía, había almorzado con la señora Lawrence y había vuelto a casa abstraído, en el piso alto de uno de sus queridos autobuses.

—¿Cómo no vas a estar aburrido? —bostezó Tom—. ¿No es ese el estado de ánimo normal de un joven de tu edad y condición?

—Sí —dijo Amory especulando—, pero yo estoy más que aburrido; estoy desolado.

—La guerra y el amor te han dejado así.

—Bien —consideró Amory—, no estoy seguro de que la guerra tuviera grandes consecuencias para ti o para mí..., pero evidentemente destruyó los viejos fundamentos, mató el individualismo de nuestra generación.

Tom le miró sorprendido.

—Sí, así es —insistió Amory—, no estoy seguro de que acabara con él en todo el mundo. Ay, Dios, qué placer era soñar que uno podía llegar a ser un gran dictador o escritor o un dirigente religioso o político..., pero ahora ni siquiera un Leonardo da Vinci o un Lorenzo de Médicis pondrían una pica en este mundo. La vida es demasiado vasta y compleja. El mundo ha crecido tanto que ya no puede mover sus dedos, y yo había pensado llegar a ser uno de esos dedos...

—No estoy de acuerdo contigo —interrumpió Tom—. Nunca hubo hombres colocados en una postura de tanta egolatría desde..., bueno, la Revolución Francesa.

Amory estaba en violento desacuerdo.

—Estás confundiendo esta época, en que cualquier idiota es un individualista, con un período de individualismo. Wilson sólo ha sido poderoso cuando representaba; necesitaba comprometerse una y otra vez. Y tan pronto como Trotski y Lenin adopten una postura definida y consistente se convertirán en dos figuras intrascendentes como Kerenski. Incluso Foch no tiene la mitad de significación que Stonewall Jackson. La guerra acostumbraba a ser la aventura más individualista del hombre; y, sin embargo, los héroes populares de esta guerra carecen de responsabilidad y autoridad: Guynemer y el sargento York. ¿Cómo puede ser Pershing un héroe para el niño de la escuela? Un hombre ya no tiene tiempo más que para estar sentado y ser un gran hombre.

—¿Entonces crees que ya no habrá más héroes mundiales?

—Sí..., en la historia..., pero no en la vida. Carlyle encontraría grandes dificultades en recoger material para un nuevo capítulo: «El héroe en cuanto gran hombre».

—Continúa. Hoy te escucho con mucho gusto.

—La gente trata a toda costa hoy de creer en sus dirigentes. Pero tan pronto como sale un reformador social, un político, un soldado, un escritor o un filósofo —un Roosevelt, un Tolstoi, un Wood, un Shaw, un Nietzsche—, la corriente de la crítica le arrastra. Dios, no hay hombre prominente que pueda aguantar hoy en día. Es el camino más seguro para el ostracismo. La gente se cansa de oír el mismo nombre una y otra vez.

—¿Y, según tú, la culpa es de la prensa?

—Totalmente. Piensa en ti mismo; estás en *The New Democracy*, considerado como el semanario más brillante del país, leído por la gente que hace cosas y todo eso. ¿Qué es lo que haces? Tratar de ser lo más inteligente, interesante y cínico acerca de cualquier hombre, doctrina, libro o política que trates. Cuanto más calor, cuanto más escándalo eches al asunto, más te pagarán, más gente comprará el número. Tú, Tom D'Invilliers, un Shelley frustrado, cambiante, vacilante, inteligente, poco escrupuloso, representas la conciencia crítica de la raza... No, no protestes, me conozco el paño. Yo también escribía reseñas en el colegio. Y consideraba un bonito deporte referirme al último y honesto esfuerzo que propugnaba una nueva teoría o un nuevo remedio «que por fortuna se venía a sumar a nuestras ligeras lecturas de verano». Vamos, confiésalo.

Tom reía y Amory continuó con aire triunfante.

—Queremos creer. Los estudiantes quieren creer en autores consagrados, los electores tratan de creer en los diputados, los países tratan de creer en sus dirigentes,

pero no pueden. Demasiadas voces, demasiada crítica desperdigada, ilógica, precipitada. Y todavía es peor con los periódicos. Cualquier hombre rico y retrógrado, con esa mentalidad particularmente acaparadora y adquisitiva propia del genio de las finanzas, puede ser propietario de un periódico que es el alimento espiritual de miles de hombres cansados y apresurados, demasiado ocupados con sus negocios para poder tragar otra cosa que ese bocado ya digerido. Por dos céntimos el votante compra su política, prejuicios y filosofía. Un año más tarde cambia el corro de la política o el propietario del diario; consecuencia: más confusión, más contradicción, la irrupción de nuevas ideas, su adobo, su destilación, la reacción contra ellas...

Se detuvo solamente para cobrar aliento.

—Por eso he jurado no poner una palabra sobre el papel hasta tener las ideas claras. Bastantes pecados tengo en el alma para dedicarme a meter epigramas peligrosos y falsos en la cabeza de la gente; no quiero ser la causa de que un pobre e inofensivo capitalista se líe con una bomba o que algún pobre e inocente bolchevique se enrede con una ametralladora...

Tom empezaba a sentirse molesto por la censura a sus relaciones con *The New Democracy*.

—¿Qué tiene que ver todo eso con que tú estés aburrido?

Amory consideraba que tenía mucho que ver.

—¿Y dónde encajo yo? —preguntó—. ¿Para qué sirvo? ¿Para propagar la raza? Según las novelas americanas debemos creer que el «joven americano lleno de salud» entre los diecinueve y veinticinco años es un animal sin sexo. De hecho, es verdad que cuanto más salud menos sexo. La única manera de salir de esto es algún interés violento. La guerra ha terminado; me tomo demasiado en serio la responsabilidad de un autor para ponerme a escribir; y los negocios, bien, los negocios hablan por sí solos. No tienen nada que ver con todo lo que me ha interesado en este mundo excepto una ligera relación utilitaria con la economía. Todo lo que acierto a ver en ellos, perdido en un mal empleo en los próximos diez y mejores años de mi vida, tiene el mismo contenido intelectual que una película publicitaria.

—Ensayá la novela —sugirió Tom.

—Lo malo es que me distraigo en cuanto empiezo a escribir cuentos..., y me asusta escribirlos en lugar de vivirlos... Me pongo a pensar que la vida me espera en los jardines japoneses del Ritz, en Atlantic City o en el bajo East Side. De cualquier manera —continuó—, no siento la necesidad vital. Quería ser un hombre normal, pero la chica no podía comprenderlo de la misma manera.

—Ya encontrarás otra.

—¡Dios! Aparta esa idea. ¿Por qué no me dices eso de «si la chica hubiera valido la pena te habría esperado?». No, señor, la mujer que realmente vale no espera a

nadie. Si yo pensara que puedo encontrar otra, perdería mi fe en la especie humana. Puede que me divierta con otras..., pero Rosalind era la única mujer en este ancho mundo a la que yo podía pertenecer.

—Bueno —bostezó Tom—, ya he hecho de confidente durante más de una hora. Pero me alegro de que vuelvas a tener opiniones violentas contra cualquier cosa.

—Yo también —confesó Amory con desgana—. Pero cuando veo una familia feliz se me revuelve el estómago...

—Es lo que tratan de hacer las familias felices —dijo Tom con bastante cinismo.

Tom el censor

Otros días Amory se prestaba a escuchar. Eran días en que Tom, envuelto en humo, se dedicaba a hacer una carnicería de la literatura americana. Las palabras le faltaban.

—Cincuenta mil dólares al año —gritaba—. ¡Dios mío! Míralos, míralos: Edna Ferber, Gouverneur Morris, Fanny Hurst y Mary Roberts Rinehart no son entre todos ellos capaces de producir una novela que dure diez años. Y ese Cobb ni siquiera creo que es inteligente o divertido; y, lo que es peor, nadie lo cree, excepto los editores. Se han emborrachado con la publicidad. Y..., ¡ah!, Harold Bell Wright y Zane Grey...

—Esos se esfuerzan, por lo menos.

—No, ni siquiera ensayan. Algunos saben escribir, pero ninguno se sienta a escribir una novela honrada. La mayoría no sabe escribir, lo admito. Creo que Ruper Hughes trata de hacer una pintura fiel de la vida americana, pero su estilo y perspectiva son los de un bárbaro. Ernest Poole y Dorothy Canfield ensayan, pero su total falta de humor les impide todo, pues no llegan a matizar con él su trabajo, aunque ponen en éste todo lo que saben. Todo autor debería escribir su libro como si le fueran a cortar la cabeza el día que lo terminara.

—¿Eso es *double entente*?

—¡No me interrumpas! Unos pocos de ellos parecen tener cierta cultura, cierta información y una gran cantidad de ideas felices, pero no pueden escribir honradamente; todos pretenden que no hay público para la buena calidad. ¿Cómo demonio se explica que Wells, Conrad, Galsworthy, Shaw, Bennet y el resto dependan de América para la mitad de sus ganancias?

—¿Qué piensa Tommy de los poetas?

Tom se sentía abrumado. Dejó caer sus brazos, que colgaban por su silla, y emitió unos débiles gruñidos.

—Estoy escribiendo una sátira sobre ellos, titulada «Bardos de Boston y críticos de Hearst».

—Vamos a escucharla —dijo Amory impaciente.

—Sólo he terminado las últimas líneas.

—Eso es muy moderno. Vamos a oírlas si son divertidas.

Tom sacó del bolsillo un papel plegado y leyó en voz alta, deteniéndose a intervalos para que Amory comprendiera que se trataba de verso libre.

Así pues
Walter Arensberg,
Alfred Kreymborg,
Carl Sandburg,
Louis Untermeyer,
Eunice Tietjens
Clara Shanafelt,
James Oppenheim,
Maxwell Bodenheim,
Richard Glaenger,
Scharmél Iris,
Conrad Aitken,
Coloco aquí vuestros nombres
para que podáis vivir
tan sólo como nombres,
malvas y sonoros nombres,
en la juvenalia
de mis ediciones escogidas.

Amory reía a carcajadas.

—Has ganado la violeta de acero. Te invito a cenar por la arrogancia de tus últimos versos.

Amory no estaba del todo de acuerdo con la purga que hacía Tom de novelistas y poetas americanos. Le gustaban Vachel Lindsay y Booth Tarkington y admiraba el trabajo concienzudo, aunque endeble, de Edgard Lee Masters.

—Lo que más odio es ese chocheo idiota de «Yo soy Dios, yo soy el hombre; yo manejo los vientos, veo a través del humo; yo soy el sentido de la vida.»

—Es detestable.

—Y me gustaría que el novelista americano dejara de empeñarse en hacer los negocios románticamente interesantes. A nadie le divierte leer sobre eso, a no ser que sean negocios sucios. Si fuera tan interesante se comprarían la vida de James J. Hill y no una de esas largas tragedias de oficina que insisten tantas veces sobre el significado del humo...

—Y la sordidez —dijo Tom—, otro tema favorito, aunque admito que los rusos ostentan su monopolio. Nuestra especialidad son los cuentos sobre niñas que se rompen el espinazo y son adoptadas, a causa de su sonrisa, por un viejo regañón. Se diría que somos una raza de tarados sonrientes, y que el fin colectivo del campesino ruso es el suicidio...

—Las seis —dijo Amory, mirando su reloj de pulsera—. Te voy a dar una buena cena a la salud de la juvenalia de tus ediciones escogidas.

Mirando atrás

Todo julio sudaba con una última semana de calor, y Amory, en otra explosión de inquietud, recordó que hacía cinco meses que había conocido a Rosalind. Sin embargo, le resultaba difícil representarse cómo aquel joven animoso había avanzado hacia semejante trance, anhelando apasionadamente la aventura de la vida. Una noche en que el enervante y poderoso calor se derramaba por las ventanas de su habitación, con inciertos esfuerzos luchó durante varias horas para immortalizar la herida de aquel tiempo.

Las calles de febrero, barridas por el viento de noche, se llenan de extraños charcos casi intermitentes; las paredes..., arruinadas bajo el brillo de la nieve que chapotea bajo los faroles como aceite dorado de una divina máquina en una hora de estrellas y deshielo.

Extraños charcos, llenos de ojos de muchos hombres, saturados de una vida en un momento de calma... Oh, yo era joven, porque podía volver a ti, más finita y más bella, para gustar los sueños apenas recordados, dulces y nuevos en tu boca:

Hubo un murmullo en el aire de la medianoche: el silencio muerto; el sonido aún no había despertado. ¡La vida crujía como el hielo! Una nota brillante, y aparecías tú, radiante y pálida..., e irrumpía la primavera... (Los pequeños carámbanos, en los aleros; y la vacilante ciudad se desvanecía.)

Nuestros pensamientos eran una helada niebla a lo largo de las cornisas; nuestros espectros se besaron allá en lo alto, entre un laberinto de cables; el eco de una risa apagada que sólo deja el vano suspiro de un deseo juvenil; a las cosas que ella amaba siguió una gran pena que sólo dejó su cascara.

Otro final

A mediados de agosto llegó una carta de monseñor Darcy quien, evidentemente, acababa de encontrar sus señas:

Querido hijo:

Tu última carta me llenó de preocupaciones por ti. No parecía tuya. Leyendo entre líneas tuve la impresión de que tu compromiso con esa joven te está haciendo muy desgraciado y que has perdido esa capacidad de sentimiento que tenías antes de la guerra. Cometes un gran error si crees que puedes darte el lujo de ser romántico sin tener religión. A veces pienso que en nosotros el secreto del éxito, cuando damos con él, reside en nuestro elemento místico: algo fluye de dentro que ensancha nuestra personalidad y que cuando se agota la obliga a encogerse; yo diría que tus últimas cartas están arrugadas. Ten cuidado de no perderte en la personalidad de otro ser, sea hombre o mujer.

Su eminencia el cardenal O'Neill y el obispo de Boston están pasando una temporada conmigo, así que me resulta difícil encontrar un momento para escribir; pero me gustaría que vinieras por aquí aunque sólo fuera un fin de semana. Esta semana me voy a Washington.

Todavía está en el alero lo que haré en el futuro. Entre nosotros te diré que no me sorprendería nada que en el plazo de ocho meses descendiera sobre mi humilde cabeza el capelo cardenalicio. De cualquier forma me gustaría tener una casa en Nueva York o en Washington, donde pudieras dejarte caer los fines de semana.

Amory, estoy muy contento de que sigamos con vida; esta guerra podía haber sido fácilmente el fin de una familia brillante. Pero con respecto al matrimonio estás pasando ahora por el período más peligroso de tu vida. Podrías casarte apresuradamente y arrepentirte a poco, pero no creo que lo hagas. Por lo que me dices acerca del calamitoso estado de tus finanzas, lo que quieres resulta naturalmente imposible. Sin embargo, a juzgar por las apariencias, yo diría que antes de un año tendrás algo parecido a una crisis emocional.

Escríbeme. Me molesta no tener noticias tuyas.

Con el mayor afecto

Thayer Darcy

A la semana de recibir esa carta, su pequeño piso se vino abajo. La causa inmediata residía en la grave y probablemente crónica enfermedad de la madre de Tom. Dejaron todo en un guardamuebles, dieron instrucciones para subarrendarlo y se estrecharon las manos tristemente en la Pennsylvania Station. Amory y Tom

siempre parecían estarse diciendo adiós.

Sintiéndose muy solo, Amory se dejó llevar por un impulso y se marchó hacia el Sur para tratar de encontrar a monseñor en Washington. No se encontraron por unas pocas horas, así que, decidido a consumir unos pocos días con un viejo tío, Amory viajó por los lujuriantes campos de Maryland hacia Ramilly County. Pero en lugar de dos días su estancia se prolongó desde mediados de agosto hasta fines de septiembre, porque en Maryland encontró a Eleanor.

3. Joven ironía

Cuando, años después, Amory pensaba en Eleanor, le parecía todavía oír el viento que gemía a su alrededor, provocando pequeños escalofríos dentro de su corazón. La noche que subieron por la pendiente para observar una luna fría que flotaba sobre las nubes, perdió una parte de su ser que nunca podría ser restaurada; y, al tiempo que lo perdió, perdió asimismo el poder de lamentarlo. Eleanor fue —digamos— la última vez que el demonio se arrastró hasta Amory bajo la máscara de la belleza, el último sobrehumano misterio que le embargaba con salvaje fascinación y golpeaba en su alma hasta hacerla pedazos.

Con ella se desataba su imaginación, y por eso subieron hasta la colina más alta, para observar una luna demoníaca, porque ambos sabían que podían ver el demonio en los ojos del otro. Pero a Eleanor, ¿la soñó Amory? Y mucho después sus fantasmas seguían jugando, cuando ambos ya no anhelaban sino que sus almas no se volvieran a encontrar. ¿Fue la infinita tristeza de sus ojos lo que le atrajo o el espejo que encontró en la alegre claridad de su mente, donde mirarse él? Ella no habría de tener otra aventura como la de Amory y, si leyera esto, diría:

—Ni Amory tendrá otra aventura como la que vivió conmigo.

Ni había ella de suspirar más de lo que él suspiró. Una vez Eleanor trató de poner todo esto en claro sobre el papel:

Esas cosas perdidas que sólo nosotros sabemos
que hemos olvidado...
dejado de lado...
Deseos que se fundieron con la nieve
y sueños engendrados
hasta hoy:
aquel repentino amanecer que saludamos entre risas,
que todos podían ver, nadie compartir,
no será sino un amanecer...
y si nos volvemos a ver

apenas nos cuidaremos de él.
Querido..., no saldrá una lágrima de todo esto...,
y dentro de poco
ni la más leve pena
por el recuerdo de un beso.
Ni siquiera el silencio,
si nos volvemos a ver,
provocará los dorados fantasmas vagabundos,
o agitará la superficie del mar...
Si surgen las sombras bajo la espuma
no volveremos a amar.

Discutieron peligrosamente porque Amory sostenía que «mar» y «amar» no se podían utilizar para una rima. Y además Eleanor tenía parte de otro verso para el que no podía encontrar principio:

... pero la sabiduría pasa, aunque los años
nos alimentan de saber... Volverá la edad
hacia lo viejo, pero de nuestras lágrimas
apenas sabremos nada.

Eleanor odiaba a su Maryland natal, apasionadamente. Perteneecía a la más vieja de las viejas familias de Ramilly County y vivía con su abuelo en una casa grande y sombría. Había nacido y se había educado en Francia...; pero me parece que voy por mal camino. Empecemos de nuevo.

Amory estaba aburrido, como acostumbraba a estarlo en el campo. Daba grandes paseos solo, recitando *Ulalume* por los campos de maíz y felicitando a Poe por haber bebido hasta matarse en una atmósfera de sonriente complacencia. Una tarde que había paseado varias millas por un camino nuevo para él, se adentró en un bosque, mal aconsejado por una negra, y se perdió. Una tormenta pasajera terminó por descargar; el cielo se volvió negro como un pozo, y la lluvia comenzó a menudear a través de los árboles, al tiempo que todo, para gran impaciencia suya, adquiría un repentino aire fantasmal. El trueno extendía por el valle sus amenazadores ecos y arreciaba por los bosques con sus intermitentes salvas. Buscó a ciegas un camino de salida hasta que, a través de una malla de ramas torcidas, alcanzó a ver un lindero de los árboles donde el rayo le mostró el campo abierto. Corrió hacia el lindero del bosque, donde dudó si atravesar los campos o buscar refugio en una pequeña casa señalada por una lejana luz en el valle. Sólo eran las cinco y media, pero apenas podía ver sus propios pasos, salvo cuando el relámpago transformaba todo por un

momento en un escenario muy vivo y grotesco.

De repente llegó a sus oídos un extraño son. Era una canción, en una voz baja y fuerte, una voz de mujer que, quien quiera que fuese, se hallaba muy cerca de él. Un año antes podía haberse echado a reír... o temblar; pero en su estado de inquietud tan sólo se quedó a escuchar mientras las palabras penetraban en su conciencia:

Les sanglots longs
Des violons
De l'automne
Blessent mon coeur
D'une langueur
Monotone.

El rayo partió el cielo, pero la canción continuó sin una vacilación. La mujer se hallaba evidentemente en el campo, y la voz parecía llegar de un pajar a pocos metros de donde se encontraba el joven.

Entonces se cortó y empezó de nuevo con un canto misterioso que se elevaba y descendía, y se mezclaba con la lluvia:

Tout suffocant
Et bleme quand
Sonne l'heure,
Je me souviens
Des jours anciens
Et je pleure...

—¿Quién demonio hay en Ramilly County —preguntó Amory en alta voz— que recite Verlaine con una melodía tan inapropiada a un pajar empapado?

—¡Hay alguien ahí! —gritó la voz, no alarmada—. ¿Quién es? ¿Manfred, San Cristóbal o la reina Victoria?

—¡Yo soy Don Juan! —gritó Amory en un impulso, alzando la voz por encima del rugido de la lluvia y del viento.

Una divertida exclamación llegó desde el pajar.

—Ya sé quién eres: eres ese chico rubio al que le gusta *Ulalume*. Te he reconocido por la voz.

—¿Cómo puedo subir a esas alturas? —gritó al pie del pajar, completamente empapado. Una cabeza apareció sobre la cumbre; estaba tan oscuro que Amory sólo pudo distinguir una mancha de pelo mojado y dos ojos que brillaban como los de un gato.

—Echa a correr desde un poco más atrás —dijo la voz—; salta y yo te cogeré la mano. No, ahí no; por el otro lado.

Siguiendo sus instrucciones saltó por encima del montón hundiendo su rodilla en la paja hasta que una mano blanca le agarró y le ayudó a encaramarse.

—Ya estás aquí, Juan —dijo la del pelo mojado—. ¿Te importa que te apee del *Don* ?

—¡Tienes el pulgar igual al mío! —exclamó él.

—Y tú me tienes cogida la mano, lo cual es muy peligroso sin haber visto mi cara —Amory la soltó rápidamente.

Como respuesta a sus rogativas llegó un rayo, y él miró con gran ansiedad a aquella que permanecía sobre la paja mojada, a tres metros sobre el suelo. Pero se había tapado la cara y no vio más que una figura esbelta, un pelo oscuro, mojado y revuelto y dos pequeñas y blancas manos con los pulgares echados hacia atrás como los de él.

—Siéntate —sugirió ella amablemente, al tiempo que la oscuridad se hacía más intensa—. Si te sientas frente a mí en ese agujero te puedo dejar la mitad del impermeable. Lo estaba usando como tienda de campaña cuando me interrumpiste.

—Se me rogó... —dijo Amory alegremente—, tú me rogaste... ya lo sabes.

—Don Juan siempre se justifica de la misma manera —dijo ella, riendo—, pero no te llamaré más Juan porque tienes el pelo rubio. A cambio puedes recitar *Ulalume* y yo seré Psique, tu alma.

Amory enrojeció sin que, por fortuna, se notara gracias al velo de viento y lluvia. Estaban sentados uno frente al otro en un pequeño hueco en la paja, cubiertos en parte por el impermeable, y el resto expuesto a la lluvia. Amory trataba desesperadamente de ver a Psique, pero el rayo rehusó alumbrar de nuevo, de forma que esperaba con gran impaciencia. ¡Santo Dios! ¡Suponer que no era una belleza, que podía ser una pedante cuarentona, cielos! Suponer, solamente suponer, que estaba loca. Pero él comprendía que esto último no era ni siquiera digno. La Providencia le enviaba una muchacha para divertirlo, de la misma manera que había enviado gente que asesinara a Benvenuto Cellini; y se preguntaba si estaría loca, porque eso era exactamente lo que cuadraba con su ánimo.

—No lo estoy —dijo ella de pronto.

—No estás ¿qué?

—Loca. Yo no pensé que estabas loco la primera vez que te vi y no me parece justo que tú lo pienses de mí.

—¿Pero cómo demonios...?

Mientras se conocieron Eleanor y Amory podían tratar de un tema y dejar de hablar de él manteniendo un pensamiento definido sobre ello en sus mentes para, diez minutos después, hablar en alta voz y descubrir que habían seguido los mismos

canales que les habían conducido a una idea paralela, una idea que otros habrían reputado como completamente desconectada con la inicial.

—Dime —la interpeló Amory inclinándose hacia ella anhelantemente—, ¿cómo sabes lo de *Ulalume*? ¿Cómo sabes el color de mi pelo? ¿Qué estabas haciendo aquí? ¡Dímelo de una vez!

Súbitamente estalló el rayo con un resplandor desacostumbrado, y al fin vio a Eleanor y contempló sus ojos por primera vez. Oh, era maravillosa; una pálida piel, del color del mármol a la luz de las estrellas, unas cejas finas y unos ojos verdes que brillaban como esmeraldas de deslumbrante fulgor. Era una bruja, de unos diecinueve años —pensó—, alerta y soñadora, y con esa línea blanca sobre el labio superior, propia de la mentirosa, que era a la vez una delicia y una debilidad. Se tumbó sobre el muro de paja con un suspiro.

—Ya me has visto —dijo ella tranquilamente—, y supongo que vas a decir que mis ojos verdes te están quemando el cerebro.

—¿De qué color es tu cabello? —le preguntó él con interés—. ¿Es ondulado, no?

—Sí, es ondulado. Pero no sé de qué color es —respondió ella, divertida—. Me lo han preguntado tantos hombres... Es normal, supongo. Nadie se fija en mi cabello. Tengo los ojos bonitos, ¿no? No me importa lo que digas, tengo los ojos bonitos.

—Responde a mi pregunta, Madeline.

—No la recuerdo; y además mi nombre no es Madeline, es Eleanor.

—Debía haberlo supuesto. Te sienta bien *Eleanor*; tienes aire de Eleanor. Ya sabes lo que quiero decir.

Hubo un silencio mientras escuchaban la lluvia.

—Se me está metiendo por el cuello, amigo lunático —dijo ella finalmente.

—Responde a mis preguntas.

—Bien, mi nombre es Savage, Eleanor; vivo en una casa vieja y grande a una milla de aquí; con un pariente próximo que debe ser avisado, mi abuelo —Ramilly Savage—; altura, un metro sesenta y cinco; número del reloj, 3077 W; nariz aquilina y delicada; temperamento enigmático...

—Y a mí —interrumpió Amory— ¿dónde me viste?

—Oh, tú eres uno de «esos» hombres —dijo ella con arrogancia— que siempre tienen que meter su yo en la conversación. Pues bien, hijo mío, la semana pasada estaba detrás de un seto tomando el sol cuando se acercó un hombre diciendo de manera agradable y vanidosa:

Y ahora que la noche agoniza (dice él)

Y las estrellas apuntan a la mañana,

Al final del camino un líquido (dice él)

Y nebuloso brillo ha nacido.

Así que levanté los ojos por encima del seto, pero tú echaste a correr por alguna razón desconocida, y sólo pude ver la parte de atrás de tu hermosa cabeza». «Oh», me dije, «he ahí un hombre por el que muchas de nosotras podríamos suspirar», y continué en mi mejor irlandés...

—Muy bien —interrumpió Amory—. Volvamos de nuevo a ti.

—Así lo haré. Soy de esa clase de personas que se pasea por el mundo despertando emociones en los demás pero recibiendo a cambio muy pocas, excepto las que leo en los hombres en noches como ésta. Tengo el valor social necesario para salir a escena, pero me falta la energía; no tengo paciencia para escribir libros; y nunca me he encontrado un hombre con quien casarme. Con todo, sólo tengo dieciocho años.

La tormenta iba remitiendo suavemente, y solamente el viento mantenía su soplo espectral, haciendo vacilar el pajar. Amory estaba en trance. Sentía que todos los momentos eran preciosos. Nunca había encontrado una muchacha como aquella..., y nunca parecería la misma. No se sentía como un actor en escena, el sentimiento apropiado en una situación anormal, sino que le parecía volver a casa.

—He tomado una gran decisión —dijo Eleanor, tras otra pausa— y es por lo que estoy aquí, para responder a tu pregunta. Acabo de decidir que no creo en la inmortalidad.

—¿De verdad? ¡Qué banal!

—Terriblemente banal —respondió ella—, pero deprimente hasta la más negra depresión. He venido para mojarme como una gallina. Las gallinas mojadas tienen una gran claridad de juicio —concluyó ella.

—Sigue —dijo Amory amablemente.

—Bueno, como no me asusta la oscuridad, me puse el impermeable y las botas y me vine aquí. Ya ves, yo antes siempre tenía miedo de decir que no creía en Dios por temor de que me podía caer un rayo, y aquí estoy sin que me haya caído ninguno; pero lo importante es que no tenía más miedo que el año pasado cuando era de la Ciencia Cristiana. Ahora ya sé que soy una materialista; estaba fraternizando con la paja cuando saliste tú del bosque, muerto de miedo.

—Eh, tú, desgraciada —gritó Amory indignado—, ¿muerto de miedo de qué?

—De ti mismo —dijo ella, y él saltó. Ella palmeaba y reía—. Mira, mira: a la conciencia... ¡mátala como yo! Eleanor Savage, materialista, poquito a poco...

—Pero yo necesito un alma —objetó él—. No puedo ser racional y no quiero ser molecular.

Ella se inclinó hacia él, siempre con sus ojos como brasas, y le susurró con una especie de romántica conclusión:

—Lo pensaba, Juan, me lo temía... Eres un sentimental. No eres como yo. Yo soy una pequeña romántica materialista.

—No soy un sentimental... y soy tan romántico como tú. La cosa es que, como tú sabes, las personas sentimentales creen que las cosas durarán, mientras que los románticos tienen una desesperada confianza en que no duren. (Era una vieja distinción de Amory.)

—Epigramas. Me vuelvo a casa —dijo ella tristemente—. Vámonos de aquí, paseando hasta el cruce.

Lentamente bajaron del pajar. Ella no permitió que le ayudara; y, apartándolo, con un gracioso salto alcanzó el blando barro donde se sentó por un instante, riéndose de sí misma. Luego se acercó a él; y, metiendo la mano entre las suyas, marcharon de puntillas por los campos, saltando por entre los charcos. Una trascendental delicia parecía brillar en ellos, pues se había levantado la luna, y la tormenta se había marchado hacia el occidente de Maryland. Cuando el brazo de Eleanor le tocó, sus manos se helaron con mortal terror de perder el sombrío pincel con que su imaginación pintaba maravillas de ella; ella era una fiesta y una locura, y él deseaba que su destino se limitara a sentarse con ella para siempre sobre su pajar y ver pasar la vida a través de sus ojos verdes. Su paganismo se elevó aquella noche; y cuando ella desapareció en la carretera como un espectro gris, de los campos surgió una profunda canción que le acompañó hasta su casa. Toda la noche, las mariposas de verano revolotearon alrededor de la ventana de Amory; toda la noche, suaves sonidos se balancearon en místico éxtasis sobre el fondo de plata, mientras él permanecía despierto en la clara penumbra.

Septiembre

Amory eligió cuidadosamente una brizna de hierba y la mordisqueó científicamente.

—Nunca me enamoro en agosto o septiembre —anunció.

—Entonces, ¿cuándo?

—En Navidad o en Pascua. Estoy por la liturgia.

—¡Pascua! —ella arrugó la nariz—. ¡Uf! ¡Primavera en ciernes!

—La Pascua traerá la primavera, ¿no? La Pascua lleva trenzas y un traje de corte.

Ponte las sandalias, oh tú, la más ligera.

Sobre el veloz esplendor de tus pies...

Citó Eleanor dulcemente y añadió:

—Supongo que el Halloween le va mejor al otoño que el día de Acción de Gracias.

—Mucho mejor..., y la Nochebuena va muy bien al invierno, pero el verano...

—El verano no tiene un día —dijo ella—. No es posible tener un amor de verano. Lo ha intentado tanta gente que se ha convertido en un lugar común. El verano no es más que la promesa no cumplida en la primavera, un charlatán en lugar de las noches embalsamadas con que se sueña en abril. Es una estación triste en la que nada crece... No tiene un día.

—El 4 de julio —sugirió Amory con sarcasmo.

—¡Qué gracioso! —ella le fulminó con la mirada.

—Entonces, ¿con qué se puede cumplir la promesa de la primavera?

Ella meditó un momento.

—Oh, creo que con el cielo si existiera —dijo finalmente—, una especie de cielo pagano; deberías ser materialista —continuó irreverentemente.

—¿Por qué?

—Porque te pareces mucho a los retratos de Rupert Brooke.

En cierta medida Amory trataba de imitar a Rupert Brooke en su trato con Eleanor. Todo lo que decía, sus actitudes para la vida, hacia ella y hacia él mismo eran puros reflejos del estilo literario del fallecido inglés. A menudo ella se sentaba sobre la hierba; un viento perezoso jugaba con su corto pelo, y su voz fuerte recorría toda la escala desde Grantchester a Waikiki. Había algo muy apasionado en Eleanor cuando leía en voz alta. Ambos parecían más unidos, física y mentalmente, cuando leían que cuando ella estaba en sus brazos, lo que era muy a menudo, pues casi desde el primer momento se enamoraron. Pero ¿era Amory capaz de amar? Podía como siempre recorrer todas las emociones en media hora; pero incluso cuando se entretenían con sus ilusiones, él sabía que no era capaz de sentir lo que había sentido antes; y supongo que por esa razón se volvieron hacia Brooke y Swinburne y Shelley. Su suerte estaba en poder hacer de todo algo acabado, fino, rico e imaginativo; la imaginación de él y la de ella estaban entrelazadas por delicados tentáculos de oro que reemplazaron a aquel grande y profundo amor que nunca estuvo tan cerca, que nunca como entonces fue tal sueño.

Leían un poema una y otra vez: «Triunfo del tiempo», de Swinburne, cuatro versos del cual seguían después colgando en su memoria en las noches cálidas, mientras contemplaban las mariposas de luz alrededor de los troncos crepusculares y escuchaban el apagado croar de muchas ranas. Entonces Eleanor parecía surgir de la noche para acercarse a él y escuchar su voz ronca, con el tono de un tambor enguatado, que repetía:

¿Merece una lágrima, merece una hora

Pensar en las cosas idas:

Cascaras sin fruto y flores fugitivas.

El sueño perdido y el hecho frustrado?

Fueron presentados oficialmente dos días después, y su tía le contó la historia de ella. Los Ramilly eran dos: el viejo Mr. Ramilly y su nieta, Eleanor. Ella se había criado en Francia con una madre inquieta, que para Amory se parecía mucho a la suya, a cuya muerte había vuelto a América, para vivir en Maryland. Al principio había ido a Baltimore a vivir con un tío soltero, donde se empeñó en ser puesta de largo a los diecisiete años. Pasó un invierno loco y, tras enfadarse con todos sus parientes de Baltimore, que protestaron escandalizados, llegó al campo en marzo. Había surgido una gente frenética que bebía cócteles en coches abiertos y se sentía condescendiente y protectora para con la gente mayor; y Eleanor, con un *esprit* que recordaba el bulevar, conducía a muchos inocentes, que todavía atufaban a St. Timothy y Farmington, por los caminos del vacío bohemio. Cuando la historia llegó a oídos de su tío, un olvidadizo caballero de una época más hipócrita, se produjo una escena de la que salió Eleanor sometida; pero, rebelde e indignada, fue a buscar refugio junto a su abuelo que rondaba por el campo, al borde de la senilidad. Tal fue por el momento toda la historia; el resto se lo contó ella misma, más tarde.

Se bañaban a menudo en el río; y, al flotar perezosamente en el agua, Amory cerraba su mente a todos los pensamientos excepto a los de una tierra de pompas de jabón, bañada por el sol a través de unos árboles inflados de viento. ¿Quién podía pensar o preocuparse o hacer cualquier cosa excepto zambullirse, nadar y bucear en el borde del tiempo mientras se consumían los meses de las flores? Dejar pasar los días mientras tristeza, memoria y dolor seguían existiendo fuera; y antes de volver a encontrarse con ellos deseaba, una vez más, dejarse llevar y ser joven.

Había días en que Amory sentía que la vida había experimentado un continuo progreso a lo largo de un camino que se extendía ante su vista, con un paisaje que cambiaba y se mezclaba, por una serie de rápidas y desconectadas escenas: dos años de sudor y sangre, aquel repentino y absurdo instinto paternal que había despertado Rosalind, la cualidad mitad sensual mitad neurótica de aquel otoño con Eleanor. Comprendía que iba a necesitar todo el tiempo, mucho más del que podía disponer, para pegar aquellas extrañas y enojosas imágenes en el álbum de su vida. Todo parecía un banquete a donde se le invitaba durante media hora de su juventud para disfrutar de los platos más brillantes y epicúreos.

Tímidamente se prometía un momento para reunir todas aquellas piezas juntas. Durante meses le parecía haber alternado entre ser conducido por una corriente de amor y fascinación o haber sido abandonado por la marea; y en las épocas de marea en vez de pensar prefería que le envolviese la ola para arrojarle de nuevo.

—Este otoño desesperado que agoniza y nuestro amor ¡qué bien armonizan! — exclamó un día Eleanor tristemente, tendidos junto al agua.

—El verano judío de nuestros corazones... —se interrumpió.
—Dime —dijo ella finalmente—, cómo era, ¿rubia o morena?
—Rubia...
—¿Era más guapa que yo?
—No lo sé —dijo Amory lacónicamente.

Una noche paseaban mientras se levantaba la luna, derramando gloria sobre el jardín convertido en el país de las hadas donde Amory y Eleanor, oscuras formas fantasmales, expresaban la eterna belleza de los amores de los duendes. Abandonaron la claridad de la luna por la enrejada oscuridad de una pagoda de enredaderas, poblada de aromas tan quejumbrosos que casi parecían musicales.

—Enciende un fósforo —susurró ella—, quiero verte.
¡Chasquido! ¡Resplandor!

La noche y los rugosos troncos parecían el escenario de una comedia; y estar allí con Eleanor, sombría e irreal, le recordaba algo familiar. Amory pensaba que era tan sólo el pasado, más extraño e increíble cada día. La cerilla se apagó.

—Está tan negro como un pozo.

—Ahora no somos más que voces —murmuró Eleanor—, pequeñas voces solitarias. Enciende otro.

—Era el último.

De repente la cogió en sus brazos.

—Eres mía, ya sabes que eres mía —gritó salvajemente... La luna se filtró a través de las enredaderas, y se pusieron a escuchar... Las mariposas volaban alrededor de sus murmullos como para contemplar la gloria que irradiaban sus ojos.

El final del verano

—No hay viento que mueva la hierba; no hay viento que se mueva... El agua... en los estanques ocultos, como el cristal, frente a la luna llena, que clava su oro en su masa de hielo —cantaba Eleanor a los árboles, esqueletos de la noche—. ¿No parece esto espectral? Si eres capaz de llevar el caballo vamos a cruzar el bosque para buscar los estanques ocultos.

—Ya es más de la una, y te vas a buscar un disgusto —objetó él, dándole suavemente con la fusta—. Puedes dejar ese podenco en nuestro establo, que yo te lo enviaré mañana.

—Pero mi tío me tiene que llevar mañana a las siete de la mañana a la estación con ese podenco.

—No seas aguafiestas..., recuerda que tienes tal tendencia a vacilar que te impide

ser el faro de mi vida.

Amory llevó el caballo junto a ella e inclinándose la tomó de la mano.

—Dime que lo soy, de prisa, o te saco de ahí y te llevo a la grupa.

Ella le miró, sonrió y sacudió la cabeza con excitación.

—¡Hazlo! No, no lo hagas. ¿Por qué todas las cosas excitantes son tan incómodas: luchar, explorar o esquiar en Canadá? A propósito, tenemos que llegar a Harper's Hill. De acuerdo con el programa, llegaremos a eso de las cinco.

—Bruja del demonio —gruñó Amory—. Me vas a obligar a estar toda la noche de pie y dormir mañana en el tren como un emigrante, hasta Nueva York.

—¡Chist! Alguien viene por el camino, ¡vamos! ¡Uuhjuuh! —Y con un grito que probablemente hizo estremecer al retrasado caminante, dirigió el caballo hacia los bosques, y Amory la siguió lentamente, como la había seguido todos los días durante tres semanas.

El verano había terminado mientras él había consumido sus días observando a Eleanor, un Manfred gracioso y fácil, construyendo castillos en el aire mientras ella se divertía con los artificios de su temperamental juventud y ambos escribían poesía en la mesa del comedor.

Cuando vanidad besó a vanidad, hace de eso un centenar de dichosos junios, él se quedó sin aliento y —toda la gente lo sabe— aparejó sus ojos con la vida y con la muerte:

—¡Guardaré mi amor a través del tiempo! —dijo él...; pero la belleza se desvaneció con su susurro y, en compañía de sus amantes, apareció muerta...

—Antes su ingenio que sus ojos, antes su arte que su pelo.

«El que sepa los trucos de la rima debe ser cauto y pensar antes de acabar el soneto». Y así todas mis palabras —tan ciertas sin embargo— pueden cantarte durante un millar de junios sin que nadie llegue a saber que fuiste la belleza de una tarde.

Así escribió Amory una noche, al considerar qué fríamente se acuerda uno de la dama negra de los sonetos y qué poco se la recuerda de la forma que el gran hombre pretendía que se la recordara. Ya que lo que Shakespeare había pretendido, para ser capaz de escribir con tan divina desesperación, era que la dama sobreviviera..., y ahora no existe verdadero interés por ella... La ironía estriba en que si se hubiera cuidado más del poema que de la dama habría resultado un poema banal, retórica imitativa que nadie leería al cabo de veinte años...

Era la última noche que Amory veía a Eleanor. El se iba de mañana, y habían acordado dar una larga cabalgata de adiós, al fresco claro de luna. Ella dijo que quería hablar, quizá la última vez en su vida que podía ser racional (ella quería decir: tener

una pose cómodamente). Y se fueron hacia los bosques y cabalgaron durante media hora sin pronunciar una palabra a excepción de aquel «¡Maldita!» con que se dirigió a una inoportuna rama, de una forma imposible para cualquier otra mujer..., hasta que alcanzaron Harper's Hill con sus fatigados caballos.

—Dios mío, ¡qué tranquilo está esto! —susurró ella—. Mucho más solitario que los bosques.

—Detesto los bosques —dijo Amory, con un estremecimiento—, cualquier clase de follaje o maleza por la noche. Aquí es tan abierto que el espíritu está a gusto.

—La larga pendiente de la larga colina.

—Y la fría luna vertiendo su resplandor.

—Y tú y yo, lo último y más importante.

Era una noche tranquila. El camino que siguieron hasta el borde de la loma era poco frecuentado. Alguna cabaña de un negro, plateada a la luz de la luna, rompía el horizonte de la tierra desnuda; quedaba atrás el oscuro linde del bosque, como una capa de chocolate sobre el blanco bizcocho, y delante, aquel agudo y elevado horizonte. Hacía mucho frío, tanto frío que les hizo olvidar las cálidas noches pasadas.

—El final del verano —dijo Eleanor dulcemente—. Escucha el ruido de los cascos: pum-pum, pum-pum. Cuando tienes fiebre, ¿no sientes que todos los ruidos se reducen al pum-pum, hasta llegar a creer que la eternidad también se reduce a muchos pum-pum? Yo lo siento así, como los viejos caballos que hacen pum-pum... Creo que es la única cosa que nos separa de los caballos y los relojes. Los seres humanos no pueden reducirse al pum-pum sin volverse locos.

Refrescó la brisa, y Eleanor, al tiempo que se estremecía, se envolvió en su capa.

—¿Tienes frío? —preguntó Amory.

—No, estoy pensando en mí misma, mi negro yo interior, el único real, con esa fundamental honradez que me informa de mis muchos pecados y me impide ser completamente malvada.

Cabalgaban al borde del acantilado y Amory se detuvo a mirar. En el punto donde terminaba la cascada, treinta metros más abajo, una oscura corriente dibujaba una línea sutil rota por los destellos del agua veloz.

—¡Qué mundo podrido, qué mundo podrido! —exclamó de pronto Eleanor—, y lo peor de todo soy yo. ¿Por qué seré mujer? ¿Por qué no seré un estúpido...? Fíjate en ti; tú eres más estúpido que yo, no mucho más, pero sí algo más, y tú puedes divertirte y aburrirte y volverte a divertir; y entretenerte con las mujeres sin caer en la red de los sentimientos, y hacer cualquier cosa que esté justificada; y en cambio yo, con una cabeza suficiente para hacer cualquier cosa, amarrada al barco de un matrimonio futuro que ha de naufragar. Si naciera dentro de cien años, bueno fuera; pero ahora, ¿qué me está reservado? Me tengo que casar, se da por sabido. ¿Con

quién? Soy demasiado inteligente para la mayoría de los hombres, y, sin embargo, tengo que descender a su nivel y dejarles cuidar mi intelecto para atraer su atención. Cada año que tarde en casarme pierdo una oportunidad de conseguir un hombre de primera categoría. Como mucho puedo elegir en una o dos ciudades y, naturalmente, me casaré con un smoking. Escucha —se acercó a él—, me gustan los hombres inteligentes y de buen aire, y nadie se preocupa de la personalidad más que yo. Sólo una persona de cada cincuenta sospecha lo que es el sexo. Estoy harta de Freud y todo eso; pero es una porquería que todo «verdadero» amor en el mundo sea noventa y nueve por ciento de pasión y una leve sospecha de celos —terminó tan abruptamente como había empezado.

—Naturalmente, tienes razón —accedió Amory—. Es una fuerza bastante desagradable pero poderosísima que es parte de todo el mecanismo. Es como un actor que te permite ver sus trucos. Espera un momento que piense...

Se detuvo en busca de una metáfora. Habían dejado el acantilado y cabalgaban por la carretera, a unos quince metros a su izquierda.

—Todo el mundo tiene una capa con la que taparse. Los intelectos mediocres, la segunda clase de Platón, utilizan los residuos de la caballerosidad romántica mezclados con sentimientos Victorianos..., y nosotros que nos consideramos intelectuales, nos cubrimos con ellos pretendiendo que es otro aspecto de nuestro ser que nada tiene que ver con nuestros brillantes cerebros; y pretendemos además que el hecho de reconocerlo así nos absuelve de ser su presa. Pero la verdad es que el sexo está en el centro de nuestras más puras abstracciones, tan cerca que empaña la visión... Ahora te puedo besar y te... —sobre su silla se inclinó hacia ella, pero ella se apartó.

—No puedo, no puedo besarte en este momento. Soy demasiado sensible.

—Eres demasiado estúpida —declaró él con impaciencia—. La inteligencia no es más protección para el sexo que las convenciones...

—Cuál de ellas —exclamó Eleanor—. ¿La Iglesia Católica o las máximas de Confucio?

Amory la miró muy sorprendido por aquella salida.

—Esta es tu panacea, ¿no? —gritó ella—. Oh, tú también eres un viejo hipócrita. Miles de clérigos ceñudos que celan sobre los degenerados italianos o los analfabetos irlandeses, arrepentidos con sus sermones sobre el sexto y noveno mandamientos. No son más que capas, colorete espiritual y sentimental, panaceas. Te diré que no hay Dios, ni siquiera una abstracta y definida bondad; así que todo lo tiene que hacer el individuo y para el individuo que lleva en su blanca frente como la mía, y tú eres demasiado pedante para admitirlo —soltó las riendas y levantó los puños hacia las estrellas—. Si hay un Dios, que me hiera, ¡qué me mate!

—Estás hablando de Dios a la manera de los ateos —dijo Amory mordazmente.

Su materialismo, una capa muy delgada, había quedado hecho pedazos por la blasfemia de Eleanor. Ella lo sabía, y a él le molestaba que lo supiera—. Y como la mayoría de los intelectuales que no encuentran la fe conveniente —continuó él fríamente—, cómo Napoleón y Oscar Wilde y los demás de tu especie, clamarás por un sacerdote en tu lecho de muerte.

Eleanor detuvo en seco su caballo, y él se paró a su lado.

—¿Qué haré yo eso? —preguntó ella con una extraña voz que le asustó—. ¿Qué haré yo eso? ¡Mira! ¡Voy a saltar sobre el acantilado! —y antes de que pudiera impedirlo se había vuelto galopando a rienda suelta hacia el borde de la meseta.

Corrió tras ella, su cuerpo como el hielo, los nervios de punta. No había posibilidad de detenerla. La luna se había ocultado tras una nube y su caballo marchaba ciegamente. Entonces a unos tres metros del acantilado ella lanzó un grito y cayó de lado del caballo, dando vueltas hasta que se detuvo en unos matorrales en el mismo borde. El caballo se abalanzó al vacío con un agudo relincho. Al instante, Amory estaba junto a Eleanor cuyos ojos seguían abiertos.

—¡Eleanor! —gritó.

Ella no respondió, pero se movieron sus labios, y sus ojos se llenaron con repentinas lágrimas.

—Eleanor, ¿estás herida?

—No, no lo creo —dijo con voz apagada y empezó a llorar—. ¿Murió el caballo?

—¡Dios mío, sí!

—¡Ay! —empezó a gemir y a gritar—. Vi el precipicio abierto a mis pies. Pensé que iba a caer en él. No sabía...

La ayudó a incorporarse y la alzó sobre su caballo. Empezaron la vuelta a casa, Amory andando y ella inclinada sobre la silla, llorando amargamente.

—Creo que tengo una vena de locura —musitó ella—; es la tercera vez que hago cosas como ésta. Cuando mi madre tenía once años se volvió..., se volvió loca..., completamente loca. Vivíamos en Viena...

Todo el camino de vuelta estuvo hablando entrecortadamente de sí misma, y el amor de Amory se desvaneció lentamente al mismo tiempo que la luna. En la puerta de su casa fueron a darse el habitual beso de buenas noches; pero ni ella podía correr a sus brazos ni éstos se abrieron para recibirla, como la semana anterior. Durante un minuto permanecieron quietos, odiándose mutuamente con amarga tristeza. Como Amory sólo se había amado a sí mismo en Eleanor, lo único que ahora odiaba era un espejo. Sus gestos se desvanecieron en el pálido amanecer como vidrios rotos. Las estrellas habían desaparecido hacía un rato, y en el silencio sólo quedaban breves ráfagas suspirantes de viento..., pues las almas desnudas serán siempre cosas miserables. El se volvió pronto a su casa, con las nuevas luces que traía el sol.

Un poema que Eleanor envió a Amory varios años después

Aquí terrenal, sobre el murmullo del agua,
Repitiendo su música y soportando su luz,
Concebido el día como la hija risueña y radiante...
Aquí podemos susurrar, despreocupados de la noche.
Paseando solos..., ¿era con el esplendor con quien íbamos
Al fondo del tiempo, cuando el verano suelta su cabellera?
Sombras que amamos, restos que cubrían el suelo
Con místicos tapices, pálidos en el aire exhausto.

Fue aquel día... y la noche fue otra historia,
Pálida como un sueño, dibujada de árboles en sombra,
Los espectros del cielo que anhelaban su gloria,
Nos hablaban de paz en la brisa triste.
Nos hablaban de una fe muerta que el día había roto,
La deuda que debíamos pagar al judío usurero.

Aquí, el sueño más profundo, junto al agua que no trae
Nada del pasado que necesitemos recordar.
Si la luz no es más que sol y la corriente no canta.
Seguimos juntos, a lo que parece... Así te amé...
¿Qué guardaba aquella noche, concluido el verano,
Al devolvernos a casa en la vacilante llanura?
¿Qué escudriñaba a oscuras en el trébol fantasmal?
¡Dios!..., hasta que se agitó tu sueño..., y tuvimos miedo...

Bien..., todo ha pasado... a la crónica del temor.
Un raro metal del meteoro que se perdió en el cielo;
Terrenal, el incansable cansado y extendido junto al agua.
Cerca de la incompresible inconstante que soy...
El temor es un eco de la hija de la seguridad;
Ya no somos más que caras y voces... y pronto, ni eso,
susurrando amores al murmullo del agua...
Juventud, la moneda que compró delicias a la luna.

Un poema que Amory envió a Eleanor y que tituló

«Tormenta de verano»

Vientos suaves, una canción apagada, hojas que caen,
Vientos suaves; y más lejos, una risa apagada...
La lluvia, y sobre el campo una voz que llama...
Una nube gris corre y se levanta,
Se desliza sobre el sol, se agita y flota
Con sus hermanas. La sombra de una paloma
Cae sobre el corral. El árbol se llena de alas.
Y en el valle, entre árboles llorones,
Vuela la negra tormenta trayendo
Con su aire nuevo el aliento de mares hundidos
Y el esbelto y tenue rayo...

Pero yo espero...
Espero las brumas y las lluvias negras,
Un viento fuerte que descorrerá el velo del destino,
Un viento suave que peinará tu pelo;
Y de nuevo
Me desgarran; me enseñan y derraman su aire.
Sobre mí, vientos conocidos y una tormenta.

Fue un verano en que la lluvia era rara.
Una estación de vientos cálidos...
ahora me adelantas en la niebla... tu pelo
Empapado de lluvia, labios húmedos curvados
Con feroz ironía, alegre desesperación
Que te hizo envejecer antes de conocernos;
Fantasmal vagabas por la lluvia.
Entre los campos, entre las flores sin tallo.
Con tus viejos anhelos, hojas y amores muertos,
Oscura como un sueño, pálida por todas las horas.
(Murmullos que se arrastran en la creciente oscuridad...
El tumulto que muere entre los árboles.)

Y la noche
Arranca de su húmedo pecho la blusa manchada
Del día, se tiende en las colinas que sueñan lágrimas,
Para cubrir con su pelo el verde amedrentado...

Amor en la penumbra..., después en el resplandor;
Los árboles, tranquilos hasta sus copas..., serenos...
Vientos suaves, y más lejos una risa apagada...

4. El sacrificio arrogante

Atlantic City. Amory caminaba a grandes pasos por el muelle al final del día, arrullado por el incansable mecer de las olas, aspirando el casi fúnebre aroma de la brisa salobre. El mar, pensaba, había atesorado sus recuerdos con mayor hondura que la tierra infiel. Todavía parecía hablarle de galeras noruegas que hendían los mares del mundo bajo los estandartes de aves de presa, o de acorazados británicos, baluartes grises de la civilización, que navegaban a través de la niebla del mar del Norte en un oscuro julio.

—¡Vaya, Amory Blaine!

Amory miró hacia la calle de abajo. Un coche de carreras muy bajo se había detenido, y una alegre cara familiar asomaba del asiento del conductor.

—¡Ven aquí, perdido! —gritó Alec.

Amory hizo un saludo y descendiendo tres escalones de madera se acercó al coche. Él y Alec se habían estado viendo de vez en cuando, pero la barrera de Rosalind se interponía entre ellos. Y lo lamentaba, porque sentía perder a Alec.

—Mr. Blaine; Miss Waterson, Miss Wayne y Mr. Tully.

—¿Cómo están?

—Amory —dijo Alec exuberante—, sube y te llevaremos a un sitio apartado para darte un trago de Bourbon.

Amory lo pensó.

—No es mala idea.

—Sube. Córrete un poco, Jill, y Amory te dedicará una encantadora sonrisa.

Amory se acomodó en el asiento trasero junto a una ostentosa rubia, de labios vermellón.

—Hola, Doug Fairbanks —dijo ella con petulancia—: ¿Hacías ejercicio o buscabas compañía?

—Contaba las olas —contestó Amory con gravedad—. Últimamente me dedico a la estadística.

—No te burles, Doug.

Cuando llegaron a una calle poco frecuentada, Alec detuvo el coche entre grandes

sombras.

—¿Qué estás haciendo estos días, Amory? —preguntó, al tiempo que sacaba una botella de un cuarto de Bourbon de debajo de la manta de piel.

Amory declinó la respuesta. De hecho, no tenía razones para ir a la costa.

—¿Te acuerdas de aquella ocasión en que vinimos, en segundo año? —preguntó a su vez.

—¡Cómo no!; cuando dormíamos en las terrazas en Asbury Park.

—¡Dios, Alec! Es duro pensar que Dick, Jesse y Kerry están todos muertos.

Alec se estremeció.

—No hables de eso. Estos días de otoño me deprimen. Jill parecía estar de acuerdo.

—Doug parece un poco triste —comentó ella—. Dile que beba a gusto. Es bueno y escaso en estos días.

—Lo que quiero preguntarte, Amory, es dónde paras...

—Pues, en Nueva York, supongo...

—Quiero decir esta noche, porque si no tienes habitación es mejor que te vengas con nosotros.

—Encantado.

—Mira, Tully y yo tenemos dos habitaciones con un baño en el Ranier, pero Tully se va a Nueva York y yo no quiero trasladarme. La cuestión es: ¿quieres ocupar su habitación?

Amory accedió. Y cuanto antes, si podía ser.

—Encontrarás la llave en la conserjería. Las habitaciones están a mi nombre.

Volvía a estar en la marea baja, en un profundo y letárgico golfo, sin el menor deseo de trabajar o escribir, de amar o disiparse. Por primera vez en su vida deseaba que la muerte se llevara a toda su generación, borrando sus mezquinas fiebres y luchas y alegrías. Su juventud nunca había de parecer tan desvanecida como ahora, el contraste entre la extrema soledad de esta visita y aquella tumultuosa y alegre excursión de cuatro años antes. Todas las cosas que habían constituido los más simples lugares comunes de su vida de entonces, un sueño profundo, el sentido de la belleza que le rodeaba, todos sus deseos, habían volado para dejar un vacío que sólo se llenaba con la gran indiferencia de su desilusión.

«Para retener a un hombre, la mujer ha de recurrir a lo peor que hay en ella». Tal sentencia constituía la tesis de la mayoría de sus malas noches; y ésta —mentía— había de ser una de ellas. Su mente ya había empezado a desarrollar ciertas variaciones sobre el tema. Incansable pasión, feroces celos, un anhelo de poseer y aplastar, era todo lo que había dejado su amor por Rosalind; constituían el pago por la pérdida de su juventud, amargo calomelanos bajo la delgada capa del dulce de su exaltación amorosa.

En la habitación se desnudó y se envolvió en las mantas, para tomar el aire fresco de octubre hundido en un sillón junto a la ventana abierta.

Recordaba un poema que había leído unos meses antes:

¡Ay viejo corazón restañado que tanto hiciste por mí.
He malgastado mis años navegando por los mares!...

Pero no tenía idea de lo que podría haber perdido, idea de la esperanza presente que implica el desperdicio. Sentía que la vida lo había rechazado.

—¡Rosalind, Rosalind! —pronunció las palabras dulcemente en la penumbra hasta que ella pareció filtrarse en la habitación. La brisa marina humedeció su pelo; el borde de la luna cortó el firmamento, y las oscuras cortinas se volvieron fantasmales. Cayó dormido.

Cuando despertó era muy tarde y todo estaba tranquilo. La manta se había deslizado de sus hombros, y su piel estaba húmeda y fría.

Entonces se dio cuenta de que dos voces estaban cuchicheando a pocos metros de él.

Se puso rígido.

—*¡No hagas ruido!* —era la voz de Alec—. *Jill, ¿me oyes?*

—*Sí*—suspiró muy bajó, muy asustada. Estaban en el baño. Entonces llegó a sus oídos un sonido más alto de alguien que andaba por el pasillo. Era una mezcla de voces de hombres y un repetido golpe de nudillos. Amory se quitó las mantas y se acercó a la puerta del baño.

—*¡Dios mío!* —repitió la voz de la muchacha—. *Tienes que dejarles entrar.*

—*Chist.*

De repente empezó una continua e insistente llamada en la puerta del vestíbulo de Amory, y simultáneamente salió del baño Alec, seguido de la muchacha de labios vermellón. Ambos estaban en pijama.

—¡Amory! —un ansioso susurro.

—¿Qué pasa?

—Los detectives del hotel. Dios mío, Amory, están buscando la prueba...

—Bueno, déjales entrar.

—No comprendes. Me pueden meter en la cárcel de acuerdo con la ley Mann.

La muchacha se había quedado atrás, ofreciendo una figura bastante patética y miserable en la oscuridad. Amory buscó un plan rápidamente.

—Arma un poco de alboroto y déjales entrar —sugirió ansiosamente— mientras yo la saco a ella por esta puerta.

—También entrarán aquí. Mirarán por esta puerta.

—¿No puedes dar un nombre falso?

—No. Dejé mi nombre en el hotel; además habrán tomado la matrícula del coche.

—Di que estás casado.

—Jill dice que uno de los detectives la conoce.

La joven se había echado sobre el lecho, escuchando horrorizada las llamadas que se habían convertido en golpes. Llegó la voz del hombre, enojado e imperativo.

—¡Abran la puerta o la echamos abajo!

En el silencio, cuando calló la voz, Amory comprendió que en la habitación había otras cosas además de la gente..., alrededor y sobre la figura acurrucada en la cama colgaba un aura, una tela de araña color de luna, manchada con vino flojo y rancio, un horror extendiéndose confuso sobre ellos tres..., y sobre la ventana, entre las agitadas cortinas había algo más, irreconocible y carente de rasgos pero extrañamente familiar... Al mismo tiempo se presentaban juntos dos graves casos para Amory; y todo aquello ocupó en tiempo real menos de diez segundos.

El primer hecho que alumbró su comprensión fue la gran impersonalidad del sacrificio; se dio cuenta de que lo que llamamos amor u odio, premio o castigo, tiene tanto que ver con ello como el día del mes. De pronto recordó una historia de sacrificio que había oído en el colegio: alguien había falseado sus exámenes; su compañero de cuarto, en un arranque de sentimientos, había recabado para sí todas las culpas; a causa de la vergüenza, todo el futuro del inocente parecía condenado a la pena y al fracaso, acentuados por la ingratitud del verdadero culpable. Finalmente se suicidó, y al cabo de los años se supo todo. Por aquel entonces la historia había asombrado y preocupado a Amory. Y ahora comprendía la verdad: el sacrificio no era la compra de la libertad. Era como un deber electivo, como heredar un poder; y para ciertas gentes y en ciertas épocas, un lujo esencial que no acarreaba ni garantía ni responsabilidad ni la menor seguridad, sino un riesgo enorme. Su propia importancia es capaz de arruinar a cualquiera; y cuando ha pasado la ola emocional que lo hizo posible, puede dejar a aquel que lo hizo, abandonado y solo en una isla de desesperación.

... Amory sabía que en lo sucesivo Alec le odiaría por lo mucho que había hecho por él...

... Todo eso se presentó a Amory como un libro abierto, mientras ante él, y especulando sobre él, estaban aquellas dos fuerzas jadeantes, atentas: el aura de tela de araña que envolvía a la muchacha y aquella cosa familiar junto a la ventana.

El sacrificio por naturaleza es vanidoso e impersonal; el sacrificio será eternamente arrogante.

«No lloréis por mí; llorad más bien por vuestros hijos.»

Así —pensaba Amory— le habría hablado Dios.

Amory sintió un brote de alegría, y entonces, inmediatamente, se desvaneció el aura sobre la cama; la sombra dinámica de la ventana —tan cerca había estado que la

podía nombrar— permaneció por un momento hasta que la brisa pareció llevársela fuera de la habitación. Cerró los puños con extática excitación... Los diez segundos habían pasado...

—Haz lo que te digo, Alec, haz lo que te digo. ¿Comprendes?

Alec le miraba mudo, su cara era un retrato de la angustia.

—Tú tienes una familia —continuó Amory tranquilamente—. Tienes una familia, y es importante que salgas de ésta. ¿Me oyes? —Le repitió claramente lo que había dicho—. ¿Me oyes?

—Te oigo —su voz delataba un gran esfuerzo, sus ojos no dejaban a Amory.

—Alec, métete en la cama. Si entra alguien hazte el borracho. Haz lo que te digo o probablemente tendrás que vértelas conmigo.

Durante un momento se miraron recíprocamente. Amory se acercó al escritorio, recogió su cartera e hizo señas perentorias a la joven. Oyó a Alec decir algo así como «cárcel» y, seguido de Jill, se metieron en el baño echando el cerrojo a la puerta.

—Tú estás conmigo —dijo severamente—. Recuerda que has estado conmigo toda la noche.

Ella asintió, lanzando un chillido ahogado.

Al instante abrió la puerta de la otra habitación y entraron tres hombres. Hubo una inundación de luz y Amory se quedó en el centro de la habitación parpadeando.

—¡Está usted jugando con fuego, joven!

Amory rió.

—¡Vaya!

El jefe del trío hizo una señal autoritaria a un hombre corpulento con un traje a cuadros.

—Está bien, Olson.

—Comprendo, Mr. O'May —dijo Olson, asintiendo. Los otros dos echaron una mirada curiosa al cuarto y se retiraron, cerrando la puerta con enfado.

El hombre corpulento miró a Amory con desprecio.

—¿No ha oído usted hablar nunca de la ley Mann? Venir aquí con ella —señaló a la mujer con el pulgar—, con un coche de matrícula de Nueva York, a un hotel como «éste»... —movió la cabeza como para dar a entender que había hecho todo lo posible por Amory, pero que no había nada que hacer.

—Bueno —dijo Amory—, ¿qué quiere que hagamos?

—Vístase de prisa y dígle a su amiga que no haga mucho escándalo. —Jill sollozaba ruidosamente en la cama, pero ante esas palabras se calló y recogiendo sus ropas se metió en el cuarto de baño. Mientras Amory se embutía los pantalones de Alec, pensaba que su actitud para con la situación era agradablemente humorística. La agraviada virtud del hombre corpulento provocaba su risa.

—¿Hay alguien más? —preguntó Olson, tratando de parecer inflexible.

—El amigo que tomó las habitaciones —contestó Amory negligentemente—. Está borracho como una cuba, durmiendo desde las seis.

—Voy a echarle una ojeada.

—¿Quién le dijo que estábamos aquí?

—El sereno lo vio entrar con esta mujer.

Amory asintió; Jill salió del baño, vestida pero desaliñada.

—Vamos —dijo Olson, sacando una agenda—, díganme sus nombres verdaderos, nada de John Smith y Mary Brown.

—Espere un momento —dijo Amory tranquilamente—. A ver si deja ese tono de matón. Nos ha sorprendido y nada mas.

Olson le miró despectivamente.

—¿Su nombre? —balbuceó.

Amory dio su nombre y sus señas de Nueva York.

—¿Y ella?

—Miss Jill...

—Oiga —gritó indignado—, basta ya de juegos. ¿Cuál es su nombre? ¿Sarah Murphy? ¿Minnie Jackson?

—¡Oh, Dios mío! —gritó la joven, llevándose las manos a la cara, envuelta en lágrimas—. No quiero que mi madre lo sepa, no quiero que mi madre lo sepa.

—¡Vamos!

—¡Cállese! —gritó Amory a Olson.

Hubo una pausa.

—Stella Robins —balbuceó finalmente—. Lista de Correos, Rugway, New Hampshire.

Olson cerró su cuaderno y miró a los dos deliberando.

—El hotel tiene derecho de informar a la Policía, y usted iría a la cárcel por traer a una joven de otro Estado con propósitos inmorales... —Se detuvo para que considerasen la majestad de sus palabras—. Pero... el hotel no lo hará.

—No quiere aparecer en los periódicos —gritó Jill con fiereza—. ¡Vamonos! ¡Uf!

Un gran alivio, rodeaba a Amory. Se dio cuenta de que estaba a salvo; y sólo entonces pudo apreciar la enormidad de aquello en que había incurrido.

—Sin embargo —continuó Olson—, entre los hoteles se protegen mutuamente mediante una asociación. Hay mucho de esto y por eso tenemos con los periódicos un acuerdo para proporcionarle a usted publicidad gratuita. No aparecerá el nombre del hotel sino cuatro líneas para informar que usted se ha metido en un pequeño lío en Atlantic City. ¿Comprende?

—Comprendo.

—Usted se libra por poco, por muy poco, pero...

—Vámonos —dijo Amory abruptamente—. Salgamos de aquí. No necesitamos

un discurso de despedida.

Olson se introdujo en el baño y lanzó una mirada de trámite a un Alec tranquilo. Apagó las luces y les siguió. Cuando se metieron en el ascensor Amory pensó en una bravuconada pero la dejó pasar. Tocó a Olson en el brazo.

—¿Le importaría quitarse el sombrero? Hay una dama en el ascensor.

Olson se quitó el sombrero lentamente. Hubo un par de minutos desagradables bajo las luces del vestíbulo mientras el sereno y unos clientes trasnochadores les miraban con curiosidad; la joven vestida de manera chillona y la cabeza gacha, y el apuesto joven con su mandíbula prominente; el caso era obvio. Y el frío de afuera, el aire salobre era aún más fresco y agudo, al tiempo que se insinuaba la mañana.

—Pueden coger uno de esos taxis —dijo Olson, señalando la emborronada silueta de dos coches cuyos conductores debían dormitar en el interior.

—Adiós —dijo Olson, metiéndose la mano en el bolsillo de manera sugerente; pero Amory dio un bufido y, cogiendo a la joven del brazo, le dio la espalda.

—¿Dónde dijiste que nos llevara? —preguntó ella cuando marchaban por la calle en penumbra.

—A la estación.

—Si ese tipo escribe a mi madre...

—No lo hará. Nadie sabrá nada a excepción de nuestros amigos y enemigos.

Rompía el amanecer encima del mar.

—Está amaneciendo —dijo ella.

—Sí, es verdad —asintió Amory de manera crítica, y tras pensarlo otra vez—: Casi es hora de desayunarse, ¿quieres comer algo?

—Comer —dijo ella con una alegre risa—. La comida echó a perder la fiesta. Pedimos que nos enviaran una gran cena a las dos de la mañana; pero Alec no le dio propina al camarero y el muy cochino debió dar el soplo.

El abatimiento de Jill parecía haberse esfumado con mayor rapidez que las sombras de la noche.

—Hazme caso —dijo ella con énfasis—; cuando quieras hacer una de esas fiestas apártate del alcohol y cuando quieras emborracharte, apártate del dormitorio.

—Lo tendré en cuenta.

Llamó por el cristal y se detuvieron ante un restaurante que no cerraba en toda la noche.

—¿Alec es buen amigo tuyo? —preguntó Jill, mientras se encaramaban en los taburetes y, apoyaban sus codos en la barra.

—Antes lo era. Probablemente no querrá volver a verme y no sabrá por qué.

—Fue una locura cargar con sus culpas. ¿Es tan importante? ¿Es más importante que tú?

Amory rió.

—Eso está por verse —respondió—. Esa es la cuestión.

El hundimiento de varios pilares

Dos días después, de vuelta en Nueva York, Amory encontró en el periódico lo que había estado buscando —una docena de líneas en las que se informaba a quien pudiera interesarle que Mr. Amory Blaine, quien «dio sus señas, etc.», había sido requerido para abandonar la habitación de su hotel en Atlantic City por compartirla con una mujer que no era su esposa.

Sus dedos se pusieron a temblar porque inmediatamente arriba había un párrafo más largo cuyas primeras palabras eran:

«El señor y la señora Leland R. Connage anuncian el compromiso de su hija, Rosalind, con el señor J. Dawson Ryder, de Hartford, Connecticut...».

Arrojó el diario y se tumbó en la cama con una sensación de miedo que lo ahogaba y se le hundía en la boca de su estómago. La había perdido, definitivamente. Hasta entonces había acariciado una profunda esperanza de que algún día ella le necesitara y le buscara, llorando por su error, clamando que le dolía el corazón por el daño que ella le había causado. Nunca más volvería a darse el sombrío placer de esperarla —no a esa Rosalind, una más dura, más vieja— ni siquiera a la mujer rota y vencida que su imaginación le traía en el umbral de sus cuarenta años. Amory la había deseado joven, la fresca fragancia de su cuerpo y de su espíritu, todo lo que ella había decidido vender de una vez para siempre. En lo que a él se refería, Rosalind había muerto.

Un día después llegó de Chicago una escueta carta de Mr. Barton informándole que, como quiera que otras tres compañías de tranvías habían pasado a manos de los empleados, no podía esperar más remesas de dinero. Por último, una noche deslumbrante de domingo, le llegó un telegrama informándole de la repentina muerte de monseñor Darcy, cinco días antes.

Entonces comprendió qué era aquella sombra que había vislumbrado entre las cortinas de la habitación de Atlantic City.

5. El ególatra se convierte en un personaje

Duermo a mucha profundidad
con viejos deseos, antes contenidos,
clamando por la vida con un grito,
como moscas oscuras en la antigua puerta:
y así, en busca de un credo
corro tras los días afirmativos...
para encontrar la vieja monotonía:
interminables avenidas de lluvia.

¡Oh, si me pudiera levantar de nuevo
y arrojar el calor de un vino viejo!,
volver a ver la nueva mañana en el cielo,
las torres de fantasía, línea sobre línea;
descubrir en cada reflejo del aire
un símbolo, no un nuevo sueño...
para encontrar la vieja monotonía:
interminables avenidas de lluvia.

Bajo la marquesina de cristal del teatro, Amory contemplaba, inmóvil, cómo rompían las primeras grandes gotas de lluvia para convertirse en manchas oscuras sobre las baldosas de la acera. El aire se hizo gris y opalino; una luz solitaria señaló de repente una ventana; luego otra y un ciento más que bailaban y vacilaban. Bajo sus pies, un espeso y acerado reflejo se volvió amarillo; en la calle las luces de los taxis lanzaban destellos sobre el pavimento negro. El inoportuno noviembre había perversamente robado la última hora del día para encerrarla en aquella vieja guarida, la noche.

El silencio del teatro tras él terminó con un curioso estruendo, seguido de los murmullos de una muchedumbre y las charlas de muchas voces. La *matinée* había terminado.

Sin salirse de la marquesina que lo protegía de la lluvia, Amory se hizo a un lado

para dejar pasar a la gente. Un niño salió corriendo, husmeó el aire frío y húmedo y se subió las solapas del abrigo; salieron tres o cuatro parejas con gran prisa; luego un grupo desperdigado que miraba invariablemente primero a la calle mojada, luego a la lluvia en el aire y por fin a un cielo lúgubre; luego una densa masa de gente que le deprimió con el fuerte olor a tabaco de los hombres y la fétida sensualidad de los polvos de las mujeres. Tras la masa, otro grupo suelto; una media docena de rezagados; un hombre con muletas; y, finalmente, el tableteo de los asientos plegables que delataba el trabajo de los acomodadores.

Nueva York no parecía despertarse sino volver a la cama. Hombres pálidos que corrían, subiéndose el cuello del abrigo; un enjambre de cansadas y chillonas dependientas de almacén, saturado de gritos y risas estridentes, tres debajo de un paraguas; pasó un piquete de policías, milagrosamente protegidos bajo sus impermeables.

La lluvia proporcionaba a Amory un sentimiento de abandono, y los numerosos aspectos desagradables de la vida de ciudad sin dinero le venían a la cabeza en amenazadora procesión. El horrible y pestilente hacinamiento del metro; esos viajeros que se empujan entre sí, mirando de soslayo como los borrachos que te cogen el brazo para contarte su historia; el fastidioso temor de que alguien no esté precisamente apoyándose en ti: un hombre que ha decidido no ceder su asiento a una mujer y la odia por eso; la mujer que le odia por no hacerlo; y lo peor, esa escuálida fantasmagoría del aliento y de la ropa vieja sobre los cuerpos humanos, y el olor de los alimentos que come la gente; cuando menos, solamente la gente, caliente, fría, cansada, preocupada.

Amory se imaginaba las habitaciones donde todos esos seres vivían, los desconchados de papeles pintados como grandes flores repetidas sobre un fondo amarillo o negro, los tubos de estaño y los sombríos pasillos sin plantas y los horribles patios traseros; donde incluso el amor se disfrazaba de seducción. Un sórdido asesinato en la esquina, una ilícita maternidad en el piso de arriba. Y siempre la angustia económica irrespirable en el invierno, y los largos veranos, sudorosas pesadillas entre paredes pegajosas..., sucios restaurantes donde la gente cansada y descuidada se ayudaba mutuamente a revolver el azúcar con sus propias cucharillas de café, dejando en el azucarero depósitos duros y oscuros.

No era todo tan malo donde había sólo hombres o sólo mujeres; era donde se mezclaban tan vilmente donde todo parecía podrido. Era ya una vergüenza que las mujeres se despreocuparan de que los hombres las vieran tan cansadas y pobres; a los hombres sólo les procuraba algún disgusto verlas cansadas y pobres. Era más sucio que cualquier campo de batalla que él había visto; era más duro de contemplar que la más dura situación hecha de lodo, sudor y peligro; era una atmósfera donde nacimiento, matrimonio y muerte eran cosas repugnantes, secretas e indeseables.

Recordaba que un día en el metro había entrado un botones con una gran corona de flores para un funeral; cómo la fragancia de las flores había repentinamente refrescado el aire y proporcionado un momentáneo alivio a todo el coche.

«Detesto a la gente pobre» —pensaba Amory—. «Los odio por ser pobres. Puede que alguna vez haya sido bella la pobreza, pero ahora es una porquería. Es la cosa más fea del mundo. Es esencialmente más limpio ser corrompido y rico que ser inocente y pobre». Le parecía ver todavía una figura cuyo significado le había impresionado: un joven bien vestido mirando desde la ventana de un club de la Quinta Avenida y diciendo algo a su compañero con aire de malestar. Probablemente, pensaba Amory, lo que le decía era: «¡Dios mío! ¡Qué horrible es la gente!»

Nunca había pensado antes en la gente pobre. Pensaba con cinismo que carecía de toda simpatía por el ser humano. O'Henry había encontrado entre esa gente romance, pathos, amor, odio... Amory sólo veía grosería, inmundicias y estupidez. No se acusaba a sí mismo: nunca más se había de reprochar por sentimientos que eran naturales y sinceros. Aceptaba sus reacciones como una parte de sí mismo, incambiable e inmoral. La misma pobreza transformada, magnificada, unida a cierta grandeza y a una actitud más digna podía constituir un día su problema; pero por el momento presente sólo provocaba un profundo malestar.

Paseaba por la Quinta Avenida evitando las ciegas y negras amenazas de los paraguas; delante de Delmonico's subió a un autobús. Abrochándose el abrigo subió al piso de arriba para viajar en soledad a través de aquella lluvia fina y persistente, en permanente alerta por la fría humedad que inundaba sus mejillas. En algún lugar de su mente empezó una conversación, que pronto acaparó su atención. No se componía de dos voces sino de una sola que hacía las preguntas y las respuestas.

Pregunta: Bueno. Veamos ¿en qué situación estás?

Respuesta: Me quedan alrededor de veinticuatro dólares en total.

P: Te queda la finca de Lake Geneva.

R: Pero quiero conservarla.

P: ¿Tienes para vivir?

R: No puedo imaginar que sea incapaz de vivir. En los libros la gente hace dinero, y yo puedo hacer todo lo que hace la gente en los libros. Realmente es lo único que puedo hacer.

P: Defínete.

R: No sé qué haré... ni tengo demasiada curiosidad. Mañana me voy de Nueva York. No es ciudad buena, a menos que se esté en la cumbre.

P: ¿Quieres tener mucho dinero?

R: No. Solamente me da miedo ser pobre.

P: ¿Mucho miedo?

R: Bastante miedo.

P: ¿Hacia dónde vas?

R: ¡No me preguntes!

P: ¿Acaso no te importa?

R: Bastante. No quiero cometer un suicidio moral.

P: ¿No te queda ya ningún interés?

R: Ninguno. Ya no tengo una virtud que perder. Así como un puchero que se enfría despidiendo calor, así a lo largo de nuestra juventud y adolescencia despedimos calorías de virtud. Es lo que se llama ingenuidad.

P: Una idea interesante.

R: Por esa razón «un hombre descarriado» atrae a la gente. Se sitúan a su alrededor y literalmente «se calientan» con las calorías de virtud que despiden. Sarah hace una observación muy normal, y todas las caras sonrían encantadas: «¡Qué inocente es esta pobre chica!» Todos se calientan con su virtud. Pero Sarah, que ha visto la sonrisa, nunca volverá a hacer una afirmación parecida. Después de eso se siente un poco más fría.

P: Todas tus calorías, ¿se han disipado?

R: Todas. Empiezo a calentarme con las virtudes de otros.

P: ¿Estás corrompido?

R: Creo que sí. No estoy seguro. Ya nunca estaré seguro acerca del bien y el mal.

P: ¿Lo consideras una mala señal?

R: No necesariamente.

P: ¿En qué se demuestra la corrupción?

R: En ser realmente insincero; en creer que no soy «un mal tipo» y que lamento la pérdida de la juventud cuando solamente añoro las delicias que causaron su pérdida... La juventud es como una gran fuente de dulces. Los sentimentalistas creen que quieren volver a aquel estado puro y simple, antes de comerse los dulces. No es así. Lo que añoran es el placer de volverlos a comer. La matrona no desea volver a sus años de soltera sino repetir su luna de miel. Yo no quiero reincidir en mi inocencia. Sólo añoro el placer de volverla a perder.

P: ¿Hacia dónde te arrastra la corriente?

Este diálogo remolineaba dentro de la mente de Amory que se hallaba en su estado de ánimo más familiar; una grotesca mezcla de deseos, preocupaciones, impresiones exteriores y reacciones físicas.

La calle Ciento Veintisiete... o la Ciento Treinta y Siete. Dos y tres parecían iguales. Asiento húmedo...; ¿el traje absorbe la humedad del asiento, o el asiento absorbe la sequedad del traje?... «Sentarse sobre un sitio húmedo provoca apendicitis», decía la madre de Froggy Parker. Bueno, ya la tuvo... «Voy a querellarme con la compañía de navegación», dijo Beatrice, y mi tío tenía la cuarta parte de las acciones... ¿Habrán ido Beatrice al cielo?... Probablemente no. Se

imaginaba la inmortalidad de Beatrice y también las historias de amor de numerosos difuntos que seguramente nunca se habían acordado de él... Si no era apendicitis podía ser gripe. ¿Cómo? ¿La calle Ciento Veinte? Entonces la otra era la Ciento Doce. Uno cero dos en lugar de uno dos siete. Rosalind no como Beatrice, Eleanor como Beatrice, más salvaje, con más talento. Los apartamentos por aquí son caros, probablemente ciento cincuenta al mes, tal vez doscientos. El tío sólo pagaba cien al mes por toda la casa de Minneapolis. Pregunta: ¿Estaban las escaleras a la izquierda o a la derecha cuando tú llegaste? Como quiera que sea, en el 12 Univee estaban de frente a la izquierda. Qué río más sucio, me gustaría bajar para ver si es tan sucio... Los ríos franceses, pardos o negros, y los ríos del Sur. Veinticuatro dólares significan cuatrocientos ochenta buñuelos. Podía vivir de eso tres meses, durmiendo en el parque. Dónde estará Jill —Jill Bayne, Fayne, Sayne—. Al demonio. Duele el cuello. Qué asientos más incómodos. Ni el menor deseo de dormir con Jill; ¿qué habrá visto Alec en ella? Alec siempre ha tenido mal gusto para las mujeres. Mi gusto es el mejor: Isabelle, Clara, Rosalind, Eleanor, muy americanas. Eleanor sería una buena pitcher, probablemente zurda. Rosalind una marcadora sensacional, Clara de primera base, probablemente. Me pregunto cómo estará ahora el cuerpo de Humbird. De no haber sido instructor de la bayoneta habría ido al frente tres meses antes; probablemente, muerto a estas horas. Dónde estará la maldita campanilla...

Los números de las calles de Riverside Drive estaban ocultos por la niebla y los árboles que goteaban; pero Amory alcanzó a ver uno, el de la calle Ciento Veintisiete. Dejó el autobús y sin destino definido siguió una calle sinuosa y descendente hasta que llegó a la orilla del río, en particular un largo muelle dividido en embarcaderos de buques en miniatura: pequeñas barcas, canoas, veleros y motoras. Se volvió hacia el Norte, siguiendo la ribera; saltó un cerramiento de alambre y se encontró en una desordenada explanada junto a otro muelle. Los cascos de muchos barcos, en diferentes estados de reparación, le rodeaban; olía a serrín y pintura y al apenas distinguible olor neutro del Hudson. A través de la negra oscuridad se aproximó un hombre.

—Hola —dijo Amory.

—¿Tiene pase?

—No. ¿Esto es particular?

—Este es el Hudson River Sporting and Yacht Club.

—¡Ah! No lo sabía. Estaba descansando.

—Bueno —empezó dubitativamente el hombre.

—Pero si quiere me voy.

El hombre hizo con la garganta un ruido que no le comprometía a nada y siguió su camino: Amory se sentó sobre una barca volcada, inclinado hacia adelante hasta que la barbilla descansó en la mano.

«La desgracia es capaz de hacer de mí un hombre malvado», murmuró lentamente.

En las horas de desánimo

Mientras seguía cayendo la lluvia, Amory pensaba fútilmente en la corriente de su vida: momentos resplandecientes y sucios estancamientos. Para empezar seguía teniendo miedo, no un miedo físico sino miedo a la gente, a los prejuicios, a la miseria y a la monotonía. Pero en lo más profundo de su corazón se preguntaba si era un hombre peor que éste o aquél. Sabía que podía engañarse a sí mismo, pretendiendo que toda su debilidad no era más que el resultado de las circunstancias que le rodeaban; cuando a menudo se acusaba de ser un ególatra, algo replicaba ultrajado: «¡No, genio!» Era otra manifestación de miedo, esa vocecilla que le susurraba que no podía ser al mismo tiempo bueno y grande, porque el genio era la exacta combinación de aquellos inexplicables surcos y pliegues de su cerebro que una disciplina cualquiera los moldearía para la mediocridad. Probablemente más que cualquier otro vicio o fallo Amory despreciaba su propia personalidad; le repugnaba saber que mañana y los mil días siguientes se inclinaría pomposamente ante el primer halago y se enojaría ante la primera censura, como cualquier músico de tercera o cualquier actor de primera. Le avergonzaba el hecho de que casi toda la gente simple y honesta desconfiara habitualmente de él: y el haber sido cruel, a menudo, con las personas que habían sacrificado su personalidad por la de él..., varias mujeres y un compañero de colegio aquí y otro allá; y haber sido una mala influencia para mucha gente que le había seguido en sus aventuras mentales, de las cuales sólo él había salido indemne. Habitualmente en noches como ésta, y en los últimos tiempos había habido muchas, escapaba de esta introspección agotadora, pensando en niños y en las infinitas posibilidades de los niños; se inclinó a escuchar a un niño asustado, en una casa al otro lado de la calle, que introducía un débil sollozo en la noche tranquila. Rápido como un rayo abandonó el lugar, pensando con un deje de pánico si algo de su desesperación habría ensombrecido aquel alma delicada. Se estremeció. ¿Y si algún día la balanza se desequilibrara y se convirtiera en un ser que asustaba a los niños, arrastrándose en las habitaciones a oscuras y comulgando con esos fantasmas que susurraban sombríos secretos a los locos de ese oscuro continente de la luna...?

Amory sonrió.

—Te ocupas demasiado de ti mismo —oyó que decía alguien. Y de nuevo...

—Sal en busca de algún trabajo...

—No te preocupes...

Imaginó un posible comentario propio.

—Sí; en mi juventud yo era posiblemente un ególatra; pero pronto comprendí que pensar demasiado en uno mismo es algo morboso.

De repente sintió un irreprimible deseo de irse al diablo; y no violentamente, como se iría un caballero, sino desaparecer tranquila y sensualmente. Se imaginaba a sí mismo en una casa de adobes en México reclinado sobre una manta, sus dedos finos y artísticos sosteniendo un cigarrillo, mientras escuchaba las guitarras, que tañían melancólicamente una antigua endecha de Castilla, y una joven aceitunada, con labios de carmín, acariciaba su pelo. Allí podría vivir una extraña letanía, liberado del bien y el mal, a resguardo de todos los sabuesos del cielo y de todo dios (excepto de ese exótico dios mexicano ya de por sí bastante relajado y adicto a los aromas orientales), liberado de todo éxito y esperanza y pobreza para caer en esa indulgencia que, después de todo, conducía al lago artificial de la muerte.

Existían tantos lugares donde uno podía corromperse agradablemente: Port Said, Shanghai, ciertos sitios del Turquestán, Constantinopla, los mares del Sur; tierras de tristeza, de música atormentada y múltiples olores, donde el ansia podía ser un modo y una expresión de vivir, donde las sombras del cielo de noche y los ocasos sólo reflejaban pasiones: el color de los labios y las amapolas.

Desarraigando todavía

Otrora había tenido la capacidad de oler milagrosamente el mal, de la misma manera que un caballo detecta por la noche un puente cortado; pero el hombre de los extraños pies en la habitación de Phoebe se había reducido al aura alrededor de Jill. Su instinto percibía la fetidez de la pobreza, pero ya no rastreaba los mayores males del orgullo y la sensualidad.

No quedaban ya hombres sabios; ya no había más héroes; Burne Holiday había desaparecido de su vista como si no hubiera existido nunca; monseñor había muerto. Amory se había desarrollado gracias a un millar de libros, un millar de mentiras; había escuchado ansiosamente a mucha gente que pretendía saber, pero que no sabía nada. Los ensueños místicos de los santos, que alguna vez le habían llenado de espanto en la horas tranquilas de la noche, ahora le repugnaban. Los Byron y los Brooke que habían desafiado a la vida desde la cumbre de la montaña no eran a la

postre más que: *flaneurs* y *poseurs* que, como mucho, confundían la sombra del valor con la sustancia de la sabiduría. Los fastos de su desilusión tomaron forma de una procesión de profetas, atenienses, mártires, santos, hombres de ciencia, donjuanes, jesuítas, puritanos, Faustos, poetas, pacifistas, tan viejos como el mundo; desfilaban ante sus sueños, como alumnos disfrazados en una fiesta colegial, personalidades y credos que habían teñido su alma con sus distintos colores; cada uno de ellos había tratado de expresar la gloria de la vida y la enorme significación del hombre; cada uno presumía de actualizar con sus ridículas generalizaciones todo lo que había ocurrido antes; y después de todo cada uno de ellos dependía de un escenario y un teatro convenientes, ese apetito de fe que tiene el hombre y que le lleva a alimentar su conciencia con la comida más próxima y adecuada.

Las mujeres —de quienes tanto había esperado; cuya belleza había confiado transmutar en obras de arte; cuyos insondables instintos, maravillosamente incoherentes e inarticulados, había pensado perpetuar en los términos de la experiencia— se habían convertido solamente en consagraciones de sus propias posteridades. Isabelle, Clara, Rosalind, Eleanor, a causa de su belleza —alrededor de la cual pululaban los hombres—, habían frustrado toda la posibilidad de contribuir en algo que no fuera un corazón enfermo o una página de palabras mal escritas.

Amory fundaba su falta de fe en la ayuda de los demás en varios arrolladores silogismos. Daba por bueno que su generación —a pesar de haber sido machacada y diezmada por aquella guerra victoriana— era la heredera del progreso. Dejando de lado pequeñas diferencias en las conclusiones, que aunque ocasionalmente podían causar la muerte de varios millones de jóvenes, podían ser fácilmente explicadas; suponiendo que después de todo Bernard Shaw y Bernhardt, Bonar Law y Bethmann-Hollweg eran todos herederos del progreso al conjurarse contra las bromas de las parcas; renunciando a las contradicciones y yendo directamente a aquellos hombres que parecían ser los capitanes, a él le repelían las discrepancias y contradicciones de los propios hombres.

Estaba, por ejemplo, Thornton Hancock, respetado por medio mundo intelectual como una autoridad, un hombre que verificaba y creía en el código en que vivía, un maestro de maestros, consejero de presidentes...; pero Amory sabía que ese hombre, en el fondo, se apoyaba en un sacerdote de otra religión.

Y monseñor, sobre quien se apoyaba un cardenal, tenía momentos de una extraña y horrible falta de seguridad, inexplicable en una religión que incluso explica la falta de creencias en los términos de su propia fe: porque si uno duda del demonio es porque el demonio le hace dudar. Amory había visto ir a monseñor a casas de estólidos filisteos, leer furiosamente novelas populares, saturarse de rutina para escapar del horror.

Y ese sacerdote un poco más sabio y un poco más puro, no había sido —Amory

lo sabía— esencialmente mucho más viejo que él.

Amory estaba solo, se había escapado de un cerco para meterse en un gran laberinto. Estaba donde estaba Goethe cuando empezó *Fausto*; donde estaba Conrad cuando escribía *La locura de Almayer*.

Se decía a sí mismo que esencialmente había dos clases de personas que, por natural lucidez o desilusión, dejaban el cerco y buscaban el laberinto. Había hombres como Wells y Platón que conservaban, casi inconscientemente, una extraña y oculta ortodoxia, y que sólo aceptaban para sí lo que fuera aceptable para todos los hombres, románticos incurables que nunca, a pesar de sus esfuerzos, habían de entrar en el laberinto como almas simples; en segundo lugar, esos pioneros combativos, Samuel Butler, Renan, Voltaire, que, progresando mucho más despacio, iban mucho más lejos, no en la línea pesimista de la filosofía especulativa sino ocupados en el eterno intento de encontrar un valor positivo de la vida...

Amory se detuvo. Por primera vez en su vida empezaba a sentir una honda desconfianza hacia todas las generalizaciones y epigramas. Eran demasiado fáciles, demasiado peligrosos para la mentalidad popular. Pero todo pensamiento llegaba a la masa, al cabo de treinta años, por cualquiera de esas formas: Benson y Chesterton habían popularizado a Huysmans y Newman; Shaw había edulcorado a Nietzsche, Ibsen y Schopenhauer. El hombre de la calle conocía las conclusiones del genio fallecido a través de las inteligentes paradojas y didácticos epigramas de otro cualquiera.

La vida era un maldito lío..., un partido de fútbol en que todos los jugadores están en *off-side*, el arbitro se desentiende del juego y todos protestan, porque de haberles dado la razón el arbitro...

El progreso era un laberinto... en el que la gente se sumergía a ciegas para salir enseguida, dando voces de qué lo habían encontrado; el rey invisible, el *élan vital*, el principio de la evolución... Escribir un libro..., desencadenar una guerra..., fundar una escuela...

Incluso, de no haber sido un egoísta, también habría Amory abierto esa investigación sobre sí mismo. El era su mejor ejemplo: sentado bajo la lluvia, una criatura del orgullo y del sexo, despojado por la suerte y por su propio temperamento del bálsamo del amor y de los hijos, preservado para construir la conciencia viva de la raza.

Haciéndose reproches, en plena soledad y desilusión, cruzó el umbral de la entrada al laberinto.

Un nuevo amanecer se extendió por el río; un taxi tardío corría por la calle, sus faros brillaban todavía, unos ojos de fuego en la cara blanca por la embriaguez de la noche. Una sirena melancólica dejó oír su largo lamento sobre el río.

Monseñor

Amory pensaba en lo mucho que habría disfrutado monseñor en su propio funeral. Fue suntuosamente católico y litúrgico. El obispo O'Neil cantó una misa solemne, y el cardenal impartió las últimas bendiciones. Thornton Hancock, la señora Lawrence, los embajadores inglés e italiano, el nuncio apostólico y una muchedumbre de amigos y sacerdotes...; pero las inexorables tijeras habían cortado todos los hilos que monseñor había reunido en sus manos. Para Amory fue un gran dolor verle tendido en el féretro, las manos plegadas sobre sus vestidos purpurados. Su expresión no había cambiado y, como nunca supo que iba a morir, no mostraba dolor ni miedo. Era el viejo amigo de Amory, y de muchos más a juzgar por las caras condolidas y absortas que llenaban la iglesia; las más exaltadas parecían las más abatidas.

Cuando el cardenal, como un arcángel con capa pluvial y mitra, asperjó el agua bendita, el órgano rompió a sonar, el coro empezó a entonar el *Requiem aeternam*.

Toda aquella gente se dolía porque en alguna medida había dependido de monseñor. Su pena era algo más que un sentimiento por «aquella voz rota o una leve cojera al andar», como decía Wells. Esa gente había recurrido a la fe de monseñor y a su manera de hacerla alegre, de convertir la religión en un juego de luces y sombras, en el cual tanto luces como sombras eran diversos aspectos de Dios. La gente se sentía segura cuando él estaba cerca.

El frustrado sacrificio de Amory sólo había engendrado la completa realización de su desengaño; pero en el funeral de monseñor se engendró el romántico duende que iniciaba su entrada en el laberinto en su compañía. Encontró algo que anhelaba, que siempre había anhelado y siempre anhelaría: no el ser admirado como antes había temido, ni ser amado como se había acostumbrado a creer; sino ser necesitado, ser indispensable; y recordaba la sensación de seguridad que le había dado Burne.

La vida se abría con una de sus sorprendentes y fulgurantes explosiones; y Amory de repente, y para siempre, rechazó un viejo epigrama que con indiferencia le rondaba la cabeza: «Pocas cosas importan, y nada importa mucho.»

Por el contrario, Amory sentía un inmenso deseo de dar a la gente una sensación de seguridad.

El hombre grande de gafas

El día en que Amory inició su marcha hacia Princeton el cielo era una bóveda incolora, fría, alta, sin la amenaza de lluvia. Era un día gris y hacía un tiempo sin encantos; un día de sueños y lejanas esperanzas y visiones claras. Uno de esos días que fácilmente se pueden asociar con las verdades abstractas y puras que se desvanecen con el brillo del sol o se apagan con risa burlona al claro de luna. Los árboles y nubes se dibujaban con clásica severidad; los sonidos del campo se armonizaban con una melodía monótona, metálica como una trompeta, sin un soplo como la urna griega.

El día había inoculado en Amory un estado de ánimo tan contemplativo que provocó algunas molestias a ciertos conductores, obligados a frenar violentamente para no atrepellarle. Tan enfrascado estaba en sus pensamientos que a duras penas quedó sorprendido por aquel extraño fenómeno —amabilidad a cien kilómetros de Manhattan—, cuando un coche que pasaba se detuvo a su lado y una voz le saludó. Se volvió a mirar y vio un magnífico Locomobile con dos hombres de edad media, uno de ellos pequeño e inquieto, aparentemente un apéndice artificial del otro, que era grande, imponente y con gafas.

—¿Quiere que le llevemos? —le preguntó el apéndice artificial, mirando por el rabillo del ojo al hombre imponente como en busca de una habitual y tácita aprobación.

—Ya lo creo. Gracias.

El chófer abrió la puerta y Amory se sentó en el centro del asiento trasero, examinando con curiosidad a sus compañeros de viaje. La principal característica del hombre grande parecía ser una gran confianza en sí mismo, en contraste con un tremendo aburrimiento hacia todo lo que le rodeaba. Los rasgos de su cara que no estaban ocultos por las gafas eran lo que se dice «fuertes»: unos pliegues no faltos de dignidad alrededor de su barbilla; una boca amplia y ese tipo robusto de nariz romana; sus hombros se hundían tranquilamente en el poderoso volumen de su pecho y de su vientre. Iba vestido de manera excelente y digna. Amory percibió que iba inclinado para mirar de frente a la nuca del chófer, como si especulara continua pero inútilmente sobre cierto asombroso problema capilar.

El hombre más pequeño sólo era notable por su completa subordinación a la personalidad del otro. Perteneía a esa clase de secretarios que a los cuarenta han impreso en sus tarjetas: «Ayudante del Director» y que, sin un suspiro, consagran el resto de sus vidas a un oficio servil.

—¿Va muy lejos? —preguntó el más pequeño con agradable desinterés.

—Todo un viaje.

—¿Para hacer ejercicio?

—No —respondió Amory lacónicamente—. Voy paseando porque no puedo pagarme el viaje.

—¡Ah!

Y de nuevo:

—¿Busca usted trabajo? Hay mucho trabajo —continuó en tono interrogatorio—. Todos esos cuentos sobre la falta de trabajo... En el Oeste hace falta mano de obra.

Se refería al Oeste con un gesto amplio y lateral. Amory asintió con educación.

—¿Tiene usted una profesión?

No, Amory no tenía profesión alguna.

—Empleado, ¿no?

No, Amory no era un empleado.

—Sea lo que usted sea —dijo el hombre pequeño, pareciendo coincidir con algo que había dicho Amory—, ahora tiene la oportunidad de hacer buenos negocios —y miró al hombre grande, como el abogado que interroga las involuntarias miradas del testigo hacia el jurado.

Amory decidió que tenía que decir algo, pero a causa de su vida sólo podía decir una cosa.

—Naturalmente, me gustaría ganar un montón de dinero...

El pequeño rió de forma siniestra pero consciente.

—Es lo que quiere todo el mundo ahora, pero sin trabajar.

—Un deseo muy natural y saludable. Casi toda la gente normal quiere ser rica sin esfuerzo, excepto los financieros de las comedias que sólo quieren hollar a su paso. ¿A usted no le apetece el dinero fácil?

—Claro que no —dijo el secretario indignado.

—Pues, yo —continuó Amory sin hacerle caso—, como soy muy libre, estoy pensando en el socialismo como una solución.

Los dos hombres le miraron con curiosidad.

—Esos agitadores... —el pequeño se calló al tiempo que las palabras salían gravemente del pecho del mayor.

—Si yo supiera que usted es un agitador no vacilaría en conducirlo a la cárcel de Newark. Eso es lo que pienso de los socialistas.

Amory se echó a reír de buena gana.

—¿Qué es lo que es usted? —preguntó el grande—. ¿Uno de esos bolcheviques de boquilla, uno de esos idealistas? Confieso que no sé la diferencia. Los idealistas son unos holgazanes que se dedican a escribir todos esos panfletos para los emigrantes pobres.

—Bueno —dijo Amory—, si ser idealista es al mismo tiempo seguro y lucrativo, me dedicaré a eso.

—¿Cuáles son sus dificultades? ¿Ha perdido el empleo?

—No exactamente, pero puede usted llamarlo así.

—¿En qué trabajaba?

—Escribía para una agencia de publicidad.

—Se gana mucho dinero con la publicidad.

Amory sonrió discretamente.

—Oh, reconozco que a veces se ve el dinero. El talento ya no tendrá que morir de hambre. Incluso el artista cobra lo suficiente para comer, en estos días. Son los artistas los que dibujan las portadas de las revistas, los que escriben la publicidad y las canciones de moda. Con la industrialización de la imprenta se ha encontrado una inofensiva y amable ocupación para el genio que antes se dedicaba a cavar su propia tumba. El artista que no sirve..., el Rousseau, el Tolstoi, el Samuel Butler, el Amory Blaine...

—¿Quién es ese? —preguntó suspicaz el pequeño.

—Bueno —dijo Amory—, es un intelectual, no demasiado conocido en la actualidad.

El pequeño lanzó su risa consciente, pero se detuvo en cuanto los ojos como fuego de Amory se clavaron en él.

—¿De qué se ríe?

—Esos intelectuales...

—¿Sabe usted lo que significa ser intelectual?

Los ojos del pequeño parpadearon nerviosamente.

—Lo que *corrientemente* quiere decir...

—Lo que *siempre* quiere decir es un hombre inteligente y bien educado — interrumpió Amory—. Significa tener un conocimiento activo de las experiencias de la raza —Amory decidió ser agresivo, se volvió hacia el grande—. El joven —señaló al secretario con el pulgar y dijo «joven» como podía haber dicho «botones», sin implicar la juventud para nada— confunde el significado de las palabras.

—¿Tiene usted algo que objetar a que el capital controle la imprenta? —preguntó el grande, mirándole fijamente a través de las gafas.

—Sí, y también tengo que hacer objeciones al hecho de trabajar intelectualmente para ellos. Toda la raíz del negocio que he visto consiste en hacer trabajar en exceso y malpagar a un puñado de pobretones que se resignan a ello.

—Un momento —dijo el grande—. Usted reconocerá que el trabajador está bien pagado. Jornadas de cinco y seis horas... es ridículo. No se puede encontrar un hombre sindicado que haga una jornada honrada de trabajo.

—Es lo que ustedes han conseguido —insistió Amory—. La gente como ustedes no hace concesiones hasta que se ven obligados a ello.

—¿Qué gente?

—Los de su clase; la clase a la que yo pertenecía hasta hace poco; aquellos que por herencia, por industria, por talento o por falta de honradez se han convertido en la gente de dinero.

—¿Es que usted cree que si ese caminero tuviera dinero tendría el menor deseo de regalarlo?

—No, pero ¿qué tiene eso que ver?

El viejo consideró.

—Confieso que no tiene nada que ver. Pero suena como si lo tuviera.

—En realidad —continuó Amory— ese hombre sería peor. Las clases bajas son más mezquinas, menos agradables y más egoístas... y más estúpidas. Pero nada de eso tiene que ver con la cuestión.

—¿Cuál es exactamente la cuestión?

Aquí se detuvo Amory a pensar cuál era exactamente la cuestión.

Amory acuña una frase

—Cuando la vida se apodera de un hombre de talento y buena educación —empezó Amory lentamente—, esto es, cuando se casa, se convierte, nueve veces de cada diez, en un conservador en lo que se refiere a las condiciones sociales existentes. Puede ser generoso, amable e incluso justo a su manera; pero su primera obligación es proveer y conservarse. Su mujer le azuca: primero diez mil al año, luego veinte mil y así sucesivamente, cogido por un mecanismo del que no hay escape. ¡Está listo! ¡La vida le ha cogido! ¡No tiene remedio! Es un hombre espiritualmente casado.

Amory se detuvo a pensar que la frase no era tan mala.

—Algunos hombres —continuó— logran escapar. Quizá porque sus mujeres no tienen ambiciones sociales; quizá porque han aprendido, en un «libro dañino», una sentencia que les ha gustado; quizá porque les agarró el mecanismo, como me pasó a mí, para expulsarles luego. De cualquier forma esos son los miembros del Congreso a los que no se puede sobornar, los presidentes que no son políticos, los escritores, oradores, hombres de ciencia, estadistas, que son algo más que el comodín popular de media docena de mujeres y niños.

—¿El radical por naturaleza?

—Sí —dijo Amory—. Puede variar desde el crítico desilusionado como el viejo Thornton Hancock hasta Trotski. Pero ese hombre espiritualmente no casado no tiene influencia directa porque, desgraciadamente, el hombre espiritualmente casado, como subproducto de su búsqueda de dinero, se ha apoderado del gran periódico, de la revista popular, del importante semanario... de forma que la señora Periódico, la señora Revista o la señora Semanario pueda tener un coche mejor que el hombre del petróleo de la casa de enfrente o el hombre del cemento de la próxima esquina.

—¿Y por qué no?

—Porque convierte a unos hombres ricos en los guardianes de la conciencia intelectual del mundo; y, naturalmente, un hombre que tiene su dinero puesto en una serie de instituciones sociales no va a arriesgar la felicidad de su familia permitiendo que aparezcan en su periódico las reclamaciones dirigidas contra él.

—Pero aparecen —dijo el hombre grande.

—¿Dónde? En los medios desacreditados. En unos cochinos semanarios.

—Está bien, siga.

—Bien, lo primero es que, a causa de una combinación de medios y condiciones de las cuales la familia es la primera, hay dos clases de talentos. Una de esas clases toma la naturaleza humana tal como es, utilizando su timidez, su debilidad y su fortaleza para sus propios fines. A ella se opone el hombre que, siendo espiritualmente no casado, continuamente busca nuevos sistemas que controlen o modifiquen la naturaleza humana. Su problema es más difícil. No es la vida lo que es complicado, sino la lucha para guiar y controlar la vida. Esa es su verdadera lucha. Ese hombre es parte del progreso; el hombre espiritualmente casado no lo es.

El hombre grande sacó tres cigarrillos que ofreció sobre la palma de su mano. El pequeño cogió uno; Amory hizo un gesto y sacó un cigarrillo.

—Siga hablando —dijo el hombre grande—. Hace tiempo que quería oír a uno de ustedes.

Más deprisa

—La vida moderna —dijo Amory al reanudar su perorata— ya no cambia cada siglo sino cada año, diez veces más de prisa que antes: la población se duplica, las civilizaciones se unen más íntimamente con otras civilizaciones, la interdependencia económica... y estamos perdiendo el tiempo. Yo creo que tenemos que ir todavía más de prisa —acentuó ligeramente sus últimas palabras hasta tal punto que el chofer inconscientemente incrementó la velocidad del coche. Amory y el hombre grande rieron; también rió el hombre pequeño, tras una pausa.

—Todo niño —dijo Amory— tendría que tener los mismos comienzos. Si su padre pudiera facilitarle un buen físico y su madre un poco de sentido común en su primera educación, esa debería ser toda su herencia. Si su padre no puede darle un buen físico y su madre se dedica a perseguir a los hombres en los años en que debiera dedicarse a educar a sus hijos, tanto peor para él. Pero lo que no puede hacer es socorrerle artificialmente gracias al dinero, enviándolo a esos horribles internados, arrastrándolo por los colegios... Todos los niños deberían empezar la vida en igualdad de condiciones.

—De acuerdo —dijo el grande, pero sus gafas no mostraban ni objeción ni aprobación.

—A continuación, ensayaría la socialización de todas las industrias.

—Eso ya se ha demostrado que es un fracaso.

—No, solamente fracasó, no se le dio tiempo para tener éxito. Si el gobierno fuera el propietario, pondríamos las mejores cabezas para los negocios a trabajar para el gobierno al mismo tiempo que para sus propios asuntos. Pondríamos a los Mackay en lugar de los Burleson; a Morgan en el Departamento del Tesoro y a Hill en el Comercio Federal. Y los mejores abogados al Senado.

—No trabajarían con gran esfuerzo por amor al arte.

—No —replicó Amory, sacudiendo la cabeza—. El dinero no es el único estímulo que extrae del hombre lo mejor que tiene, incluso en América.

—Hace un momento usted admitía que era así.

—Ahora sí. Pero si fuera ilegal tener más de una cierta cantidad, los hombres correrían en pos del otro premio que atrae a la humanidad: la gloria.

El hombre grande profirió una exclamación semejante al mugido de un toro.

—Esa es la mayor tontería que usted ha dicho.

—No, no es una tontería. Es bastante razonable. Si usted hubiera ido a la universidad no le habría dejado de extrañar el hecho de que la gente allí trabaja mucho más duramente por un premio ridículo que por ganarse la vida.

—¡Chicos! ¡Juegos de niños! —se burló su interlocutor.

—Ni por asomo, a menos que todos seamos niños. ¿Ha visto usted alguna vez a un hombre maduro que trata de ingresar en una sociedad secreta? ¿O una familia advenediza que quiere entrar en un club cualquiera? Se ponen a saltar con sólo oír su nombre. La idea de que para que un hombre trabaje hay que ponerle delante de los ojos una bolsa de oro, es una inferencia, no un axioma. Lo hemos hecho durante tanto tiempo que hemos olvidado que hay otros sistemas. Hemos construido un mundo donde eso es necesario. Permítame decirle —Amory se puso enfático— que si a diez hombres, ajenos completamente a la riqueza y a la miseria, se les ofreciera una cinta verde por cinco horas de trabajo y una cinta azul por diez, nueve de ellos trabajarían por conseguir la cinta azul. El instinto de competición sólo busca un emblema. Si el emblema es el tamaño de su casa, sudará por ella. Y si sólo es una cinta azul, estoy seguro de que trabajará lo mismo. Ya lo hicieron en otros tiempos.

—No estoy de acuerdo con usted.

—Ya lo sé —dijo Amory, asintiendo tristemente—. Pero no importa mucho. Creo que esa gente vendrá pronto en busca de lo que quiere.

Un fiero silbido salió del hombre pequeño.

—¡Ametralladoras!

—Ah, pero ustedes les enseñaron a usarlas.

El grande sacudió su cabeza.

—Hay demasiados propietarios en este país para permitir eso.

Amory habría deseado conocer las estadísticas sobre propietarios y no propietarios; decidió cambiar de tema.

Pero el grande se había desatado.

—Cuando se habla así se pisa terreno peligroso.

—¿Cómo se va hablar de otra manera? Durante años la gente se ha conformado con promesas. El socialismo puede que no sea el progreso, pero la amenaza de la bandera roja es lo único que inspira las reformas. Hay que ser sensacional para despertar la atención.

—Supongo que Rusia es el ejemplo de una violencia beneficiosa.

—Posiblemente —admitió Amory—. Naturalmente, se está sobrepasando, como le ocurrió a la Revolución Francesa; pero no hay la menor duda de que se trata de un gran experimento que merece la pena.

—¿No cree usted en la moderación?

—Nadie escucha a los moderados, es demasiado tarde. La verdad es que la gente ha hecho una de esas cosas sorprendentes que suele hacer cada cien años. Ha comprendido una idea y se ha apoderado de ella.

—¿Cuál es?

—Que si bien el cerebro y la capacidad de los hombres pueden ser muy diferentes, sus estómagos son esencialmente iguales.

El pequeño cobra

—Si se pudiera reunir todo el dinero del mundo —dijo el pequeño, profundamente— y dividirlo en partes igu...

—¡Cállese, hombre! —dijo Amory con rudeza, no parando su atención en la mirada furibunda de aquél, y continuó con su discurso—: El estómago humano... — empezó, pero el grande le interrumpió con cierta impaciencia.

—Le dejo hablar, ya lo sabe —dijo—; pero, por favor, deje de lado el estómago. Llevo sintiendo el mío todo el día. Además, no estoy de acuerdo con la mitad de lo que usted ha dicho. La socialización es la base de todo su argumento e invariablemente es un foco de corrupción. Los hombres no trabajan por cintas azules; todo eso es palabrería.

Cuando hubo callado, el pequeño habló con un gesto de determinación, como si estuviera decidido a decir lo que tenía que decir.

—Hay ciertas cosas que son propias de la naturaleza humana —dijo con aire de

lechuza—, que siempre lo han sido y siempre lo serán; que nunca cambiarán.

Amory miró al pequeño y luego al grande, descorazonado.

—¡Qué cosas hay que oír! Eso es lo que me hace desconfiar del progreso. ¡Qué cosas! Puedo decir de corrido más de cien fenómenos naturales que han cambiado por la voluntad del hombre, un centenar de instintos que han sido eliminados o controlados por la civilización. Lo que este hombre acaba de decir ha constituido durante milenios el último refugio de todos los borregos de este mundo. Eso es negar los esfuerzos de todos los hombres de ciencia, estadistas, moralistas, reformadores, médicos y filósofos, que incluso dieron su vida al servicio de la humanidad. Es un flagrante insulto a lo más valioso de la naturaleza humana. Toda persona de más de veinticinco años que hiciera a sangre fría una declaración semejante debería ser privada de su ciudadanía.

El pequeño se reclinó sobre el respaldo del asiento, su cara roja de ira. Amory continuó, dirigiéndose al grande.

—A estos hombres medio educados y adocenados como su amigo, que creen que piensan sobre cualquier cosa..., se les encuentra en todos los líos. En un momento es «la brutalidad y falta de humanidad de esos prusianos»; y a continuación «tendríamos que exterminar a todo el pueblo alemán». Siempre creen que «las cosas van a peor», pero «no tienen la menor confianza en esos idealistas». En un momento dado llamarán a Wilson un «idealista, poco práctico»; y un año después se le echan encima por no hacer realidades sus sueños. No tienen ideas claras sobre nada, excepto una tenaz y estúpida oposición a todo cambio. No creen que se deba pagar bien a la gente sin educación y no comprenden que si no se les paga bien, tampoco sus hijos tendrán educación, y será siempre el mismo círculo vicioso. ¡Esta es la gran clase media!

El grande, con una amplia mueca en la cara, se inclinó para sonreír hacia el pequeño.

—¡Te están dando duro, Garvín! ¿Cómo te sientes?

El pequeño hizo un esfuerzo por sonreír y aparentar que el asunto le parecía tan ridículo que no merecía la pena molestarse. Pero Amory no había terminado aún.

—La teoría de que la gente se debe gobernar a sí misma descansa sobre este hombre. Si se le puede educar para que piense clara, concisa y lógicamente, librándole de su costumbre de buscar refugio en lugares comunes, prejuicios y sentimentalismos, entonces yo me haré socialista militante. Si no se puede, entonces no creo que importe mucho lo que ocurra al hombre y a sus sistemas, ahora o después.

—Me interesa y me divierte —dijo el grande—. Usted es muy joven.

—Lo cual quiere decir que ni he sido corrompido ni amedrentado por la experiencia. Tengo en mi haber la experiencia más valiosa, la experiencia de la raza, pues a pesar de haber ido al colegio me las arreglé para obtener una buena educación.

—Eso no está muy claro.

—Pero tiene mucho sentido —protestó Amory apasionadamente—. Esta es la primera vez en mi vida que defiendo el socialismo. Es la única panacea que conozco. Estoy inquieto. Toda mi generación está inquieta. Estoy harto de un sistema en el que el hombre más rico pueda conseguir, si la desea, la mujer más guapa, donde el artista que no tiene un centavo ha de vender su talento a un fabricante de botones. Aun cuando yo no tuviera talento, no me gustaría trabajar diez años seguidos, condenado al celibato y a ciertos placeres furtivos, para que el hijo de un cualquiera tenga un automóvil.

—Pero si usted no está seguro...

—Eso no importa —exclamó Amory—. Mi posición no puede ser peor. Una revolución social me podría llevar a la cumbre. Claro que soy egoísta. Tengo la impresión de haber sido un pez fuera del agua con todos estos viejos sistemas. Probablemente he sido una de las veinte personas de mi curso en la universidad que ha logrado una buena educación; sin embargo, a cualquier cabeza dura bien recomendada se le permitía jugar al fútbol, mientras que yo no era aprovechable porque algún viejo idiota creía que yo tenía que dedicar todo mi esfuerzo a las secciones cónicas. Odio el ejército. Y odio los negocios. Quiero que venga el cambio y he asesinado mi conciencia...

—Así que va a seguir diciendo que tenemos que ir más de prisa.

—Eso, por lo menos, es verdad —insistió Amory—. Las reformas no satisfarán las necesidades de la civilización, a menos que se aceleren. Una política de *laissez faire* es como echar a perder a un niño pensando que al final saldrá bueno. Saldrá bueno si se le prepara.

—Pero usted no cree en toda esa palabrería socialista de que está hablando.

—No lo sé. Hasta hablar con usted no había pensado seriamente sobre eso. No estaba seguro de la mitad de lo que he dicho.

—Usted me asombra —dijo el grande—, pero todos ustedes son iguales. Parece ser que Bernard Shaw, a pesar de todas sus doctrinas, es el dramaturgo más exigente en el cobro. Hasta el último céntimo.

—Bueno —dijo Amory—, yo sólo digo que soy el resultado de una mente versátil en una generación inquieta..., con muchas razones para poner mi mente y mi pluma a disposición de los radicales. Incluso si en lo más profundo de mi corazón yo pensara que no éramos más que átomos ciegos en un mundo tan limitado como el movimiento de un péndulo, yo y los de mi clase seguiríamos luchando contra las tradiciones, para, por lo menos, transformar la vieja hipocresía en una nueva. A veces he pensado que estaba en lo cierto sobre la vida, pero la fe es difícil. Sólo sé una cosa. Si la vida no es la búsqueda del Grial puede ser un juego bastante divertido.

Durante un minuto nadie dijo nada hasta que el grande preguntó:

—¿A qué universidad fue usted?

—Princeton.

El grande se interesó de pronto; la expresión bajo sus gafas se alteró ligeramente.

—Yo envié a mi hijo a Princeton.

—¿Ah sí?

—Quizá le conoció usted. Se llamaba Jesse Ferrenby. Lo mataron el año pasado en Francia.

—Le conocí mucho. Era uno de mis mejores amigos.

—Era... un gran chico. Estábamos muy unidos.

Amory empezó a percibir el parecido entre el padre y el hijo muerto y se dijo a sí mismo que todo el tiempo había sentido una cierta familiaridad. Jesse Ferrenby, el hombre que en la universidad había ostentado la corona a la que él había aspirado. Todo estaba tan lejos. Habían sido como niños, trabajando por cintas azules...

El coche aminoró la marcha a la entrada de una extensa finca, cerrada por una gran tapia y un portalón de hierro.

—¿Quiere usted comer con nosotros?

Amory movió la cabeza.

—Gracias, Mr. Ferrenby, pero tengo que seguir.

El grande le estrechó la mano. Amory comprendió que el haber conocido a Jesse pesaba más a su favor que todas sus opiniones anteriores. ¡Qué fantasmal la gente con la que hay que trabajar! Incluso el pequeño insistió en darle la mano.

—¡Adiós! —gritó Mr. Ferrenby, en cuanto el coche dobló la esquina y empezó a subir—. Que tenga usted buena suerte... y muy mala para sus teorías.

—Lo mismo digo, señor —gritó Amory, sonriendo y moviendo la mano.

«Lejos del fuego, lejos del pequeño cuarto»

A ocho horas de camino de Princeton, Amory se sentó al borde de la carretera de Jersey, contemplando el campo helado. La naturaleza, en cuanto fenómeno bastante grosero que se componía fundamentalmente de flores que, miradas de cerca, parecían apolilladas, hormigas que incansablemente transportaban briznas de hierba, desilusionaba bastante; la naturaleza, representada por el cielo, las aguas y los lejanos horizontes, era más agradable. El hielo y la promesa del invierno le inquietaban, le hacían pensar en aquel salvaje partido entre St. Regis y Groton, hacía siglos, siete años antes, y en un día de otoño en Francia doce meses atrás, echado sobre la hierba alta, y todo su pelotón agazapado a su alrededor, esperando poder dar una palmada en el hombro al operador de un Lewis. Vio las dos imágenes con algo de su primitiva

exaltación: dos juegos en que había participado, diferentes en calidad y sabor, unidos de una manera que los diferenciaba de Rosalind o del tema de los laberintos, que constituían, después de todo, los asuntos de su vida.

—Soy egoísta —pensaba.

—No es una cualidad que haya de cambiar cuando vea «el sufrimiento humano» o «pierda a mis padres» o «ayude al prójimo».

—Este egoísmo no es sólo una parte de mí. Es la parte más viva.

—Es superando más que evitando este egoísmo como lograré encontrar el equilibrio de mi vida.

—No hay generosidad que no pueda utilizar. Puedo hacer sacrificios, ser caritativo, dar al amigo, soportar al amigo, arruinar mi vida por un amigo..., porque todo eso puede ser la mejor expresión de mí mismo; pero no porque yo tenga una sola gota de bondad humana.

El problema del mal se había cristalizado para Amory en el problema del sexo. Empezaba a identificar el mal con esa intensa adoración fanática de Brooke y del primer Wells. Inseparablemente unida al mal estaba la belleza: la belleza, una creciente y constante agitación; dulce en la voz de Eleanor, en una vieja canción de noche, agitándose delirantemente a través de la vida como cataratas superpuestas, mitad ritmo y mitad penumbra, Amory sabía que toda vez que se había abalanzado hacia ella ansiosamente, le había esquivado con la grotesca cara del mal. La belleza del gran arte, la belleza de toda alegría, sobre todo la belleza de las mujeres.

Al fin y al cabo se asociaba demasiado con la licencia y el perdón. Las cosas débiles son a menudo bellas, pero nunca son buenas. Y en esta nueva soledad suya que había elegido para llevar a cabo cualquier cosa grande, la belleza o tenía que ser relativa o, por ser ella la armonía, sólo provocaría una discordancia.

En un sentido, esta renuncia gradual a la belleza fue su segundo paso por el laberinto, después que se completó su desilusión. Le parecía que dejaba atrás su última oportunidad de llegar a ser un cierto tipo de artista. Era mucho más importante llegar a ser una cierta clase de hombre.

Su pensamiento dobló una esquina y se encontró cavilando sobre la Iglesia Católica. Había arraigado en él la idea de que existe una falta intrínseca en aquellos para quien la religión ortodoxa es necesaria; y para Amory la religión significaba Roma. Era concebible que sólo se tratara de un ritual vacío, pero al parecer era el único baluarte tradicional contra la decadencia moral. Hasta que las muchedumbres pudieran ser educadas con un sentido moral, alguien tenía que gritar: «¡No lo harás!» Pero toda aceptación era, por el momento, imposible. Necesitaba tiempo y verse libre de toda presión. Quería coger el tronco sin las ramas, para darse plena cuenta de la dirección e importancia del nuevo paso.

La tarde perdía la bondad purificadora de las tres por la belleza dorada de las cuatro. Luego paseó a través del torpe dolor de un sol poniente, cuando hasta las nubes parecían sangrar; y a la hora del crepúsculo llegó a un cementerio. Había un oscuro y soñador aroma de flores; sombras por todas partes; y en el cielo, el espectro de una luna nueva. Con un impulso pensó abrir la oxidada cancela de hierro de un panteón levantado sobre una colina; un panteón limpio, cubierto de unas flores tardías, lloronas y azuladas que podían haber brotado de unos ojos muertos, pegajosas y de olor nauseabundo.

Amory deseaba sentirse «William Dayfiel, 1864».

Se preguntaba por qué las tumbas hacían que la gente considerase la vida como cosa vana. El no podía sentir la menor desesperación por haber vivido. Todas aquellas columnas rotas, manos entrelazadas, palomas y ángeles significaban romances. Imaginaba que cien años después los jóvenes discutirían sobre si sus ojos eran oscuros o azules, y confiaba apasionadamente en que su tumba tuviera alrededor un aura de muchos, muchos años. Le parecía extraño que de todo un conjunto de soldados de la Unión sólo dos o tres pudieran sugerir amores muertos y muertos amantes, cuando todos eran como el resto, incluso bajo el musgo amarillento.

Mucho después de medianoche alcanzó a ver las torres y agujas de Princeton, una luz tardía aquí y allí..., y, de repente, de la clara oscuridad surgió el tañido de las campanas. Continuó como un sueño interminable: el espíritu del pasado que alimentaba a nuevas generaciones, la escogida juventud de un mundo trastornado e incorregible, que aún se nutría románticamente de los errores y semiolvidados sueños de políticos y poetas muertos. Una nueva generación lanzando los viejos gritos, aprendiendo los viejos credos, a través de un ensueño de largos días y noches; destinada a la postre a enfrentarse con ese sucio torbellino gris para obedecer al amor y al orgullo; una nueva generación destinada más que la última al miedo, a la pobreza y a la adoración del éxito; crecida sobre un montón de dioses muertos, guerras terminadas, creencias pulverizadas...

Amory, apenado por ellos, todavía no lo estaba por sí mismo —el arte, la política, la religión, cualquiera que fuese su medio sabía que se encontraba a salvo, libre de la histeria— y podía aceptar todo lo aceptable, vagar, crecer, protestar y dormir profundamente muchas noches...

Tenía conciencia de que Dios no estaba aún en su corazón; sus ideas eran todavía muy agitadas; prevalecía el dolor de la memoria, la pena por su perdida juventud; pero las aguas de la desilusión habían dejado un depósito en su alma, una responsabilidad y un amor a la vida, la pálida inquietud de viejas ambiciones y sueños no realizados. Pero..., ¡oh, Rosalind, Rosalind!...

—Cuando más, es una triste sustitución —dijo con honda tristeza.

Y no podía decir para qué servía la lucha, por qué había decidido hacer uso a ultranza de sí mismo y de la herencia de todas las personalidades que habían pasado...

Extendió los brazos hacia un cielo cristalino y radiante.

El autor y su obra

I

¡Todos ustedes son una generación perdida! —dijo el dueño del garaje al joven mecánico que trataba inútilmente de arreglar el Ford T de Gertrude Stein. La escritora, que estaba presente, hizo suya la frase, que también Ernest Hemingway usó como epígrafe en su primera novela. Con el tiempo, la expresión fue perdiendo su significado inicial según la aplicaba el hombre del garaje a la muchedumbre de ex combatientes de la Primera Guerra Mundial, en que abundaban los bohemios, los alcohólicos, los drogadictos, los abandonados a la suerte.

Para Gertrude Stein aquello de la «generación perdida» pasó a ser símbolo de la prole de jóvenes y talentosos intelectuales norteamericanos que abandonaban la patria para instalarse en Europa y especialmente en París. Se vivían los «locos años veinte», la «era del jazz» y «París era una fiesta», un lugar en que la pobreza y la gloria andaban de la mano y en el que la alegría de vivir era la justa revancha después del conflicto.

La juventud de casi todo el mundo había tenido que soportar —ya fuera de cerca, de lejos o en el propio frente de batalla— cuatro años de ratas y piojos, de epidemias y de heridas purulentas en las trincheras de barro de la Primera Guerra, peleando a menudo con un enemigo invisible. Hemingway había combatido en Italia; Ford Madox Ford, junto a las tropas inglesas en el norte de Francia; J.R.R. Tolkien se había salvado gracias a la «fiebre de las trincheras» que obligó a evacuarlo hacia su patria galesa; Charles Péguy murió en una de las escaramuzas iniciales: «agáchese, teniente Péguy» gritó uno de los soldados, pero Péguy no escuchó y una bala acabó con uno de los grandes cerebros de su tiempo; Guillaume Apollinaire recibió en la cabeza la herida que desde entonces hasta su muerte luciría como una corona de macabros laureles. Francis Scott Fitzgerald se enroló en el ejército norteamericano, pero no consiguió que lo enviaran al combate. Fue una de sus grandes frustraciones.

Descendiente de irlandeses, F. Scott Fitzgerald nació en St. Paul, Minnesota, el 24 de septiembre de 1896. En su época de estudiante frecuentó algunos de los más prestigiosos establecimientos de educación media y superior: la Academia de St. Paul

en su ciudad natal, el Colegio Newman y, finalmente, Princeton, centro de estudios envidiado por muchos. Fueron hermosos años entre la adolescencia y la juventud, años de encuentro con una generación en que brillaban los oropeles sociales y económicos.

Inteligente, entusiasta, creador, simpático, Fitzgerald se destacó muy pronto entre sus condiscípulos de Princeton y allí comenzó a hacer sus primeros *aprontes* literarios entre el entusiasmo de sus camaradas. ¿Fue un buen estudiante? No lo sabemos, pero sí que abandonó Princeton sin terminar los estudios y con una gran desilusión: nunca lo incorporaron al equipo oficial de fútbol.

Princeton inacabado, fútbol inalcanzable y —poco más tarde— una incorporación al ejército sin conseguir el destino al frente de batalla. Tres posibles fracasos, pero más que eso —como anota un crítico— una confirmación de un sentimiento hondo en Fitzgerald: siempre andaba cerca de sus objetivos, los palpaba, sin atraparlos. También los futuros éxitos fueron huidizos. No siempre fracasos, pese a todo, pues en Princeton logró el escritor primerizo su primer contacto con lo que sería una de las claves de sus obras: la existencia frívola y despreocupada de una casta social todopoderosa por aquellos días. Las experiencias de Princeton cuajaron en una novela ejemplar: *A este lado del paraíso*, libro esencialmente autobiográfico y testimonial que le dio inmediata fama entre el público y la crítica. De ahí en adelante, vertiginosamente, se le abrió un camino triunfal. La gloria acudía hacia él a una edad en que otros buscan con más afanes que resultados.

Con todo, el destino de Francis Scott Fitzgerald fue siempre una paradoja: por años había admirado y amado a una muchacha, Zelda, que lo rechazaba sistemáticamente. Con el éxito vino la definitiva conquista. El matrimonio de Scott Fitzgerald y Zelda Sayre apareció como el más radiante ejemplo de la felicidad a la manera de los «años locos». Bellos, alegres, cultos, sociables, eran el centro de la vida mundana y a la vez intelectual. Lo que Fitzgerald desconocía era que Zelda estaba herida por una esquizofrenia que acabaría por enloquecerla.

Después del éxito literario y pecuniario de *A este lado del paraíso* se abrieron para el escritor las puertas de la sociedad dorada y las páginas de las principales revistas. Sus cuentos eran solicitados, publicados, aplaudidos y reunidos por último en volúmenes que los lectores se arrebataban. Así nacieron *Coquetas y filósofos* (*Flappers and Philosophers*, 1920), *Cuentos de la era del jazz* (*Tales of the Jazz Age*, 1922) y luego una segunda novela: *Los bellos y los malditos* (*The Beautiful and Damned*, 1922), seguida por otra considerada su obra maestra: *El gran Gatsby* (*The Great Gatsby*, 1925).

«Su talento era tan natural como el dibujo que forma el polvillo en un ala de mariposa —escribe Hemingway—. Hubo un tiempo en que él no se entendía a sí

mismo como no se entiende la mariposa, y no se daba cuenta cuando su talento estaba magullado o estropeado. Más tarde tomó conciencia de sus vulneradas alas y de cómo estaban hechas, y aprendió a pensar pero no supo ya volar, porque había perdido el amor al vuelo y no sabía hacer más que recordar los tiempos en que volaba sin esfuerzo.»

Pero esto último estaba todavía lejos. Entusiasta y glorioso, marchó a Europa con Zelda y a ese París que «era una fiesta» y que acogía en sus cafés entre burgueses y bohemios a los jóvenes del Nuevo Mundo que venían ya no con armas sino con ingenio a beber en las antiguas fuentes. Allí ambos frecuentaron las reuniones de los jueves en casa de Gertrude Stein, la caprichosa y genial autora que sólo dirigía la palabra a los escritores y dejaba a sus amigas la tarea de dar conversación a las esposas. Allí hizo nuevas amistades entre compatriotas literatos y observó con curiosidad admirativa a los famosos de Francia y a los turistas intelectuales ingleses. Desde la mesa en la acera del café vio pasar a Hilaire Belloc o a Ford Madox Ford: estaba en el centro del mundo.

Entre tanto esplendor, las sombras comenzaban a aparecer. En Fitzgerald el creciente alcoholismo acompañado por una hipocondría que lo paralizaba consumido por sus enfermedades imaginarias. En Zelda, los primeros rasgos del extravío mental acentuados por la bebida.

De esos años de la primera postguerra, Ernest Hemingway ha dejado vividos recuerdos en uno de sus mejores libros: *París era una fiesta*. En esas páginas autobiográficas escritas hacia 1957 y revisadas en el final de su vida, el escritor norteamericano evoca frecuentemente a su compatriota, retratándolo con penetrantes rasgos. Sigámoslo en algunas de sus imágenes:

»Scott era ya entonces un hombre pero parecía un muchacho, y su cara de muchacho no se sabía si iba para bella o se quedaba en graciosa. Tenía un pelo ondulado muy rubio, frente muy alta, ojos exaltados y cordiales, y una delicada boca irlandesa de larga línea de labios, que en una muchacha hubiese representado la boca de una gran belleza. Tenía una firme barbilla y perfectas orejas, y una nariz que nunca fue torcida...

»Llegó un momento en que observarle ya no me proporcionaba mucha información, excepto la de que tenía manos bien formadas y que parecían hábiles y no eran pequeñas, y cuando se encaramó a uno de los taburetes del bar, descubrí que sus piernas eran muy cortas. Con piernas normales tal vez hubiera sido unos cinco centímetros más alto.

»...Uno o dos días más tarde trajo Scott su libro [*El gran Gatsby*]... Cuando terminé de leerlo, comprendí que hiciera Scott lo que hiciera, por muy mal que se portara, yo tenía que considerar que era como una enfermedad, y ayudarle en todo lo que pudiera y procurar ser buen amigo suyo. Scott tenía muchísimos buenos

amigos, más que nadie que yo conociera. Pero me alisté como uno más, tanto si podía serle útil como si no. Si era capaz de escribir un libro tan bueno como *The Great Gatsby*, no cabía duda de que era capaz de escribir otro todavía mejor. Entonces yo aún no conocía a Zelda, y por consiguiente no tenía idea de las terribles desventajas con que luchaba Scott. Pero pronto íbamos a descubrirlas.»

Los recuerdos de Zelda son penosos y tal vez baste una escena descrita por Hemingway para imaginar la tragedia que se escondía tras las armoniosas apariencias:

«Zelda estaba muy hermosa, y su bronceado tenía un encantador tono dorado y el pelo era de un bello oro oscuro, y se mostró muy cordial. Sus ojos de gavilán estaban claros y serenos. Sentí que todo andaba bien y que al fin todo iba a tomar un buen aspecto, y entonces ella se inclinó hacia mí y, con mucha reserva, me comunicó su gran secreto: —Dime, Ernest, ¿no piensas tú que Al Jolson es más grande que Jesús? Entonces nadie le dio importancia a la cosa. No era más que el secreto de Zelda, y lo compartió conmigo como un gavilán que compartiera algo con un hombre. Pero los gavilanes no comparten nada. Scott no escribió nada más que valiera la pena, hasta que a ella la encerraron en un manicomio, y Scott supo que lo de su mujer era locura.»

Todavía alcanzó Fitzgerald a publicar otro volumen de cuentos, *Todos los tristes jóvenes* (*All the Sad Young Men*, 1926) antes de que la crisis, todas las crisis, se precipitaran. El gran desastre económico de fines de la década del veinte acabó con los esplendorosos «años locos». El mundo de la era del jazz, tan admirablemente descrito por Fitzgerald en sus cuentos y novelas, se sumergió en el derrumbe financiero, la cesantía y las largas colas de desocupados en busca de trabajo o del pan cotidiano. El oropel mostraba su real valor. Atrás quedaron los esplendores de París.

En 1930, Zelda Sayre, poseída por la esquizofrenia, debió ser internada en un sanatorio. Y luego en otro. Y otro. En el incendio de uno de ellos pereció.

Entre la bruma alcohólica, Francis Scott Fitzgerald emprendió la tarea de recobrar la fama, los prestigios literarios que le acompañaran durante casi una década de éxitos. El fruto de sus trabajos correspondió a lo apuntado por Hemingway: «si era capaz de escribir un libro tan bueno como *The Great Gatsby*, no cabía duda de que era capaz de escribir otro todavía mejor».

Allí estaba *Suave es la noche* (*Tender is the Night*, 1934), una novela de trasfondo autobiográfico, como la primera, en la que cuenta la estremecedora historia de una desintegración moral y física. Fitzgerald estaba convencido de que ésta era su obra maestra, y probablemente lo sea, pero el tiempo de la gloria había pasado y no hubo ecos que respondieran al llamado del escritor que, oculto bajo su personaje Dick Diver, parecía hundirse como él irremisiblemente.

Francis Scott Fitzgerald se convirtió en un guionista más para la industria del cine

en Hollywood. No le quedaba otro modo de ganarse la vida, pero su talento, pese al alcohol y a los desastres de toda índole, todavía estaba en condiciones de manifestarse.

En marzo de 1935 apareció *Taps at Reveille*, una edición bastante aporreada y mal corregida de historias breves que contenía cinco cuentos de reminiscencias adolescentes, reunidos con otros en forma postuma en *Los relatos de Basil y Josephine* (The Basil and Josephine Stories, 1973). Muchas de estas narraciones habían aparecido en *The Saturday Evening Post* y muestran el don de Fitzgerald para el análisis psicológico de las gentes de su generación y todavía más cuando se trata del autoanálisis, que alcanza límites de crueldad en las relativas a Basil. La visión irónica de su propia existencia, la nostalgia de algo que en un momento se esperó y desapareció luego irremediabilmente, la certeza del triste destino de «la generación perdida» en los avatares de la postguerra y la crisis mundial, todo está en germen y a veces generosamente desarrollado en estas narraciones que poseen, no obstante, la plena frescura adolescente.

En 1936 aparece el último libro: *El derrumbe* (The Crack-Up). Según James Edwin Miller, de la Universidad de Chicago, Fitzgerald —como su personaje Diver de *Suave es la noche*— estaba descubriendo que sus recursos morales desaparecían, proceso que describió con vivida agonía en este libro.

El derrumbe es el testimonio más directo y vital de la desilusión encarnada, que Fitzgerald quiso describir tanto en relación con el mundo que lo rodeaba como con su propia interioridad. El recuerdo de unos tiempos felices en que parecía nacer un mundo nuevo e iluminado por los resplandores de la prosperidad, del éxito y de la inconsciente danza al borde de un abismo, se precipita y decanta en estas páginas en las cuales la angustia desaparece bajo una capa de abandono y resignación en la que no falta el sarcasmo. Después de una serie de fallidos intentos de suicidio, Francis Scott Fitzgerald murió de un ataque cardíaco el año 1940, mientras trabajaba en un nuevo ensayo novelístico: *El último magnate* (The Last Tycoon). El texto inconcluso, con las notas del autor, fue publicado al año siguiente. Más tarde, en 1960, la edición de un volumen con su correspondencia volvió los ojos de la crítica hacia el semiolvidado escritor.

El caso de Francis Scott Fitzgerald es uno entre los de muchos escritores que a veces en la cumbre de la fama pierden el favor del público y les sigue un largo silencio después de la muerte, como si todo —talento, prestigio, popularidad— hubiera sido sepultado con ellos. Pero también acontece, cuando hay genio de por medio, una resurrección. Los años pasan; el escritor no es sino un nombre en los largos catálogos de las editoriales y de las historias literarias; si se los evoca, es como evocar una sombra. Y, de pronto, casi misteriosamente, el hombre y su obra resurgen, vuelven al

primer plano de la fama y alcanzan una nueva consagración que esta vez puede ser definitiva.

Si podemos hablar de un clásico para una época, Fitzgerald lo es para la era del jazz y de la euforia que siguió a la Primera Guerra Mundial y que se hundió súbitamente en la catástrofe de la depresión, arrastrando con ella a todo lo que se llamó «la juventud llameante». Es un profeta del desengaño, un cantor de las ilusiones perdidas, de la dolorosa conciencia del fracaso. Sus obras testimonian la locura de unos años felices y el dolor del desastre en que terminaron. Sus personajes, como Gatsby o Diver, luchadores del éxito efímero, conocen los sabores del desengaño y la triste sensación de la propia decadencia.

Es posible que entre los escritores de la «generación perdida» haya otros más famosos y populares que Francis Scott Fitzgerald. En él, sin embargo, la calidad del testimonio directo y personal sobrepasa los marcos de toda ficción, y éste es uno de los factores que lo convierten en un elemento indispensable en la historia de un tiempo dramáticamente original.

II

A este lado del paraíso es, como se dijo, una obra de raíz autobiográfica y, en cierto modo, testimonial, que narra los años de niñez y adolescencia de Amory Blaine, *alter ego* del autor con el que comparte hasta el año de nacimiento (1896), y el ilusionado arribo a la prometedora época de la primera juventud. Un epígrafe, tomado de Oscar Wilde, nos muestra uno de los tonos de esta novela polifónica: «Experiencia es el nombre que muchos dan a sus errores».

En las primeras páginas veremos al pequeño Amory en el ambiente de la familia, compuesta por el padre, «hombre inarticulado y poco eficaz, que gustaba de Byron y tenía la costumbre de dormitar sobre los volúmenes abiertos de la Enciclopedia Británica», enriquecido casualmente por la oportuna defunción de sus hermanos mayores, y por Beatrice O'Hara, la madre que transmitió al hijo único sus rasgos célticos y con ellos una brillantez algo frívola y llena de encanto.

Beatrice es una de las heroínas en la vida de Amory, que la evoca entre signos de exclamación: «¡Aquella sí que era una mujer!» Y además una mujer educada en el Colegio del Sagrado Corazón, en Roma («una extravagancia educativa que, en la época de su juventud, era un privilegio exclusivo para los hijos de padres excepcionalmente acaudalados»), paseaba por Europa y provista de todas las oportunidades sociales y refinadas como para darle «una cultura rica en todas las artes y tradiciones, desprovista de ideas...»

¿Cómo llegó a casarse esa muchacha brillante y epigramática con el aburrido señor Blaine? Lo sabemos por el narrador:

«En uno de los momentos menos trascendentales de su ajetreada existencia, regresó a sus tierras de América, se encontró con Stephen Blaine, y se casó con él tan sólo porque se sentía llena de laxitud y un tanto triste».

El pequeño y solitario Amory era la compañía más querida de Beatrice, que transmitía al hijo su encantadora superficialidad y sus pasiones artísticas. Antes de que cumpliera los diez años «lo había alimentado con trozos de “Fêtes Galantes”... y a los once ya podía hablar corrientemente y con reminiscencias de Brahms, Mozart y Beethoven».

Con estos antecedentes uno empieza a imaginarse ya las tribulaciones a que estará

expuesto el joven Blaine en sus vaivenes entre la puerilidad y el refinamiento, como se puede advertir desde muy temprano en sus desventuradas relaciones con la pequeña Myra St. Claire.

Con la primera corbata y los primeros pantalones largos (recordemos que en esa época antes de éstos se pasaba por las etapas de los pantalones muy cortos, cortos y, por último, bombachas de golf) comienza para Amory el momento de las grandes preocupaciones, de modo especial sobre sí mismo. Y no se puede negar que es generoso para resolverlas. Se define, pues:

«*Físicamente*. Amory tenía la certeza absoluta de que era extraordinariamente hermoso. Lo era. Se tenía por un atleta de infinitas posibilidades y por un bailarín consumado».

«*Socialmente*. En este campo, sus condiciones eran, quizás, más peligrosas. Había otorgado gratuitamente a su persona encanto, amabilidad, magnetismo, equilibrio, el poder de dominar a todos los varones de su edad y el don de fascinar a todas las mujeres».

«*Mentalmente*. Una superioridad absoluta y fuera de toda discusión».

Con todas estas cualidades gratuitamente atribuidas, este Amory entre ingenuo y petulante ha de partir a la gran aventura: el *High College* y luego la Universidad de Princeton.

Y aquí aparece, junto con la aventura, un gran personaje algo lateral y a la vez definitivo: monseñor Darcy, cuya sabiduría sumada al humor irlandés rondarán por la vida de Amory casi hasta las últimas páginas del libro. Ambos, Amory y monseñor Darcy, tendrán mucho que decirse y, conforme aumenta la madurez del muchacho y con ella la cambiante visión del mundo y de la vida, el diálogo se volverá más profundo, más emocionante, pero no menos ingenioso.

Con el *College St. Regis* y con la universidad esa visión cambiante crecerá en intensidad: el trato con los demás, la competencia estudiantil, el nacimiento de las «grandes amistades», esas que rara vez terminan, son los elementos definitivos en la formación social del personaje. Ahora está en el medio real de la existencia, lejos de las fantasías y los sueños maternos.

St. Regis es la aparición de los grandes descubrimientos: las muchachas, la literatura, el don de escribir. Con las primeras sueña; en la literatura se precipita, leyendo cuanto llega al alcance de sus ojos: «Las mil y una noches», «El caballero de Indiana», pero también Dickens, Kipling, Chesterton. ¿Y por qué no? Phillips Oppenheim. En cuanto a escribir, ahí tiene las páginas del *St. Regis Tattler* abiertas a sus primeras hazañas.

También descubre las modas y con su amigo Rahill establece, no muy caritativamente, las diferencias entre el Gran Hombre y el «gomoso», género este último al que pertenecen los de «cabello relamido y engominado».

Después de los años del College, llegar a la universidad de las gárgolas y los capiteles es como entrar al amurallado mundo de la edad adulta, donde se empieza por conocer a los compañeros de viaje, a los condiscípulos. Allí están los hermanos Holiday, Kerry con sus ojos grises, Allenby, capitán del equipo de fútbol. Ahí están el cine, el teatro, los paseos, las clases en que ya no son unos niños para los maestros viejos y prestigiosos. A Amory se le abre el corazón:

«Desde el primer momento había amado a Princeton: su lánguida belleza, su oculto significado, sus multitudes deportivas, frescas y alegres y, bajo todo aquello, los ásperos vientos de una lucha sin tregua entre las clases.»

Y están las muchachas y «ese extraño fenómeno tan generalizado en los Estados Unidos que es el juego de las caricias», la aventura de las caricias furtivas, a hurtadillas de las personas mayores: «Ninguna de las madres con ideas victorianas — y casi todas las madres eran victorianas— tenía la menor idea de la facilidad con que sus hijas se habían acostumbrado a ser besadas. Las sirvientas son de tal condición — aseguraba la señora de Huston-Carmelite a su muy solicitada hija—. Se dejan besar primero, y después oyen las propuestas matrimoniales».

Amory tiene dieciocho años, mide casi el metro ochenta y siete, es «excepcionalmente hermoso» y en su rostro algo infantil la mirada penetrante de los ojos verdes pone un toque de madurez, pero falta en él «ese intenso magnetismo que acompaña siempre a la belleza del hombre o la mujer; su personalidad radicaba sobre todo en algo mental...»

Esa «personalidad más bien mental» le causará muchos dolores de cabeza no sólo con las muchachas: también con los compañeros más volátiles, más alegres y superficiales. Amory reflexiona mucho, tal vez demasiado para sus amigos, y suele hacerlo en voz alta. No siempre entretiene escuchar a otro que habla en exceso...

Para el grupo de jóvenes estudiantes la vida en Princeton es un torbellino que, si no los aparta de sus tareas académicas, hace que éstas pasen frecuentemente a segundo plano. Amoríos epistolares, elecciones en los clubes y sociedades de estudiantes, pugnas por ingresar a los equipos deportivos, bohémicas escapadas a Nueva York, intensas lecturas y primeros vuelos narrativos van moldeando la personalidad de Amory Blaine. Puede ser un líder, cuando lo desea, pero de pronto se refugia en una interioridad secreta que lo hace un solitario entre la masa.

Otros acontecimientos, más bien catastróficos, contribuirán a esta «forja del hombre». Y aquí estará de nuevo monseñor Darcy, su presencia y su reconfortante palabra.

Los dos últimos años en Princeton serán para Amory sombríos y luminosos, todo

a la vez, como si aparte de los estudios sistemáticos estuvieran destinados a enseñarle la dura tarea de las decisiones que el hombre sólo puede tomar por sí mismo. El muchacho, que está creciendo por dentro, tiene mucho que aprender en los mundos exteriores, en cuyos rincones más tenebrosos puede hasta aparecer el rostro del Demonio. Y Amory lo ha visto.

La despedida de Princeton es dolorosa: «Lo que dejamos aquí es más que una clase, una enseñanza o una educación; es la herencia de la juventud. No somos más que una generación y en estos momentos estamos rompiendo los vínculos que nos ataban a este lugar y a otras generaciones de sangre fuerte y espíritu sano. Ahora nos damos cuenta de que hemos caminado más de una noche por estas calles, del brazo con Burr y Light-Horse Harry Lee».

«... Se han apagado las antorchas» murmuró Tom.

Un breve intermedio nos muestra a Amory Blaine, de veintidós años, convertido en subteniente del Décimo Regimiento de Infantería en el Campamento Mills de Long Island. A través de una carta de monseñor Darcy, F. Scott Fitzgerald señala, como en un chispazo o una visión subliminal, el germen de lo que será la «generación perdida» y no sólo en la interpretación que Gertrude Stein le daba a esos términos: «He aquí que ha llegado el fin de algo; para bien o para mal, ya no serás nunca el Amory Blaine que conocí, y nunca volveremos a encontrarnos como nos encontrábamos, porque tu generación se está endureciendo mucho más de lo que la mía llegó a endurecerse, alimentada como estaba con la leche tierna del novecientos».

Es el fin de algo. Esos millones de muertos en las trincheras de la Europa destrozada por la guerra; esa multitud de jóvenes norteamericanos llegados a tierra extraña para luchar por la libertad; la sangrienta revolución rusa de 1917; el empequeñecimiento del mundo, cuyos habitantes ahora se encuentran así sea en el horror de los combates; el temor al futuro ya no plácido como los días pretéritos, sino amenazador y desconocido, todo marca un fin y el comienzo de una era cuyo signo es la inseguridad.

Parece que, ante este espectáculo, sólo queda divertirse; *carpe diem*, se acabaron las certezas. Los «locos años veinte» son incubados en la tragedia mundial.

La segunda parte del libro se abre con una pirueta de Fitzgerald: abandona la narración y monta una escena de teatro en que Amory es el protagonista de un nuevo apasionamiento. Rosalind es hermosísima, atrayente, apasionada, ansiosa de liberarse de su ambiente burgués. Pero el ambiente burgués está en serias dificultades. Un pretendiente adinerado es mejor solución que un buen mozo Amory que redacta textos en una modesta agencia de publicidad. Qué vamos a hacerle, parece decirnos el

autor, ésta no es una novela romántica sino el fiel reflejo de la vida de un personaje hasta ahora más bien infortunado.

Por tanto, aparte de abandonado, comenzamos a ver a un Amory indispuerto por la bebida, seguro de sufrir las enfermedades más increíbles, blanco como el papel, y tomándose otro trago acaso por aquello de que «un clavo saca otro clavo», pero Fitzgerald no le saca el cuerpo a la verdad.

Por esos días neoyorkinos, para Amory el mundo tiene forma de taberna, pero la vocación de escritor le ofrecerá una escapatoria. Puede sumergirse por horas y días en la lectura de sus más admirados autores: Joyce, Galsworthy, Bennett, Shaw, Wells y sobre todo Chesterton, cuyo nombre se repite en la novela. El maestro inglés de la paradoja influye en el espíritu y en el estilo de Blaine-Fitzgerald. Por ahí le veremos escribir chestertonianamente: «A pesar de haber ido al colegio me las arreglé para obtener una buena educación».

No son días fáciles. El inmaduro Amory se siente atrapado en un laberinto del que sólo arranca siguiendo alguna luminosa figura de mujer pero que vuelve a envolverle. Más que un laberinto es la fragua, la subconsciente lucha por la propia formación. Monseñor Darcy reaparece con sus cartas fraternas e ingeniosas. En boca de Darcy pone Fitzgerald una reflexión premonitoria, que habrá recordado más tarde, en su trágica vida junto a Zelda: «Con respecto al matrimonio, estás pasando ahora por el período más peligroso de tu vida. Podrías casarte apresuradamente y arrepentirte a poco, pero no creo que lo hagas». Sí: Scott lo hizo.

El desenlace con la llegada de la madurez y la experiencia literaria se aproxima a través de muchas renunciaciones: «En un sentido, esta renuncia gradual a la belleza fue su segundo paso por el laberinto, después que se completó su desilusión. Le parecía que dejaba atrás su última oportunidad de llegar a ser un cierto tipo de artista. Era mucho más importante llegar a ser una cierta clase de hombre».

Lo cual, en suma, lleva a una última reflexión:

«Me conozco a mí mismo —dijo en voz alta—. Pero eso es todo».

A este lado del paraíso es una novela profundamente norteamericana que trasciende su medio gracias a los valores humanos que en ella se mueven. En ella F. Scott Fitzgerald parece concretar la norma señalada por Gertrude Stein: el artista debe vivir «el completo presente actual». Y Fitzgerald, encarnado en Amory Blaine, lo vive en toda su extensión y consecuencias, con la rebeldía innata en él, con un espíritu independiente que se traduce en apasionados alegatos por la libertad y el idealismo, dichos con todo el fuego y la inseguridad de un hombre al que los escasos años no lo han apartado aún de una porfiada adolescencia.

Con un modo de escribir sencillo, animado por el ingenio; con una emotividad que llega hasta el borde del sentimentalismo pero que se salva por su sentido poético

que eleva el tono y la forma; con una muy profunda raíz cristiana, Fitzgerald describe las turbaciones de la adolescencia, el duro camino hacia la edad adulta, la lucha entre luces y sombras de un espíritu joven. Como anota el crítico francés Michel Mohrt, «en el fondo de la obra de Fitzgerald está el problema del mal, concebido por una conciencia de joven católico provinciano».

Desde otro punto de vista observa esta obra el ensayista norteamericano Ludwig Lewisohn en «The Story of American Literature»: «Abundan las novelas autobiográficas sobre los ardores y las rebeliones de la juventud [...] La más famosa y justamente así fue *A este lado del paraíso*, que contiene, entre otras excelencias, un admirable diagnóstico de las prácticas de los convencionales novelistas norteamericanos de entonces; que contiene elocuencia y poesía y esa ebullición creadora, todavía incontrolada e indisciplinada, que ha sido siempre parte de las grandes promesas de la juventud. Prácticamente, el libro no tiene un centro intelectual, lo que es, también, un sello propio de la juventud. Pero las cualidades del autor parecen tener la justa amplitud de las mejores promesas y en sus páginas mucho es realmente atrevido y hermoso».

Elocuente, poética, juvenil, emotiva y hermosa, *A este lado del paraíso* sigue actual y vigente setenta años después de publicada. Con ella sobrevive la imagen del escritor que fue en un momento una encarnación del espíritu joven.